



JOSTEIN GAARDER

Jaque mate

Siruela Biblioteca Gaarder

**JOSTEIN
GAARDER**

Jaque mate



Ediciones Siruela

Índice

Cubierta
Portadilla
Prólogo
JAQUE MATE
Me hierve la cabeza (El vendedor de cuentos)
Panina Manina I (El vendedor de cuentos)
El pájaro raro (El diagnóstico)
Los ángeles no mienten (El enigma y el espejo)
La falta de asombro en Adán (Maya)
El panadero y el libro del panecillo (El misterio del solitario)
Un sinfín (El vendedor de cuentos)
La bebida púrpura (El misterio del solitario)
Desprendimiento (El diagnóstico)
El sombrero de copa (El mundo de Sofía)
Existe un mundo (Maya)
¡Papá está volando! (El mundo de Sofía)
La voz de Comodín (Maya)
Lord Hamilton (El vendedor de cuentos)
El plasma del alma (Maya)
El escáner del tiempo (El diagnóstico)
Anhelo (Maya)
Panina Manina II (El vendedor de cuentos)
El enigma (Maya)
El alma (El enigma y el espejo)
Visión y percepción (Maya)
La Joven de las Naranjas (La joven de las naranjas)
El lado nocturno (El diagnóstico)
Panina Manina III (El vendedor de cuentos)
Una bandada de voces (El vendedor de cuentos)
La familia Kjærgaard (El vendedor de cuentos)
Esmalte y marfil (Maya)
La continencia (Vita brevis)
Un maestro en esconderse (Maya)
Tos peligrosa (El diagnóstico)
Ejercicio (El diagnóstico)
Palizas y ayuda para hacer los deberes (El vendedor de cuentos)
El reloj digital (El diagnóstico)

El corderito (El misterio de Navidad)
Los elfos de azúcar de la temporada (Maya)
Alicia (El mundo de Sofía)
La puerta del cuento (Maya)
¡Santo yo! (El diagnóstico)
De pie sin ayuda de nadie (Maya)
Theobald y Theodor (El diagnóstico)
Impacto (Maya)
Hombre mosquito para un geco (Maya)
Viaje (Maya)
Frode (El misterio del solitario)
Los frutos de la noche (Maya)
Comodín (El misterio del solitario)
La creación de la mañana (Maya)
Una chispa de la hoguera (El mundo de Sofía)
El aplauso (Maya)
Imporiel (El misterio de Navidad)
Un ángel en apuros (Maya)
Jirí Kubelík (El vendedor de cuentos)
¿Qué probabilidad hay? (Maya)
Ana (Maya)
El primate chic (Maya)
El enano y el retrato mágico (Maya)
Las imágenes de la pantalla (Maya)
Jaque mate (El vendedor de cuentos)
El fin del mundo (Maya)
Éste será siempre mi mundo (El enigma y el espejo)
La propina (Maya)
Un mundo mágico (La joven de las naranjas)
Una cálida corriente (Maya)
¿Es la conciencia una casualidad cósmica? (capítulo inicial para La Gran Enciclopedia
Noruega, vol.
Notas
Créditos

JAQUE MATE

JOSTEIN GAARDER

Traducción del noruego de
Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

Biblioteca Gaarder Ediciones Siruela

Prólogo

En el otoño de 2005 mi editorial noruega me propuso preparar una antología que supusiera un corte transversal de mi obra, al cumplirse en 2006 veinte años de mi estreno como escritor de literatura de ficción. Al principio reaccioné con cierta reserva, pues la tarea me pareció pomposa, a la vez que inquietante. Pero luego me dejé entusiasmar y se me ocurrió que tal vez sería una ocasión para volver a enseñar algo en un contexto completamente nuevo.

Ha regido un criterio para la selección: los 64 textos de esta colección deben poder leerse y vivir como piezas independientes del contexto del que han sido extraídos. Como es sabido, no resulta fácil arrancar trozos de una novela, pero la editorial señaló que precisamente eso era algo que podía hacerse con grandes partes de mi obra. A posteriori, estoy de acuerdo con ello. Muchos de mis libros constan de una serie de elementos más o menos independientes –enigmas, relatos, cuentos–, a menudo superpuestos uno a otro.

Mi esperanza es que la propia composición de esta colección contribuya a que los textos interactúen de tal modo que puedan adquirir nueva vida y a veces significar algo distinto y algo más que en los libros de los que proceden. Al menos ésa ha sido mi intención. He jugado con ese solitario.

Excepto el último texto, «¿Es la conciencia una casualidad cósmica?», todo lo que contiene *Jaque mate* está sacado de libros originalmente editados en la editorial Aschehoug desde mi primer libro *El diagnóstico y otros relatos*, de 1986. El lector encontrará en el índice de cuál de mis obras se ha extraído cada uno de los textos.

Jostein Gaarder
Oslo, 29 de febrero de 2006

JAQUE MATE

Me hierve la cabeza. Estoy preñado de cientos de ideas nuevas que emergen a la superficie sin cesar.

Tal vez sea posible, en cierta medida, controlar los pensamientos, pero difícilmente se podrá dejar de pensar. Mi alma rebosa de formulaciones divertidas, soy incapaz de conservarlas antes de que nuevas ocurrencias las repriman. No logro distinguir un pensamiento de otro.

Rara vez consigo recordar lo que he pensado. Antes de que me dé tiempo a reflexionar sobre una idea, suele fundirse, transformándose en una idea aún mejor, pero también es ésta tan fugaz en su naturaleza que tengo que esforzarme por salvarla de la erupción volcánica de nuevas ocurrencias...

Una vez más mi cabeza está saturada de voces. Me persigue un iracundo enjambre de almas que utilizan las células de mi cerebro para charlar entre ellas. No dispongo de la serenidad suficiente para alojarlo todo, de modo que me veo obligado a vaciarme de algo. Tengo un considerable excedente espiritual, y por ello he de vaciarme una y otra vez. Cada cierto tiempo me veo obligado a sentarme con lápiz y papel para evacuar de pensamientos...

Al despertarme hace unas horas, estaba seguro de haber formulado la frase más adecuada de la existencia. Ya no estoy tan seguro, pero al menos he otorgado a ese aforismo virgen un lugar destacado en la libreta de notas. Estoy convencido de que se podrá vender por una buena cena. Si logro vendérselo a una persona que ya tiene un nombre, tal vez entre directo en la próxima edición de *Frases inspiradas*.

Por fin he decidido lo que quiero ser. Seguiré haciendo lo que he hecho siempre, pero a partir de ahora voy a vivir de ello. No siento la necesidad de hacerme famoso, lo cual es una premisa importante, pero podré llegar a ser muy rico.

Panina Manina I

Creo que tuve una infancia feliz. Mi madre no lo creía. Fue informada de la conducta asocial de su Petter incluso antes de que éste comenzara el colegio.

La primera vez que citaron a mi madre para mantener una charla seria sobre mí fue en la guardería, porque llevaba toda la mañana mirando jugar a los demás, pero no estaba ni triste ni incómodo. Me divertía ver lo intensamente que vivían mis compañeros. A muchos niños les divierte contemplar gatitos, canarios o hámsters. A mí también, pero me resultaba aún más divertido contemplar a niños de verdad. Además, era yo quien los dirigía, el que decidía todo lo que decían o hacían. Ellos no lo sabían, ni tampoco la profesora. Algunas veces tenía mucha fiebre y me veía obligado a quedarme en casa, escuchando las cotizaciones en bolsa por la radio. Esos días no ocurría nada en la guardería. Los niños se limitaban a quitarse y ponerse sus monos. No los envidiaba. Creo que ni siquiera se comían el sándwich.

A mi padre sólo lo veía los domingos. Solíamos ir al circo. El circo estaba bastante bien, pero, al volver a casa, me ponía a planificar el mío propio. Era mucho mejor. Todo esto era antes de saber escribir, pero construí mi propio circo en la cabeza. No era muy difícil. También lo dibujaba, no sólo la carpa y las jaulas, sino también todos los animales y artistas. Eso sí era difícil. No era buen dibujante. Dejé de dibujar mucho antes de comenzar el colegio.

Estaba sentado en la enorme alfombra sin mover un dedo, y mi madre me preguntó varias veces en qué estaba pensando. Dije que estaba jugando al circo, lo cual era verdad. Me preguntó si quería que jugáramos a otra cosa.

La niña que cuelga del trapecio se llama Panina Manina, dije. Es la hija del director del circo. Pero nadie en el circo lo sabe, ni siquiera ella, ni tampoco el director.

Mi madre escuchaba con atención, bajó el volumen de la radio y yo proseguí: Un día se cae del trapecio y se desnuda, es la última función, cuando ya no queda más gente en la ciudad que quiera ir al circo. El director del circo se inclina sobre la desgraciada niña y descubre la fina cadena que lleva al cuello. De la cadena cuelga un amuleto de ámbar, y dentro del amuleto hay una araña que tiene millones de años. Entonces el director del circo se da cuenta de que Panina Manina es su hija, porque él mismo le compró ese raro amuleto el día en que la niña nació.

Así que por lo menos sabía que tenía una hija, objetó mi madre.

Pero él creía que la niña se había ahogado, expliqué, porque la hija del director del

circo se cayó al río Aker cuando tenía un año y medio. Entonces se llamaba simplemente Anne Lise. El director del circo no sabía que seguía viva.

Mi madre abrió los ojos de par en par. Daba la impresión de no creerse lo que le estaba contando, por eso añadí: Pero, por fortuna, una pitonisa que vivía sola en una caravana de color rosa en Nydalen la rescató del agua helada. Y desde ese día, la hija del director del circo vivió en la caravana con la pitonisa.

Mi madre se había encendido un cigarrillo. Estaba en medio de la habitación exhibiendo un ajustado traje de chaqueta. ¿De verdad vivían en una caravana?

Asentí con la cabeza. La hija del director del circo había vivido en una caravana desde que nació, por eso le hubiera resultado muy extraño mudarse a un piso moderno en un bloque de Frysja. La pitonisa no sabía cómo se llamaba la niña, pero le puso de nombre Panina Manina, y ése es el nombre que ha tenido hasta hoy.

¿Y cómo volvió al circo?, preguntó mi madre.

No creo que sea muy difícil de entender, dije; cuando se hizo mayor, fue por su propio pie al circo. No le resultó complicado, ¡pues sucedió antes de quedarse inválida!

Pero es imposible que pudiera recordar que su padre era el director del circo, protestó mi madre.

Me sentí abatido. No era la primera vez que mi madre me decepcionaba, a veces podía llegar a ser bastante simple.

Ya hemos hablado de eso, señalé. Te he dicho que ella no sabía que era la hija del director del circo, ni él tampoco. Evidentemente, no podía reconocer a su propia hija, ya que no la veía desde que tenía año y medio.

Llegado a este punto, mi madre pensó que me detendría a pensar en cómo seguir, pero no fue así. Continuó: El mismo día en que la pitonisa recogió del río a la hija del director del circo, miró fijamente su bola de cristal y predijo que la niña llegaría a ser una famosa artista de circo, así que Panina Manina se fue un buen día al circo por su propio pie, porque ya sabes que todo lo que una pitonisa ve en su bola de cristal se cumple. Por eso la pitonisa le puso a la niña un nombre circense; y para curarse en salud, le enseñó algunas valiosas artes del trapecio.

Mi madre había apagado el cigarrillo en un cenicero que había sobre el piano verde. Dijo: Pero ¿por qué tuvo que enseñarle la pitonisa...?

La interrumpí: Cuando Panina Manina llegó al circo y mostró sus artes, enseguida le dieron trabajo, y en poco tiempo era más famosa que Abbott y Costello. Pero el director del circo seguía sin saber que era su hija. Si lo hubiera sabido, no le habría permitido hacer todos esos peligrosos ejercicios en el trapecio.

Creo que me doy por vencida, dijo mi madre. ¿Damos un paseo por el parque?

Pero yo proseguí: Además, la pitonisa había visto en la bola de cristal que Panina Manina se rompería la nuca en el circo, y nadie puede hacer nada contra una verdadera profecía. Por eso cogió sus bártulos y se mudó a Suecia.

Mi madre había ido a la cocina a por algo. Ahora estaba de nuevo delante del piano

con un gran repollo en las manos. Al menos no era una bola de cristal. Se había quedado estupefacta: ¿Por qué se mudó a Suecia?

Ya había reflexionado sobre ese punto, y contesté: Porque así no tendría que discutir con el director del circo sobre con quién de ellos viviría Panina Manina cuando se rompiera la nuca y no pudiera valerse por sí misma.

¿La pitonisa sabía que el director del circo era el padre de la niña?, preguntó mi madre.

No hasta que Panina Manina iba camino del circo, expliqué. En ese momento, y no antes, vio en la bola de cristal que la chica se reuniría con su padre en cuanto se rompiera la nuca, así que era mejor que cogiera la caravana y se mudara a Suecia. Le pareció muy bien que Panina Manina volviera por fin a reunirse con su padre, pero no le pareció tan bien que tuviera que romperse la nuca para que él la reconociera.

No sabía cómo seguir, no porque fuera difícil sino por todo lo contrario: porque había muchas posibilidades entre las que escoger. Dije: Ahora, Panina Manina está sentada en una silla de ruedas en el circo, vendiendo algodón de azúcar. Es un algodón de azúcar hecho de una manera tan especial que todos los que lo comen se ríen tanto de los payasos que casi pierden el aliento. Y una vez hubo un niño que lo perdió. Le pareció muy divertido reírse de los payasos, pero no tanto perder el aliento.

En realidad, el cuento sobre Panina Manina acabó ahí, pues ya había empezado a contar la historia del niño que se rió tanto que perdió el aliento. Además, tenía muchos más artistas del circo en que pensar, pues era responsable de todo el circo.

Eso no lo sabía mi madre. Preguntó: Panina Manina también tendría una madre, ¿no?

No, contesté creo que gritando. ¡Porque había muerto!

Y entonces me eché a llorar. Puede que me pasara una hora entera llorando. Como siempre, mi madre me consoló. No lloraba porque la historia fuera triste. Lloraba porque me daba miedo mi propia imaginación. También me daba miedo el hombrecillo del bastón de bambú. Él había estado sentado en el puf persa mirando los discos de mi madre mientras yo contaba la historia, pero ahora se había puesto a andar por la habitación. Sólo yo podía verlo.

Al hombrecillo del sombrero verde lo vi por primera vez en un sueño, pero salió del sueño y desde entonces me ha perseguido por la vida. Cree que es él quien decide sobre mí.

Resultaba demasiado fácil imaginarse cosas, era como bailar sobre una fina capa de hielo, como hacer divertidas piruetas en una frágil membrana sobre «setenta mil fanegas de profundidad». Siempre había algo frío y oscuro amenazando bajo la superficie.

Se dice que el mundo es muy antiguo. Pero no suele durar más de cien años. Somos nosotros los que envejecemos.

Mientras nazcan seres humanos en el mundo, éste será tan flamante y tan fresco como en el séptimo día, cuando el Señor descansó.

Es ahora cuando somos testigos de una obra de la creación que se eleva ante nuestros ojos. A plena luz del día. ¡Es inaudito! Un mundo que surge de la nada...

¡Y algunos dicen que se aburren!

La mayor parte del tiempo el mundo está dormido. Lo mismo ocurre en la mayor parte del espacio.

Sólo de tarde en tarde el mundo se frota los ojos para librarse del sueño y despertar consciente de sí mismo.

«¿Quién soy yo?», pregunta el mundo.

«¿De dónde vengo?»

Por unos instantes, el pájaro raro se ha posado sobre nuestros hombros.

Los ángeles no mienten

Se despertó de repente. Tenía que ser de noche porque en la casa reinaba un silencio absoluto. Cecilia abrió los ojos y encendió la lámpara que había sobre la cama.

Oyó una voz que decía:

–¿Has dormido bien?

¿Quién era? No había nadie en la silla. Tampoco había nadie en ninguna otra parte de la habitación.

–¿Has dormido bien? –oyó de nuevo.

Cecilia se incorporó en la cama y echó un vistazo a la habitación. Alguien estaba sentado sobre el alféizar de la ventana. Allí sólo cabía un niño, pero no era Lasse. ¿Quién podía ser?

–No tengas miedo –dijo el desconocido; su voz era clara y alegre.

Él o ella llevaba una túnica blanca y estaba descalzo. Cecilia apenas podía vislumbrar su cara en el contraluz que producía el árbol de fuera.

Se restregó los ojos, pero la figura vestida de blanco seguía en el mismo sitio.

¿Era una chica o un chico? Cecilia no estaba muy segura, porque él o ella no tenía ni un pelo en la cabeza. Decidió que tenía que ser un chico, pero de igual forma podía haber decidido lo contrario.

–¿No puedes decirme si has dormido bien? –repitió el misterioso huésped.

–Que sí... Pero ¿quién eres tú?

–Ariel.

Cecilia se restregó los ojos de nuevo.

–¿Ariel?

–Sí, soy yo, Cecilia.

Ella negó con la cabeza.

–Sigo sin saber quién eres.

–Pues nosotros sabemos casi todo de vosotros. Es exactamente como en un espejo.

–¿Como en un espejo?

La figura se inclinó hacia delante, parecía que en cualquier momento iba a vencerse y caer sobre el escritorio.

–Vosotros sólo os veis a vosotros mismos. No sois capaces de ver lo que hay al otro lado.

Cecilia dio un respingo. Cuando era más pequeña, se colocaba a menudo delante del

espejo del cuarto de baño, imaginándose que había un mundo al otro lado. Algunas veces había temido que los que vivían allí pudieran ver a través del espejo y espiarla mientras se arreglaba. O peor aún: se había preguntado si serían capaces de saltar a través de él y aparecer de repente en el cuarto de baño.

–¿Has estado aquí antes? –preguntó.

Ariel afirmó solemnemente con la cabeza.

–¿Cómo haces para entrar?

–Nosotros podemos entrar en todas partes, Cecilia.

–Papá suele cerrar la puerta. En invierno cerramos todas las ventanas...

Ariel no daba ninguna importancia a eso:

–Esas cosas no nos afectan.

–¿Esas cosas?

–Puertas cerradas y cosas por el estilo.

Cecilia reflexionó un buen rato. Tenía la sensación de que acababa de ver un truco cinematográfico. Ahora dio marcha atrás a la película y volvió a verlo todo de nuevo:

–Dices «nosotros» y «nos» –precisó–. ¿Tantos sois?

Él asintió:

–Muchísimos, sí. Caliente, caliente...

Pero Cecilia estaba harta de jugar a las adivinanzas, así que dijo:

–En el mundo entero hay 5.000 millones de personas. He leído, por otra parte, que la Tierra tiene 5.000 millones de años. ¿Has pensado en eso?

–Claro que sí. Vais y venís.

–¿Qué has dicho?

–Cada segundo Dios saca flamantes niños de la manga de su chaqueta. ¡Abracadabra! También hay algunas personas que desaparecen cada segundo. Como en el juego de las sillas: se empieza a jugar, y enseguida Cecilia queda fuera del juego.

Notó cómo le subían los colores a las mejillas.

–Tú también vas y vienes –dijo.

Ariel negó firmemente con esa cabecita que no tenía ni un pelo:

–¿Sabías que esta habitación fue el dormitorio de tu abuelo materno?

–Claro que sí. ¿Y tú cómo lo sabes?

Ariel había empezado a mover las piernas, que le colgaban por debajo del alféizar. A Cecilia le recordaba a un muñeco.

–Entonces estamos en marcha –anunció.

–¿En marcha para qué?

–No me has contestado a si has dormido bien. Pero estamos en marcha de todos modos. Siempre se tarda un poco en ponerse en marcha de verdad.

Cecilia inspiró y volvió a echar el aire pesadamente. Dijo:

–Tú tampoco has contestado a cómo sabías que ésta era la habitación de mi abuelo.

–«¿Cómo sabías que ésta era la habitación de mi abuelo?» –repitió Ariel.

–¡Eso!

Ariel daba golpecitos con los pies:

–Nosotros estamos aquí desde el principio de los tiempos, Cecilia. Cuando tu abuelo era pequeño, pasó unas Navidades enteras en la cama a causa de una grave pulmonía, y eso fue mucho antes de que existieran buenas medicinas.

–¿También estuviste aquí entonces?

Movió afirmativamente la cabeza.

–Nunca olvidaré sus ojos tristes. Eran como dos pajaritos abandonados.

–«Como dos pajaritos abandonados» –suspiró Cecilia.

Le miró y se apresuró a añadir:

–Pero pasó. Se recuperó completamente.

–Completamente, sí.

Hizo un gesto brusco. En una décima de segundo, se puso de pie sobre el alféizar, cubriendo casi toda la ventana. Cecilia seguía sin ver su cara del todo debido al fuerte contraluz.

¿Cómo había logrado levantarse sin caerse sobre el escritorio? Era como si no pudiera caerse.

–También me acuerdo de los pastores que se encontraban en el campo –dijo.

Cecilia pensó en lo que le había leído su abuela de la Biblia.

–«Gloria a Dios en los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» –citó Cecilia–. ¿Eso es lo que quieres decir?

–El ejército celestial, sí. Fuimos un gran grupo de animadores.

–No me lo creo.

Ariel ladeó la cabeza y por fin Cecilia pudo ver un poco mejor su rostro. Le recordó la cara de una de las muñecas de Marianne.

–Lo siento por ti –dijo Ariel.

–¿Porque estoy enferma?

Ariel negó con la cabeza.

–Quiero decir que debe de resultar incómodo no creer en la persona con la que estás hablando.

–¡Bah!

–¿Es verdad que a veces sois tan desconfiados que os ponéis negros por dentro?

Cecilia hizo una mueca de desagrado.

–Sólo estoy preguntando –aseguró Ariel–. Porque aunque hemos visto ir y venir a los seres humanos, no sabemos exactamente cómo es eso de ser de carne y hueso.

Cecilia se revolvía en la cama, pero Ariel no se callaba.

–Por lo menos debe de ser desagradable desconfiar tanto, ¿no?

–Aún más desagradable es mentir descaradamente a una niña enferma.

Ariel se tapó la boca y dejó escapar un grito de susto:

–¡Los ángeles no mienten, Cecilia!

Ahora le tocó a ella asustarse:

–¿De verdad eres un ángel?

Asintió levemente, como si no fuera algo de lo que vanagloriarse. A Cecilia se le bajaron inmediatamente los humos. Al cabo de un instante, dijo:

–Eso es lo que he pensado todo el tiempo. Es verdad. Pero no me he atrevido a preguntar por si me equivocaba. Porque no estoy del todo segura de si creo en los ángeles o no.

Ariel quitó importancia al tema con un gesto:

–Oye, ese juego podemos dejarlo, ¿sabes? Imagínate que yo te dijera que no estoy del todo seguro de si creo en ti. En ese caso, sería completamente imposible probar quién de los dos tiene razón.

Como para demostrar que era un ángel hecho y derecho, bajó de un salto al escritorio y comenzó a pasearse por el tablero. Un par de veces pareció estar a punto de perder el equilibrio y caerse al suelo, pero siempre volvía a enderezarse justo antes de que fuera demasiado tarde. Y también en una ocasión pareció recuperar el equilibrio después de haberlo perdido.

–Un ángel en mi casa –murmuró Cecilia para sus adentros, como si fuera el título de un libro que hubiera leído.

–Nosotros simplemente nos llamamos hijos de Dios –replicó Ariel.

Cecilia le miró de reojo:

–Al menos tú...

–¿Qué quieres decir con eso?

Cecilia intentó incorporarse más en la cama, pero volvió a caer pesadamente sobre la almohada. Dijo:

–¡Pero si sólo eres un ángel infantil!

Ariel se rió. Era una risa casi silenciosa.

–¿Qué es lo que te hace tanta gracia? –preguntó Cecilia.

–«Ángel infantil.» ¿No te parece una expresión divertida?

Cecilia no sabía decir por qué no le parecía una expresión divertida.

–Pero, si no eres un ángel adulto –dijo–, tienes que ser un ángel infantil.

Ariel volvió a reírse, esta vez haciendo más ruido.

–Los ángeles no crecen en los árboles. Para ser exactos, no crecemos ni mucho ni poco, así que tampoco nos hacemos «adultos», claro.

–¡Creo que voy a desmayarme! –exclamó Cecilia.

–Sería una pena ahora que estamos en marcha.

–Pero yo creía que todos los ángeles eran mayores –insistió Cecilia.

Ariel se encogió de hombros.

–De eso no tienes ninguna culpa. Lo único que puedes hacer es adivinar lo que hay al otro lado.

–¿Quieres decir que no hay ángeles adultos?

Ariel dejó escapar una risa cristalina, que le recordó a Cecilia a cuando Lasse dejaba caer sus canicas por el suelo de la cocina. Por lo menos esta vez no tendría que ayudarlo a recogerlas.

–¡Conque no existe ningún ángel adulto...! –concluyó Cecilia–. Por mí vale; pero, entonces, tampoco hay ningún sacerdote que diga la verdad, porque todos los sacerdotes presumen de que hay montones de ángeles adultos en el cielo.

Por un instante permanecieron en silencio; luego, el ángel Ariel, haciendo un gesto con un brazo, exclamó:

–¡El cielo está repleto de ángeles adultos! ¡Repleto!

Como Cecilia no contestó enseguida, él siguió:

–Es muy interesante hablar contigo, Cecilia.

Cecilia estaba mordiéndose el pulgar. Luego se le escapó:

–Me pregunto cómo es ser adulto.

Ariel se sentó en el escritorio con las piernas desnudas colgando por el borde:

–¿Quieres hablar de ello?

Cecilia se quedó mirando al techo.

–Mi profesor dice que la infancia no es más que una etapa en el camino de hacerse adulto. Y que por eso tenemos que hacer todos los deberes y prepararnos para la vida de adultos. Suena muy tonto, ¿no?

Ariel asintió:

–Sí, porque en realidad es exactamente lo contrario, ¿sabes?

–¿El qué?

–Ser adulto es una mera etapa en el camino hacia el nacimiento de más niños.

Cecilia reflexionó antes de contestar:

–Pero los adultos fueron creados primero; si no, no habría habido niños.

Ariel negó con la cabeza:

–Te equivocas de nuevo. Los niños fueron los primeros en ser creados; si no, no habría adultos.

A Cecilia se le ocurrió algo muy ingenioso:

–Depende de lo que fuera primero: la gallina o el huevo.

Ariel volvió a mover las piernas:

–¿Todavía seguís con esa incógnita? La primera vez que la oí fue en boca de un viejo vendedor de gallinas en la India, pero de eso hace miles de años. Estaba agachado sobre una gallina que acababa de poner un gran huevo. Luego, rascándose la cabeza, dijo: «Me pregunto qué fue primero: la gallina o el huevo».

Cecilia miró perpleja a Ariel, y el ángel explicó:

–Es evidente que el huevo fue lo primero.

–¿Por qué?

–Porque, si no, no habría ninguna gallina. ¿No creerás que la primera gallina del mundo salió aleteando del aire, no?

Cecilia se sentía ya algo aturdida. No estaba segura de haber entendido todo lo que el ángel había dicho, pero lo que había captado le parecía muy acertado. Por fin había resuelto el viejo enigma, pensó. Ojalá lograra acordarse de todo al día siguiente...

–Lo mismo ocurre con los niños –prosiguió Ariel–. Ellos son los que llegan al mundo en primer lugar. Los adultos siempre vienen cojeando detrás. Cada vez hay más cojos, conforme van envejeciendo.

A Cecilia las palabras de Ariel le parecían tan acertadas que le entraron ganas de anotarlas en el cuaderno chino, para que no se le olvidaran. Pero no se atrevió a hacerlo delante del ángel. Dijo:

–Pero Adán y Eva eran adultos.

Ariel negó con la cabeza:

–Se hicieron adultos. Ésa fue la gran metedura de pata. Cuando Dios creó a Adán y a Eva, eran niños curiosos que trepaban a los árboles y paseaban a sus anchas por el jardín que acababa de crear. No tenía sentido crear un jardín así de grande si no había niños para jugar en él.

–¿Es verdad eso?

–He dicho ya que los ángeles no mienten.

–¡Cuéntame más cosas!

–Y luego, la serpiente los tentó para que comiesen del Árbol de la Ciencia, y entonces comenzaron a crecer. Cuanto más comían, más crecían. De esa manera fueron expulsados, poco a poco, del paraíso de la infancia. Los pequeños bandidos estaban tan hambrientos de conocimientos que acabaron por salirse del todo del paraíso a fuerza de comer.

Cecilia se quedó boquiabierta y Ariel la miró condescendiente:

–Pero todo esto lo habrás oído antes.

Ella contestó:

–No. Había oído que Adán y Eva fueron expulsados del paraíso, pero nadie me había dicho que fuera del paraíso de la infancia.

–Bueno, algo podrías haber adivinado por tu cuenta. Pero vosotros conocéis sólo en parte. Veis por un espejo y oscuramente...

Cecilia sonrió con astucia.

–Creo que puedo imaginarme a los pequeños Adán y Eva cuando corrían entre los árboles del gran jardín.

–¿Qué fue lo que dije?

–¿Cómo?

–Adivinas bastante bien a pesar de todo. ¿Sabías que los seres humanos utilizan sólo un reducido porcentaje de la capacidad de sus cerebros?

Cecilia asintió con la cabeza, porque precisamente había leído algo de eso en *Ciencia Ilustrada*.

–Me gustaría oír algo más sobre Adán y Eva –suplicó.

Por fin logró incorporarse mejor en la cama. Ariel seguía moviendo las piernas mientras hablaba:

–Primero empezó a crecerles todo el cuerpo, y luego llegaron a la pubertad. Eso formaba parte del castigo, pero también fue un consuelo para Dios y para los seres humanos.

–¿Por qué?

–Porque así podía traer al mundo nuevos seres humanos. Y así ha sido siempre desde entonces. Dios se ha encargado de que nazcan siempre niños que puedan descubrir el mundo de nuevo. Y de la misma manera, también ha procurado que la creación no termine nunca; porque, cada vez que nace un niño, el mundo es creado de nuevo.

–¿Porque, cuando llega un niño al mundo, este mundo es, de alguna manera, completamente nuevo para el niño?

Ariel asintió:

–En realidad, puedes decir que es el mundo el que llega al niño. Nacer es lo mismo que recibir un mundo entero de regalo, con sol por el día, luna por la noche y estrellas en el cielo azul, con un mar que baña las playas, bosques tan profundos que ni conocen sus propios secretos, y extraños animales que pasan velozmente por el paisaje. Porque el mundo jamás se vuelve viejo y canoso. Sois vosotros los que os volvéis viejos y canosos. Mientras nazcan niños, este mundo seguirá siendo tan flamante como en el séptimo día, cuando el Señor descansó.

Cecilia seguía con la boca medio abierta y el ángel prosiguió:

–No fue a Adán y a Eva a los únicos que creó. Tú también has sido creada, al menos un poco. De repente, un día te tocó a ti ver la creación del Señor. Dios te sacudió de la manga de su chaqueta y te pellizcoteó en el aire para comprobar que estabas viva. Y viste que todo era bueno.

Cecilia no pudo reprimir la risa. Preguntó:

–¿De verdad que habéis estado por ahí todo el tiempo?

El ángel Ariel asintió solemnemente:

–Sí, de acá para allá. Pero seguimos con tanta curiosidad ante la creación como hace media eternidad. Por supuesto, no faltaría más, porque nosotros todo lo observamos desde fuera. En la creación, sólo los niños tienen tanta curiosidad como nosotros, porque también ellos llegan, de alguna manera, de fuera.

Desde que Cecilia estaba enferma en la cama, pensaba a menudo algo parecido: los adultos siempre tenían que pensárselo mucho antes de decidirse a hacer algo divertido. Y tampoco había nada que los sorprendiera de verdad. «Las cosas simplemente son así, Cecilia», decían.

–Dios también quiere un poquito a los mayores, ¿no? –preguntó.

–Seguro que sí, aunque todos se han vuelto un poco incoherentes después del pecado original.

–¿Incoherentes?

–El mundo se ha convertido para ellos en un hábito. Eso no ocurre con los ángeles del cielo. Aunque existamos desde siempre, nunca dejamos de sorprendernos de lo que Dios ha creado. Por cierto, él mismo está bastante sorprendido. Por eso se alegra más con los niños curiosos que con los adultos y su falta de asombro.

Cecilia no paraba de pensar; tenía la sensación de que su cabeza echaba chispas. Lo mismo le había pasado muchas veces antes. En varias ocasiones, estando enferma en la cama, su cabeza había sido como una feria de ideas brillantes, con la única diferencia de que no necesitaba sacar billete para la montaña rusa.

–La mayor parte de los adultos se ha acostumbrado tanto al mundo que le parece ya algo completamente normal la creación –precisó Ariel–. Resulta un poco cómico, porque sólo están aquí de visita.

–¡De acuerdo!

–¡Estamos hablando del mundo, Cecilia! ¡Como si el mundo no fuera una sensación! Quizá el cielo debería haber insertado con cierta regularidad un anuncio en los grandes periódicos: «¡Aviso importante a todos los ciudadanos del mundo! No se trata sólo de un rumor: ¡EL MUNDO ESTÁ AQUÍ Y AHORA!».

Cecilia se sentía algo aturdida al escuchar al ángel Ariel, y también porque no paraba de mover sus piernas desnudas. Dijo:

–¿No habría sido mejor que Dios hubiera expulsado a aquella asquerosa serpiente del paraíso, para que Adán y Eva hubieran podido jugar al escondite en el jardín para siempre?

El ángel Ariel ladeó la cabeza y dijo:

–No fue tan sencillo; porque, como estáis hechos de carne y hueso, no podéis vivir eternamente como los ángeles en el cielo. Pero Dios no tuvo valor para decidir que una parte del sistema de la creación implicara que los niños tuvieran que morir. Era preferible dejarles hacerse mayores primero.

–¿Por qué?

–Resulta mucho más fácil despedirse del mundo cuando se tienen doce nietos y se está algo mareado y somnoliento y, además, harto de vivir.

Esta última declaración no impresionó mucho a Cecilia.

–Algunas veces también mueren los niños –objetó–. ¿No es eso muy tonto?

–«¿No es eso muy tonto?» –repitió el ángel Ariel–. «¿No es eso muy tonto?»

Como no dijo nada más, Cecilia volvió a tomar la palabra:

–¿Estás totalmente seguro de que Adán y Eva fueron niños?

–Completamente seguro, sí. ¿No se te ha ocurrido jamás que los niños son los que más se parecen a los ángeles del cielo? ¿O has visto alguna vez un ángel con canas, espalda curvada y profundas arrugas en la cara?

Hubo algo en esa respuesta que originó las protestas de Cecilia:

–A mí mi abuela no me parece fea aunque sea vieja.

–«Mi abuela no me parece fea» –repitió Ariel–. No he dicho eso. Porque dentro de su

cuerpo vive una pequeña Eva que una vez fue completamente nueva en este mundo. Lo demás es, simplemente, algo que le ha ido creciendo por fuera con el paso de los años.

Cecilia suspiró profundamente:

–Si me permites decir lo que siento, me parece que todo ese «sistema de la creación» es una tontería.

–¿Por qué?

–Yo no tengo ninguna gana de hacerme mayor. Por lo menos no quiero morir nunca. ¡Nunca!

El rostro del ángel se ensombreció:

–Tendrás que intentar no perder el contacto con la niña pequeña que hay dentro de ti. Ése es el caso de tu abuela, que incluso es capaz de ponerse una máscara de payaso con el único propósito de hacerte reír. ¿Verdad?

–¿También estuviste aquí ese día?

–¡Sí señorita!

No es de extrañar que el Creador, según dicen, retrocediera un paso o dos en cuanto hubo modelado al hombre, con tierra que cogió del suelo, soplándole vida por la nariz para convertirlo en una criatura viva. Lo más sorprendente de este acontecimiento fue la falta de asombro en Adán.

El panadero y el libro del panecillo

El gran viaje al país de los filósofos comenzó en Arendal, una vieja ciudad marítima al sur de Noruega. Navegamos de Kristiansand a Hirtshals en el *Bolero*. No hay mucho que decir del viaje por Dinamarca y Alemania. Aparte de Legolandia y las enormes instalaciones portuarias de Hamburgo, no vimos otra cosa que autopistas y granjas. Pero, cuando llegamos a los Alpes, comenzaron a ocurrir cosas.

Mi viejo y yo habíamos llegado a un acuerdo: yo no protestaría si teníamos que conducir hasta tarde antes de parar a dormir, y él no fumaría en el coche; a cambio, decidimos hacer largos descansos para fumar. Esos descansos son lo que mejor recuerdo del viaje antes de llegar a Suiza.

Los descansos siempre comenzaban con un pequeño discurso de mi padre sobre algo que había estado pensando mientras él conducía y yo leía al Pato Donald o hacía solitarios en el asiento de atrás. Casi siempre hablaba de algo que tenía que ver con mamá. Si no, hablaba de cosas que le preocupaban desde que yo le conocía.

Desde que mi viejo dejó de ser marinero y volvió tierra adentro después de pasar muchos años en el mar, se había interesado por los robots. Quizá eso no fuera en sí tan extraño, pero lo de mi viejo no acababa ahí. Estaba convencido, además, de que la ciencia lograría crear algún día seres humanos artificiales. No se refería a esos estúpidos robots metálicos que parpadean con luces verdes y rojas y hablan con voz hueca. No, no, mi viejo creía que un día la ciencia lograría crear verdaderos seres pensantes como nosotros. Y aún había algo más: también pensaba que todos los seres humanos en realidad eran precisamente eso, artilugios artificiales.

–Estamos plenamente vivos, ¿sabes? –solía decir.

Los comentarios de este tipo eran habituales después de haberse tomado una o dos copitas.

Cuando estuvimos en Legolandia, se quedó mirando fijamente a esos seres de Lego. Le pregunté si estaba pensando en mamá, pero dijo que no.

–Imagínate si todo esto cobrara vida de repente, Hans Thomas, imagínate que todas esas figuritas empezaran de pronto a moverse entre sus casitas de plástico. ¿Qué haríamos entonces?

–Estás chiflado –me limité a decir, pues estaba seguro de que esa clase de comentarios no era muy normal entre los padres que llevaban a sus hijos a Legolandia.

Estuve a punto de pedirle un helado, aunque había aprendido que, para pedir algo, era

aconsejable esperar hasta que mi viejo comenzara a airear sus chifladas ideas. Creo que de vez en cuando le remordía la conciencia por hablar de esas cosas con su hijo, y cuando a uno le remuerde la conciencia, suele mostrarse más generoso que de costumbre. Antes de que me hubiera dado tiempo a pedir el helado dijo:

–En el fondo, nosotros mismos somos figuras vivas de Lego.

Supe que tenía el helado asegurado, porque papá estaba a punto de comenzar uno de sus discursos filosóficos.

Íbamos de camino a Atenas, pero no se trataba de unas vacaciones normales de verano. En Atenas, o al menos en algún lugar de Grecia, intentaríamos encontrar a mamá. No era seguro que lo consiguiéramos, y aunque así fuera, puede que no quisiera volver con nosotros a Noruega. Tenemos que intentarlo, decía mi viejo, porque ni él ni yo soportábamos la idea de vivir el resto de nuestras vidas sin mamá.

Mamá nos abandonó a mi viejo y a mí cuando yo tenía 4 años. Por eso yo aún continuaba llamándola «mamá». A mi viejo le había ido conociendo más a fondo y un día ya no me pareció oportuno seguir llamándole «papá».

Mamá se lanzó al mundo para encontrarse a sí misma. Tanto a mi viejo como a mí nos parecía que, con un niño de 4 años, ya era hora de que lo hiciera; de modo que apoyamos el proyecto. Pero nunca llegué a comprender por qué tuvo que irse tan lejos. ¿Por qué no podía arreglárselas en nuestra ciudad, Arendal, o contentarse simplemente con un viaje a Kristiansand? Mi consejo a todos aquellos que quieran encontrarse a sí mismos es que sigan justamente donde están. Si no, existe un gran peligro de que se pierdan para siempre.

Habían pasado ya tantos años desde que mamá nos dejó que no era capaz de recordar cómo era su aspecto. Sólo recuerdo que era mucho más bonita que todas las demás mujeres. Al menos eso decía mi viejo. Además opinaba que cuanto más bonita, más difícil le resultaba a una mujer encontrarse a sí misma.

Yo había estado buscando a mamá desde que desapareció. Cada vez que cruzaba la plaza de Arendal pensaba que la vería de repente, y cada vez que iba de visita a casa de mi abuela en Oslo, la buscaba por la calle Karl Johan. Pero nunca la vi. No la vi hasta que mi viejo me enseñó una revista griega de modas. Allí estaba mamá, en la portada y dentro de la revista. Se veía claramente en la foto que aún no se había encontrado a sí misma. Porque las fotos de la revista no eran de mi mamá; era evidente que intentaba parecer otra persona. Tanto mi viejo como yo sentíamos muchísima lástima por ella.

La revista de modas entró en nuestra casa por una tía de mi viejo que había estado en Creta. Allí estaban las fotos de mamá en todos los quioscos de periódicos. Pagando un par de dracmas, la revista era tuya. Me resultó un poco cómico; nosotros llevábamos años buscando a mamá y ella, en Creta, sonreía a todos los que pasaban.

–¿En qué demonios se habrá metido? –se preguntaba mi viejo mientras se rascaba la cabeza. Y, sin embargo, recortó las fotos donde ella aparecía y las puso en la pared del

dormitorio. Pensaba que era mejor tener fotos de alguien que se pareciera a mamá que no tener ninguna.

Fue entonces cuando mi viejo decidió que iríamos a Grecia a buscarla.

—Tendremos que intentar arrastrarla hasta casa, Hans Thomas —dijo—. Si no, me temo que se va a perder en ese cuento de la moda.

No entendí muy bien lo que quería decir con esa última frase. En varias ocasiones había oído que uno podía perderse en un enorme vestido, pero no sabía que uno pudiera perderse en un cuento. Hoy ya sé que es algo de lo que todo el mundo tiene que cuidarse.

Cuando nos paramos en la autopista en las afueras de Hamburgo, mi viejo empezó a hablar de su padre. Yo ya conocía la historia, pero ahora parecía diferente, con los coches pasando a toda velocidad.

Lo que pasa es que mi viejo era lo que en Noruega llamamos «hijo de alemán». Ahora ya no me da vergüenza decirlo, porque ya sé que los hijos de alemanes pueden ser tan buenos como los demás, aunque claro, eso es fácil de decir. Yo no he sentido en mi propia carne cómo resulta criarse sin padre en una pequeña ciudad al sur de Noruega.

Supongo que mi viejo volvió a hablar de lo que sucedió entre mis abuelos paternos precisamente porque nos encontrábamos en Alemania.

Todo el mundo sabe lo difícil que resultaba conseguir comida durante la guerra. También lo sabía mi abuela paterna el día en que cogió su bicicleta para ir a Froland a coger arándanos.

Sólo tenía 17 años. El problema surgió cuando se le pinchó una rueda.

Aquella excursión a por arándanos es lo más importante que ha sucedido en mi vida. Puede parecer algo extraño que lo más importante de mi vida sucediera más de treinta años antes de que yo naciera, pero si la abuela no hubiese pinchado aquel domingo, mi viejo no habría nacido. Y si él no hubiera nacido, yo tampoco habría tenido muchas posibilidades de existir.

Como ya he dicho, a la abuela se le pinchó la rueda en Froland, con la cesta llena de arándanos. Naturalmente, no llevaba nada para arreglarla, y aunque lo hubiera llevado, seguramente no habría sabido reparar la bici ella sola.

Entonces pasó por allí un soldado alemán en bicicleta. Aunque era alemán, no se mostró muy agresivo; al contrario, fue muy cortés con la joven, que no sabía cómo poder llegar a casa con sus arándanos. Además, llevaba todo lo necesario para reparar la llanta.

Si el abuelo hubiera sido de ese tipo de bruto malvado que solemos pensar que fueron todos los soldados alemanes en Noruega, habría pasado de largo sin más. Pero, claro, lo que pasa es que la abuela debería haberse negado a recibir cualquier tipo de ayuda de las fuerzas alemanas de la guerra.

Lo malo fue que el soldado alemán comenzó a enamorarse de esa joven que tendría

un desliz tan grande y del que, en parte, también él sería culpable. Pero todo esto no sucedió hasta varios años más tarde...

Al llegar a este punto del cuento, mi viejo solía encenderse un cigarrillo. Resultaba que también a la abuela le gustaba el alemán, ésa fue precisamente la metedura de pata. No sólo le agradeció al abuelo que le reparara la bicicleta, sino que también accedió a que la acompañara hasta la ciudad. La abuela no solamente era desobediente, también era tonta. De eso no cabía ninguna duda. Lo peor de todo fue que estaba dispuesta a volver a ver al *Unterfeldwebel* Ludwig Messner.

Así fue como mi abuela se hizo novia de un soldado alemán. Desafortunadamente, no se elige siempre a la persona de la que uno se enamora. Pero ella debería haber elegido no volver a verlo, antes de enamorarse en serio de él. No lo hizo así, y tuvo que pagarlo caro.

El abuelo y la abuela siguieron viéndose en secreto. Si la gente de Arendal se hubiera enterado de que ella se citaba con un alemán, habría sido lo mismo que renunciar a formar parte de la «gente bien» de la sociedad. Porque de la única manera que la gente normal y corriente podía luchar contra los alemanes era no teniendo nada que ver con ellos.

En el verano de 1944, Ludwig Messner fue enviado de vuelta a Alemania para defender el Tercer Reich en el frente Este. Ni siquiera tuvo tiempo de despedirse como es debido de mi abuela. En el momento en que se subió al tren en la estación de Arendal, desapareció para siempre de su vida. Mi abuela no volvió a saber nada más de él – aunque durante muchos años después del final de la guerra lo estuvo buscando—. Con el tiempo, se iba convenciendo, cada vez más, de que había muerto en la batalla contra los rusos.

Tanto la excursión en bicicleta como lo que pasó después, a lo mejor habría quedado en el olvido, si no hubiera sido porque la abuela se había quedado embarazada. Eso pasó justo antes de que el abuelo se marchara al frente del Este, pero ella no lo supo hasta muchas semanas después de su partida.

Lo que sucedió luego es lo que mi viejo llama la maldad humana, y al llegar a este punto, suele encenderse otro cigarrillo. Mi viejo nació justo antes de la liberación, en el mes de mayo de 1945. Nada más rendirse los alemanes, mi abuela fue capturada por noruegos que odiaban a todas aquellas chicas noruegas que habían estado con soldados alemanes. Desgraciadamente, había muchas chicas de ésas, pero las que peor lo pasaron fueron las que habían tenido un hijo con un alemán. La verdad es que mi abuela estuvo con mi abuelo porque le quería, y no porque ella fuera nazi. De hecho, mi abuelo tampoco era nazi. Antes de que lo cogieran para devolverlo a Alemania, él y la abuela estaban haciendo planes para huir juntos a Suecia. Lo único que los frenaba eran los rumores de que los vigilantes suecos de la frontera habían comenzado a pegar tiros contra los desertores alemanes que intentaban cruzarla.

La gente de Arendal se abalanzó sobre la abuela y le cortaron el pelo al cero. También

le pegaron y golpearon, aunque acababa de dar a luz. Se puede decir con toda seguridad que Ludwig Messner se había comportado mejor que esa gente.

Sin un solo pelo en la cabeza, mi abuela tuvo que ir a vivir con sus tíos Trygve e Ingrid a Oslo, porque ya no estaba segura en Arendal. Aunque era primavera, y hacía calor, tenía que usar gorra porque estaba calva como un viejo. Su madre seguía viviendo en Arendal, y cinco años después del final de la guerra, mi abuela volvió a Arendal con mi viejo en brazos.

Ni la abuela ni mi viejo pretenden disculpar lo que sucedió en Froland. Lo único que podría cuestionarse es el alcance de la condena. Por ejemplo, resulta interesante preguntarse durante cuántas generaciones debe ser castigado un delito. Es evidente que mi abuela tuvo parte de culpa por haberse quedado embarazada, eso tampoco lo ha negado nunca. Pero me resulta más difícil determinar si fue correcto castigar también al niño.

He pensado bastante en esto. Mi viejo nació como resultado de *un* pecado original. Pero todos los seres humanos tienen sus raíces en Adán y Eva, ¿no? Soy consciente de que esta comparación falla en algo. En un caso se trataba de manzanas, y en el otro, de arándanos. Si bien en ambos casos fue una serpiente* la que desencadenó la tentación.

Cualquier madre sabe, sin embargo, que no puede pasarse la vida reprochándose un hijo que ya nació. Yo pienso que no se debe culpar al niño; también un hijo de alemán tiene derecho a gozar de la vida. Pero, en ese punto, mi viejo y yo no nos poníamos de acuerdo.

Mi viejo se crió, pues, como hijo de alemán. Aunque los adultos de Arendal habían dejado de azotar a las «fulanas de alemanes», los niños –que aprenden fácilmente las maldades de los adultos– seguían acosando a los hijos de alemanes. Esto significa que mi viejo tuvo una infancia dura. Cuando cumplió 17 años, ya no aguantó más. Aunque quería mucho a su ciudad, se vio obligado a enrolarse como marinero. Siete años más tarde volvió a Arendal; para entonces, ya había conocido a mamá en Kristiansand. Se fueron a vivir a un viejo chalet en Hisoy, donde yo nací el 29 de febrero de 1972. Por supuesto, yo también debo cargar con parte de lo que sucedió en Froland. Eso es lo que se llama pecado original.

Con una infancia como hijo de alemán y luego muchos años de marinero, mi viejo siempre tuvo cierta afición por las bebidas fuertes. En mi opinión, le gustaban demasiado. Solía decir que bebía para olvidar, pero se equivocaba, porque cuando bebía siempre empezaba a hablar de la abuela y del abuelo, y de su vida como hijo de alemán. A veces también lloraba. Yo creo que esas bebidas fuertes contribuían a que recordara aún más.

Cuando mi viejo me hubo contado la historia de su vida en la autopista alemana, en las afueras de Hamburgo, dijo:

–Y entonces desapareció tu mamá. Cuando tú empezaste a ir a la guardería, ella trabajó primero como profesora de baile. Luego empezó a trabajar de modelo. Viajaba bastante a Oslo, de vez en cuando también a Estocolmo, y un día no volvió a casa. El

único mensaje que nos llegó fue una carta en la que nos decía que había conseguido un trabajo en el extranjero y que no sabía cuándo volvería. Eso es lo que dice la gente que se va a quedar fuera una semana o dos. Pero mamá ya lleva ocho años fuera...

También había oído muchísimas veces lo que mi viejo añadió:

–En mi familia siempre ha faltado algo, Hans Thomas. Siempre ha habido alguien que se ha perdido por el camino. Creo que es una maldición en nuestra familia.

Cuando dijo eso de la maldición, al principio me asusté un poco. Me quedé pensando en ello, y llegué a la conclusión de que tenía razón.

En definitiva, a mi viejo y a mí nos faltaban padre y abuelo paterno, mujer y madre. Y aún había una cosa más, que mi viejo seguramente también tendría en cuenta: cuando mi abuela era pequeña, a su padre le cayó un árbol encima y lo mató; de modo que también ella se crió sin padre. Quizá por eso tuviera un hijo con un soldado alemán que hubo de ir a la guerra a morir. Y quizá por eso, ese niño se casó con una mujer que se fue a Atenas para encontrarse a sí misma.

En la frontera con Suiza, pasamos por una misteriosa gasolinera con un solo surtidor. De una casa verde salió un hombre que era tan pequeño que parecía un enano o algo semejante. Mi viejo sacó un mapa grande para preguntar por la mejor manera de cruzar los Alpes para llegar a Venecia.

El enano contestó con voz chillona mientras señalaba en el mapa. Hablaba sólo alemán, pero mi viejo me iba traduciendo, y dijo que el hombrecillo opinaba que debíamos hacer noche en un pueblo llamado Dorf.

Mientras hablaba, me miraba todo el tiempo, como si nunca hubiera visto un niño. Creo que le gusté, sobre todo porque éramos exactamente igual de altos. Cuando estábamos a punto de arrancar, me dio una pequeña lupa dentro de un estuche verde.

–Cógelo –susurró (Mi viejo tradujo.)–. Hace mucho tiempo la pulí de un vidrio viejo que encontré en la tripa de un corzo malherido. Te resultará útil en Dorf, ya lo creo. Voy a decirte una cosa, chico: nada más verte, me di cuenta de que podrías necesitar una pequeña lupa para el viaje.

Me pregunté si Dorf sería tan pequeño que haría falta una lupa para verlo. Pero me limité a darle la mano y las gracias por el regalo, antes de meterme en el coche. Su mano era mucho más pequeña que la mía y estaba mucho más fría.

Mi viejo bajó la ventanilla y dijo adiós con la mano al enano, que a su vez decía adiós con sus dos cortos brazos.

–Venís de Arendal, ¿verdad? –preguntó justo cuando mi viejo arrancaba.

–Así es –respondió mi viejo, y nos marchamos.

–¿Cómo sabía que venimos de Arendal?

Mi viejo me miró por el retrovisor:

–¿No se lo dijiste tú?

–¡Yo no!

–Que sí –insistió mi viejo–. Desde luego, yo no fui.

Pero yo sabía que yo no se lo había dicho, y aunque así hubiera sido, el enano no lo habría entendido, porque yo no sabía ni una palabra de alemán.

–¿Por qué crees que era tan pequeño? –pregunté cuando ya estábamos en la autopista.

–¿No lo sabes? Ese tipo es tan pequeño porque es un ser artificial. Fue construido por un mago judío hace muchos siglos.

Me di cuenta de que me estaba tomando el pelo, y sin embargo dije:

–Entonces, tiene varios centenares de años, ¿verdad?

–¿Tampoco sabías eso? Los seres artificiales no se hacen viejos como nosotros. Ésa es su única ventaja, que ya es importante, pues significa que jamás van a morir.

Saqué mi lupa para averiguar si mi viejo tenía piojos en el pelo. No vi ninguno, pero sí tenía unos pelos muy feos en la nuca.

Después de haber pasado la frontera de Suiza, vimos una señal que indicaba la salida a Dorf. Nos metimos por una pequeña carretera que subía por los Alpes. El lugar estaba casi desierto, sólo había alguna que otra casa de estilo suizo entre los árboles, sobre las altas colinas.

Empezaba a anochecer y estaba a punto de quedarme dormido en el asiento de atrás, pero cuando mi viejo paró el coche, me desperté de pronto.

–¡Descanso para fumar! –dijo.

Salimos al fresco aire alpino. Ya era totalmente de noche. Por encima de nosotros se extendía el cielo estrellado como una manta eléctrica con miles de lámparas minúsculas, cada una de una milésima parte de un vatio.

Mi viejo se puso a hacer pis en la cuneta. Luego se volvió hacia mí, encendió un cigarrillo, señaló el cielo estrellado y dijo:

–No somos más que unos pequeñísimos seres, hijo mío. Somos minúsculas figuritas de Lego intentando ir a gatas desde Arendal hasta Atenas, en un viejo Fiat. ¡Vivimos en un guisante! Allí fuera, quiero decir, fuera de este guisante sobre el que vivimos, Hans Thomas, hay millones y millones de galaxias. Cada una de ellas consta de millones y millones de estrellas. ¡Y Dios sabe cuántos planetas habrá!

Sacudió la ceniza del cigarrillo y prosiguió:

–No creo que estemos solos, chico, no lo creo. El universo hierve de vida. Lo que pasa es que nunca obtenemos una respuesta cuando preguntamos si estamos solos. Las galaxias son como islas desiertas sin comunicación por barco.

Se podrían decir muchas cosas de mi viejo, pero nunca me ha parecido aburrido hablar con él. No debería haberse contentado con ser mecánico. Si de mí hubiera dependido, le habría dado una subvención del Estado como filósofo. Él mismo dijo algo parecido en una ocasión. Tenemos ministerios de esto y aquello, dijo. Pero no hay

ningún ministerio de filosofía. Incluso los países grandes creen que pueden arreglarse sin él.

Como lo llevaba en los genes, yo intentaba de vez en cuando participar en las conversaciones filosóficas a las que aspiraba mi viejo casi cada vez que hablaba de mamá. Entonces dije:

–Aunque el universo sea grande, no significa que este planeta sea un guisante.

Se encogió de hombros, tiró la colilla al suelo y encendió otro cigarrillo. En realidad, nunca le había preocupado gran cosa lo que opinaran los demás cuando él hablaba de la vida y de las estrellas. Sabía demasiado bien lo que él mismo opinaba. En lugar de contestar, dijo:

–¿De dónde demonios venimos los seres como nosotros, Hans Thomas? ¿Has pensado alguna vez en ello?

Yo había pensado en eso muchísimas veces, pero sabía que, en el fondo, a él no le interesaba lo que yo pudiera contestar.

De modo que le dejé seguir. Mi viejo y yo nos conocíamos desde hacía tanto tiempo que había aprendido que ésa era la mejor manera de actuar.

–¿Sabes lo que me dijo un día tu abuela? Dijo que había leído en la Biblia que Dios está sentado en el cielo riéndose porque los seres humanos no creen en él.

–¿Y por qué? –pregunté; siempre resultaba más fácil preguntar que contestar.

–Veamos. Si existe un Dios que nos ha creado, entonces somos de alguna manera artificiales a sus ojos. Charlamos, regañamos y peleamos. Nos abandonamos los unos a los otros, y nos morimos dejando solos a los demás. ¿Entiendes? Somos muy cojonudos, hacemos bombas atómicas y cohetes que llegan a la luna. Pero ninguno de nosotros se pregunta de dónde venimos. Simplemente estamos aquí, y no nos cuestionamos nada más.

–Y entonces Dios se ríe de nosotros, ¿quieres decir?

–¡Exactamente! Si *nosotros*, Hans Thomas, hubiéramos sabido crear un ser humano artificial que fuera capaz de hablar y no se hiciera la pregunta más sencilla y más importante de todas, es decir, cómo ha sido creado, también nos habríamos reído de buena gana.

Justamente así se rió mi viejo antes de proseguir:

–Deberíamos leer un poco más la Biblia, chico. Después de haber creado a Adán y Eva, Dios se quedó paseándose por el jardín espiándolos, en el sentido literal de la palabra. Se puso al acecho tras árboles y arbustos, vigilando muy de cerca todo lo que hacían. ¿Entiendes? No era capaz de quitarles ojo, tan absorto estaba en lo que había creado. Y no se lo reprocho. Todo lo contrario, le comprendo perfectamente.

Apagó el cigarrillo, con lo que dio por concluido el descanso para fumar. Me dije que, al fin y al cabo, podía considerarme un chico muy afortunado por tener la ocasión de participar en unos treinta o cuarenta descansos como éste para fumar, antes de llegar a Grecia.

Dentro del coche, saqué la lupa que me había regalado el misterioso enano. Decidí usarla para investigar más de cerca la naturaleza. Si me tumbaba en el suelo mirando durante mucho tiempo una hormiga o una flor, a lo mejor llegaba a sonsacar a la naturaleza alguno de sus secretos. Entonces le regalaría a mi viejo un poco de paz interior para Navidad.

Seguíamos subiendo por los Alpes, estábamos tardando mucho en llegar a Dorf.

–¿Estás dormido, Hans Thomas? –preguntó mi viejo después de un largo rato. Si no llega a decir algo, me habría quedado dormido en ese mismo instante.

Para no mentir dije que no, y con esto me despabilé más.

–¿Sabes? –dijo–, estoy empezando a pensar que ese enano nos engañó.

–¿No era verdad que la lupa estuviera en la tripa de un corzo? –murmuré.

–Estás cansado, Hans Thomas. Me refiero al camino. ¿Por qué nos ha enviado por este descampado? También la autopista pasa por los Alpes. Llevamos cuarenta kilómetros sin ver una sola casa, y es más, sin ver siquiera un lugar donde pasar la noche.

Tenía tanto sueño que no tuve fuerzas para contestar. Solamente pensé que a lo mejor tenía el récord mundial en querer a mi viejo. No debería ser mecánico, no. Debería tener ocasión de hablar de los secretos de la vida con los ángeles del cielo. Mi viejo me había enseñado que los ángeles son mucho más sabios que los seres humanos. No son tan sabios como Dios, pero entienden todo lo que el ser humano es capaz de comprender, sin tener que esforzarse nada.

–¿Por qué diablos querría que fuéramos a Dorf? –continuó mi viejo–. A lo mejor nos ha enviado al pueblo de los enanos.

Eso fue lo último que oí antes de quedarme dormido. Soñé con un pueblo lleno de enanos. Todos eran muy buenos. Hablaban por los codos, pero ninguno sabía contestar de dónde venían o en qué parte del mundo se encontraban.

Creo recordar que mi viejo me sacó en brazos del coche y me metió en una cama. Había un aroma a miel en el aire, y una voz de mujer que decía:

–*Ja, ja. Aber natürlich, mein Herr.*

A la mañana siguiente, cuando me desperté, me di cuenta de que habíamos llegado a Dorf. Mi viejo estaba durmiendo en una cama al lado de la mía. Eran más de las ocho y pensé que él necesitaría dormir un poco más. Aunque se le hiciera muy tarde, siempre solía tomarse una copita antes de quedarse frito. Él las llamaba «copitas», pero yo sabía que esas copas podían llegar a ser bastante grandes. Y a veces, también podían ser muchas.

Por la ventana vi un gran lago. Me vestí deprisa y fui al piso de abajo. Allí me

encontré con una señora simpática y gorda que intentaba hablar conmigo, aunque no sabía ni una palabra de noruego.

–Hans Thomas –dijo varias veces. Eso quería decir que mi viejo me había presentado dormido, mientras me llevaba en brazos a la habitación.

Salí al césped que había delante del lago y monté en un extraño columpio alpino. Era tan largo que podía columpiarme por encima de los tejados del pequeño pueblo. Cuanto más alto subía, más paisaje veía.

Estaba un poco impaciente por que mi viejo se despertara. Se quedaría alucinado cuando viera Dorf a la luz del día. Dorf era un típico pueblo de muñecos. A lo largo de una o dos calles estrechas, entre puntiagudas montañas cubiertas de nieve, había algunas tiendas. Cuando subía muy alto en el columpio y miraba hacia abajo, me parecía estar viendo uno de esos pueblecitos de Legolandia. El hostel era un edificio blanco de tres plantas, con contraventanas rosas, y muchas ventanitas de cristales de colores.

Cuando empezaba a hartarme del columpio alpino, mi viejo salió a decirme que el desayuno estaba preparado.

Entramos en lo que puede que fuera el comedor más pequeño del mundo. Solamente cabían cuatro mesas, y, por si fuera poco, mi viejo y yo éramos los únicos huéspedes. Al lado del comedor había un restaurante grande, pero estaba cerrado.

Me di cuenta de que a mi viejo le remordía la conciencia haber dormido hasta más tarde que yo, así que pedí una naranjada con burbujas, en lugar de beber leche de los Alpes. Cedió enseguida, y él, a su vez, pidió un *viertel*. Sonaba bastante misterioso, pero lo que echaron en el vaso tenía un sospechoso parecido con el vino tinto, por lo que deduje que no continuaríamos el viaje hasta el día siguiente.

Mi viejo me contó que estábamos alojados en una Gasthaus, que significa «casa de huéspedes», pero aparte de las ventanitas, no se diferenciaba mucho de un hostel cualquiera. La casa de huéspedes se llamaba Schöner Waldemar y el lago se llamaba lago de Waldemar. Si no me equivocaba, ambas cosas se llamaban así por un mismo hombre llamado Waldemar.

–Nos engañó –dijo mi viejo después de haber bebido su *viertel*.

Comprendí inmediatamente que se refería al enano. Él debía de ser el tal Waldemar.

–¿Hemos dado un rodeo?

–¿Un rodeo, dices? Desde aquí estamos exactamente a la misma distancia de Venecia que desde la gasolinera. Exactamente los mismos kilómetros, sabes. Lo que quiere decir que, todo lo que condujimos después de preguntar por el camino, fue tiempo perdido.

–¡Qué demonios! –exclamé, pues pasaba tanto tiempo con mi viejo que había comenzado a copiarle su lenguaje de marinero.

–Sólo me quedan dos semanas de vacaciones –continuó–. Y además, no es probable que encontremos a mamá nada más llegar a Atenas.

–¿Y por qué no podemos seguir viaje hoy? –tuve que preguntar, pues estaba tan interesado como él en encontrar a mamá.

—¿Y por qué piensas eso?

No me dio la gana contestar a esa pregunta, me limité a señalar el *viertel*.

Entonces empezó a reírse. Soltó tal carcajada que la señora gorda también tuvo que reírse, aunque no entendía ni una palabra de lo que hablábamos.

—Hemos llegado aquí a la una de la madrugada —dijo—. Por lo tanto podríamos tomarnos un día libre para recuperar fuerzas.

Me encogí de hombros. Yo era el que había puesto pegas a conducir de un tirón, sin hacer noche en ninguna parte, por eso no me pareció bien oponerme esta vez. Lo único que me preguntaba era si realmente quería «recuperar fuerzas», o si estaba pensando en aprovechar el resto del día para beber.

Mi viejo empezó a sacar algo de equipaje del Fiat. Al llegar tan tarde la noche anterior, no se había preocupado ni de sacar los cepillos de dientes.

Cuando el jefe puso orden en el coche, decidimos dar un buen paseo. La señora de la casa de huéspedes nos mostró una montaña con una estupenda vista, pero dijo que estaba un poco lejos, y que ya era muy tarde para llegar hasta arriba y volver a bajar.

Entonces, mi viejo tuvo una de sus brillantes ideas. Porque ¿qué hace uno cuando quiere bajar a pie de una montaña y no tiene ganas de subirla antes? Pues pregunta si alguna carretera llega hasta arriba, claro. La señora dijo que sí, pero que, si pensábamos subir en coche y bajar a pie, luego tendríamos que volver a subir para recoger el coche.

—Podemos coger un taxi hasta arriba y luego bajar andando —dijo mi viejo. Y eso fue exactamente lo que hicimos.

La señora llamó a un taxi, y el taxista pensó que estábamos locos, pero mi viejo le mostró unos francos suizos y entonces el taxista hizo exactamente lo que le mandó.

La señora de la casa de huéspedes tenía más sentido de la distancia que el enano de la gasolinera. Nunca habíamos visto un paisaje semejante, tan montañoso y con tan buenas vistas, y eso que veníamos de Noruega.

Abajo, en la lejanía, vislumbramos un minúsculo charco, delante de un microscópico grupo de casas que eran como puntitos. Eran Dorf y el lago de Waldemar.

Aunque estábamos en pleno verano, cuando llegamos a la cima, el viento se filtraba a través de nuestra ropa. Mi viejo dijo que estábamos a mucha más altura sobre el nivel del mar que en ninguna montaña noruega. A mí me parecía estupendo, pero mi viejo estaba decepcionado. Me confesó que había querido llegar hasta la cima, con el solo propósito de ver el Mediterráneo. Quizá pensó que podría ver lo que estaba haciendo mamá allá abajo, en Grecia.

—Cuando trabajaba en el mar, estaba acostumbrado a lo contrario —dijo—. Podía estar sobre la cubierta durante días sin ver tierra.

Intenté imaginarme cómo sería eso.

—Aquello era mucho mejor —dijo mi viejo como si me hubiera leído el pensamiento—. Cuando no he podido ver el mar, siempre me he sentido encerrado.

Iniciamos el descenso siguiendo un sendero que pasaba entre altos y frondosos árboles. También allí olía a miel.

Sólo una vez nos tumbamos en el suelo para descansar. Cuando saqué mi lupa, mi viejo encendió un cigarrillo. Encontré una hormiga que se arrastraba por un palito, pero no quería estarse quieta, de modo que resultaba imposible investigarla. Entonces sacudí el palito para que la hormiga se cayera. Ampliada, parecía muy interesante, pero no me sentía más sabio después de haberla visto.

De pronto, oímos un ruido entre los árboles. Mi viejo se estremeció, como si temiera que en lo alto de la montaña hubiera peligrosos bandidos. Pero sólo era un inocente corzo. El animal se quedó mirándonos a los ojos durante unos segundos, antes de desaparecer por el bosque. Observé a mi viejo y me di cuenta de que se había asustado tanto como el corzo. Desde entonces, siempre he pensado en mi viejo como un corzo, pero nunca me he atrevido a decirlo en voz alta.

Aunque mi viejo se había bebido un *viertel* para desayunar, se mantuvo en bastante buena forma durante todo el día. Bajamos corriendo la ladera de la montaña, y no nos detuvimos hasta descubrir un montón de piedras blancas colocadas en fila en un pedazo de tierra entre los árboles. Habría en total varios centenares, todas eran lisas y redondas, y ninguna más grande que un terrón de azúcar.

Mi viejo se quedó parado rascándose la cabeza.

—¿Crees que crecen aquí? —pregunté.

Negó con la cabeza y dijo:

—Aquí huele a sangre de cristianos, Hans Thomas.

—¿Pero no te resulta un poco extraño que adornen el fondo del bosque tan lejos de la gente?

No contestó inmediatamente, pero yo sabía que estaba de acuerdo conmigo.

Nada le disgustaba más a mi viejo que no encontrar explicación a algo. En esas situaciones, me recordaba un poco a Sherlock Holmes. Por fin dijo:

—Es como un cementerio. Cada piedrecita tiene su lugar bien definido en unos pocos metros cuadrados...

Creí que me iba a decir que los habitantes de Dorf habían enterrado ahí a unos minúsculos seres de Lego, pero eso habría resultado demasiado disparatado, incluso para mi viejo.

—Seguramente los chiquillos entierran aquí mariquitas —dijo, evidentemente, a falta de una explicación mejor.

—Puede ser —dije; acababa de tumbarme encima de una de las piedras con la lupa—. Pero no creo que fueran las mariquitas las que pusieran los huevos que hay en las piedras blancas.

Mi viejo se rió. Estaba turbado. Puso un brazo alrededor de mi hombro, y continuamos el descenso a una velocidad algo más lenta que antes.

Pronto pasamos por una cabaña de madera.

–¿Crees que vive alguien aquí? –pregunté.

–¡Claro que sí! –respondió mi viejo.

–¿Y cómo puedes estar tan seguro?

Se limitó a señalar la chimenea, de la que salía humo.

Un poco más abajo, bebimos agua de un tubo que salía de un pequeño arroyo. Mi padre dijo que eso era una fuente.

Cuando volvimos a Dorf, era ya bastante tarde.

–¡Qué bien va a sabernos la cena! –dijo mi viejo.

El restaurante estaba abierto, así que no tuvimos que meternos en el pequeño comedor. Había algunos «dorfienses» sentados en torno a una mesa, con una jarra de cerveza.

Comimos salchichas y *choucroute* suiza. De postre, tomamos una especie de tarta de manzana con nata de los Alpes.

Después de la cena, mi viejo se quedó sentado «saboreando» el licor de los Alpes, como él dijo. Yo estaba tan aburrido que me subí una botella de refresco de cerezas a la habitación y me puse a leer, por última vez, los tebeos noruegos del Pato Donald que me había leído ya diez o veinte veces. Luego me puse a hacer solitarios. Hice «el siete» dos veces, pero las dos veces se me estropeó casi nada más haber colocado las cartas. Entonces volví a bajar al restaurante.

Quería intentar convencer a mi viejo de que subiera a la habitación, antes de que estuviera tan borracho que no me pudiese contar historias de los siete mares. Pero era evidente que aún no había terminado de saborear el licor de los Alpes. Estaba hablando en alemán con algunos dorfienses.

–Puedes dar una vuelta y ver el pueblo –dijo.

Me pareció muy mal que no quisiera venirse conmigo.

Pero ahora me alegro de haber hecho lo que me mandó. Creo que he nacido con mejor estrella que mi viejo.

En «dar una vuelta y ver el pueblo» tardé exactamente cinco minutos, así de pequeño era. Prácticamente, constaba de una sola calle, que se llamaba Waldemar. Los habitantes de Dorf no tenían mucha imaginación para inventar nombres.

Estaba bastante cabreado con mi viejo, porque se había quedado sentado con los dorfienses, bebiendo licor de los Alpes. ¡«Licor de los Alpes»! Sonaba un poco mejor que decir alcohol. En una ocasión, mi viejo había dicho que no tenía salud para dejar de beber. Esa frase se quedó dando vueltas y vueltas en mi cabeza hasta que la entendí. Como todo el mundo sabe, lo normal es que la gente diga lo contrario, pero podía ser que mi viejo fuera una excepción. Por algo era hijo de alemán.

Todas las tiendas del pueblo estaban cerradas, pero vi que una furgoneta roja se

detuvo delante de una tienda de ultramarinos para entregar mercancía. Una chica suiza jugaba a la pelota contra una pared, un viejo estaba sentado en un banco debajo de un gran árbol fumando en pipa. ¡Pero eso era todo! A pesar de sus muchas casas de cuento, el pequeño pueblo alpino me resultó horriblemente aburrido y, a decir verdad, no entendía en absoluto para qué podía necesitar una lupa.

Lo único que me animaba un poco era que, a la mañana siguiente, proseguiríamos nuestro viaje. Y que por la tarde llegaríamos a Italia. Desde allí atravesaríamos Yugoslavia para llegar a Grecia. Y en Grecia quizá podríamos encontrar a mamá. El solo hecho de pensarlo me producía una especie de cosquilleo en el estómago.

Crucé la calle en dirección a una pequeña panadería. Era el único escaparate que aún no había visto. Junto a una bandeja con pastas resacas había una pecera que contenía solamente un pez naranja. En la parte superior del recipiente faltaba un trozo de cristal. El hueco era más o menos del mismo tamaño que la lupa que me había regalado el misterioso enano de la gasolinera. Saqué la lupa del bolsillo y la miré, era un poco más pequeña que el trozo de pecera que faltaba.

Un minúsculo pececito de color naranja nadaba sin parar dentro de la pecera. Seguramente se alimentaba con migas de pastas. Pensé que a lo mejor un corzo había querido comerse al pez y se había llevado un trozo de pecera, en lugar del pez.

De repente, por la minúscula ventana, entró el sol de la tarde e iluminó la pecera. Entonces vi que el pez no sólo era de color naranja, también era rojo, amarillo y verde. Tanto el agua como el cristal de la pecera estaban cogiendo el color del pez, era como una caja de pinturas. Cuanto más miraba al pez, al cristal y al agua, más me iba olvidando de dónde estaba. Durante unos segundos, creí que yo era el pez de la pecera, y que el pez era el que estaba fuera mirándome a mí.

Mientras estaba observando al pez, me di cuenta, de repente, de que había un señor viejo, de pelo blanco, detrás del mostrador de la panadería. Me estaba mirando y, con la mano, me hizo una señal para que entrara.

Me pareció un poco raro que una panadería estuviera abierta tan tarde. Primero eché un vistazo en dirección al Schöner Waldemar, para ver si mi viejo había acabado de tomar su licor de los Alpes, pero como no le vi, abrí la puerta de la panadería y entré.

–*Grüßs Gott!* –dije solemnemente. Era lo único que había aprendido a decir en suizo alemán, y significaba «saludado sea Dios» o algo por el estilo.

Inmediatamente me di cuenta de que ese hombre era una buena persona.

–¡Noruego! –dije golpeándome el pecho para que entendiera que yo no comprendía su idioma.

El viejo se inclinó sobre el ancho mostrador de mármol, mirándome fijamente a los ojos.

–¿De verdad? También he yo en Noruega vivido. Hace años muchísimos. Ahora he casi todo el noruego olvidado.

Se volvió y abrió una vieja nevera, de la que sacó una botella de refresco. Quitó el corcho y la puso sobre el mostrador.

–¿Und, gustan a ti los refrescos? –preguntó–. ¿No? Toma, mi joven amigo. Es un muy bueno refresco.

Me llevé la botella a la boca y bebí unos sorbos. Sabía aún mejor que el refresco de cerezas del Schöner Waldemar. Creo que era un refresco con sabor a pera.

El viejo de pelo blanco volvió a inclinarse sobre el mostrador, y dijo en voz baja:

–¿Está bueno?

–Buenísimo –exclamé.

–Sí, claro, verdaderamente es muy bueno. Aquí, en Dorf, otra clase de refresco hay. Es aún mejor. Pero no se vende en las tiendas. ¿Comprendes tú?

Asentí con la cabeza. Hablaba tan bajo y de una manera tan rara que casi me asusté. Pero volví a mirar sus ojos azules, que eran todo bondad.

–Vengo de Arendal. Mi viejo y yo vamos a Grecia a buscar a mi mamá. Desgraciadamente, se ha perdido en el mundo de la moda.

Me lanzó una mirada penetrante.

–¿Dices tú Arendal, amigo mío? ¿Se ha perdido? Hay más gente que se ha perdido. Yo también he en Grimstad vivido. Pero allí me habrán olvidado.

Le miré. ¿Sería verdad que había vivido en Grimstad? Era la ciudad más próxima a la nuestra. Mi viejo y yo solíamos ir hasta allí en barco los veranos.

–No está... muy lejos de Arendal –balbuceé.

–No, no. Y yo sabía que un joven aquí a Dorf un día vendría. Para recoger el tesoro, hijo mío. Ya no es sólo mío.

De repente oí que mi viejo me llamaba. Por su voz deduje que había bebido un montón de licor de los Alpes.

–Muchas gracias por el refresco. Ahora tengo que irme, mi viejo me está llamando.

–Padre sí. *Aber natürlich*, amigo mío. Espera un momento. Mientras tú has el pez mirado, yo he en el horno panecillos puesto. Que tú la lupa tenías vi. Entonces me di cuenta de que el joven eras. Ya lo entenderás, hijo mío, ya lo entenderás...

El viejo desapareció en la trastienda y volvió al instante con cuatro panecillos recién hechos que metió en una bolsa de papel. Me dio la bolsa y dijo muy serio:

–Sólo una cosa importante me tienes que prometer. Debes el panecillo más grande para el final guardar y cuando tú solo estás comer. Y nunca debes nada a nadie contar, ¿comprendes tú?

–Sí, sí –contesté–. Y muchas gracias.

Salí a la calle. Todo transcurrió tan rápidamente que no recuerdo nada más hasta el encuentro con mi viejo, entre la pequeña panadería y el Schöner Waldemar.

Le conté que un viejo panadero que había emigrado de Grimstad me había regalado una botella de refresco y cuatro panecillos. Seguramente, mi viejo pensaba que me lo

estaba inventando, pero se comió uno de los panecillos de camino al hostal. Yo me comí dos. El panecillo más grande lo dejé en la bolsa.

Mi viejo se quedó frito nada más echarse en la cama. Yo me quedé despierto pensando en el viejo panadero y en su pez naranja. Al final, me entró tanta hambre que me levanté de la cama para coger la bolsa con el último panecillo. Me senté en una silla y mordí un trozo en la oscuridad.

De repente noté que mis dientes se toparon con algo duro. Hurgué en el panecillo y encontré un objeto del tamaño de una caja de cerillas. Mi viejo estaba en su cama roncando. Encendí la lámpara e iluminé la silla.

Lo que tenía en las manos era un minúsculo libro. En la portada ponía: *La bebida púrpura y la isla mágica*.

Empecé a hojearlo. Era muy pequeño, pero tenía más de cien páginas con letra también diminuta. Lo abrí por la primera página e intenté leer sus pequeñísimas letras, pero era totalmente imposible. Entonces me acordé de la lupa que me había regalado el enano de la gasolinera. Busqué en mis pantalones; en uno de los bolsillos encontré la lupa dentro de su estuche verde y la puse sobre las letras de la primera página. Seguían siendo minúsculas, pero ahora eran lo suficientemente grandes como para poder leerlas inclinando la cabeza sobre la lupa.

Jamás escribiré una novela. Sería incapaz de centrarme en una sola historia. Cuando empiezo a desentrañar una fábula, ésta absorbe enseguida cuatro u ocho más. Al final se forma un gran enredo, con diferentes niveles de historias base y un sinfín de historias intercaladas con varios narradores en diferentes niveles de narración, lo que algunos llaman cajas chinas, porque no soy capaz de dejar de pensar, no soy capaz de dejar de tramar ideas. Se trata de algo casi orgánico, algo que va y viene por su cuenta. Me ahogo en mi propio excedente, siempre estoy a punto de reventar. El cerebro sangra constantemente ideas nuevas. Tal vez por eso empiezan a gustarme los taburetes de los bares. En ellos puedo vaciarme.

La bebida púrpura

Querido hijo (permíteme llamarte así), estoy narrando la historia de mi vida. Sé que un día vas a venir a este pueblo. Quizá pases por la panadería de la calle Waldemar, y te pares delante de la pecera para mirarla. Tú no sabes por qué vienes aquí, pero yo sé que has venido a Dorf para continuar la historia sobre la bebida púrpura y la isla mágica.

Estoy escribiendo en el mes de enero de 1946 y soy aún un hombre joven. Cuando te encuentres conmigo, dentro de treinta o cuarenta años, seré viejo y tendré el pelo blanco. Estoy contando mi historia a alguien que vendrá después de mí.

El papel sobre el que escribo es como un bote salvavidas, hijo desconocido. Un bote salvavidas puede navegar contra viento y marea, hasta llegar, tal vez, a un puerto lejano. Pero algunos de esos botes toman un rumbo totalmente distinto. Navegan hacia el País del Mañana, y, desde allí, no hay camino de retorno.

¿Y cómo sé yo que eres tú el que vas a llevar la historia al futuro? Lo veré cuando vengas hacia mí, hijo. Veré que llevas la señal.

Escribo en noruego para que me entiendas, pero también para que la gente de Dorf no pueda leer la historia de los enanos. Si así fuera, el secreto de la isla mágica se convertiría en una sensación y una sensación funciona siempre como una novedad, y una novedad nunca tiene una larga vida. Atrae la atención durante un día, y luego se olvida. Pero la historia de los enanos no debe apagarse jamás con el brillo de la noticia. Es preferible que sólo un ser humano conozca el secreto de los enanos a que todos los seres humanos se olviden de él.

Yo fui uno de los muchos que buscaron un nuevo paradero después de la Gran Guerra. Media Europa se había convertido de golpe en un campo de refugiados. Un continente entero se estaba despidiendo. No sólo éramos refugiados políticos, también éramos almas desalojadas, en busca de nosotros mismos.

Tuve que abandonar Alemania para iniciar una nueva vida, pero como suboficial del ejército del Tercer Reich, las posibilidades de huida no fueron muchas.

No sólo me encontré en una nación destrozada. De ese país del norte me había traído un amor también destrozado. Todo el mundo estaba fragmentado a mi alrededor.

Sabía que no podía vivir en Alemania, pero tampoco podía volver a Noruega. Al final logré llegar, a través de las montañas, a Suiza.

Por allí estuve vagando algunas semanas, pero en Dorf me encontré con el viejo

panadero Albert Klages.

Yo bajaba de la montaña. Agotado por el hambre y la caminata de muchos días, vi de pronto un pequeño pueblo. El hambre me hizo correr, como un animal perseguido, a través del espeso bosque. Al poco tiempo, me desplomé delante de una vieja cabaña de madera. Oía el zumbido de las abejas y me llegaba un olor a leche y miel.

El viejo panadero debió de llevarme en brazos hasta el interior de la cabaña. Al despertarme sobre un camastro, vi a un hombre de pelo blanco sentado en una mecedora fumando en pipa. Cuando me vio mover los párpados, acudió inmediatamente a mi lado.

–Has vuelto a casa, querido hijo –dijo con voz reconfortante-. Sabía que un día llegarías a mi puerta para recoger el tesoro, hijo mío.

Debí de volver a dormirme. Cuando desperté de nuevo, estaba solo en la cabaña. Me levanté y salí afuera. Allí estaba sentado el viejo, inclinado sobre una mesa de piedra en la que había una hermosa pecera. Y, dentro de la pecera, nadaba un hermoso pez de muchos colores.

Se me ocurrió inmediatamente que era muy extraño que un pecesito de un mar muy lejano pudiera nadar tan a gusto aquí, entre altas montañas, en el centro de Europa. Una parte viva del mar había sido llevada hasta los Alpes suizos.

–*Grüss Gott!* –saludé al viejo.

Se volvió y me miró con ojos bondadosos.

–Me llamo Ludwig –le dije.

–Y yo soy Albert Klages –replicó.

Se metió en la cabaña, pero volvió a salir al sol con leche, pan, queso y miel.

Señalando hacia abajo, al pequeño pueblo, dijo que se llamaba Dorf y que él tenía allí una pequeña panadería.

Me quedé a vivir unas semanas con el viejo. Pronto empecé a acompañarle a la panadería. Albert me enseñó a hacer pan y bollos, roscones y toda clase de pastas. Yo sabía de antes que los suizos eran grandes expertos en bollería y en pastelería.

Albert se alegró de tener ayuda, sobre todo para vaciar los enormes sacos de harina.

También intentaba relacionarme con la gente del pueblo. De vez en cuando visitaba la vieja taberna Schöner Waldemar.

Creo que la gente del pueblo llegó a apreciarme. Seguramente sabían que había sido soldado alemán, pero nadie me hacía preguntas sobre mi pasado.

Una noche, alguien hizo un comentario sobre Albert, quien tan bien me había recibido.

–Está un poco chiflado –dijo el labrador Fritz André.

–También lo estaba el anterior panadero –continuó el viejo tendero Heinrich Albrechts.

Cuando intervine en la conversación, preguntando qué querían decir con eso, al principio me contestaron con evasivas. Había bebido algunos vasos de vino y noté que la cara me ardía.

–¡Si no queréis contestar a mi pregunta, retirad por lo menos esos chismes maliciosos

sobre el que os hace el pan que coméis! –dije.

No se dijo nada más sobre Albert aquella noche. Pero algunas semanas más tarde, Fritz volvió a hablar de ello:

–¿Sabes dónde consigues todos sus pececitos de colores?

Me había dado cuenta de que me prestaban un interés especial, porque compartía la casa con el viejo panadero.

–No sabía que tuviera más de uno –contesté, y era verdad–. Seguramente ése lo habrá comprado en Zurich, en una tienda de animales.

El viejo labrador y el tendero se echaron a reír.

–Tiene muchos más –añadió el labrador–. Una vez que mi padre volvía de cazar, Albert estaba ventilando sus pececitos. Los había colocado todos al sol, y no eran pocos, te lo digo yo, aprendiz de panadero.

–Además, nunca ha salido de Dorf –replicó el tendero–. Tenemos exactamente la misma edad, y, que yo sepa, nunca ha estado fuera de aquí.

–Algunos opinan que es un mago –añadió el labrador–, hay gente que dice que, además de hacer pan y bollos, también *fabrica* esos pececitos. Al menos una cosa es cierta, y es que no los ha pescado en el lago de Waldemar.

También yo empecé a preguntarme si verdaderamente Albert no estaría guardando un gran secreto. Había algunas frases que siempre se repetían en mis oídos. «Has vuelto a casa, querido hijo. Sabía que un día llegarías a mi puerta para recoger el tesoro, hijo.»

No quise herir al viejo panadero contándole los chismes del pueblo. Si de verdad guardaba un secreto, yo estaba seguro de que me lo desvelaría cuando llegara el momento oportuno.

Durante mucho tiempo, pensé que se hablaba tanto del viejo panadero porque vivía solo allá en lo alto, en las afueras del pueblo. Pero, esa vieja casa, también a mí me daba que pensar.

Al entrar en ella, te encontrabas en una gran sala con una chimenea y un rincón que servía de cocina. En la sala había dos puertas, una era la del dormitorio de Albert y la otra, la de un pequeño cuarto que me asignó cuando llegué a Dorf. Los techos no eran especialmente altos, pero al mirar la casa desde fuera resultaba claro que debía de haber un gran desván. Desde la colina detrás de la casa se veía, además, una pequeña claraboya en el tejado de pizarra.

Lo curioso era que Albert nunca hablaba del desván. Tampoco subía nunca, así que cada vez que mis compañeros mencionaban a Albert, me era inevitable pensar en ese desván.

Pero una noche que estuve en Dorf y que volví tarde a casa, oí al viejo andar por el desván. Me sorprendí tanto, y debo reconocer que también me asusté un poco, que salí corriendo a coger agua de la fuente. Tardé mucho, y cuando volví a entrar, Albert estaba sentado en la mecedora fumando su pipa.

–Llegas tarde –dijo, pero tuve la sensación de que estaba pensando en otra cosa muy distinta.

–¿Has estado en el desván? –pregunté. No sabía cómo me había atrevido a mencionar eso, simplemente se me escapó.

Dio un respingo. Pero luego me miró con esos ojos tan bondadosos, con los que me había mirado aquel día, varios meses antes, en que me recogió delante de la vieja casa cuando llegué completamente agotado.

–¿Estás cansado, Ludwig?

Negué con la cabeza. Era sábado por la noche. Al día siguiente podíamos dormir hasta que nos despertara el sol.

Se levantó y echó algunas ramas más al fuego.

–Entonces nos quedamos sentados aquí esta noche.

Albert vino a sentarse en la mecedora. Encontró algo de tabaco en un viejo estuche, llenó la pipa y la encendió.

–Nací aquí en Dorf en 1881 –empezó–. Era el más pequeño de cinco hijos. Quizás por eso era el que estaba más apegado a mi madre. Aquí, en Dorf, existía la costumbre de que los chicos se quedaran en casa, con la madre, hasta los 7 u 8 años, pero, cuando cumplían ocho, empezaban a acompañar a su padre al bosque y al campo.

»Recuerdo todas aquellas luminosas mañanas en que estaba en la cocina, pegado a las faldas de mi madre. Sólo los domingos nos reuníamos toda la familia. Entonces dábamos largos paseos juntos, comíamos tranquila y pausadamente y jugábamos a los dados por la noche.

»De repente, un día llegó la desgracia a la familia. Cuando yo sólo tenía 4 años, mi madre enfermó de tuberculosis. Convivimos con esa enfermedad durante mucho tiempo.

»Como era muy pequeño, no entendía muy bien lo que pasaba, pero recuerdo que mi madre se tenía que sentar a menudo para descansar. Poco a poco, se iba quedando postrada en la cama durante largas temporadas. A veces me sentaba al lado de su cama y le contaba cuentos que yo mismo había inventado.

»Un día la encontré inclinada sobre el banco de la cocina, con un violento ataque de tos. Al ver que tosía sangre, me enfadé tanto que empecé a destruir todo lo que encontré en la cocina: platos, tazas, vasos, todo lo que tuve a mano. En ese momento, comprendí que ella iba a morir.

»También recuerdo que mi padre entró en mi habitación un domingo por la mañana temprano, antes de que los demás se hubieran despertado.

»–Albert –dijo–. Tú y yo tenemos que hablar, porque ya no falta mucho tiempo para que tu madre muera.

»–¡No va a morir! –grité enfurecido–. ¡Estás mintiendo!

»Pero no mentía. Sólo permaneció con nosotros algunos meses más. Aunque era muy pequeño, me acostumbré a vivir con la idea de la muerte mucho antes de que llegara.

Notaba que mi madre se iba quedando cada vez más pálida y delgada. Siempre tenía fiebre.

»Lo que mejor recuerdo es el entierro. Tanto mis dos hermanos como yo tuvimos que pedir prestada ropa de luto a amigos del pueblo. Fui el único que no lloré; estaba tan enfadado con mamá porque nos había abandonado que no derramé ni una lágrima. Desde entonces, siempre he pensado que la mejor medicina contra el dolor del alma es el enfado...

El viejo me miró, como si supiera que también yo llevaba dentro un gran dolor.

—Así mi padre tuvo que ocuparse de cinco hijos —prosiguió—. Al principio, nos arreglamos bastante bien. Además de trabajar en la pequeña granja, mi padre también se convirtió en el jefe de Correos del pueblo. En aquellos tiempos, Dorf sólo tenía doscientos o trescientos habitantes. Mi hermana mayor, que tenía 13 años cuando murió mi madre, empezó a ocuparse de la casa, y yo, que era demasiado pequeño para ayudar, pasaba mucho tiempo solo. Con frecuencia, iba al cementerio y me sentaba delante de la tumba de mi madre a llorar. Todavía no le había perdonado haber muerto.

»Pronto, mi padre comenzó a beber, primero sólo los fines de semana, pero al cabo de poco tiempo, también todos los días. Primero perdió el puesto en Correos, más tarde también la granja comenzó a decaer. Mis dos hermanos se fugaron a Zurich antes de hacerse adultos. Yo seguía solo como siempre.

»Con el tiempo, la gente empezó a molestarme diciéndome que mi padre siempre estaba «alegre». Si le encontraban completamente borracho en el pueblo, alguien le solía ayudar a meterse en la cama. Pero el que recibía el castigo era yo. Al parecer, siempre era yo el que tenía que pagar por la muerte de mi madre.

»Finalmente, encontré un buen amigo: Hans el Panadero. Era un anciano de pelo blanco, que había llevado la pequeña panadería del pueblo durante muchísimos años. Pero no se había criado en Dorf, razón por la cual siempre fue considerado forastero. Además, era un hombre de pocas palabras. La gente del pueblo opinaba que nadie le conocía bien.

»Hans el Panadero había sido marinero, pero se había establecido de panadero en el pueblo al volver tierra adentro, tras haber pasado muchos años en el mar. Cuando andaba por la panadería en camiseta —lo que no era muy frecuente—, mostraba cuatro grandes tatuajes en los brazos. Eso le convirtió en un hombre algo misterioso a nuestros ojos. Nadie más en Dorf tenía tatuajes.

»Recuerdo especialmente el tatuaje de una mujer sentada sobre una gran ancla. Debajo del tatuaje ponía «MARÍA». Circulaban muchas historias sobre ella. Unos decían que había sido su novia, y que había muerto de tuberculosis antes de cumplir los 20 años. Otros decían que Hans el Panadero había matado a una mujer alemana que se llamaba María, y que por eso se había instalado en Suiza...

Me parecía que Albert me miraba como si supiera que también yo me había fugado por una mujer. ¿¡No creería que yo la había matado!?, pensé.

Añadió:

–También había quien decía que *María* era el nombre de un barco con el que había navegado, pero que había naufragado en algún lugar del gran Atlántico.

Albert se levantó y cogió un gran queso de cabra y un pan. También puso sobre la mesa dos vasos y una botella de vino.

–¿Te aburro, Ludwig? –me preguntó.

Dije enérgicamente que no con la cabeza, y el viejo panadero prosiguió:

–Como yo era una especie de «niño callejero», me quedaba parado de vez en cuando delante de la panadería de la calle Waldemar. Tenía hambre, y me parecía que el hambre se aliviaba mirando los panes y las pastas. Un día, Hans el Panadero me hizo una señal para que entrara en la panadería y me dio un gran trozo de bizcocho de pasas. Desde ese día tenía un amigo. Ese día empieza mi era, Ludwig.

»Desde entonces pasaba muy a menudo a ver a Hans el Panadero. Creo que pronto descubrió lo solo que me encontraba, totalmente abandonado a mi suerte. Si tenía hambre, me daba un trozo de un pan recién hecho, otras veces, me regalaba succulentos pasteles y alguna que otra botella de refresco. Como compensación, empecé a hacer pequeños recados para él, y antes de cumplir los trece años, me había convertido en aprendiz de panadero. Pero eso fue después de muchos y largos años. Antes de eso, todo fue revelado. Entonces yo ya me había convertido en su hijo.

»Ese mismo año murió mi padre. Supongo que habría que decir que la bebida lo mató. Hasta el final, hablaba de que se encontraría con mi madre en el cielo. Mis dos hermanas se habían casado y vivían lejos de Dorf, y de mis dos hermanos no sé nada hasta la fecha...

Por fin, Albert echó vino en los vasos. Se acercó a la chimenea a vaciar la ceniza de su pipa. Luego la llenó de tabaco y la volvió a encender. La habitación se inundó de grandes y densas nubes de humo.

–Hans el Panadero y yo nos convertimos en un apoyo el uno para el otro. En una ocasión, también actuó como mi protector, cuando cuatro o cinco chicos se lanzaron sobre mí fuera de la panadería. Me habían tirado al suelo a puñetazos. Por lo menos, así es como lo recuerdo ahora. Yo ya sabía, desde hacía mucho tiempo, por qué era posible que sucedieran esas cosas. Era el castigo que merecía porque mi madre había muerto y mi padre era un borracho. Pero ese día Hans el Panadero salió hecho una furia. Fue algo que no olvidaré jamás, Ludwig. Me separó de ellos y les pegó a todos, ni uno se libró de algún que otro rasguño. Quizá estuviera más violento de lo estrictamente necesario, pero, desde ese día, nadie volvió a atreverse a hacerme nada.

»Bueno, esa pelea fue, en muchos aspectos, un momento crucial en mi vida. Hans el Panadero me hizo entrar en la panadería, sacudió su delantal blanco y abrió una botella de refresco que puso sobre el mostrador de mármol.

»–¡Bebe! –me ordenó.

»Hice como me dijo, y me pareció que ya me había recompensado con creces por la

pelea.

»—¿Te ha gustado? —me preguntó, casi sin dejarme acabar el primer sorbo de la dulce bebida.

»—Muchas gracias —contesté sin más.

»—Si este refresco te ha sabido bien, te prometo que un día te ofreceré una bebida que te sabrá mil veces mejor.

»Yo pensaba, claro está, que estaba bromeando, pero nunca olvidé esa promesa. Fue por la manera en que lo dijo; y también por la propia situación. Él estaba todavía acalorado por el esfuerzo que había hecho fuera en la calle. Además, Hans el Panadero no solía bromear...

Albert Klages balbuceó y tosió. Pensé que se le había metido el humo por la garganta, pero debió de ser simplemente por la excitación. Me miró por encima de la mesa, con sus ojos negros algo entornados:

—¿Tienes sueño, chico? ¿Quieres que sigamos otro día?

Bebí un sorbo de vino y negué con la cabeza.

—Yo no tenía más que 12 años entonces —prosiguió ensimismado—. Los días transcurrían como antes, pero ya nadie en el pueblo se atrevía a meterse conmigo. Yo visitaba constantemente al panadero. Algunas veces charlábamos, otra veces se limitaba a darme un trozo de rosquilla antes de volver a enviarme a la calle. Lo veía muchas veces muy callado; pero, otras, me contaba emocionantes historias sobre el mar. Así aprendí muchas cosas de lejanos países.

»Siempre era yo quien pasaba a verle a la panadería. No me encontré jamás con él en otro sitio. Pero un frío día de invierno, cuando estaba sentado tirando piedras al hielo de la calle Waldemar, apareció de repente a mi lado.

»—Estás creciendo, Albert —se limitó a decir.

»—Cumpliré 13 años en febrero.

»—Bueno, bueno, creo que ha llegado el momento. Dime, ¿crees que ya eres lo suficientemente mayor como para guardar un secreto?

»—Guardaré todos los secretos que me quieras contar hasta el día en que me muera.

»—Eso pensaba yo. Y es importante, hijo mío, porque a lo mejor no me queda mucho tiempo de vida.

»—Claro que sí —me apresuré a contestar—. Te queda mucho tiempo.

»De repente, me quedé helado; tan helado como el hielo y la nieve que me rodeaban. Era la segunda vez en mi vida que me veía obligado a recibir un mensaje de muerte.

»Hizo como si no me hubiera oído, y siguió diciendo:

»—Sabes dónde vivo, Albert. Quiero que vayas a mi casa esta noche.

Albert Klages levantó el vaso y bebió un sorbo de vino.

Mirando su anciano rostro, me resultaba curioso pensar que ese hombre hubiera sido un día aquel niño desamparado que había perdido a su madre. Intenté imaginarme aquella extraña relación que se había ido entablando entre él y Hans el Panadero.

Yo también me sentía solo y abandonado cuando llegué a Dorf, pero él, que me recibió entonces, había sido tan desgraciado como yo.

Albert volvió a dejar el vaso sobre la mesa, y removió la leña en la chimenea con el atizador, antes de proseguir:

–Toda la gente de Dorf sabía que Hans el Panadero vivía en una cabaña de madera en las afueras de Dorf. Corrían muchos rumores sobre cómo era la cabaña por dentro, pero no creo que nadie hubiera entrado nunca en su casa. Por eso, no era de extrañar que sintiera cierto cosquilleo en el estómago, cuando aquella noche de invierno subía las nevadas cuestas que conducían a casa de Hans. Yo era la primera persona que iba a tener acceso a la casa del enigmático panadero...

»Sobre las montañas del este, se dibujaba una blanca luna llena y ya habían aparecido las primeras estrellas en el cielo de la tarde.

»Subiendo la última cuesta, me volví a acordar de que Hans había dicho que un día me iba a dar a probar una bebida mil veces mejor que el refresco que me dio después de la gran pelea. ¿Tendría algo que ver esa bebida con el gran secreto?

»Pronto divisé la casa en lo alto de la colina, y como seguramente ya habrás adivinado, Ludwig, esa casa es la misma en la que te encuentras ahora.

Asentí con la cabeza y el viejo panadero continuó:

–Dejé atrás la fuente, crucé el patio, que estaba cubierto de nieve, y llamé a la puerta. Hans el Panadero contestó:

»–¡Entra, hijo!

»Recuerda que yo no tenía más que 12 o 13 años en aquella época. Vivía todavía en la granja con mi padre, y me resultaba muy extraño que otro hombre me llamara «hijo».

»Entré y fue como adentrarme en otro mundo. Hans el Panadero estaba sentado en una gran mecedora, y por toda la sala había peceras con peces de colores. Una franja del arco iris resplandecía en cada rincón.

»Pero no sólo había peces de colores. Permanecí de pie durante mucho rato, viendo cosas que no había visto jamás. Hasta muchos años más tarde, no fui capaz de dar nombre a todo lo que vi.

»Había botellas con barcos dentro, caracolas, estatuas de Buda y piedras preciosas, boomerangs y muñecas negras, viejos sables y espadas, cuchillos y pistolas, pufs persas y mantas indias de lana de llama. Me fijé especialmente en una extraña figura de cristal de un animal, que tenía la cabeza puntiaguda y seis patas. Era todo como un torbellino de países lejanos. A lo mejor había oído hablar de alguno de aquellos objetos, pero yo aún no había visto ninguna fotografía.

»El ambiente que se respiraba en el interior de la pequeña cabaña era muy distinto del que me había imaginado. Era como si ya no estuviera en casa de Hans el Panadero, sino en la de un viejo marino. Había varias lámparas de aceite encendidas –muy distintas de los quinqués que yo conocía–, que deberían de proceder de algún barco.

El viejo me invitó a sentarme en una silla junto a la chimenea, y era precisamente la

silla en la que estás sentado tú ahora, Ludwig. ¿Entiendes?

Volví a asentir con la cabeza.

—Antes de sentarme en la silla, di una vuelta por la sala, mirando los peces de colores. Algunos eran rojos, amarillos y naranjas, otros eran verdes, azules y malvas. El único pececito de ese tipo que había visto antes era el que nadaba dentro de una pecera que había encima de una mesa en la trastienda de la panadería. A menudo me había quedado mirando ese pececito, mientras Hans amasaba sus panes.

»—¡Cuántos peces tienes! —exclamé mientras cruzaba la habitación para ir hacia él—. ¿Vas a decirme dónde los has capturado?

»Dijo riéndose:

»—Todo a su debido tiempo, hijo, todo a su debido tiempo. Dime, ¿te gustaría convertirte en el panadero de Dorf, el día que yo desaparezca?

»Aunque sólo era un niño, esa idea ya me había pasado por la cabeza. No tenía a nadie más en el mundo que a Hans el Panadero y su panadería. Mi madre había muerto, mi padre ya había dejado de preocuparse por mis idas y venidas, y todos mis hermanos se habían marchado de Dorf.

»—Ya había decidido ser panadero —dije solemnemente.

»—Eso me parecía, replicó el viejo pensativo—. Hmm... Entonces, también tendrás que cuidar de mis peces. Y eso no es todo. También guardarás el secreto de la bebida púrpura.

»—¿La bebida púrpura?

»—Eso, y todo lo demás, hijo mío.

»—Cuéntame lo de la bebida púrpura.

»Levantó sus blancas cejas y susurró:

»—Primero hay que probarla, chico.

»—¿Y no puedes decirme a qué sabe?

»Negó con su vieja cabeza.

»—Los refrescos normales saben a naranja, pera o frambuesa, y ya está. Eso no ocurre con la bebida púrpura, Albert. Esa bebida sabe a todo eso a la vez, y también a frutas y a bayas que jamás has probado.

»—Entonces será muy buena —dije.

»—¡Más que buena! Los refrescos normales solamente dejan sabor en la boca... primero en la lengua y en el paladar, y luego un poco en la garganta. Pero la bebida púrpura también deja sabor más arriba, en la nariz y la cabeza, y más abajo, hasta las piernas, y también en los brazos.

»—Creo que estás bromeando.

»—¿Eso crees?

»El viejo parecía perplejo, así que decidí preguntarle algo más fácil de contestar.

»—¿De qué color es?

»Hans el Panadero se echó a reír.

»—Cuánto preguntas, chico; eso me gusta, pero no siempre resulta fácil contestarte; será mejor que te la *enseñe*.

»Dicho esto, se levantó y fue hacia la puerta que daba a un pequeño dormitorio. También allí había una gran pecera de cristal, con un pez de colores dentro. El viejo sacó una escalera de debajo de la cama, y la colocó contra la pared. En el techo vi una trampilla que estaba cerrada con un grueso candado.

»El panadero subió por la escalera y abrió la trampilla con una llave que sacó del bolsillo de la camisa.

»—Ven conmigo, hijo —exclamó—. Aquí no ha pisado nadie más que yo, desde hace más de cincuenta años.

»Le seguí al interior del desván.

»Por el tejado, a través de una pequeña claraboya, se filtraba la luz de la luna, que se posaba sobre viejos baúles y campanas de barco, cubiertos por una espesa capa de polvo y telarañas. Pero no era sólo la luna lo que iluminaba el oscuro desván. La luz de la luna era azul, pero allí se veía un maravilloso resplandor de todos los colores del arco iris.

»Hans el Panadero se paró en el último rincón del desván y señaló una vieja botella debajo del techo abuhardillado. Irradiaba una luz tan indescritiblemente hermosa y brillante que tuve que taparme los ojos. El vidrio de la botella era transparente, pero lo que había dentro era rojo y amarillo, verde y malva, o de todos los colores a la vez.

»Hans levantó la botella y entonces vi que su contenido parecía un diamante líquido.

»—¿Qué es eso? —murmuré tímidamente.

»La expresión del viejo panadero se endureció.

»—Eso, chico, es la bebida púrpura. Son las últimas gotas que quedan en el mundo.

»—¿Y eso otro? —dije señalando una cajita de madera, que contenía un montón de naipes tan viejos y sucios que casi no se distinguían las figuras. Encima del montón estaba el 8 de picas. Apenas se podía distinguir el número 8 en el extremo superior izquierdo del naipe.

»Se puso el dedo índice sobre la boca y susurró:

»—Son los naipes del solitario de Frode, Albert.

»—¿¡Frode!?! —exclamé.

»—Frode, sí. Pero esa historia la dejamos para otro día. Ahora vamos a bajar la botella a la sala.

»El anciano cruzó el desván llevando la botella en la mano. Parecía un gnomo con una linterna. La única diferencia era que esa linterna no era capaz de decidirse por una luz roja, verde, amarilla o azul. Salpicaba manchitas de colores por todo el desván, como si hubiera cientos de minúsculos faroles danzando.

»De vuelta en la sala, el panadero puso la botella sobre la mesa que había delante de la chimenea. Sus colores se reflejaban en los exóticos objetos de la habitación. La estatua de Buda se volvió verde; un viejo revólver, azul; y un boomerang, completamente rojo.

»—¿Es la bebida púrpura?

»—Las últimas gotas. Sí. Y menos mal, Albert, porque esta bebida es tan deliciosa que resulta peligrosa, y podría ser terrible si se vendiera en una tienda.

»Se levantó y volvió con una copita, en la que vertió algunas gotas. Se quedaron centelleando en el fondo, como cristales de nieve.

»—Basta —dijo.

»—¿No me das más? —pregunté sorprendido.

»El viejo negó con la cabeza.

»—Un pequeño sorbo es más que suficiente, porque el sabor de una sola gota de bebida púrpura dura horas.

»—Entonces, podría beber un poco ahora y otro poco mañana por la mañana —sugerí.

»Hans el Panadero volvió a decir que no.

»—No, no. Una gota ahora, y luego nunca más. Esa gota te sabrá tan bien que sentirás tentaciones de robar el resto. Por eso, en cuanto te hayas marchado, volveré a guardar la bebida bajo llave en el desván. Cuando acabe de contarte la historia de los naipes de Frode, te alegrarás de que no te haya dado toda la botella.

»—¿Tú la has probado alguna vez?

»—Una vez, sí. Pero hace más de cincuenta años.

»Hans el Panadero se levantó de su silla, cogió la botella con el diamante líquido, y la metió en el pequeño dormitorio.

»Cuando volvió, puso su brazo alrededor de mi hombro, y dijo:

»—Bebe ya. Éste es el momento más grande de tu vida, hijo mío. Siempre lo recordarás, pero jamás volverá a repetirse.

»Levanté la copa y bebí las brillantes gotas que estaban en el fondo. En cuanto la primera gota me rozó la punta de la lengua, me invadió una oleada de placer. Primero sentí todos los buenos sabores que había saboreado antes en mi corta vida, y luego, otros mil sabores diferentes invadieron mi cuerpo.

»Fue como lo había descrito Hans el Panadero: empezó en la boca, es decir, primero, en la punta de la lengua, pero luego me supo a fresa y frambuesa, a manzana y plátano, tanto en los brazos como en los pies. En la punta del dedo meñique de la mano, noté sabor a miel; en uno de los dedos del pie, a peras en conserva; y en la espina dorsal me supo a crema de vainilla. En todo el cuerpo sentí el aroma a mi madre. Era un olor que había olvidado, pero que había añorado durante todos esos años desde que murió.

»Cuando el primer huracán de sabores había cesado, fue como si el mundo entero estuviera dentro de mi cuerpo, como si yo fuera el cuerpo del mundo. Sentí de repente que todos los bosques y lagos, montañas y campos, formaban parte de mi propio cuerpo. Aunque mi madre estaba muerta, era como si ella estuviera en algún lugar allí fuera...

»Al mirar la pequeña figura verde de Buda, me pareció que empezaba a reírse. Volví a mirar las dos espadas que colgaban cruzadas en la pared; ahora era como si estuvieran practicando esgrima ellas solas. Sobre un gran armario, estaba la botella con el barco que había visto nada más entrar en la cabaña de Hans. Ahora tuve la sensación de

encontrarme a bordo del viejo velero, navegando hacia una exuberante isla que se divisaba a lo lejos.

»—¿A qué sabe? —oí que decía una voz. Era la de Hans el Panadero. Se inclinó sobre mí y me tiró amistosamente del pelo.

»—Hmm... —dije simplemente, pues no sabía qué contestar.

»Y hasta hoy, sigo sin saber. Ignoro cómo describir el sabor de la bebida púrpura, habría que decir que sabía a todo. Sólo sé que, aún hoy, se me saltan las lágrimas al recordar lo buena que estaba.

Últimamente se ha escrito y dicho mucho sobre el otoño. Y con razón, porque ha venido especialmente fuerte este año.

Las manzanas cuelgan como pesadas gotas de los árboles y caen al suelo sin romperse. Basta con llevárselas a la boca. Desde arbustos y matas salen lanzados las grosellas y los arándanos. Basta con poner debajo el frasco de mermelada. Las hojas caen nostálgicas de las ramas, posándose como una capa movediza sobre las calles. Vadeamos entre piñas y raíces que van dando tumbos disolutos por la ciudad.

¿Dónde va a acabar todo esto? Es como si la naturaleza entera estuviera a punto de desprenderse. Nada parece ya coherente.

Yo tampoco.

El pelo y las uñas crecen más deprisa que antes. Me han sacado dos muelas en un mes. Es como si el corazón estuviera más suelto en el pecho.

En este momento me quito la costra de una vieja herida y levanto cuidadosamente la membrana virginal –yo también soy un poco otoño.

El sombrero de copa

Querida Sofía. Muchas personas tienen distintos hobbies. Unas coleccionan monedas antiguas o sellos, a otras les gustan las labores, y otras emplean la mayor parte de su tiempo libre en la práctica de algún deporte.

A muchas les gusta también la lectura. Pero lo que leemos es muy variado. Unos leen sólo periódicos o cómics, a algunos les gustan las novelas, y otros prefieren libros sobre distintos temas, tales como la astronomía, la fauna o los inventos tecnológicos.

Aunque a mí me interesen los caballos o las piedras preciosas, no puedo exigir que todos los demás tengan los mismos intereses que yo. Si sigo con gran interés todas las emisiones deportivas en la televisión, tengo que tolerar que otros opinen que el deporte es aburrido.

¿Hay, no obstante, algo que debería interesar a todo el mundo? ¿Existe algo que concierna a todos los seres humanos, independientemente de quiénes sean o de en qué parte del mundo vivan? Sí, querida Sofía, hay algunas cuestiones que deberían interesar a todo el mundo. Sobre esas cuestiones trata este curso.

¿Qué es lo más importante en la vida? Si preguntamos a una persona que se encuentra en el límite del hambre, la respuesta será comida. Si dirigimos la misma pregunta a alguien que tiene frío, la respuesta será calor. Y si preguntamos a una persona que se siente sola, la respuesta seguramente será estar con otras personas.

Pero con todas esas necesidades cubiertas, ¿hay todavía algo que todo el mundo necesite? Los filósofos opinan que sí. Opinan que el ser humano no vive sólo de pan. Es evidente que todo el mundo necesita comer. Todo el mundo necesita también amor y cuidados. Pero aún hay algo más que todo el mundo necesita. Necesitamos encontrar una respuesta a quién somos y por qué vivimos.

Interesarse por el por qué vivimos no es, por lo tanto, un interés tan fortuito o tan casual como, por ejemplo, coleccionar sellos. Quien se interesa por cuestiones de ese tipo está preocupado por algo que ha interesado a los seres humanos desde que viven en este planeta. El cómo ha nacido el universo, el planeta y la vida aquí, son preguntas más grandes y más importantes que quién ganó más medallas de oro en los últimos juegos olímpicos de invierno.

La mejor manera de aproximarse a la filosofía es plantear algunas preguntas filosóficas:

¿Cómo se creó el mundo? ¿Existe alguna voluntad o intención detrás de lo que sucede? ¿Hay otra vida después de la muerte? ¿Cómo podemos solucionar problemas de ese tipo? Y, ante todo: ¿cómo debemos vivir?

En todas las épocas, los seres humanos se han hecho preguntas de este tipo. No se conoce ninguna cultura que no se haya preocupado por saber quiénes son los seres humanos y de dónde procede el mundo.

En realidad, no son tantas las preguntas filosóficas que podemos hacernos. Ya hemos formulado algunas de las más importantes. No obstante, la historia nos muestra muchas respuestas diferentes a cada una de las preguntas que nos hemos hecho.

Vemos, pues, que resulta más fácil hacerse preguntas filosóficas que contestarlas.

También hoy en día cada uno tiene que buscar sus propias respuestas a esas mismas preguntas. No se puede consultar una enciclopedia para ver si existe Dios o si hay otra vida después de la muerte. La enciclopedia tampoco nos proporciona una respuesta a cómo debemos vivir. No obstante, a la hora de formar nuestra propia opinión sobre la vida, puede resultar de gran ayuda leer lo que otros han pensado.

La búsqueda de la verdad que emprenden los filósofos podría compararse, quizás, con una historia policiaca. Unos opinan que Andersen es el asesino, otros creen que es Nielsen o Jepsen. Cuando se trata de un verdadero misterio policiaco, puede que la policía llegue a descubrirlo algún día. Por otra parte, también puede ocurrir que nunca lleguen a desvelar el misterio. No obstante, el misterio sí tiene una solución.

Aunque una pregunta resulte difícil de contestar puede, sin embargo, pensarse que tiene una, y sólo una respuesta correcta. O existe una especie de vida después de la muerte, o no existe.

A través de los tiempos, la ciencia ha solucionado muchos antiguos enigmas. Hace mucho era un gran misterio saber cómo era la otra cara de la luna. Cuestiones como éstas eran difícilmente discutibles; la respuesta dependía de la imaginación de cada uno. Pero hoy en día sabemos con exactitud cómo es la otra cara de la luna. Ya no se puede *creer* que hay un hombre en la luna, o que la luna es un queso.

Uno de los viejos filósofos griegos que vivió hace más de dos mil años pensaba que la filosofía surgió debido al asombro de los seres humanos. Al ser humano le parece tan extraño existir que las preguntas filosóficas surgen por sí solas, opinaba él.

Es como cuando contemplamos juegos de magia: no entendemos cómo puede haber ocurrido lo que hemos visto. Y entonces nos preguntamos justamente eso: ¿cómo ha podido convertir el prestidigitador un par de pañuelos de seda blanca en un conejo vivo?

A muchas personas el mundo les resulta tan inconcebible como cuando el prestidigitador saca un conejo de ese sombrero de copa que hace un momento estaba completamente vacío.

En cuanto al conejo, entendemos que el prestidigitador tiene que habernos engañado. Lo que nos gustaría desvelar es cómo ha conseguido engañarnos. Tratándose del mundo,

todo es un poco diferente. Sabemos que el mundo no es trampa ni engaño, pues nosotros mismos andamos por la Tierra formando una parte del mismo. En realidad, nosotros somos el conejo blanco que se saca del sombrero de copa. La diferencia entre nosotros y el conejo blanco es simplemente que el conejo no tiene sensación de participar en un juego de magia. Nosotros somos distintos. Pensamos que participamos en algo misterioso y nos gustaría desvelar ese misterio.

P. D. En cuanto al conejo blanco, quizás convenga compararlo con el universo entero. Los que vivimos aquí somos unos bichos minúsculos que vivimos muy dentro de la piel del conejo. Pero los filósofos intentan subirse por encima de uno de esos finos pelillos para mirar a los ojos al gran prestidigitador.

¿Me sigues, Sofia? Continúa.

Existe un mundo. En términos de probabilidad, esto es algo que roza el límite de lo imposible. Habría sido mucho más fidedigno si casualmente no hubiera habido nada. En ese caso nadie se habría puesto a preguntar por qué no había nada.

¡Papá está volando!

Aquí estoy de nuevo. Como ves, este curso de filosofía llegará en pequeñas dosis. He aquí unos comentarios más de introducción.

¿Dije ya que lo único que necesitamos para ser buenos filósofos es la capacidad de asombro? Si no lo dije, lo digo ahora: **LO ÚNICO QUE NECESITAMOS PARA SER BUENOS FILÓSOFOS ES LA CAPACIDAD DE ASOMBRO.**

Todos los niños pequeños tienen esa capacidad. No faltaría más. Tras unos cuantos meses, salen a una realidad totalmente nueva. Pero conforme van creciendo, esa capacidad de asombro parece ir disminuyendo. ¿A qué se debe? ¿Conoce Sofía Amundsen la respuesta a esta pregunta?

Veamos: si un recién nacido pudiera hablar, seguramente diría algo de ese extraño mundo al que ha llegado. Porque, aunque el niño no sabe hablar, vemos cómo señala las cosas de su alrededor y cómo intenta agarrar con curiosidad las cosas de la habitación.

Cuando empieza a hablar, el niño se para y grita «guau, guau» cada vez que ve un perro. Vemos cómo da saltos en su cochecito, agitando los brazos y gritando «guau, guau, guau, guau». Los que ya tenemos algunos años a lo mejor nos sentimos un poco agobiados por el entusiasmo del niño. «Sí, sí, es un guau, guau», decimos, muy conocedores del mundo, «tienes que estarte quietecito en el coche». No sentimos el mismo entusiasmo. Hemos visto perros antes.

Quizás se repita este episodio de gran entusiasmo unas doscientas veces, antes de que el niño pueda ver pasar un perro sin perder los estribos. O un elefante o un hipopótamo. Pero antes de que el niño haya aprendido a hablar bien, y mucho antes de que aprenda a pensar filosóficamente, el mundo se ha convertido para él en algo habitual.

¡Una pena, digo yo!

Lo que a mí me preocupa es que tú seas de los que toman el mundo como algo asentado, querida Sofía. Para asegurarnos, vamos a hacer un par de experimentos mentales, antes de iniciar el curso de filosofía propiamente.

Imagínate que un día estás de paseo por el bosque. De pronto descubres una pequeña nave espacial en el sendero delante de ti. De la nave espacial sale un pequeño marciano que se queda parado, mirándote fijamente.

¿Qué habrías pensado tú en un caso así? Bueno, eso no importa, ¿pero se te ha ocurrido alguna vez pensar que tú misma eres una marciana?

Es cierto que no es muy probable que te vayas a topar con un ser de otro planeta. Ni

siquiera sabemos si hay vida en otros planetas. Pero puede ocurrir que te topes contigo misma. Puede que de pronto un día te detengas, y te veas de una manera completamente nueva. Quizás ocurra precisamente durante un paseo por el bosque.

Soy un ser extraño, pensarás. Soy un animal misterioso.

Es como si te despertaras de un larguísimo sueño, como la Bella Durmiente. ¿Quién soy?, te preguntarás. Sabes que gateas por un planeta en el universo. ¿Pero qué es el universo?

Si llegas a descubrirte a ti misma de ese modo, habrás descubierto algo igual de misterioso que aquel marciano que mencionamos hace un momento. No sólo has visto un ser del espacio, sino que sientes desde dentro que tú misma eres un ser tan misterioso como aquél.

¿Me sigues todavía, Sofía? Hagamos otro experimento mental.

Una mañana, la madre, el padre y el pequeño Tomás, de dos o tres años, están sentados en la cocina desayunando. La madre se levanta de la mesa y va hacia la encimera, y entonces el padre empieza, de repente, a flotar bajo el techo, mientras Tomás se le queda mirando.

¿Qué crees que dice Tomás en ese momento? Quizás señale a su papá y diga: «¡Papá está volando!».

Tomás se sorprendería, naturalmente, pero se sorprende muy a menudo. Papá hace tantas cosas curiosas que un pequeño vuelo por encima de la mesa del desayuno no cambia mucho las cosas para Tomás. Su papá se afeita cada día con una extraña maquinilla, otras veces trepa hasta el tejado para girar la antena de la tele, o mete la cabeza en el motor de un coche y la saca negra.

Ahora le toca a mamá. Ha oído lo que acaba de decir Tomás y se vuelve decididamente. ¿Cómo reaccionará ella ante el espectáculo del padre volando libremente por encima de la mesa de la cocina?

Se le cae instantáneamente el frasco de mermelada al suelo y grita de espanto. Puede que necesite tratamiento médico cuando papá haya descendido nuevamente a su silla. (¡Debería saber que hay que estar sentado cuando se desayuna!)

¿Por qué crees que son tan distintas las reacciones de Tomás y las de su madre?

Tiene que ver con el hábito. (¡Toma nota de esto!) La madre ha aprendido que los seres humanos no saben volar. Tomás no lo ha aprendido. Él sigue dudando de lo que se puede y no se puede hacer en este mundo.

¿Pero y el propio mundo, Sofía? ¿Crees que este mundo puede flotar? ¡También este mundo está volando libremente!

Lo triste es que no sólo nos habituamos a la ley de la gravedad conforme vamos haciéndonos mayores. Al mismo tiempo, nos habituamos al mundo tal y como es.

Es como si durante el crecimiento perdiéramos la capacidad de dejarnos sorprender por el mundo. En ese caso, perdemos algo esencial, algo que los filósofos intentan volver a despertar en nosotros. Porque hay algo dentro de nosotros mismos que nos dice que la

vida en sí es un gran enigma. Es algo que hemos sentido incluso mucho antes de aprender a pensarlo.

Puntualizo: aunque las cuestiones filosóficas conciernen a todo el mundo, no todo el mundo se convierte en filósofo. Por diversas razones, la mayoría se aferra tanto a lo cotidiano que el propio asombro por la vida queda relegado a un segundo plano. (Se adentran en la piel del conejo, se acomodan y se quedan allí para el resto de su vida.)

Para los niños, el mundo –y todo lo que hay en él– es algo nuevo, algo que provoca su asombro. No es así para todos los adultos. La mayor parte de los adultos ve el mundo como algo muy normal.

Precisamente en este punto los filósofos constituyen una honrosa excepción. Un filósofo jamás ha sabido habituarse del todo al mundo. Para él o ella, el mundo sigue siendo algo desmesurado, incluso algo enigmático y misterioso. Por lo tanto, los filósofos y los niños pequeños tienen en común esa importante capacidad. Se podría decir que un filósofo sigue siendo tan susceptible como un niño pequeño durante toda la vida.

De modo que puedes elegir, querida Sofía. ¿Eres una niña pequeña que aún no ha llegado a ser la perfecta conocedora del mundo? ¿O eres una filósofa que puede jurar que jamás lo llegará a conocer?

Si simplemente niegas con la cabeza y no te reconoces ni en el niño ni en el filósofo, es porque tú también te has habituado tanto al mundo que te ha dejado de asombrar. En ese caso corres peligro. Por esa razón recibes este curso de filosofía, es decir, para asegurarnos. No quiero que tú justamente estés entre los indolentes e indiferentes. Quiero que vivas una vida despierta.

Recibirás el curso totalmente gratis. Por eso no se te devolverá ningún dinero si no lo terminas. No obstante, si quieres interrumpirlo, tienes todo tu derecho a hacerlo. En ese caso, tendrás que dejarme una señal en el buzón. Una rana viva estaría bien. Tiene que ser algo verde también; de lo contrario, el cartero se asustaría demasiado.

Un breve resumen: se puede sacar un conejo blanco de un sombrero de copa vacío. Dado que se trata de un conejo muy grande, este truco dura muchos miles de millones de años. En el extremo de los finos pelillos de su piel nacen todas las criaturas humanas. De esa manera son capaces de asombrarse por el imposible arte de la magia. Pero conforme se van haciendo mayores, se adentran cada vez más en la piel del conejo, y allí se quedan. Están tan a gusto y tan cómodos que no se atreven a volver a los finos pelillos de la piel. Sólo los filósofos emprenden ese peligroso viaje hacia los límites extremos del idioma y de la existencia. Algunos de ellos se quedan en el camino, pero otros se agarran fuertemente a los pelillos de la piel del conejo y gritan a todos los seres sentados cómodamente muy dentro de la suave piel del conejo, comiendo y bebiendo estupendamente:

–Damas y caballeros –dicen–. Flotamos en el vacío.

Pero esos seres de dentro de la piel no escuchan a los filósofos.

—¡Ah, qué pesados! —dicen.

Y continúan charlando como antes:

—Dame la mantequilla. ¿Cómo va la bolsa hoy? ¿A cómo están los tomates? ¿Has oído que Lady Di espera otro hijo?

Ante una mirada imparcial, el mundo no aparece sólo como un improbable suceso único, sino como una constante carga para la razón. Es decir, si existe la razón, si existe una razón neutral. Así suena la voz desde dentro. Así suena la voz de Comodín.

Lord Hamilton

Lord Hamilton, que había enviudado pronto, moraba en una gran hacienda en las Tierras Altas escocesas. Desde niño era un apasionado jugador de ajedrez, y como también le gustaba estar en el exuberante jardín detrás del edificio principal de la hacienda, mandó construir un enorme tablero de ajedrez al aire libre, en el patio que se abría entre un complejo laberinto de setos recortados y un gran estanque con carpas. El tablero constaba de 64 losas de mármol blancas y negras de casi 2 x 2 metros, y las piezas, talladas en madera, medían casi un metro, según el valor y rango de cada una de ellas. En las tardes de verano, los criados observaban desde las ventanas a su amo mover las enormes piezas de madera por las losas de mármol. A veces se pasaba una hora sentado en un sillón del jardín y luego volvía a levantarse para realizar el siguiente movimiento.

Lord Hamilton tenía una campanilla que hacía sonar cuando quería que el mayordomo le llevara una bandeja con whisky y agua, y a veces éste le preguntaba si no quería entrar ya en casa, lo decía por la salud del señor, pero tal vez tuviera también en mente que el dolor de lord Hamilton por la pérdida de su esposa, junto con su apasionado interés por el ajedrez, podía hacerle perder el juicio. Esa leve preocupación no disminuyó cuando una noche lord Hamilton le pidió que se pusiera sobre el tablero para hacer de caballo negro, ya que esa tarde se habían llevado al taller esa figura para repararla tras una fuerte tormenta. El mayordomo permaneció de pie sobre el tablero casi dos horas, y sólo un par de veces en el transcurso de la partida lord Hamilton se introdujo en el tablero de losas de mármol para empujarle dos casillas hacia delante y una hacia un lado, o una hacia atrás y dos hacia un lado. Cuando por fin fue comido por un alfil blanco y pudo volver a la casa (muchas horas antes de acabar la partida) estaba congelado y de mal humor, pero, por supuesto, también muy aliviado.

Cuando lord Hamilton movía las piezas blancas y negras, resultaba imposible saber si tomaba partido por uno de los colores del juego, ya que en realidad jugaba tanto a favor como en contra de sí mismo, es decir que tanto ganaba como perdía cada partida, excepto cuando acababa en tablas. Cada vez con mayor frecuencia quitaba todas las piezas del tablero y las colocaba sobre el extenso césped. En esos casos permanecía sentado durante horas contemplando las losas de mármol. Se murmuraba entre los criados que veía las piezas sobre el tablero aunque no se encontraran allí; así podía jugar al ajedrez consigo mismo sin tener que levantarse del sillón en el que estaba sentado.

Durante mucho tiempo, el mayordomo hizo lo que pudo para apartar del tablero y de las piezas los pensamientos de su amo, y una noche propuso a lord Hamilton que organizara una fiesta de verano como en los viejos y felices tiempos en que aún vivía la señora. Eso sucedió una de esas raras noches en que el señor, que solía preferir su propia compañía, había invitado al mayordomo a un whisky, y los dos estaban sentados frente al estanque de las carpas con una copa en una mano y un puro en la otra. Lord Hamilton permaneció en silencio durante unos segundos observando una de las carpas, antes de dirigirse al mayordomo y mostrarle su acuerdo con que tal vez lo de la fiesta fuera una excelente idea. Pero tendría que ser una especie de fiesta de disfraces, dijo.

En las horas siguientes, confeccionaron la lista de invitados, y cuando lord Hamilton comentó que se invitaría exactamente a 31 personas, el mayordomo empezó a preocuparse, pues sabía muy bien que un ajedrez consta de 32 piezas, y tenía muy reciente el recuerdo de cómo él mismo se había visto obligado a permanecer durante un par de horas en medio del tablero, sólo para satisfacer los deseos insensibles del señor. Éste tampoco ocultó que uno de los propósitos del sugerido baile de disfraces era el de poner en escena una partida de ajedrez con piezas vivas, a modo de espectáculo al acabar la cena. Unos días más tarde se escribieron las invitaciones, en las que se anunciaba una fiesta de ajedrez en la mansión de lord Hamilton, rogándose a los invitados que acudieran disfrazados de rey, reina, torre, alfil, caballo o peón. Los peones eran realmente campesinos de la región, ocho campesinos y ocho campesinas, y los demás eran oficiales de la armada, funcionarios de alto rango o representantes de la nobleza y la aristocracia.

Al mayordomo no le sorprendió que la totalidad de los invitados confirmara su asistencia, porque aunque en los últimos años lord Hamilton se había convertido en un cascarrabias prácticamente inabordable, tanto él como su casa gozaban de gran respeto en el lugar. Con excepción del duque de Argyll, que había sido invitado a acudir disfrazado de rey, el rango de lord Hamilton era superior al de todos los demás invitados. Para los campesinos, una invitación a casa de lord Hamilton era en sí un acontecimiento, por no decir una oportunidad casi única, porque fuera del tablero de ajedrez también regían unas reglas muy rígidas en cuanto a las diferencias de rango y clase.

En las siguientes semanas, la fiesta de disfraces que se celebraría la noche de San Juan fue el único tema de conversación en toda la región. Uno de los campesinos comunicó con muy poca antelación su imposibilidad de asistir debido a una enfermedad de un familiar cercano, pero no resultó difícil encontrar una nueva pareja de campesinos para la gran fiesta. Había campesinos en abundancia, y tampoco el disfraz era importante, pues bastaba con que fueran vestidos de ellos mismos.

Llegó el día, y ya en el transcurso de la cena se hicieron muchas nuevas amistades entre los distintos rangos y clases. Después de la cena se sirvió el café y el postre en el jardín, y al poco tiempo, lord Hamilton hizo sonar la campanilla para atraer la atención

de los invitados. Todos sabían ya que se jugaría una partida de ajedrez sobre las losas de mármol, con los invitados como piezas vivas, pero el señor tenía que informar primero sobre la ubicación de cada uno en el tablero.

En la mesa, la colocación había sido más bien informal y aparentemente casual, pero no ocurrió así en el tablero. En primer lugar, lord Hamilton colocó a los peones –8 hombres y 8 mujeres–. El campesino MacLean fue colocado como peón blanco en A2, enfrente de su mujer, peón negro en A7. A su derecha tenía a la campesina MacDonald, en B2, que a su vez estaba enfrente de su marido, peón negro en B7. Ese sistema tan premeditado permitía que todos los cónyuges pudieran vigilarse mutuamente en el tablero, y, además, podían controlar cómo se llevaba su marido o mujer con el peón (hombre o mujer) que tenía a su derecha o a su izquierda. La misma técnica servía de base para el resto. El caballo blanco (el comisario MacLachlan) fue colocado en B1, detrás de la campesina MacDonald; y su esposa, el caballo negro, estaba en B8, detrás del campesino MacDonald, en B7. Había en el tablero 16 mujeres y 16 hombres, eran dos equipos, con los matrimonios enfrentados y los sexos intercalados. Únicamente la colocación de los reyes y reinas rompía la simetría. El propio lord Hamilton se situó como rey blanco en E1; tenía a la duquesa a su izquierda como reina blanca en D1 y enfrente al duque de Argyll, que hacía de rey negro en E8. Pero lady Hamilton ya no estaba entre ellos, así que en el papel de reina negra, en D8, Hamilton colocó a la viuda de MacQueen, con quien conversaba de tarde en tarde en la ciudad o en el cementerio, y a la que había echado el ojo.

Sólo ambos reyes podían decidir en cualquier momento qué piezas se moverían; los demás invitados no eran más que extras en ese aspecto formal del juego. Lord Hamilton no había ocultado que la partida de ajedrez podría prolongarse hasta tarde, tal vez hasta la madrugada, porque tanto el duque como él mismo eran expertos jugadores de ajedrez. Por otra parte, la partida debería ser también un juego de placer en el que todos los participantes tuvieran ocasión de conocerse. Cada pieza era un alma viva y los invitados fueron retados a entretenerse los unos con los otros de la mejor manera posible, mientras esperaban a que lord Hamilton y el duque decidieran los movimientos de las piezas. Además, conforme los participantes eran comidos, podían continuar la fiesta en el gran jardín.

Lord Hamilton abrió la partida ordenando al peón blanco MacArthur moverse dos casillas hacia delante, de E2 a E4, y el duque de Argyll respondió moviendo a la señora MacArthur otras dos casillas hacia delante, de E7 a E5, y con ello la partida estaba en marcha. El mayordomo, que corría de un lado para otro sobre el tablero de ajedrez con copas para todos los que se las pedían, fue el mejor testigo de lo que allí sucedió. Personalmente no sentía gran interés por el ajedrez, pero pronto se dio cuenta del tenso ambiente que reinaba sobre las losas de mármol. Aquí vamos a centrarnos únicamente en uno de los muchos dramas que allí se vivieron, que, por otra parte, fue el más importante.

Mary Ann MacKenzie, de unos 25 años, era una mujer de un encanto inusual. En el tablero hacía de peón blanco en D2, enfrente de su marido, Iain MacKenzie, en D7. Iain era mucho mayor que ella y durante años se le había conocido como un gran mujeriego. También había tenido varias amantes después de contraer matrimonio, y había cortejado a varias de las mujeres casadas de la región, dos de las cuales se encontraban esa noche en el tablero de lord Hamilton, con una copa de vino dulce en la mano.

Todo el mundo en aquel lugar sentía compasión por la bella Mary Ann. Se decía de MacKenzie que no sólo le era infiel, sino que también era un tirano en su hogar. Los dos cónyuges eran, pues, verdaderos antagonistas. De Mary Ann se decía que tal vez era la joven más dulce y bella de todas las Tierras Altas. Era tan encantadora que no es una exageración decir que todos los que la conocían se enamoraban inmediatamente de ella, y esto no sólo les pasaba a los hombres. Había algo extraño en Mary Ann que hacía que también muchas mujeres pasaran las noches en vela pensando en ella con gran ternura.

Iain era un elemento perturbador que en ciertas épocas había amenazado la estabilidad de más de un matrimonio del lugar, lo que no ocurría con Mary Ann, aunque pudiera parecer una paradoja. Cuando tanto la mujer como el marido de una granja se sentían atraídos por lo mismo, seguían bien avenidos, y así esa misteriosa mujer no hacía sino reforzar la relación entre los cónyuges. También se podría añadir que el amor físico entre éstos se veía estimulado por un deseo común por Mary Ann MacKenzie.

La primera pieza comida en la partida de ajedrez de esa noche en casa de lord Hamilton fue Mary Ann. Así tuvo libertad desde el principio para andar por el gran jardín, pasear por el complejo laberinto de setos o sentarse junto al estanque de las carpas a echar migas a los peces. Resultaba evidente que a Iain no le gustó que su esposa quedara libre en una fase tan temprana del juego. Desde el primer momento la siguió atento con la mirada.

La siguiente en abandonar las losas de mármol fue Aileen MacBride, que había hecho de peón negro en G7. Mary Ann estaba tan embriagada por el gran jardín, la hermosa noche de verano y la gran cantidad de vino dulce que enseguida tomó de las manos a la señora MacBride y se puso a bailar con ella por el césped. Al cabo de poco tiempo desaparecieron corriendo cogidas de la mano por el interior del laberinto, y algunas de las figuras del ajedrez pudieron ver cómo las dos mujeres se besaban y acariciaban. También Hamisch MacBride advirtió lo que estaba ocurriendo entre los arbustos, y se alegró mucho por su esposa, sin sentir ni pizca de celos, porque sabía muy bien que si él hubiera tenido oportunidad, no habría dudado en acariciar a Mary Ann. Luego, pasó mucho tiempo hasta que otros invitados pudieron abandonar las losas de mármol.

Conviene señalar que ésta es una historia muy compleja; de hecho, ha sido objeto de un sinnúmero de comentarios y análisis, pero aquí se abreviará todo lo que se pueda.

Fue una noche hechizada, como si los elfos y los ángeles de la guarda dirigieran lo que sucedía allí aquella noche de verano. Lord Hamilton y el duque se concentraban cada

vez más en el juego, mientras la partida se encaminaba lentamente hacia un desenlace, y pronto el jardín estuvo lleno de alegres invitados liberados ya de las losas de mármol. Todos se congregaron en torno a Mary Ann, e incluso los de rango superior y sus esposas, que no la conocieron hasta esa noche, pululaban alrededor de ella, llenos de adoración y de deseo.

Por primera vez en la vida, Mary Ann se sintió libre para ser ella misma y derrochar su amor sin fondo. Y aunque no había en ella ni pizca de maldad, disfrutaba viendo cómo su marido Iain era empujado por el duque de un lado a otro del tablero, pues Iain MacKenzie se vio obligado a permanecer en el tablero hasta que el duque de Argyll dio jaque mate a lord Hamilton, ya casi de madrugada. Mary Ann tenía buenas razones para pensar que su marido la castigaría al llegar a casa, pero no pensaba en ello en ese momento, pues recordaba las infidelidades cometidas por él durante años y tenía fe en que reinara algo de justicia en este mundo. La noche todavía era suya.

Conforme iban quedando menos piezas en el tablero, la fiesta crecía en desenfreno, y se dijo que Mary Ann compartió su amor con todos los que estaban en el jardín aquella noche. Iain MacKenzie se vio obligado a permanecer sobre el mármol y presenciar cómo su esposa se convertía en la reina de la fiesta y en objeto de deseo casi colectivo, un juego sensual al que Mary Ann estaba más que dispuesta a jugar aquella noche. De esa manera, MacKenzie quedó expuesto con su vergüenza. Fue incapaz de intervenir, porque está claro que haberse permitido abandonar el tablero de ajedrez antes de finalizar la partida habría sido algo inaudito. Habría equivalido a rechazar la hospitalidad de lord Hamilton. No obstante, levantaba el brazo cada vez con mayor frecuencia para pedir al mayordomo que le llenara de whisky el vaso, que no soltó ni un momento. Transcurridas las horas, ya no estaba tan firme como al principio, pero con el vaso en la mano aún podía observar a Mary Ann, que una y otra vez se adentraba juguetona en el laberinto con una nueva mujer, un nuevo hombre o un matrimonio. Aquella noche, los celos no existían en el jardín de lord Hamilton. Todos amaron a Mary Ann, y así, de alguna manera, todos se amaron entre sí.

En cuanto lord Hamilton admitió su derrota ante el duque y le dio la mano para sellar su victoria, Iain MacKenzie fue tambaleándose al jardín en busca de su esposa. La encontró sentada en la hierba, abrazando con pasión al matrimonio MacIver. El marido la separó violentamente de ellos y le dio una bofetada, pero en cuestión de unos segundos se vio rodeado por una decena de piezas, y el comisario MacLachlan, que había cumplido con su deber haciendo de caballo blanco, lo arrestó.

Mary Ann no abandonó la finca de lord Hamilton aquella mañana. Naturalmente, se

había esfumado toda posibilidad de continuar su matrimonio con Iain, y lord Hamilton, que de todos modos necesitaba una nueva ama de llaves, le ofreció quedarse.

Lord Hamilton recordaba todos los movimientos de la partida de ajedrez contra el duque de Argyll pero, por si acaso, los anotó con el fin de estudiar a fondo las causas por las que finalmente había sido vencido. Pasaba muchas horas en el jardín repitiendo, movimiento por movimiento, la partida sobre el mármol. A veces Mary Ann se sentaba delante del estanque de las carpas a charlar con él.

Durante algún tiempo circularon entusiasmados elogios sobre la noche de verano en la finca de lord Hamilton, y nadie lamentó que Mary Ann por fin hubiera conseguido vengarse de los muchos años de lujuria de Iain. Pero si fueron elfos y ángeles de la guarda los que protegieron el jardín de lord Hamilton aquella noche, fueron elfos negros y ángeles de la muerte los que se encargaron del epílogo. Poco tiempo después, se cometió una serie de terribles asesinatos en la región y, tras el tercero, el comisario MacLachlan cayó en la cuenta de que todas las víctimas habían estado en el tablero de ajedrez de lord Hamilton unas semanas o meses antes. Fue el mayordomo de lord Hamilton quien se puso en contacto con el comisario después del quinto asesinato, comunicándole, además, que todas las víctimas habían sido asesinadas en el mismo orden en que habían sido comidas en el tablero. Eran dos peones, dos alfiles y un caballo, con una sola excepción: la primera en abandonar el tablero aquella noche había sido Mary Ann MacKenzie. MacLachlan, que nunca olvidó a la etérea Mary Ann, anotó todo con gran interés. No le costó mucho comprender por qué el cruel asesino en serie había salvado a la preciosa joven. Por el contrario, pensó, no resultaba difícil adivinar que la causa de todos los asesinatos debía ser que el asesino –o los asesinos– quería eliminar a todo posible rival que le impidiera tener para él solo a la maravillosa diosa. Eso significaba también que había muchos candidatos a sospechosos.

Se cometieron el sexto y séptimo asesinatos, siempre como una macabra repetición de la fatal partida de ajedrez. La policía sabía ya quién iba a ser la próxima víctima y se proporcionaba a la persona en cuestión cierta protección, pero no fueron capaces de evitar que los asesinatos prosiguieran.

A casi todos se les dio muerte en el bosque o en algún prado, y siempre con un afilado cuchillo de carnicero. Pronto se había asesinado a casi la mitad de los invitados a la fiesta de disfraces de lord Hamilton, y así el asesino en serie se estaba acercando al lord y al duque, por no decir al comisario, que sabía muy bien que había abandonado el tablero en el decimosexto lugar.

Uno de los principales sospechosos era, naturalmente, Iain MacKenzie, que esa nefasta noche había sido objeto de una humillación irreparable por parte de su esposa, a la que, además, había perdido para siempre. Sin contar a lord Hamilton y al duque, MacKenzie fue el último invitado en abandonar el tablero, y de esa manera también podría –al menos en teoría– recordar cada movimiento de la partida. Pero cuando los

asesinatos número 13 y 14 tuvieron lugar mientras MacKenzie estaba bajo arresto policial, lo soltaron con un amistoso golpecito en el hombro.

También lord Hamilton fue interrogado en la comisaría. Él fue quien perdió la partida de ajedrez, y no sin gestos de contrariedad. Además, conocía la partida movimiento por movimiento. La policía tuvo que preguntarle por qué había organizado una fiesta tan extraña.

Cuando el mayordomo fue llamado a la comisaría para ser interrogado, salieron a relucir ciertas desavenencias entre él y su amo, pero nunca llegó a ser calificado de sospechoso. Por otra parte, informó a la policía de que, tanto antes como después de la nefasta noche, se había sentido preocupado por la salud mental de lord Hamilton.

El matrimonio de campesinos que había excusado su presencia unos días antes de la fiesta también fue descartado como sospechoso.

Pero al final, la pillaron in fraganti tras haber entrado en los establos de MacIver y haberle clavado en el pecho un cuchillo de carnicero.

A Mary Ann le había resultado fácil acceder a las granjas de la región, a los bufetes de abogados y a las casas nobles. Y tampoco le había costado gran esfuerzo llevarse a las mujeres y los hombres del lugar al bosque.

El comisario MacLachlan era un policía de dilatada experiencia, pero se vio obligado a preguntar a Mary Ann el motivo de los asesinatos en serie más crueles de la historia de Escocia.

La bella Mary Ann contestó que el motivo había sido la vergüenza.

Fue una noche hechizada, y ella recordaba perfectamente todos los labios que había besado y todos los abrazos a los que con deseo y ternura se había entregado, pero después se sintió muy avergonzada de su libertinaje. Podría haber escogido el suicidio, pero eso no habría mejorado nada la situación. Mary Ann no soportaba la idea de que algunos de los invitados viviesen con el recuerdo de ella corriendo entre los arbustos del jardín de lord Hamilton, entregándose a media Escocia.

Mucha gente acudió a llorar desconsoladamente el día en que Mary Ann fue ahorcada en Glasgow, unos meses más tarde.

Comodín se mueve entre los elfos de azúcar en forma de primate. Baja la vista y ve un par de manos desconocidas, acaricia con una mano una mejilla que no conoce, se toca la frente y sabe que allí dentro actúa como un fantasma el enigma del yo, el plasma del alma, la gelatina del conocimiento. Más cerca del núcleo de las cosas no podrá llegar. Tiene la sensación de ser un cerebro trasplantado, luego ya no es él.

El escáner del tiempo

1. La conciencia arbitraria

1.1

Una vez, hace muchos, muchísimos años, la vida se desarrollaba al aire libre. Sólo se entraba en las casas cuando se tenía hambre o frío. Si uno quería encontrarse con alguien, tenía que ser un encuentro físico. Pero de eso hace ya mucho tiempo. ¿Para qué salir si el mundo entero se desarrolla de puertas adentro?

El ser humano no vive más que 80 o 90 años. De algún modo vivimos siempre, claro está. No podemos escondernos de nuestros descendientes. Dentro de mil años habrá alguna persona desconcertada que me vea sentado aquí, delante de la pantalla. Pero no *experimentamos* más que 80 o 90 años. ¿Para qué íbamos a salir? Supongo que todo el mundo quiere aprovechar al máximo. Yo, por mi parte, me he centrado sobre todo en la guerra de Vietnam las últimas semanas. Una historia desagradable. Y unos años después se repitió lo mismo en Afganistán. Pero eso tendrá que esperar hasta el mes que viene.

1.2

Empezó con los *aparatos de radio* en la primera mitad del siglo XX. Resulta conmovedor pensar en el suplicio que supondría a la gente de aquellos tiempos tener que elegir. De repente era posible captar señales de todos los rincones del mundo y hacerlas llegar hasta el mismísimo salón de tu casa. Menos mal que ignoraban lo que estaba a punto de ocurrir. Pero ya entonces el hogar adquirió una nueva dimensión. ¿Qué eran las noticias oídas en el pub o en la taberna local comparadas con las flamantes noticias llegadas de Nueva York o Tokio?

Todo esto es conocido. No obstante, deben tenerse en cuenta los evidentes parecidos del aparato de radio con el escáner de nuestros días. En teoría, se hizo posible localizar miles de emisoras en cientos de países.

Surgieron los *radioaficionados*; es decir, personas que se compraban o se construían su propia pequeña emisora para poder llamar la atención del mundo por su cuenta. Una ampliación de esa actividad la constituyeron las muchas *emisoras locales* que crecieron como hongos a partir de 1980, aproximadamente. Las distancias en el espacio empezaron a perder importancia. Es obvio que la radio estaba bien asistida por los *teléfonos* y *telégrafos*, los cuales registraron una fantástica evolución durante todo el siglo XX.

1.3

Antes de que la radio hiciera su aparición en el mercado, ya se había experimentado con imágenes vivas.

Como todo el mundo sabe, el cine representó una forma extrema de comunicación de dirección única. Pagabas unas cuantas coronas y te sentabas en una *sala de cine*. La única libertad de elección que se dejaba a los espectadores era la de abandonar la sala antes de que la sesión hubiera acabado. (¿Es alguien hoy en día realmente capaz de entender el entusiasmo con el que el mundo acogió el cine?)

Pero entonces llegó la *televisión*, y hacia 1970 estaba ya bastante implantada en muchas partes del planeta. Y los cines empezaron a cerrar. Cómodamente sentadas en sus propios sofás, las familias podían seguir lo que sucedía en el televisor.

A principios de la década de los setenta empezaron a surgir los *aparatos de vídeo*. Del mismo modo que antes se podía grabar música en cintas magnetofónicas, fue entonces posible hacer lo mismo con imágenes vivas.

El vídeo conquistó enseguida el mundo. Las habitaciones de hotel fueron inmediatamente equipadas con la nueva máquina milagro. En los hogares, el televisor adquirió nuevas posibilidades. De repente, la familia podía elegir libremente las películas que quería ver. Las cintas de vídeo se alquilaban por casi nada en la tienda de la esquina. Y aún más: al cabo de unas décadas, la mayor parte de las familias modernas poseía su propia cámara de vídeo.

A partir de entonces, la vida y la historia de los seres humanos fue grabada en cintas magnéticas. Incluso los delitos y los crímenes más execrables podían ser grabados por cámaras de vídeo en las calles, las estaciones de metro, los bancos y cualquier lugar por el que la gente transitara. Con el tiempo, lo más seguro era permanecer en casa, en la que también había más cosas con las que distraerse y entretenerse que antes.

Al compás de la difusión de los aparatos de vídeo, se propagó la *televisión por cable*. Más importante aún fue el cinturón cada vez más denso de *satélites de televisión* alrededor del mundo. Desde mediados de la década de 1990, cualquier propietario de un televisor podía ya recibir varias decenas de cadenas de televisión –algunos incluso podían elegir entre cientos de programas.

En el transcurso de cincuenta años, la televisión había alcanzado la extensión intercontinental de la onda corta.

Al mismo tiempo, la producción de programas de vídeo y televisión había aumentado considerablemente. En cualquier momento se podía ver un gran número de cadenas en el televisor. Y si a pesar de todo no se encontraba nada de interés –digo a pesar de todo–, siempre se disponía de unos cuantos estantes llenos de programas que uno no había tenido tiempo de ver. Las colecciones individuales de esos programas podían llegar a ser extraordinarias.

Al aplicado coleccionista de fragmentos de la realidad se le abrieron enormes posibilidades. Las personas empezaron a retirarse de calles y plazas. Es natural. ¿Qué

tentaciones podían ofrecer las calles? Sin moverse de su propio salón, la gente tenía acceso a toda clase de alicientes.

1.4

Las posibilidades del receptor televisivo se vieron reforzadas con la llegada de la *revolución informática*, de la que el mundo fue testigo hacia finales del siglo XX.

Al finalizar el siglo, la gran mayoría de los receptores televisivos eran a la vez terminales informáticos. La ampliación de la red de telecomunicaciones había unido al mundo en una única red de comunicaciones.

Hacia el año 2030, casi todos los pagos por servicios, transferencias y encargos de productos se llevaban a cabo desde el hogar. Uno ya no dependía de aparatos o cintas de vídeo propios. Ya no hacía falta tener libros llenándose de polvo en las casas. Todo lo que se deseaba ver y saber podía extraerse directamente de los bancos de datos a los aparatos en los cuartos de estar o en las cocinas. Si se deseaba una copia en papel de un artículo periodístico, una enciclopedia, un poema o una novela, ésta podía imprimirse en la impresora familiar.

Todo el mundo tenía acceso a emisiones de noticias nuevas o antiguas, películas nuevas y viejas, la historia del arte al completo se encontraba accesible en producciones de vídeo. En resumen: algunas de las prestaciones de nuestra época eran ya habituales en la primera mitad del siglo XXI.

Desde principios del siglo XXI, el viejo teléfono sonoro cedió el lugar al *teléfono de imagen*. Hablar a un auricular no es lo mismo que hablar cara a cara. La mímica constituye una parte importante del lenguaje. Además, resulta muy agradable poder ver a una persona querida. (Aunque también hay a quien le gusta poder tocar o abrazar a otros. Curiosamente, el teléfono de imagen ha contribuido a alejar a las personas entre ellas.)

También conviene señalar que en unos 45.000 puntos estratégicos del planeta se colocaron vídeos que, sin ninguna clase de subtítulos o comentarios, mostraban lo que ocurría en el exterior. Por ejemplo, en cualquier momento se podía saber el tiempo que hacía en el mundo entero llamando a una emisora. Desde el sofá se podían contemplar los cuatro puntos cardinales del globo.

No obstante, y ahí es donde quiero llegar, iban ocurriendo cada vez menos cosas al aire libre. Salir suponía reducir el horizonte drásticamente.

1.5

Se podrían escribir largas tesis doctorales sobre el desarrollo de los medios de comunicación antes del escáner, y se pueden producir muchas *llaves*. (Recomendaría en especial «Del tambor al escáner del tiempo».) Aquí nos contentaremos con ofrecer una vista panorámica. Veamos este breve resumen:

Todas las antiguas formas de comunicación, incluidos el ocio y la difusión de toda

clase de conocimientos, se concentraron hacia mediados del siglo XXI en torno al televisor. Todo *contacto* humano –tanto a través de los continentes como a través de las generaciones– se concentraba en la pantalla o el terminal, como solía llamarse.

Todo se concentró en una sola red informática. Los consumidores tenían una o más pantallas en cada habitación. Lo más corriente era una gigante en cada vivienda, con un número variado de pequeñas pantallas en las demás habitaciones. (En torno al año 2080 no era raro ver una pantalla en una de las paredes de cada habitación. Hoy en día, la mayoría opina que tanta pantalla resta intimidad al hogar. Por otro lado, resulta reconfortante tener algo que mirar cuando uno está cortando pan en la cocina o sentado en el servicio. De otro modo sería una pérdida de tiempo, pues todo está al alcance de la mano. El mundo entero se encuentra sobre la encimera de la cocina. El no aprovecharse de esa posibilidad se consideraría apatía.)

Desde principios del siglo XXI se puede ver una auténtica *comunicación de dos direcciones*. La red no sólo hizo posible disponer de toda clase de información en la pantalla, sino que también brindó la oportunidad de buscar contacto visual con cualquier ser humano. La probabilidad de encontrar a una persona en casa rozaba en el año 2050 el 87 por ciento. (Hoy la cifra es del 97.)

Las personas habían iniciado una auténtica retirada de calles y plazas. El terminal sustituyó a la plaza. Si querías relajarte y dar un paseo por la ciudad para comprar tomates o ver a algún amigo, tenías que ir a casa, como también ocurre hoy.

2. Pleroma

2.1

Lo radicalmente nuevo de la historia de la humanidad empezó alrededor del año 2100, tras una serie de sensacionales descubrimientos en la física cuántica.

Ya en 1900 quedó claro que los átomos no estaban constituidos por esas minúsculas partículas de materia impenetrable que había imaginado Demócrito, sino que podían dividirse en unas *partículas elementales* aún más pequeñas.

Pero también resultó que las partículas elementales no eran esos cuerpos sólidos y tangibles que habían constituido la base de todo el materialismo. Algunas veces se comportan como bolas compactas o partículas, y otras como ondas o radiación. (La razón es, claro está, que la llamada partícula elemental no es elemental, sino que está compuesta por quarks.)

El principio de complementariedad (Bohr) se conocía ya desde principios del siglo XX como una tendencia posmaterialista en la física moderna. De un modo más panegírico se habló durante un período de la «emancipación de la física de la razón humana». (Véase la llave «Física cuántica», ref. Planck, Einstein, Bohr, Schrödinger, Heisenberg, Dirac, Eddington y Pauli.)

Justo cuando se estaba a punto de captar las fracciones más minúsculas de la materia, éstas desaparecieron. Al menos eran más fantasmales de lo que se había imaginado.

«La corriente de conocimientos se mueve hacia una realidad no mecánica», se decía. «El universo empieza a parecerse más a un gran pensamiento que a una gran máquina.» (Jeans, «Física cuántica», 4.312.) O como lo expresó Eddington: «La materia del mundo es materia del alma».

¡Si hubieran sabido lo que estaban a punto de descubrir...!

Porque se estaban fraguando más cosas: Blumenberg demostró en 2062 que la realidad tiene cinco dimensiones, de las cuales el universo visible constituye sólo las cuatro primeras. El tiempo y el espacio son atributos de una sola sustancia, lo que hoy llamamos Pleroma. (Véase la llave «Física», ref. Blumenberg, Knox y Tangstad.)

Fue el tunecino Labidi quien finalmente pudo probar que los movimientos de los quarks se sedimentan en Pleroma, donde el tiempo y el espacio confluyen en un continuo.

Y con eso estaban colocadas todas las piezas. Las numerosas leyes de la física se habían reunido en una ley universal de la naturaleza.

2.2

Ya en el siglo XVIII, el matemático francés Laplace imaginó una inteligencia que conocía la posición de todas las partículas de material en un momento determinado. Para esa inteligencia «nada sería inseguro, y el futuro, igual que el pasado, se abriría ante sus ojos».

De modo que esa «inteligencia» imaginada por Laplace existe realmente. Es lo que llamamos Pleroma, aunque no es más «inteligente» que un banco de datos.

Abdulah Rushdie demostró en 2105 que todos los acontecimientos del universo «se almacenan» en Pleroma, de donde también pueden recuperarse.

Sólo quince años más tarde –en enero de 2120– se había construido el primer prototipo de un *escáner del tiempo*.

El mundo estaba paralizado de asombro. Mediante dos buscadores sería ahora posible contestar a todas las preguntas no contestadas de la historia. Todos los sucesos de la historia universal podían recuperarse en la pantalla. No a través de vídeos, libros de historia o informes de investigación, sino directamente desde el escenario de la historia.

Fue entonces cuando todo empezó. Pero a la vez acabó todo lo antiguo.

2.3

El nuevo invento se mantuvo al principio en secreto. ¿Cómo reaccionarían los seres humanos cuando tuvieran al alcance de la mano esa nueva herramienta?

El escáner del tiempo –el prototipo fue desarrollado en el laboratorio del CERN de Ginebra– representó algo completamente nuevo. Pero no debemos olvidar la evolución anterior a él. Ya entonces cualquier persona tenía acceso a cualquier forma de vivencia

humana. En el año 2120 no había ningún tipo de dato que no pudiera ser descargado en los miles de hogares mediante un par de pulsaciones. Todas las películas, todas las obras de arte, todo texto escrito y todos los datos existentes sobre las personas eran bienes culturales comunes.

Lo nuevo era todo aquello que *no* había formado parte de las vivencias de la humanidad. Ahora podía verse en la pantalla la historia completa del planeta. Un espectáculo de ese tipo habría durado casi 5.000 millones de años, pero el escáner del tiempo hizo posible que largos períodos de la historia pasaran velozmente por la pantalla en muy poco tiempo. Si se encontraba algo de interés, lo único que había que hacer era reducir la velocidad o detenerse en una determinada escena.

Ya no se trataba de buscar una película o un artículo enciclopédico sobre la Segunda Guerra Mundial. Ahora, ese triste capítulo de la historia de la humanidad se podía vivir directamente en la pantalla. Un determinado suceso, por ejemplo una ejecución o un encuentro entre Hitler y Goebbels, podía fácilmente acercarse o alejarse de la imagen mediante los dos buscadores –el buscador del tiempo y el buscador del espacio–, con los que hoy en día estamos tan familiarizados.

Decir que los pioneros de Ginebra se lanzaron con entusiasmo sobre el escáner sería poco. Hay que tener en cuenta que tenían en sus manos la historia mundial al completo.

Ahora bien, ¿ese nuevo invento sería un bien para la humanidad? ¿O se encontraban ante un peligroso juguete?

2.4

Como ya sabemos, no pasaron muchas décadas hasta que las pantallas domésticas estuvieron conectadas al escáner del tiempo. A partir de 2150 eran ya muy pocos los que no habían aprovechado la ocasión para adquirir esos modestos accesorios necesarios para sacar partido de la nueva oferta.

La reacción espontánea del público fue de gran entusiasmo. La base existía ya en la antigua tecnología, y para muchos la diferencia no fue muy drástica, sino más bien gradual.

El manejo de los dos buscadores del escáner del tiempo no era más complicado que el de los *joysticks* de los antiguos videojuegos. Cualquiera que supiera manejar un buscador podía manejar el escáner del tiempo. (Esto no quiere decir que todo el mundo sea igualmente capaz de utilizar la cultura. Sobre este tema se hablará más adelante.)

Ya hemos hecho referencia a los antiguos aparatos de radio. Al buscar una emisora determinada en la onda corta había que andarse con cuidado, pues con un giro de un milímetro podía uno pasarse diez emisoras.

Tener maña es un principio importante para manejar el escáner del tiempo, tanto en lo que se refiere al buscador del espacio como al del tiempo. Pondré un ejemplo:

Supongamos que buscamos al filósofo francés JeanPaul Sartre. Tal vez sepamos que vivió en París. Y tal vez sepamos también que vivió a mediados del siglo XX.

Obviamente, no basta con ajustar el escáner del tiempo a París, a mediados del siglo XX. ¡París! Pero ¿en qué parte de París? ¿Y cuándo? Tal vez elijamos para empezar una vista panorámica de París a las 11:30 el 7 de abril de 1952. Aunque sabemos que el hombre se encuentra en la ciudad en ese momento, es como buscar una aguja en un pajar (como reza una antigua metáfora agraria). ¿En qué café estará sentado Monsieur Sartre? Había miles de cafés en París en aquella época. Por supuesto, podemos buscarlo barrio por barrio, pues a menudo hay que buscar a las personas de esa forma. Pero en ese caso es muy fácil descarrilar por el camino. Tal vez desvíe nuestra atención una lucha callejera, un robo, una violación o una cena oficial del Gobierno. Debemos tener un punto de referencia. Si sabemos, por ejemplo, que Sartre cenó con Simone de Beauvoir en Montparnasse el 11 de noviembre de 1956, el asunto se presenta mucho más simple. En ese caso, sólo necesitamos conocer el aspecto exterior del hombre. Nos «paseamos» por Montparnasse y ¡zas!: ahí está. Lo hemos capturado. A partir de ese momento, jamás se nos escapará. Podemos seguir la vida de Sartre hacia delante y hacia atrás hasta que muera, nazca o deje de interesarnos y lo apartemos de nuestra vista. (Creo que muchos hemos tenido cierta sensación de... indiscreción en esas situaciones. ¿Es del todo correcto hurgar en la vida privada de personas ya muertas? Sé que hay gente que busca con avidez precisamente las escenas más privadas de la vida de una persona. Yo no apruebo esa clase de voyerismo.)

2.5

Como ya se ha dicho, no es difícil manejar un escáner del tiempo. Cualquiera puede fácilmente llegar a saberlo todo, y digo todo, pero ¿por dónde se debe empezar? El verdadero arte de vivir sólo se le exige a aquel que vive sin límites. ¿En qué hay que fijarse cuando uno tiene todo, absolutamente todo, a su alcance? El primer encuentro de la humanidad con el escáner fue sobrecogedor.

Si se colocaba uno de los buscadores en las 14:30 horas del día 25 de mayo del año 963 d. C. (143000.25.05.0963), y el otro en un lugar de Noruega, por ejemplo en la latitud 60, longitud este 10 (600000. E 100000), uno se encontraba de repente en un profundo bosque de coníferas. Si uno se quedaba en ese lugar podía pasarse horas sin encontrarse con ningún ser vivo de cierto tamaño. Al cabo de un rato, a lo mejor aparecía un oso o un alce. Pero podían pasar días y semanas hasta que apareciera algún vikingo. Luego tal vez se intentara salir de aquel bosque para llegar a las orillas de algún fiordo deshabitado. Al cabo de varias horas de búsqueda, a lo mejor se llegaba a un puerto vikingo, si ése era el objetivo de los esfuerzos del buscador.

Cuando en 2148 muchos millones de pantallas domésticas fueron conectadas al escáner, surgió enseguida la necesidad de información y asesoramiento. De repente, la gente estaba recibiendo directamente en sus manos la historia mundial al completo. (Muchos fueron los que se perdieron en aquellos días, tanto en el tiempo como en el espacio.)

Se sigue buscando al azar en la historia, pero la inmensa mayoría se centra hoy en día en las muchas miles de llaves que se han elaborado. (Yo, por mi parte, tengo setecientas u ochocientas, lo que quizá sea un poco más de lo normal.)

Las primeras llaves fueron desarrolladas por la Oficina, y muchas de ellas se siguen usando hoy en día. Pondré algunos ejemplos:

Un recurso importante es la llave «Ciudades y lugares de hoy y ayer», lo que en realidad es una lista de 360 lugares del planeta, limitada a un determinado período de tiempo (Babilonia 2000-1700 a. C., Atenas 400-300 a. C., Roma 200 a. C. hasta 350 d. C., etc.). Mediante esta llave podemos localizar un determinado lugar, y a partir de ahí, ajustar el tiempo y el espacio en busca de lo que deseamos vivir. Se puede decir que «Ciudades y lugares» es la llave más general de todas, tan general que hoy en día es usada sobre todo por los pioneros, es decir, los que desean investigar y descubrir el mundo por su cuenta, sin la ayuda de programas prefabricados. (Se pierde el placer de vivir una aventura a solas cuando el camino que lleva a esa vivencia ya está trazado por llaves que se distribuyen en muchos millones de ejemplares.)

Entre las más antiguas se pueden mencionar «Grandes pintores y sus obras maestras», «La muralla china», «Visiones de la Segunda Guerra Mundial», «Las pirámides», «Platón y Sócrates», «La evolución y destrucción de las armas nucleares», «Los orígenes del hombre» y «De planeta a galaxia».

Esas llaves te podían llevar de un momento álgido a otro dentro de un determinado ámbito. Obviamente, no renunciabas a tu propia libertad de acción, como en los programas de vídeo de los tiempos antiguos. En cualquier punto podías abandonar el asesinato de César y ponerte a pasear por Roma.

Además de esas llaves pedagógicas, que en su mayoría eran elaboradas bajo tutoría estatal, se iban fabricando, poco a poco y comercialmente, una serie de llaves más o menos oscuras para las diferentes necesidades e intereses. Como ya sabemos, el florecimiento de esas llaves se ha convertido en una jungla. Al final, hay tal cantidad de llaves que ya no sirven, y nos las apañamos mejor sin ellas. (Se ha dicho que las llaves constituyen un obstáculo para el auténtico conocimiento en lugar de facilitarlo, pues representan una duplicidad de la realidad.)

No es éste el lugar para enumerar las mejores o últimas ofertas de llaves para el escáner del tiempo. (¡Catálogos de éstos abundan por todas partes!) Pero quiero hacer hincapié en algunas de las llaves que empezaron a usarse ya en el siglo XXIII. Puede resultarnos útil –quizá sobre todo a los jóvenes– conocer la historia de las llaves.

Entre las primeras de todas ellas está la de «Titanic». Ya en los tiempos antiguos se escribieron muchos libros y filmaron muchas películas sobre este tema, por lo que había un gran interés por vivir el nefasto naufragio de verdad. De pronto, era posible vivir en cualquier momento aquel desgraciado viaje. Lo único que hacía falta era meter la llave en la caja de llaves, y al instante se encontraba uno a bordo, unos minutos antes del choque de la nave con el iceberg. (Obviamente no se ve todo, pues el *Titanic* naufragó por la

noche. Cuando se apaga la última luz del barco, la sesión ha terminado. Aunque, bueno, todavía se ve alguna que otra luz en los botes salvavidas...)

Otras llaves de la primera época fueron también «Hiroshima», «Accidentes de automóvil variados», «Métodos de tortura a través de los tiempos», «999 sacrificios humanos», «1.001 asesinatos con hacha», «La vida sexual de hombres famosos», «Violación e incesto desde Cro-Magnon hasta hoy», «Mujeres en el baño», «Amores prohibidos» y «Monjes lascivos».

En suma: violencia y sexo. Ya desde el principio, la industria de llaves fue en esa dirección. (No es verdad que la gente tuviera menos interés por esas cosas en los viejos tiempos. Al menos, no en los tiempos *muy* antiguos, pues fue en esa época en la que se cometieron los asesinatos y violaciones.)

Durante un par de siglos, la humanidad se había alimentado de cintas de vídeo del mismo tipo, de modo que podría pensarse que el mercado estaba saturado. (Cabe preguntar aquí si realmente existe un punto de saturación.) La única diferencia con las cintas de vídeo era que las llaves representaban hechos históricos y no una diversión fabricada. Al menos se puede constatar que en este sector la realidad de ninguna manera se queda corta frente a la ficción. Eso depende, claro está, de los ojos con que se mire. Si uno se toma el tiempo de mirar, *todo* se encuentra en la propia historia de la realidad. (Se dice que al productor le costó cuatro años fabricar la llave prohibida «*Crimen bestialis*». Es natural: si te pasas cuatro años sentado delante de la pantalla, puedes hacer las elecciones más insólitas. ¿Por qué nadie ha fabricado la llave «El juego de los niños en doce culturas» o «De las pinturas rupestres al bloque de garabatos»? Regalo una flor al que lo intente. La historia también está repleta de esas cosas.)

2.6

En los primeros años, hubo mucho debate en torno al acceso o no de los niños al escáner. ¿Podía permitirse que los niños exploraran la historia por su cuenta?

Como ya se ha dicho, la historia de la humanidad ha sido en ciertas épocas violenta y de gran brutalidad. ¿No se debería censurar la realidad antes de dejar a los niños acercarse a ella? ¿*No era la historia perjudicial para los niños?* Precisamente por esa razón hubo una gran oposición a que el escáner del tiempo se conectara a la red pública.

No se trataba únicamente de un problema práctico o técnico. En realidad, se trataba de un problema metafísico, pues Pleroma no se deja fragmentar. De nada sirve introducir una censura en el propio escáner del tiempo, pues ¿cómo iba a distinguir el escáner —o Pleroma— entre los eventos constructivos o destructivos?

Permítanme un ejemplo: todo el mundo sabe lo violenta que era la situación en ciudades como Nueva York, Londres, Roma y México D. F. a finales de la década de 1990, antes de la Gran Debacle. Si se permitía a los niños sentarse ante la pantalla, sería imposible protegerlos contra esas cosas. Los niños han oído hablar de Nueva York, y si ajustan el escáner del tiempo en Nueva York en la década de 1990, no darán muchas

vueltas por las calles antes de presenciar las escenas más abominables, tales como atracos, asesinatos, violaciones y actos terroristas.

Como sabemos, la discusión acabó con una solución salomónica: el escáner fue conectado a la red, lo que significó que sería prácticamente imposible negar a los niños el acceso a él, pero, por otra parte, se aprobó una férrea censura de las llaves. Como ya he dicho, la historia está llena de atrocidades, pero también de mucha belleza. No será necesario ofrecer a un niño un refrito de lo más abominable. (Para ser exactos, debería ser innecesario también para los adultos. Parece que por falta de problemas sociales, una característica de nuestra cultura es el disfrute de las vergüenzas y desgracias de antaño.)

En este punto, conviene recordar lo que precedió al escáner del tiempo. Ya en la primera mitad del siglo XXI, cualquier niño con sólo pulsar una tecla podía conseguir cualquier vídeo, cualquier cadena de televisión y cualquier página de libro conectada a la red, lo que no era poco. Pero no se le soplabá a un niño la manera de encontrar las peores cintas de vídeo.

La conclusión ha de ser que los padres tienen una responsabilidad incondicional sobre sus hijos. En el transcurso de los últimos años se ha producido una serie de buenas llaves infantiles («Animales raros», «Cuando los pájaros cantaban en los bosques», «111 especies animales extinguidas», y, en particular, la magnífica serie «Yo participo...»).

También se ha señalado un aspecto más teórico: los seres humanos se acostumbran a todo. En particular, los niños. Hoy en día se crían con el escáner de un modo tan natural como los niños de los tiempos antiguos crecieron sin él. O, como lo expresó Ibn al-Avicena casi cien años antes del escáner del tiempo: «Nada está en el consciente que no haya estado antes en la televisión».

Los niños entienden que aquello que ven en la pantalla no es real. No es más que historia.

3. La muerte de la ciencia

3.1

Ya nos hemos referido a la presentación del escáner en Ginebra. Antes de que fuera conectado a la red pública, los historiadores del mundo entero viajaron a Suiza, donde se lanzaron ávidos sobre la nueva herramienta –o el nuevo método, como ellos lo llamaron.

Vislumbraron una nueva era para la ciencia de la historia. A partir de entonces, la historia se consideraría una ciencia exacta. De repente, la disciplina había alcanzado *la fase positiva* (véase Auguste Comte, la clave «Filosofía de la historia», ref. 2.738).

Este gran florecimiento de la disciplina de la historia supuso una convulsión, porque la llegada del escáner del tiempo significó la muerte de la ciencia de la historia. O al menos que ésta fuera ya superflua.

¡Claro que sí! ¿Qué falta nos hacen los «historiadores» teniendo el escáner del

tiempo? Cuando ya no cabe la conjetura, tampoco hay espacio para una ciencia de la historia.

En la medida en que hoy se puede hablar de la historia como una disciplina propia, nos referimos al trabajo que consiste en desarrollar nuevas llaves para el escáner. (En los viejos libros de historia, las notas a pie de página eran cada vez más largas. Hoy en día, toda la disciplina de la historia ha sido degradada a una asignatura de notas a pie de página.) Ahora bien, el olfato histórico –algunos lo llaman intuición– no ha quedado invalidado. Pero no nos hacen falta los libros de historia cuando podemos pasearnos libremente y por nuestra cuenta por la historia mundial.

Se ha eliminado toda inseguridad histórica. Se pueden contestar todas las preguntas (6.138.432 judíos fueron enviados a la cámara de gas por los alemanes en la Segunda Guerra Mundial. Mona Lisa fue la amante secreta de Leonardo. Los orígenes del hombre pueden encontrarse en una serie de extrañas mutaciones hace 211 millones de años, etc. Hay de sobra donde escoger).

Muchas otras disciplinas corrieron la misma suerte que la ciencia de la historia. Las primeras en desaparecer fueron disciplinas como la geología, la paleontología, la biología y la astronomía. En realidad, todas las disciplinas están muertas. Lo que no se puede observar en el escáner no merece llamarse ciencia. Las ideas que no puedan probarse mediante la propia experiencia habrán de denominarse especulación y superstición. La vieja expresión «si no lo veo, no lo creo» ha vivido un renacimiento. Representa un principio sano.

La evolución geológica de la Tierra, así como la biológica y la cultural, podrán leerse ya directamente de la historia de la realidad. Podemos recorrer la evolución entera en el transcurso de unas horas, o podemos reservar más tiempo para ciertas épocas o un determinado fenómeno que nos interese especialmente. Aquí nos encontramos con una serie de llaves instructivas. (La única época de la que puedo presumir de haberla recorrido en su totalidad son los últimos años de vida de Sócrates. Permanecí sentado delante de la pantalla durante quince meses, sólo interrumpido por el sueño. Pero entonces era más joven que ahora.)

La historia del universo se puede seguir –segundo a segundo– desde el Big Bang, hace 16.000 millones de años. Antes de eso no conocemos nada, simplemente porque no hay nada que conocer. De niños, todos hemos intentado mirar antes de los 16.400 millones de años. Eso es algo que sólo haces una vez. Se funde el fusible y te quedas con la pantalla en negro.

¡Claro! Quiero decir: no existe ningún «antes del Big Bang». El tiempo empezó entonces. En ese instante se crearon el tiempo y el espacio.

Pero ¿qué fue lo que produjo el Big Bang? ¿Cómo –o por qué– se creó el universo? ¡Ja, ja! Un idiota pregunta más de lo que puede contestar el escáner del tiempo.

Hasta ahora hemos hablado de la historia, como es natural. Lo que más sorprendió al mundo cuando se construyó el escáner del tiempo fue su capacidad para desvelar todos los enigmas de la historia. No provocó tanta conmoción el hecho de que el escáner también fuera capaz de reflejar todos los sucesos contemporáneos.

De nuevo debemos tener en cuenta la tecnología que precedió al escáner. Ya hemos mencionado las videocámaras que desde principios del siglo XXI fueron colocadas en una serie de puntos neurálgicos del globo. Además, todos los bancos y oficinas de correos, todas las paradas de autobús y estaciones de metro estaban ya bajo vigilancia constante. Todo esto se reproducía en las pantallas domésticas. Si no se tenía otra cosa mejor que hacer, se podía «hojear» un lugar tras otro en el globo. Con suerte, se podía presenciar un atraco, un asesinato o un asalto a un banco en el mismo instante en que sucedía. (Las tiradas de los periódicos cayeron en picado hasta 2060. En 2084 se dejó de publicar el último periódico importante.)

En 2120 –cuando se construyó el escáner del tiempo en Ginebra– el mundo estaba ya bastante bien *vigilado*. Como sabemos, la política era proteger la vida privada ante lo público. Pero también sabemos que todas las personas proyectaban una *sombra electrónica* que iba siendo cada vez más rica en detalles. En 2120 era ya posible en la práctica recabar de la red una información bastante extensa sobre el vecino (o algún miembro más distante de la humanidad, pues la red era intercontinental).

El escáner del tiempo llegó más como la culminación de una evolución de muchos años que como algo auténticamente nuevo. (Siempre he pretendido mostrar cómo la tecnología de la comunicación fue anticipando gradualmente –o a saltos– las posibilidades del escáner.)

Como bien sabemos, el escáner es capaz de localizar todos los lugares del planeta. Todo está bajo constante vigilancia. Ya no se cometen delitos. Si te rascas la nariz, es muy posible que lo registre alguien al otro lado del globo. No es seguro, ni siquiera probable, pero es posible. (Sin duda, tendría que tratarse de una persona confundida que perdiera su tiempo en la Tierra en tales quehaceres. Quiero decir: en este momento se arroja una bomba atómica sobre Hiroshima. O un ser humano aterriza en Marte. En ocasiones así no te paseas por el mundo en busca de una persona que está en su cocina cortando pan. Es posible contar los árboles del bosque, pero ¿quién perdería el tiempo en cosas como ésa?)

Ahora bien, el hecho de que todo el mundo *pueda* ver todo lo que hacemos seguramente ha tenido mucha más influencia en nuestra vida de lo que creemos. De nada sirve intentar esconderse del escáner. En ese sentido, cada hormiguero está vigilado. La infidelidad en el matrimonio ya no existe, lo que no significa que la promiscuidad haya desaparecido. Pero todos los matrimonios son «abiertos» en más de un sentido: el vecino siempre podrá vigilar la felicidad, o la ausencia de ella. (¡Como ya he dicho, estoy en total desacuerdo con eso! Y afortunadamente se trata de algo que se puede descubrir. Si

yo sospecho que acompañas a mi mujer al baño, debes saber que puedo verte allí donde estás sentado delante de la pantalla con una lasciva sonrisa en los labios.)

3.3

Vivimos en una *sociedad abierta*. Sé que esta tolerancia ha sido criticada, pero sin ella habríamos tenido que desechar el escáner del tiempo. Pleroma no está dividido en sectores. No conoce las esferas «privadas».

La humanidad ha firmado un contrato con Pleroma. Naturalmente, podríamos revocarlo. Podríamos volver a proteger nuestras vidas y a recuperar la paz de lo privado. ¡Pero cuánto perderíamos! Todo tiene un precio (como reza una vieja expresión mercantil). No deja uno escapar la omnisciencia a cambio de poder rascarse la nariz en paz.

También tiene que ser posible apagar la luz. El escáner del tiempo no se pasea velozmente por el espacio oscuro con una linterna. Es evidente que después de que yo haya apagado la luz, el vecino no puede ver de mi dormitorio más de lo que yo mismo pueda ver. (Muchos asesinatos históricos siguen sin resolverse precisamente porque fueron cometidos en la oscuridad.)

Por lo tanto, no estaremos obligados a vivir totalmente despojados de esferas privadas. Me parece importante hacer hincapié en esta cuestión, pues puede parecer que muchas personas no han reparado en ello. O es así, o andan sueltos entre nosotros muchos exhibicionistas.

4. El final de la historia

4.1

Cuando se presentó en Ginebra el escáner del tiempo, se especuló –entre legos, se entiende; sólo ellos podían tener unas ideas tan simplistas y retorcidas– con la posibilidad de que también fuera capaz de reflejar el futuro. ¿Cómo iba a saber Pleroma algo sobre lo que aún no había sido creado? Es tan imposible saber algo del futuro como salir a gatas del Universo. Como sabemos, el universo se expande, y del mismo modo se expande constantemente el tiempo. Nos encontramos ante dos aspectos del mismo asunto.

Y sin embargo, podemos constatar que el futuro ya no es lo que era. En realidad, la historia acabó alrededor de 2170. Desde mediados del siglo XXII no ha *sucedido* nada realmente importante. (Ninguna de las llaves va más lejos. ¿Y para qué iba a hacerlo?)

Han nacido nuevos seres humanos, se ha comido y se ha visitado el cuarto de baño, uno ha estado sentado delante de la pantalla observando el paso del tiempo. Actividades de ese tipo no crean historia. Se exige constantemente que se concluya la cronología. Hoy en día resulta tan absurdo contar los años como contar las cuentas de un rosario.

Con la llegada del escáner del tiempo, la historia se acabó. O tal vez la vida como tal.

Las calles están vacías. El motor del mundo anda sin moverse. No vivimos. Estamos sentados sobre nuestros traseros extrayendo la flor y nata de la historia.

4.2

Este «dilema cultural» lo esbozó por primera vez Nietzsche en el escrito «Vom Nutzen und Nachteil der Historie für das Leben». (1874, «Filosofía de la Historia», ref. 2.916. Más tarde, Nietzsche le pondría un título más crudo, «Die historische Krankheit». Véase 2.968.)

En el prólogo, Nietzsche hace referencia a Goethe, quien dice que odia «todo aquello que sólo me enseña sin aumentar o estimular inmediatamente mi energía». Y añade por su cuenta: «Todos sufrimos una fiebre histórica que nos corroe».

Nietzsche ya reparó en que la historia puede constituir una amenaza contra la vida pulsante. «Existe un grado de insomnio, de rumia, de sentido histórico, que daña lo vivo y acaba por matarlo, trátase de un individuo, un pueblo o una cultura.» Ante un exceso de historia, la vida se pulveriza y se degenera, y al final también la propia historia.

Lo que Nietzsche quería combatir era el hegelianismo. Pero como crítica cultural sus palabras están mucho más vigentes hoy de lo que estuvieron en su propia época. Hoy somos pobres en lo que Nietzsche llamaba «la fuerza plástica de una cultura».

La vida necesita olvido. La salud de un pueblo depende de su capacidad para olvidar. A toda acción –y a toda felicidad– corresponde el olvido. El conocimiento nunca debe reinar sobre la vida.

En algún lugar, Nietzsche compara al ser humano que se ha atiborrado de historia con una serpiente que se da un banquete comiéndose una liebre y luego se queda adormilada al sol, incapaz de moverse.

El hombre moderno, dice Nietzsche, sufre de una personalidad mermada. Se ha convertido en un espectador errante que goza.

Hace mención a Hesíodo (700 a. C., «Filosofía de la historia», ref. 0.017), quien opinaba que la edad de oro ya había pasado. La humanidad pierde constantemente fuerza. Y un día los seres humanos nacerán ya canosos. (Cuando esto ocurra, Zeus borrará instantáneamente la estirpe humana.)

De hecho, Nietzsche consideraba «la educación histórica» como una especie de «canosidad congénita». Para nosotros, la humanidad es vieja, a la vez que estamos llevando a cabo una actividad de viejo, es decir, un mirar hacia atrás. Estamos llevando a cabo «una consentida ociosidad en el jardín del conocimiento».

No cabe duda de que la crítica cultural del viejo cascarrabias era previsor. Muchas cosas han cambiado desde su época. Nietzsche vivió antes de la evolución de las tecnologías de la comunicación aquí descritas. Murió en el año 1900, justo cuando todo empezó. Y sin embargo, intuyó lo que estaba a punto de ocurrir.

En el siglo XIX, aún era normal que las personas *hicieran* algo. Unos cuantos –según Nietzsche cada vez más– ya habían empezado a subirse a las tribunas. Pero la inmensa

mayoría estaba en activo. Hoy en día la humanidad entera está sentada en los bancos de la tribuna. Todos somos espectadores. Ni siquiera somos «errantes». (No necesitamos movernos físicamente con el fin de vagabundear.) Y de hecho, no estamos contemplando nuestra propia época contemporánea. Lo que se mira en las pantallas de todos los hogares ocurrió fuera, al aire libre, hace muchos miles de años.

4.3

Fue, pues, la visión de Hegel sobre el Espíritu absoluto la futurista. Ocurrió lo que Zarathustra temió: Apolo venció a Dioniso. (Hoy en día tenemos que visitar las tiendas de antigüedades para comprar tiritas y vendas.)

Para Hegel, la historia de la estirpe humana era la historia de cómo el *Espíritu universal* se despierta a la consciencia de sí mismo. Una vez el Espíritu fue entero e indivisible. Y la meta de la historia es la vuelta del Espíritu a sí mismo.

Este evento podría fecharse en el año 2120, es decir, el año en el que se construyó el escáner del tiempo. Hegel se habría retorcido de regocijo.

5. El Espíritu absoluto

5.1

Ya es hora de que diga mi opinión. Obviamente, no soy un ser humano. Nadie lo es hoy en día. Soy el *Espíritu universal* de Hegel. Soy Dios. Soy Pleroma.

No somos ya individuos, pues no *hacemos* nada. Un individuo es una personalidad que actúa. Un individuo es por definición algo limitado. Cuando todos están en todas partes y todos saben todo, entonces todo es uno.

La historia ha llegado a puerto. Se ha interrumpido el circuito. Todos los arroyos han confluído en un solo océano.

Esto ocurrió ya hace miles de años. Debe de hacer diez o veinte mil años de la construcción del escáner del tiempo. Aunque eso no importa. He dejado ya de contar los años. Pero me he paseado por la historia mundial desde todos los ángulos y por todas partes.

5.2

El ser omnisciente proporciona al alma un sosiego indescriptible. Lo único que me molesta en mi omnisciencia y omnipresencia es la soledad.

Resulta solitario estar en todas partes. No tengo a nadie con quien compartir mi omnisciencia. No tengo a nadie a quien enseñar. Porque todo el mundo sabe todo. Todo el mundo es congruente conmigo mismo. Esto quiere decir que yo *soy* todos.

Lo otro no existe, no existe ninguna ignorancia juguetona en la que poder meter un

jirón de mí mismo con la esperanza de conseguir una especie de confirmación de que existo.

5.3

Me duele mucho la cabeza. Creo que estoy dormido. Al menos no he escrito nada de todo esto. Tal vez lo haya soñado. Pero creo que lo he visto en la pantalla. O que ello me ha visto a mí.

No sé si soy yo el que sueña o si yo mismo soy un sueño. No puedo afirmar que vivo. Ahora bien, me siento bastante seguro de que al menos *he vivido*. Bueno... eso no importa mucho.

¿Por qué a toda costa hay que poner un límite en algún lugar en medio del gran infinito?

Un gran anhelo recorre el mundo. Cuanto más grande y poderosa es una cosa, más profunda se siente la añoranza tras un alumbramiento. ¿Quién escucha la añoranza del grano de arena? ¿Quién presta oídos al anhelo del piojo? Si no existiera nada, nadie echaría de menos nada.

Panina Manina II

La última vez que vi a María y a la niña fue una cálida noche de junio de 1975. Sólo estuvimos unas horas juntos y las pasamos en el lago de Sogn. Llevamos gambas cocidas, baguettes y vino blanco. María y yo recordamos los viejos tiempos mientras la niña chapoteaba en la orilla con un cisne hinchable. Al salir del agua para pedir un refresco y galletas la sequé con la toalla; la madre y la hija me dejaron hacerlo. También la ayudé a ponerse el vestido, faltaría más. María había dicho en una ocasión que yo sería un «papá maravilloso».

Orito se sentó en su toalla entre los dos, y yo le conté un largo cuento, una «leyenda» lo llamé. Se echó a reír antes de que empezara a contársela. No sé si entendía lo que le decía, tal vez por eso se reía, pero intenté usar palabras suecas para facilitarle la tarea.

Le hablé sobre una niña de su edad, llamada Panina Manina, que era hija del director del circo más grande y maravilloso del mundo. El circo procedía de un país muy lejano, y una vez, hacía mucho, muchísimo tiempo, iba camino de Estocolmo para montar su carpa en Grøna Lund, en el centro de la capital sueca, invitado por los reyes del país. Todos los carrromatos del circo iban en una larga fila por las regiones de Skåne y Småland. También formaban parte de la caravana elefantes y leones marinos, osos y jirafas, caballos y camellos, perros y monos. Y en los carrromatos viajaban payasos y malabaristas, faquires y equilibristas, domadores y jinetes, músicos y prestidigitadores. La única niña de toda la compañía era Panina Manina. Era tratada como una princesa por ser la hija del director, y se decía que un día llegaría a ser una famosa artista de circo.

Orito era todo oídos escuchando mi relato, pero no decía nada, así que no estaba seguro de que lo estuviera entendiendo. Pensé que al menos podía captar algo del ambiente del cuento. Miré a María, que me hizo una seña para que continuara. Creo que apreciaba que la niña pudiera llevarse al menos un cuento, y ella también. El Metro se había colocado junto a un árbol para escuchar el resto de la historia. Al sentarse, se quitó el sombrero verde, guiñándome amistosamente un ojo. Creo que estaba de un humor excelente. Tal vez se sintiera por primera vez miembro de una familia.

Conté que todos los carrromatos se detuvieron a la puerta de un café, junto a un gran lago, en medio de los profundos bosques suecos, y mientras los adultos estaban dentro, la hija del director del circo se puso a jugar en el agua. El director del circo creía que los payasos cuidaban de ella, pero los payasos habían entendido mal, y pensaban que era el

domador quien vigilaba a Panina Manina, mientras los adultos asaban carne de jabalí en una gran hoguera. Cuando la caravana se dispuso a continuar hacia Estocolmo, unas horas más tarde, nadie la encontró. La buscaron durante toda la tarde y toda la noche, incluso soltaron animales para ver si podían encontrarla mediante el olfato, pero todo fue en vano. Al final del día siguiente, después de buscar sin descanso, todos pensaron que Panina Manina se había ahogado en el lago. Dos camellos estuvieron durante horas bebiendo en la orilla y muchos opinaban que lo hacían porque percibían el olor de Panina Manina en el agua. Tal vez intentarían vaciar el lago. Pero, al final, los camellos habían saciado su sed y la hija del director del circo seguía desaparecida. Se dice que el director del circo lloró todas las noches durante años hasta quedarse dormido, porque Panina Manina era la niña de sus ojos, y la quería más de lo que quería al resto del circo.

Hice como si me secara una lágrima, y creo que la niña me miró. Tuve la sensación de que por lo menos había entendido la última parte, porque ella misma había estado jugando en la orilla poco antes, y por eso me apresuré a continuar.

Pero Panina Manina no se había ahogado, sino que había salido a explorar el entorno, mientras los adultos bebían vino y comían carne de jabalí junto a la hoguera. Tomó un bonito sendero que se adentraba en el bosque, y pronto sus piernas estaban tan cansadas que tuvo que sentarse entre los árboles. Allí sentada, escuchando el arrullar de las palomas y el ulular de los búhos, se quedó profundamente dormida. Al despertarse, creyó que sólo había dormido unos minutos, pero en realidad había dormido toda la noche y más que eso, porque el sol estaba alto en el cielo. Panina Manina volvió a la hoguera por el sendero, pero no encontró los carromatos, pues se había perdido en el bosque. Ya de noche, llegó a una pequeña granja donde había una casa pintada de rojo y un asta con la bandera sueca. Delante de la casa roja había una caravana rosa. Tal vez fuera la caravana lo que atrajo la atención de Panina Manina, porque recordaba un carromato de circo. Aunque sólo tenía 3 años, se acercó a la caravana y llamó a la puerta. La puerta se abrió y salió una anciana. Panina Manina no tuvo miedo, tal vez porque era una auténtica artista de circo. Miró a la desconocida y dijo que había perdido a su padre, pero lo dijo en un idioma que la señora no entendía, porque Panina Manina procedía de un país lejano, y la anciana nunca había estado allí. Panina Manina llevaba casi dos días sin comer, y se llevó las manos a la boca para indicar que tenía hambre. Entonces la mujer comprendió que la pequeña se había perdido en el bosque. La dejó entrar y le dio arenque y albóndigas, pan y zumo de arándanos, y Panina Manina tenía tanta sed y hambre que comió y bebió como una mayor. Al llegar la noche, la mujer le preparó la cama, y como no hablaban la misma lengua, se sentó junto a ella y le cantó la nana sueca «Byssan lull», hasta que la pequeña se quedó profundamente dormida. Como no sabía el nombre de la niña, la llamó «Niña de Oro».

Orito volvió a mirarme, tal vez porque le mostraba con las manos cómo comía Panina Manina arenque y albóndigas, aunque también pudo ser porque le llamase la atención

que a la niña del cuento le pusieran de nombre Niña de Oro. Puede que no estuviera entendiendo gran cosa del cuento en sí, pero proseguí:

Panina Manina se quedó a vivir en la granja. Nadie en toda Suecia logró averiguar quién era su madre o su padre, y conforme transcurrían los años, el recuerdo del director de circo palidecía cada vez más. Enseguida habló sueco perfectamente, a la vez que iba olvidando su propia lengua, ya que no tenía a nadie con quien hablarla. Pero –en este punto levanté el dedo índice para mostrar que me había olvidado de algo muy importante– la señora de la granja tenía escondida en un armario del dormitorio una bola de cristal, ya que muchos años atrás se había ganado la vida como adivina en una gran verbena de Lund. Ahora volvió a sacar la bola y predijo que la Niña de Oro llegaría a ser una famosa equilibrista, así que empezó a entrenarla en todas las artes, desde tableros y cuerdas hasta cubos y recipientes, hasta que un día estuvo preparada para mostrar su habilidad ante un auténtico director de circo, trece años después de haber llegado a su casa. La pitonisa había leído en el periódico que acababa de llegar a Estocolmo, procedente del extranjero, un famoso circo y, un día, las dos viajaron hasta la capital sueca para probar suerte. Era el mismo director del circo de aquel país lejano que había estado en Estocolmo trece años antes, pero Panina Manina ya no recordaba haber vivido en un circo. El director del circo extranjero quedó impresionado con las destrezas de la niña sueca, y ésta pasó a formar parte del mismo. Ni Panina Manina ni el director del circo sabían que eran padre e hija.

María me miró interrogante. Siempre había mostrado un interés especial por el final de mis cuentos. Esta vez estaba más alerta que nunca, porque entre los dos había unas orejitas.

Se dice que la sangre es más espesa que el agua, proseguí, y tal vez por eso el director del circo y Panina Manina se gustaron enseguida. Panina Manina decidió ir con el circo a ese país lejano. Allí se convirtió al cabo de poco tiempo en una famosa funambulista. Una noche, cuando estaba bailando sobre la cuerda en lo alto de la pista, echó una rápida mirada al director del circo, que estaba delante de la gran orquesta con una fusta en la mano, y en ese instante se dio cuenta de que el director del circo era su padre, de modo que no se había olvidado del todo de él. Esos momentos suelen llamarse «el momento de la verdad», le expliqué. Debido a su asombro, Panina Manina perdió el equilibrio y cayó a la pista. Cuando el director del circo se precipitó hacia ella para ver si se había hecho daño, ella alargó los brazos hacia él y gritó de un modo desgarrador: «¡Papá! ¡Papá!».

Orito me miró asombrada y se rió, pero supuse que no había entendido gran cosa de lo que acababa de contar. María sí que lo había entendido y me miró iracunda, dándome a entender con toda claridad que no le había gustado la última frase del cuento.

El sol estaba a punto de ponerse sobre la pequeña reunión familiar. Recogimos nuestras cosas y nos fuimos hacia el tranvía. La niña iba delante de nosotros por el sendero. «¡Papá, papá!», murmuró. Entonces María tomó mi mano y me la apretó. Vi que tenía lágrimas en los ojos. Ya de vuelta en la ciudad, nos fuimos cada uno por

nuestro lado. Fue la última vez que vi a María y a la niña. Desde entonces no sé nada de ellas.

Llevamos y somos llevados por un alma a la que no conocemos. Cuando el enigma se yergue sobre dos patas sin haberse solucionado, es cuando nos toca el turno a nosotros. Cuando las imágenes soñadas se pellizcan el brazo sin despertarse, somos nosotros. Porque somos el enigma que nadie sabe resolver. Somos el cuento encerrado en su propia imagen. Somos los que andamos sin cesar y nunca llegamos a la claridad.

El alma

Cuando ya no se le ocurrió nada más que anotar, Cecilia dejó el cuaderno en el suelo y lo empujó debajo de la cama.

Debió de quedarse dormida otra vez porque, cuando volvió a despertar, oyó una voz que decía:

–¿Has dormido bien?

Era el ángel Ariel. Cecilia levantó la vista. Estaba arrodillado al pie de la cama.

–He estado aquí todo el tiempo –le aseguró.

–Pues no te he visto.

Ariel tardó un poco en contestar:

–Quizá no te he explicado que hay dos clases de visitas de ángeles. Por regla general, cuando hacemos de ángeles de la guarda, estamos sentados junto a vosotros sin dejarnos ver. Muy pocas veces aparecemos de verdad, como ahora.

–¿Pero en los dos casos hacéis de ángeles de la guarda?

–Sí, en los dos casos.

–¿Y cómo fue tu visita al niño enfermo de Alemania?

–Con él estuve sin dejarme ver.

–No entiendo muy bien cómo puedes estar en la habitación cuando yo no te puedo ver.

–No es muy difícil de explicar.

–¡Explícamelo entonces!

–Si soñaras que estás en una playa desconocida, ¿no dirías que, de alguna manera, has estado en esa playa?

–Pues sí, de alguna manera...

–¿Pero te habría visto la gente que estaba en la playa?

–No, claro que no.

–También podrías viajar hasta allí en avión y bañarte en esa misma playa. Entonces la gente te vería, porque estarías allí de verdad.

Cecilia miró los ojos azul verdoso:

–¡Qué buena comparación...! Por cierto, apenas te dio tiempo a meterme en la cama antes de que mi madre se despertara.

–Sí, fue en el último momento.

–Si no nos hubiera dado tiempo, mamá se habría llevado un buen susto. Tal vez

habría pensado que me había recuperado. «Qué bien, Cecilia. Fíjate: te has recuperado de repente.»

Ariel se rió:

–Es muy curioso observarte cuando duermes.

–Los ángeles no duermen nunca, ¿verdad?

Él negó con la cabeza:

–No entendemos lo de dormir. ¿Lo entiendes tú?

–En realidad, no...

–Pero seguro que has notado lo que ocurre dentro de tu cabeza justo en el momento de dormirte.

Cecilia se encogió de hombros:

–Simplemente me duermo.

–No entiendo cómo te atreves.

–¿Por qué no?

–Porque no sabes si vas a despertar de nuevo... Descríbeme por lo menos cómo es dormirse.

Cecilia dejó escapar un leve suspiro:

–En el momento de dormirnos no estamos despiertos. Es decir, estamos en la frontera. Por eso nadie sabe exactamente cómo es dormirse.

–Es incomprendible, porque dentro de la cabeza debe de ocurrir una pequeña revolución.

–Pero cuando ha ocurrido, ya nos hemos dormido. Es decir, no es posible pensar «acabo de dormirme», porque ya es demasiado tarde para pensar. La cabeza es como una especie de máquina que de repente se apaga a sí misma.

–Pero, cuando se ha apagado y ya no tiene corriente eléctrica, ¿cómo logra volver a encenderse unas horas más tarde?

–Haces unas preguntas muy difíciles de responder. Simplemente nos dormimos y luego volvemos a despertar unas horas más tarde. Por cierto, papá tiene un despertador dentro de la cabeza. Se despierta a las siete menos cinco todos los días. Y entonces se levanta y apaga el despertador que debería haber sonado cinco minutos más tarde. Pero esto sólo ocurre los días de diario, en que él sabe que tiene que levantarse pronto. Los domingos duerme hasta mucho más tarde, y entonces no se despierta ni con el despertador.

El ángel Ariel extendió los brazos:

–Creo que estamos hablando del misterio más grande de todo el universo.

–Eso ya lo has dicho muchas veces.

–Pero no sólo pienso en lo que tiene que ver con el dormir.

–¿En qué piensas entonces?

Cecilia intentó incorporarse en la cama, y Ariel la miró fijamente a los ojos:

–Habéis sido creados compuestos por átomos y moléculas en un pequeño planeta del

universo. Tenéis piel, pelo y cinco o seis sentidos que hacen que seáis capaces de captar y vivir el mundo que os rodea. Pero dentro de ese cráneo que está hecho de algo que recuerda a yeso o piedra calcárea, también tenéis un cerebro blando que os da la capacidad de dormir y soñar, pensar y recordar.

Cecilia echó un vistazo al collar de perlas que colgaba sobre el calendario de los gatos.

–Dije que no me gusta hablar de lo que hay dentro del cuerpo.

–Tendremos que hablar del alma, Cecilia. Tal vez se encuentre también dentro del cuerpo, pero no forma parte de él de la misma manera que el corazón o los riñones.

Ella se volvió hacia él:

–Habla del alma entonces, y no del corazón y los riñones.

–Lo más enigmático de todo es eso que llamáis «memoria». Por ejemplo, eres capaz de reconocer a alguien que has visto una vez hace muchísimo tiempo. Si estuvieras en una ciudad grande y volvieras a ver a aquel simpático camarero que siempre quería tirarte del pelo, lo reconocerías inmediatamente, aunque fuera en medio de una plaza llena de gente.

–¿También estuviste en Creta?

Ariel asintió:

–A mí no me importa si estás en el salón de tu casa o en Creta. Lo reconocerías, ¿verdad?

–Lo recuerdo muy bien.

Ariel se puso cómodo:

–¿Qué se siente dentro de la cabeza al «recordar» algo? ¿Qué pasa en ese momento con todos los átomos y moléculas del cerebro? ¿Crees que de repente y de un salto vuelven a colocarse exactamente como estaban en el momento en que sucedió lo que estás recordando?

Cecilia se quedó boquiabierta:

–Nunca había pensado en ello antes.

Ariel estaba ya un poco impaciente:

–¿Crees que las piedras de una playa recuerdan cómo era esa misma playa dos minutos antes?

–No, no. No hay nada que se olvide más rápidamente que el cómo estaban colocadas las piedras en la playa. Y además, las piedras no son capaces de recordar nada de nada.

–Pero los átomos y las moléculas del interior de tu cabeza saben «recordar» cómo era todo hace muchos años, incluso cuando después han entrado un montón de nuevos pensamientos y recuerdos. Un pensamiento o un recuerdo es algo así como un determinado dibujo de piedrecitas en la playa de la conciencia, ¿no?

Cecilia se movía inquieta:

–Tú también te acuerdas. Dijiste que podías recordar cuando el abuelo tuvo pulmonía...

–Sí, es verdad, pero yo no tengo un alma compuesta por unos cien mil átomos y

moléculas.

–¿De qué está hecha tu alma?

–Nació directamente de la mente de Dios.

Cecilia reflexionó un buen rato. Luego dijo:

–Quizá también naciera así la mía. Aunque esté compuesta de átomos y moléculas, puede que haya nacido directamente de la mente de Dios.

Ariel intentó cambiar de tema:

–De cualquier forma, ahora no íbamos a hablar del cielo.

–Me prometiste hablar del cielo...

–El cielo puede esperar, Cecilia. Cuando hablamos del alma del ser humano, hablamos de algo muy, muy cercano al cielo.

Cecilia miró al techo:

–Mi abuela dice que el alma es divina.

–Tu abuela debe de ser muy sabia.

–Y sabe casi de memoria la Biblia y el libro de Snorri.

–Exactamente. Ya ves.

–¿El qué?

–Precisamente eso de saber algo «de memoria» forma parte del gran misterio del que estamos hablando. ¿Has pensado que el cerebro del ser humano es la sustancia más enigmática que hay en todo el universo?

–Hasta ahora no lo había pensado...

–Todos los átomos de que está compuesto tu cerebro fueron en su momento cosidos en una estrella. Pero luego se entremezclaron misteriosamente, hasta convertirse en eso que llamáis «conciencia». Es decir, el alma del ser humano pasa oscilando por un cerebro tejido por un polvo muy fino que, en su momento, cayó de las estrellas del cielo. Los pensamientos y sentimientos de los seres humanos tocan y retocan ese fino polvo estelar en el que todos los hilos nerviosos pueden componerse de maneras siempre nuevas...

–Entonces a lo mejor en mi cerebro hay algo de polvo de la estrella de Belén.

–Y en todos tus pensamientos, y en todos tus recuerdos.

Cecilia intentaba mirar por la ventana mientras él seguía:

–Tiene que ser una extraña sensación ser un cerebro vivo en el universo. Es como un pequeño universo propio dentro del gran universo de fuera. Porque hay tantos átomos y moléculas en tu cerebro como estrellas y planetas en el universo...

Cecilia le interrumpió:

–Y quizá haya tanta distancia hasta mis pensamientos más íntimos como la que hay hasta las estrellas más lejanas del universo.

Ariel asintió:

–La única diferencia es que el cerebro es consciente de su propio ser. Puede evaluar constantemente su propia actividad. No ocurre así con el universo que lo rodea. El

universo no puede, por decirlo de alguna manera, ensalzarse a sí mismo y decir: «Yo soy yo». Para eso necesita la ayuda de los seres humanos.

Cecilia sonrió triunfalmente:

–Estoy de acuerdo en que ésa es una diferencia importante.

–Pero aún no me has explicado cómo es recordar algo.

–Se me había olvidado.

–Por cierto, eso es igual de interesante.

–¿El qué?

–«Se me había olvidado.» Quizá podrías explicarme mejor cómo es olvidar algo.

–Simplemente desaparece.

–«¡Simplemente desaparece!» –repitió Ariel, esta vez intentando imitar también la voz de Cecilia.

–Pero puede ocurrir que de repente vuelva a aparecer. A veces lo tengo en la punta de la lengua.

–¿En la punta de la lengua?

–Eso decimos.

–No sabía que la lengua tuviera que ver con la memoria. ¿No irás a decirme que saboreáis las palabras de la misma manera en que saboreáis una fresa?

Cecilia se echó a reír:

–Digo que «creo que lo sé». Si nadie me estorba, suele volver a aparecer. Mi abuelo dice que nunca debemos lamentar un pensamiento que se escapa...

–¿Por qué no?

–Es como un pez que de repente se sale del anzuelo. Entonces vuelve al fondo del mar y reaparecerá luego más gordo.

Ariel mostró claramente su acuerdo.

–Entonces a lo mejor tienen razón.

–¿Quiénes?

–Hay ángeles a los que les encanta decir que nosotros jamás llegaremos a entender las cosas de la Tierra. Pero yo nunca he querido darme por vencido. Siempre he intentado comprender a fondo cómo es ser una persona de carne y hueso.

–No es seguro que pueda ayudarte, porque yo tampoco lo entiendo.

Ariel se disponía a elevarse desde el pie de la cama. Mientras volaba por el cuarto dijo:

–¿Recuerdas lo primero que te dije cuando nos conocimos?

Cecilia tuvo que pensarlo un instante:

–Estabas sentado en el alféizar de la ventana. Pero creo que no recuerdo exactamente lo que dijiste.

–«Creo que no recuerdo...»

–¿No dijiste simplemente «hola» o algo así?

Ariel negó con la cabeza, y dejó que transcurriera un buen rato sin decir nada. Al final, Cecilia comenzó a mover un brazo:

–¡Espera! Lo tengo en la punta de la lengua...

–Entonces debes escupirlo antes de que vuelva a «desaparecer» de repente.

Ariel se sentó en el alféizar exactamente de la misma manera que cuando apareció ante ella por primera vez. Cecilia le miró y dijo:

–Me preguntaste si había dormido bien.

–¡Enhorabuena!

–No era tan difícil.

–Pero yo he sido testigo de un gran misterio. Te he preguntado si recordabas algo, y me has contestado que lo habías olvidado. ¡Había desaparecido! Pero, cuando no lo recordabas, ¿dónde estaba?

Cecilia lanzó un suspiro de resignación:

–Estoy de acuerdo en que resulta curioso. Algunas veces las cosas simplemente se me ocurren.

–¿Y de dónde llegan exactamente esas ocurrencias?

–De la cabeza.

Ariel se tomó mucho tiempo:

–¿Y dónde ocurren exactamente?

Cecilia tuvo que reírse:

–¡En la cabeza!

–De cabeza a cabeza, pues. Aunque en realidad estamos hablando de una misma cabeza. Pero no es sólo lo que veis y oís lo que recordáis y olvidáis, para luego volver a recordar. El cerebro también actúa por su cuenta. Es a eso a lo que llamáis «pensar». Es como si todas las piedrecitas de una gran playa empezaran a moverse solas sin ayuda de las olas.

Cecilia se volvió a reír:

–Intento imaginármelo. ¡Imagínate que de repente empezaran a dar saltos en todas las direcciones!

–También algo que has pensado puede quedarse a un lado por un rato, para luego ser recobrado en la conciencia. Es como si dieras marcha atrás a esa cinta que es la conciencia, para volver a pensar otra vez el mismo pensamiento. Creo que repetís muchos viejos pensamientos que en realidad deberían haberse agotado hace ya tiempo.

–Yo diría más bien que un viejo pensamiento vuelve a surgir por su cuenta. No siempre podemos decidir lo que vamos a recordar y lo que vamos a olvidar. A veces pensamos en cosas en las que no queremos pensar. Otras, nos vamos de la lengua. Es cuando decimos cosas que en realidad no habíamos pensado decir. Puede resultar muy desagradable.

Ariel seguía sentado en el alféizar, moviendo su cabeza calva.

–Entonces tal vez sea como me había temido –dijo.

–¿El qué?

–No tenéis sólo un alma como nosotros. De alguna manera, tenéis dos, o quizá

muchas más. ¿Cómo, si no, explicas que penséis en cosas que en realidad no queréis pensar?

–No lo sé –contestó Cecilia.

–Esos pensamientos no deseados tienen que estar dirigidos por algo que no sea vuestra conciencia. Es más o menos como un teatro en el que no tenéis la menor idea de qué obra se va a representar la próxima vez.

–¿Quieres decir que el alma es el teatro y que los actores sobre el escenario son los diferentes pensamientos que surgen incesantemente actuando en los distintos papeles?

–Algo así. Lo que es cierto es que tiene que haber muchas habitaciones en el teatro de la conciencia. Y muchos escenarios también.

Despegó del alféizar, voló describiendo un gran arco sobre el suelo y volvió a sentarse al pie de la cama de Cecilia. A continuación siguió:

–¿Puedes intentar describir qué sientes en tu cabeza cuando piensas en algo?

–No noto nada raro.

–¿No sientes como un cosquilleo cuando tienes pensamientos divertidos? ¿Y no te escuece a veces cuando piensas en algo amargo y triste?

–De alguna manera, siento como un cosquilleo cuando pienso en algo divertido, y tal vez sienta escozor al pensar en algo triste. Pero no se siente dentro de la cabeza, sino en el alma, y el alma no es exactamente lo mismo que la cabeza.

–Pensaba que al menos te picarían un poco los hilos nerviosos –objetó Ariel.

Cecilia le miró desafiante:

–No irás a decirme que los ángeles no piensan, ¿no?

–Sí, tengo que decirlo, porque a los ángeles no se nos permite mentir.

–¡Creo que estás exagerando!

–No pensamos de la misma manera que los seres humanos de carne y hueso. No necesitamos «reflexionar» para encontrar la respuesta a una pregunta. Todo lo que sabemos, y todo lo que podemos saber, está presente en nuestra conciencia al mismo tiempo. Dios nos ha dejado entender una parte de su gran misterio, pero no todo. Por lo tanto, debemos callar sobre lo que no comprendemos.

Cecilia reflexionó sobre todo lo que acababa de oír:

–Entonces es diferente en nuestro caso. Nosotros intentamos comprender cada vez más. De repente, entendemos algo nuevo. A los más astutos se les da el premio Nobel por esos descubrimientos, si son importantes para toda la humanidad. Es más o menos como cuando el cuerpo crece. De la misma manera, crece también nuestra comprensión.

–Bueno, pero también hay cosas que olvidáis. Así que dais dos pasos hacia delante y uno hacia atrás.

–Tal vez. Pero aunque nos olvidemos de algunas cosas, no significa necesariamente que desaparezcan del todo. Pueden volver a aparecer de repente.

–Ésa es la gran diferencia entre los seres humanos y los ángeles. No sabemos lo que es olvidar, por lo que tampoco podemos saber lo que es recordar. En este momento no sé ni

más ni menos de lo que sabía hace dos mil años. Entre tanto, la comprensión de la humanidad ha aumentado considerablemente. No todos los ángeles se alegran de esta diferencia.

–No sabía que podíais ser envidiosos.

Ariel se rió:

–No es exactamente envidia.

–¿Pueden ser muy profundos vuestros pensamientos? Mi abuelo dice a veces que piensa cosas muy profundas.

Él negó con la cabeza:

–Debido a que todos nuestros pensamientos están presentes en nuestra conciencia al mismo tiempo, nunca tenemos el gusto de sorprendernos con una profundidad repentina. No tenemos ninguna zona fronteriza de donde servirnos, nuestra conciencia no se mueve sobre un mar agitado en el que los pensamientos ya olvidados de repente vuelven a surgir, como peces gordos que ascienden de las profundidades.

–Dijiste que los ángeles nunca duermen...

–No, no dormimos nunca, y por eso tampoco soñamos nunca. ¿Qué se siente al soñar?

–No noto nada.

Ariel asintió:

–Exactamente de la misma manera en que yo no noto que vuelo por el aire, o que toco una bola de nieve...

Cecilia dijo:

–Soñar es una manera de pensar... o una manera de mirar. O quizá ambas cosas a la vez. Pero, cuando soñamos, no decimos lo que pensamos y vemos.

–Necesito que me expliques eso más a fondo.

–Cuando soñamos, nuestra cabeza piensa por su cuenta. Entonces es cuando se puede hablar de un verdadero teatro. A veces, al despertarme, recuerdo que he soñado una obra de teatro entera, o una película, si quieres...

–Que tú misma haces, porque eres tú quien desempeña todos los papeles.

–Sí, de alguna manera.

Ariel estaba ahora muy interesado:

–Tal vez podríamos decir que las células del cerebro se proyectan películas unas a otras. Al mismo tiempo, la película está sentada detrás en la sala, viéndose a sí misma en la pantalla.

–¡Qué raro suena eso! «Las células del cerebro se proyectan películas unas a otras...» Me las estoy imaginando.

–Porque, cuando soñáis, sois actores y público a la vez. ¿No es misterioso?

Cecilia dio marcha atrás.

–A mí todo esto me resulta un poco terrible.

–De cualquier manera, tiene que ser una vivencia divertida. Estás presenciando

verdaderos fuegos artificiales de pensamientos e imágenes dentro de tu cabeza, aunque no hayas lanzado ni un cohete. Debe de ser casi como un espectáculo de entrada libre.

Cecilia asintió:

–Puede resultar muy divertido, pero muy terrible también, porque no siempre tenemos sueños divertidos. También podemos tener sueños feos y asquerosos...

Ariel se mostró muy comprensivo:

–Naturalmente es una pena que os tengáis que torturar de esa manera. Lo ideal sería que tuvierais la posibilidad de acabar con los sueños que no os gusten. Debería haber una salida de emergencia en la sala de cine. Pero resulta completamente imposible, precisamente porque vuestra propia alma es la sala de cine, y la que decide el repertorio, además. Porque no podéis huir de vuestra propia alma. No podéis morderos el rabo. O tal vez sea exactamente eso lo que hacéis. Os mordéis el rabo hasta que gritáis de espanto y terror.

Cecilia dijo mordiéndose las uñas:

–No quiero que sea así. Pero no puedo decidir tener sólo sueños divertidos. Tengo que aceptar lo que venga. Tras una larga noche, despierto a veces pensando que he estado en Creta. Y, de alguna manera, sí he estado, porque cuando sueño creo que estoy donde está teniendo lugar el sueño.

Ariel la estudió con su clara y determinada mirada de zafiro:

–¡Justo!

–¿El qué?

–¡Espera un momento! ¿También podéis soñar que voláis, o que atravesáis puertas cerradas?

–Sí, sí. Todo puede ocurrir en el sueño, al menos casi todo. Ni siquiera necesito dormir. También hago volar los pensamientos cuando estoy despierta. Puedo vagar por esta casa o por países lejanos. Una vez soñé que estaba en la luna. Marianne y yo habíamos encontrado una nave espacial detrás de la vieja central lechera. Con sólo apretar un botón, nos pusimos en marcha.

Ariel comenzó a volar de nuevo. Tras una pequeña excursión por la habitación, se sentó en la silla que había junto a la cama.

–Entonces está en el libro –dijo.

Cecilia movió la cabeza con un gesto de resignación:

–No entiendo nada.

Ariel señaló la frente de ella y dijo:

–En vuestra cabeza podéis hacer todo lo que saben hacer los ángeles con todo el cuerpo. Cuando soñáis, podéis hacer dentro de vuestras cabezas exactamente lo mismo que pueden hacer los ángeles en la obra de la creación.

Cecilia se sintió ligeramente confusa:

–Nunca había pensado en eso...

–Pero aún hay más –prosiguió Ariel–. Cuando soñáis algo, nada puede haceros daño.

Entonces sois igual de invulnerables que los ángeles del cielo. Todo lo que vivís es pura y simple conciencia, y no utilizáis los cinco sentidos del cuerpo.

A Cecilia se le ocurrió un pensamiento totalmente nuevo. Se enderezó y dijo con voz autoritaria:

–¡Y entonces tal vez nuestra alma sea inmortal! Quizá tan inmortal como los ángeles del cielo.

Ariel vaciló:

–Ahora al menos entiendes un poco mejor cómo es ser ángel. Aunque nos hemos centrado, sobre todo, en cómo es ser de carne y hueso, también has aprendido algo más sobre las cosas del cielo. Porque el cielo se refleja en la tierra.

Cecilia lo intentó de nuevo:

–¿Y el alma es inmortal, verdad?

Como él no contestó, Cecilia pensó que tenía que procurar evitar que Ariel desapareciera, así que insistió:

–Has prometido contarme más cosas.

Ariel dijo que sí con la cabeza:

–Pero en este momento tu madre está subiendo por la escalera. Me daré prisa para atravesar el espejo.

Cecilia miró a su alrededor:

–¿De qué espejo estás hablando todo el tiempo?

El ángel se levantó de la silla y se puso en medio de la habitación. Sus contornos se volvieron cada vez más confusos. En el instante de desaparecer del todo, dijo:

–Toda la obra de la creación es un espejo, Cecilia. Todo el mundo es un enigma.

En el globo del ojo colisionan visión y percepción, creación y reflexión. Las esferas oculares de Jano son una mágica puerta giratoria en donde el espíritu creador se encuentra a sí mismo en el creado. El ojo que mira el universo es el ojo del propio universo.

La Joven de las Naranjas

No la veo hasta que me encuentro dentro de la iglesia, la descubro de repente mientras el organista está tocando un preludio de Bach. Siento escalofríos, sudo.

La Joven de las Naranjas está sentada al otro lado del pasillo central, no puede tratarse de otra, y en una ocasión durante la misa se vuelve para mirar hacia arriba al coro, que canta una de las canciones de Navidad. No lleva el anorak naranja, ni tampoco tiene sobre las rodillas una gran bolsa llena de naranjas. Es Navidad. Viste un abrigo negro y lleva el pelo recogido en la nuca con un gran pasador que parece de plata, pues sí, es de plata pura, como la del cuento, tal vez lo haya labrado uno de los siete enanitos que salvaron la vida a Blancanieves.

Pero ¿con quién está? Hay un hombre sentado a su derecha, pero ni una sola vez se inclinan el uno hacia el otro durante la misa. Al contrario, poco antes de acabar la celebración veo que el hombre sentado a la derecha de la Joven de las Naranjas se inclina hacia una mujer sentada a su vez a su derecha y le susurra algo al oído. Lo recuerdo como un movimiento hermoso. Naturalmente, un hombre puede volverse hacia la derecha y hacia la izquierda todo lo que quiera, y este hombre no es, como ya hemos visto, una excepción, pero lo cierto es que se vuelve hacia la derecha, podríamos decir que se vuelve hacia donde debe. Tengo la sensación de que soy yo el que decide la dirección hacia la que él se vuelve.

A la izquierda de la Joven de las Naranjas hay una anciana obesa, y no hay nada que indique que ella y la Joven de las Naranjas vayan juntas, pero puede que se conozcan de la plaza de Young, porque la anciana parece una verdulera, y tal vez las dos hayan convertido en una bonita tradición ir juntas a la misa de Navidad. ¿Por qué no, Georg? ¿Por qué no iban a hacerlo? La Joven de las Naranjas es la mejor cliente de la verdulera, al menos en lo que a naranjas se refiere. Por ello se le hace un justificado descuento. Siete coronas el kilo de naranjas marroquíes no es mucho, pero la Joven de las Naranjas las consigue por 6,50, y eso a pesar de que le permiten tardar casi media hora en llenar la bolsa con un exquisito surtido de ejemplares variados.

No oigo lo que dice el pastor, pero supongo que habla de María, José y el Niño Jesús, faltaría más. Se dirige a los niños, eso me gusta, la Nochebuena pertenece a los niños. Lo único que hago es esperar a que acabe la misa. Concluye la música, la congregación se levanta de los bancos, y debo procurar a toda costa que la Joven de las Naranjas salga de la iglesia antes que yo. Pasa por delante de mi banco y hace un gesto con la cabeza,

aunque no sé si se fija en mí. Pero está sola, y es aún más hermosa de lo que la recordaba. Es como si todo el resplandor navideño se hubiera concentrado en una sola mujer.

¡Ah! Sólo yo sé que esta chica es una auténtica Joven de las Naranjas, que además está repleta de tentadores secretos. Sé que procede de un cuento muy diferente, con reglas muy distintas a las que rigen aquí. Sé que es una espía en nuestra realidad. Pero ahora se encuentra en la iglesia como uno de nosotros y se alegra con todos de que haya nacido el Niño Jesús, nuestro salvador. Me parece muy generoso por su parte.

La sigo muy de cerca. Varias personas se quedan un rato en la puerta de la iglesia saludándose y deseándose feliz Navidad, pero yo fijo la mirada en el pasador de plata de la nuca de la Joven de las Naranjas. Sólo hay una Joven de las Naranjas en todo el mundo, y eso es así porque ella es la única que ha logrado llegar aquí desde otra realidad. Se dirige hacia la calle de Grensen y la sigo a unos metros de distancia. Ha empezado a nevar, copos helados volando en el aire. Me fijo en ellos porque se posan húmedos en el pelo oscuro de la Joven de las Naranjas. Se va a mojar, pienso, debería haber traído un paraguas o al menos un periódico para taparle la cabeza.

Esto es una locura, me digo, hasta ahí llego a pensar con sensatez. Pero es Nochebuena. Aunque el tiempo de los milagros ya pasó, nos queda al menos un día mágico, un día en el que todo puede suceder. Todo. Noche de paz. Noche de amor, y la Joven de las Naranjas revolotea por las calles de Oslo como si nada.

La alcanzo justo antes de Øvre Slottsgate. La adelanto un paso, me vuelvo y digo alegremente: «¡Feliz Navidad!».

Es obvio que se sobresalta, o hace como si se sobresaltara, eso nunca puede saberse. Esboza un vaga sonrisa. No tiene aspecto de espía. Tiene aspecto de una chica por la que yo daría cualquier cosa por conocer mejor. Contesta: «¡Feliz Navidad!».

Ahora sonrío de verdad. Echamos a andar de nuevo. No parece disgustarle el que yo camine a su lado. No estoy del todo seguro, pero creo que incluso le gusta. Veo el contorno de dos naranjas que lleva escondidas bajo el abrigo negro. Son igual de redondas e igual de grandes. Me ponen nervioso y me hacen sentir avergonzado. Últimamente estoy muy sensible a las formas redondas.

Siento que debo decirle algo más, de lo contrario tendría que dejarla y hacer como si tuviera mucha prisa. Pero nunca he tenido menos prisa que ahora. Me encuentro junto a los orígenes del tiempo, he aterrizado en la meta y el sentido de todos los tiempos. De repente me acuerdo de un poema del poeta danés Piet Hein: *El que nunca vive el momento, no vive nunca. ¿Qué haces tú?*

Yo vivía el momento, y ya era hora, porque nunca hasta entonces había vivido. Gritaba por dentro de alegría. Digo sin pensar: «¿De modo que no estás a punto de irte a Groenlandia?».

Una tontería por mi parte. Ella entorna los ojos y contesta: «No vivo en Groenlandia».

De pronto me acuerdo de que en Oslo hay un barrio que se llama Groenlandia. Me siento muy avergonzado, pero lo mejor es seguir el camino que había elegido. Digo: «Me refiero a los hielos de Groenlandia. Con un trineo tirado por ocho perros y diez kilos de naranjas».

¿Sonreía o no sonreía?

Hasta ese momento no se me había ocurrido que tal vez no me recordara de aquel viaje en el tranvía de Frogner. Me llevo una desilusión, es como si perdiera el norte, pero a la vez también resulta un alivio. Al fin y al cabo, han pasado un par de meses desde que tiré aquella gran bolsa de naranjas; hasta entonces no nos habíamos visto jamás, y todo el episodio no duró más que unos cuantos segundos.

Pero al menos ha de recordarme del café de Karl Johan. ¿O solía coger la mano a cualquier desconocido? La mera idea me resultaba muy desagradable. Me hacía sospechar de ella. Incluso una auténtica joven con naranjas debe cuidarse de no derramar demasiadas bendiciones a su alrededor.

«¿Naranjas?», repite, y ahora su sonrisa es tan cálida que recuerda al sur, a un siroco del Sáhara.

«Exactamente», digo, «las suficientes para cruzar Groenlandia en esquís».

Se detiene. No sé si desea continuar con la conversación. Tampoco sé si cree que tengo intención de invitarla a acompañarme a una arriesgada expedición en esquís por los hielos de Groenlandia. Pero de repente me mira de nuevo, sus ojos oscuros zigzaguean entre los míos y pregunta: «Eres tú, ¿verdad?».

Asiento con la cabeza, aunque no estoy muy seguro de lo que me ha preguntado, porque no creo que haya sido el único que la haya visto con bolsas llenas de naranjas. Pero ella añade, como acordándose de algo: «Fuiste tú quien me dio un empujón en el tranvía de Frogner, ¿verdad?».

Asiento de nuevo.

«Me pareciste un gnomo.»

Digo: «Y ahora el gnomo quisiera recompensarte por todas las naranjas que perdiste».

Ella se ríe cordialmente, como si fuera lo último en lo que pensara. Ladea la cabeza y dice: «Olvídalo. Estuviste muy gracioso»...

Y ahora, Georg, llega de pronto un taxi libre. La Joven de las Naranjas alarga el brazo derecho, el taxi se detiene, y ella se apresura hacia él...

Me acuerdo de la Cenicienta, que tiene que abandonar el baile del palacio y volver a casa antes de que den las doce, de lo contrario, el hechizo se romperá. Pienso en el príncipe que se queda solo en el balcón del palacio... solo y abandonado, abandonado.

Debería haber tenido en cuenta que eso podía ocurrir. Estaba claro que la Joven de las Naranjas tenía que llegar a su casa antes de que tocaran las campanas, *porque así eran las reglas*. Las jóvenes con naranjas como ella no vagan por las calles después de haber repicado las campanas. ¿Por qué iban a repicar las campanas si no? Las campanas tenían

que impedir a los jóvenes dejarse embaucar por una joven con naranjas, ¿no? Ya eran las cinco menos cuarto y muy pronto me quedaría abandonado en el extremo solitario de Øvre Slottsgate.

Pensé con rapidez. Tengo sólo un segundo para hacer o decir algo tan ingenioso que la Joven de las Naranjas me recuerde para siempre.

Podía preguntarle dónde vivía. Podía preguntarle si íbamos en la misma dirección. O podía apresurarme a sacar cien coronas por los diez kilos de naranjas, incluidas treinta por daños y perjuicios, pues no podía saber que le habían hecho descuento. Con el fin de satisfacer mi curiosidad, al menos podría haberle preguntado por qué hacía acopio de esas enormes cantidades de naranjas. No es que fuera algo muy raro aprovisionarse de comida, pero ¿por qué precisamente de naranjas? ¿Por qué no de manzanas o plátanos?...

Pero no me da tiempo a encontrar las palabras correctas, Georg, el surtido es demasiado grande. En el momento en que se mete en el taxi me limito a gritar: «¡Creo que te amo!». Era verdad, pero me arrepentí al instante.

El taxi se va, pero la Joven de las Naranjas no se ha montado en él. Ha cambiado de idea. Está en la acera, como elevada por su propio peso y voluntad, me coge de la mano, como si los últimos cinco años no hubiéramos hecho otra cosa que ir cogidos de la mano, y hace un gesto para que echemos a andar. No obstante, levanta la vista, me mira y dice: «Si viene otro taxi tal vez tenga que cogerlo. Alguien me está esperando»...

«Y pronto doblarán las campanas anunciando la Navidad», dije. «¿Verdad que sí? No puedes estar en la calle después de que hayan tocado las campanas.»

Ella no contesta, se limita a apretar mi mano firme y cariñosamente, como si juntos flotáramos ingravidos en el espacio, como si nos hubiéramos saciado de leche intergaláctica y tuviéramos todo el universo para nosotros solos.

Ya hemos pasado el Museo Histórico y hemos llegado al parque del Palacio. Sé que en cualquier momento puede llegar otro taxi. Sé que las campanas de las iglesias empezarán a repicar en cualquier momento para anunciar la Navidad.

Me paro y me coloco delante de ella. Le acaricio con cuidado el pelo húmedo y dejo mi mano sobre el pasador de plata que lleva en la nuca. Está helada, y sin embargo desprende calor. ¡Imagínate, la estoy tocando!

Y pregunto: «¿Cuándo podemos volver a vernos?».

Ella permanece un instante observando el asfalto antes de levantar la vista y mirarme. Sus pupilas bailan intranquilas, me parece ver temblar sus labios. Y me propone un acertijo sobre el que reflexioné muchísimo. Dice: «¿Cuánto tiempo puedes esperar?».

¿Qué podía responder a esa pregunta, Georg? Tal vez fuera una trampa. Si contestara que dos o tres días, sería mostrarme demasiado impaciente, y si contestara «toda la vida», pensaría que no la quería de verdad o simplemente que no era sincero. De modo que tuve que ingeniarme algo intermedio.

Contesté: «Podré esperar hasta que mi corazón sangre de pena».

Sonrió algo indecisa y me acarició los labios con un dedo. Luego preguntó: «¿Cuánto tiempo es eso?».

Hice un gesto de desesperación con la cabeza y opté por decir la verdad: «Tal vez sólo cinco minutos», dije.

Pareció alegrarse por lo que acababa de oír, pero susurró: «Estaría bien si pudieras aguantar un poco más...».

Ahora me tocó a mí pedir una respuesta. Pregunté: «¿Cuánto?».

«Tendrás que ser capaz de esperarme seis meses», contestó. «Si consigues esperar todo ese tiempo, podremos volver a vernos.»

Creo que dejé escapar un suspiro. «¿Por qué *tanto* tiempo?»

La cara de la Joven de las Naranjas adquirió una expresión severa. Era como si estuviera obligada a hacerse la dura. Contestó: «Porque es exactamente el tiempo que *tendrás que esperar*».

Notó que la decepción me estaba hundiendo. Tal vez por eso añadió: «Pero si lo consigues, podremos estar juntos todos los días durante los seis meses siguientes».

En ese momento comenzaron a sonar las campanas, y hasta ese instante no retiré la mano de su pelo húmedo y del pasador de plata. Al mismo tiempo, un taxi libre se acercaba por la Wergelandsveien. Tenía que ocurrir.

Mirándome a los ojos me pide algo, es como si me pidiera comprensión, me pide que emplee todas mis habilidades y toda mi inteligencia. De nuevo se le saltan las lágrimas. «¡Pues... feliz Navidad... Jan Olav!», dice tartamudeando. Luego sale corriendo, para el taxi, se mete en él y me hace un gesto nervioso con la mano. Pero el aire está cargado del destino. No se vuelve a mirarme cuando el coche acelera y desaparece. Creo que está llorando.

Es diferente por la noche, cuando me despierto muy cerca de ti y estoy solo en la habitación.

Ningún sonido, ninguna palabra que estorbe, ninguna mirada.

Sólo tú, dormida, de un modo anónimo, bajo el edredón, como una despedida del día que fue, o una promesa del día que llega.

Es diferente por la noche.

Me incorporo sin hacer ruido en la cama e intuyo tu cuerpo bajo el edredón, desplegado como una ola, o tensado como un arco... veo lo que es tu ola, tu arco, desde el estuche del alma sobre la almohada, bajando por el cuello, la espalda, las piernas...

Entonces es cuando veo lo imposible, aquello de lo que nunca hablamos. Veo que ahora colgamos de nuestros cuerpos, colgamos de cierto modo en el aire. Como aquella mañana de octubre en que al fin y al cabo no atravesaste el hielo con tu pisada.

¿Quiénes somos?

Hay algo que nos sostiene –¡existimos!

Es diferente cuando duermes. Es diferente cuando cabalgas por la noche sin mí.

Qué cerca estoy de ti entonces. Aquí, en la misma cama, en una habitación en el espacio. ¡Tan cerca... y tan lejos!

¿Qué estamos haciendo los dos con nuestras vidas? ¿No nos corre algo de prisa vivir? ¿No corre algo de prisa existir?

Pues sí, corre prisa. Todo lo demás puede esperar. Mañana, Bella Durmiente, mañana, princesa Aurora, no ahora, cuando el Pegaso de la respiración te lleva por los mares oscuros, sino mañana: ¿podemos entonces dar unos toques de más con las varitas mágicas?

Panina Manina III

En la ciudad de Ulm, junto al río Danubio, existió hace mucho tiempo un gran circo. El director del circo era un hombre elegante que se enamoró perdidamente de la bella trapecista Terry. Un día se le declaró y al año siguiente ella le dio una hija que recibió el nombre de Panina Manina. La pequeña familia vivía feliz en una caravana rosa, pero la felicidad duró poco pues, al año de nacer la niña, Terry se cayó del trapecio y murió en el acto. El director del circo nunca se recuperó de la pérdida de su mujer. Pero conforme su hija iba creciendo, la amaba cada vez más y se alegró de que Terry hubiera tenido tiempo de darle una hija antes de morir. Durante toda la vida mantuvo vivo el recuerdo de su esposa, pues la hija se iba pareciendo cada vez más a su madre. Desde que la niña tenía año y medio, se sentaba todas las noches en uno de los mejores asientos del circo y seguía muy atenta la función. En los descansos se comía de vez en cuando un algodón de azúcar que le regalaba uno de los payasos, y antes de cumplir 3 años iba y venía sola a su asiento sin ayuda ni vigilancia. Tanto el público como los artistas empezaron a considerarla la mascota del circo. A veces, gente que ya había estado en el circo volvía con el único propósito de ver a Panina Manina, pues era una sorpresa cada noche, y nunca se sabía lo que se le ocurriría hacer. De esa manera el público conseguía ver dos funciones por el precio de una: veían el programa del circo, pero también a Panina Manina. Muchas veces la niña trepaba por la barandilla de la pista para participar en la función. El director se lo permitía, porque le daba mucha pena que su pobre hija hubiera perdido a su madre, y quería que disfrutara todo lo posible. Esas participaciones extraordinarias ocurrían siempre de la misma manera espontánea: de repente la niña formaba parte de un número de los payasos, o entraba corriendo en la pista entre dos actuaciones para hacer su propio número, con una pelota que le había prestado el león marino, un par de conos de los malabaristas, un aro, un pequeño trampolín o una divertida pistola de agua que había encontrado entre el atrezzo. Panina Manina siempre recibía fuertes aplausos por esos números extraordinarios. Con el tiempo, la expectación previa a la función se debía más a qué haría la hija del director que a la larga lista de números que presumía el programa de mano.

El único que estaba descontento con esa situación era el payaso Piotr Ilich. No le gustaba que Panina Manina interviniera en sus números, y menos aún que fuera ella quien siempre recibiera los aplausos más fuertes. Decidió poner fin al problema, y un día consiguió raptarla durante el descanso de una función. Como siempre, Panina Manina se

acercó al payaso mientras éste estaba fuera de la carpa vendiendo algodones de azúcar. Pero esa tarde el payaso se había aliado con una anciana rusa que estaba de visita en la ciudad. Se llamaba Marushka, y Piotr Ilich le había pagado por llevarse a Panina Manina a Rusia. Así fue como la pobre niña se crió en una modesta granja de un pequeño pueblo muy lejano, en la tundra rusa. La anciana nunca maltrató a Panina Manina, porque siempre había deseado tener una hija, pero la niña añoraba tanto a su padre y la vida del circo que durante un año entero se durmió llorando. De repente una noche se había olvidado de por qué lloraba, y sin embargo continuó llorando, pues Panina Manina estaba tan triste como antes, con la única diferencia de que ya no se acordaba de por qué lo estaba. No tenía ya el más remoto recuerdo del circo del que provenía, se había olvidado del olor a serrín y de que tenía un padre en un país muy lejano.

Panina Manina iba creciendo en belleza, y con los años se convirtió en la mujer más bella al este de los Urales. Todo esto ocurrió mientras Stalin gobernaba Rusia, pero su madre de acogida era un miembro de confianza del partido comunista y un día Panina Manina se mudó a Moscú, donde durante un par de años se ganó el sustento haciendo de modelo para uno de los pintores más famosos de la Unión Soviética. Por casualidades de la vida –y de las casualidades trata esta historia– llegó un día de verano a Múnich, no muy lejos de Ulm. En ese momento el circo de su padre se encontraba allí, y mientras Panina Manina se paseaba por la capital bávara divisó de repente la gran carpa. Fue hacia ella, o mejor dicho, algo la atrajo hacia la carpa, aunque ella seguía sin recordar que antaño había sido una auténtica niña de circo. La carpa ahora se encontraba en otra ciudad, y sin embargo, muy, muy dentro de ella tenía que haber algo que le recordara la pista con todos los payasos y los desfiles, las desenfundadas cabalgadas y los leones marinos. Delante de la carpa había mucha gente, faltaba poco para el comienzo de la función de la noche. Panina Manina fue a la taquilla y compró la mejor entrada que pudo conseguir, porque había viajado desde muy lejos, y en aquella época era una gran experiencia para una muchacha rusa visitar un circo moderno en Múnich. Debajo del baldaquín dentro de la carpa, se compró un algodón de azúcar, y tal vez ocasionara un poco de revuelo el que una señora tan elegante se sentara en primera fila comiendo uno de esos algodones. Pero Panina Manina estaba firmemente decidida a probar ese dulce, pues no era nada corriente en su país. Comenzó la función con el gran desfile de todos los artistas del circo entrando en la pista, y luego siguieron los temerarios números de trapecios, payasos y malabaristas, jinetes y elefantes. En el breve descanso entre dos números ocurre de repente algo estremecedor. Panina Manina pierde de pronto el control de sí misma, trepa por la barandilla y se coloca en la pista con el algodón en una mano y un sombrero de ala ancha en la otra. Empieza a saltar y bailar, pero no como baila una mujer adulta, sino dando tumbos y saltos por la pista, tan indómita como una niña pequeña que empieza a dar saltos por el suelo. Al principio el público se echa a reír a carcajadas porque cree que está presenciando el principio de un nuevo número de payasos, pero cuando los burgueses de Múnich, que siempre han tenido fama de ser

especialmente puntillosos, se dan cuenta de que la señora del sombrero sólo está loca o borracha, o tal vez drogada, empiezan a abuchearla. Durante unos segundos más, Panina Manina sigue como en éxtasis, hasta que de repente descubre a un apuesto hombre que está delante de la gran orquesta con una fusta en la mano. Es el director del circo. Panina Manina se desploma sobre el serrín y empieza a sollozar amargamente, porque en ese instante se da cuenta de que se ha comportado de un modo vergonzoso. Justo en ese momento, el director del circo se da cuenta de que esa mujer histérica es su propia hija. Va hacia ella, ella lo mira y entonces Panina Manina recuerda que ella es hija del director del circo, la sangre siempre tira. El director del circo decide cancelar el resto de la función, mira al director de la orquesta y le pide que toquen «Smile», de la película *Tiempos modernos* de Chaplin. Luego envía al público a su casa. Piensa que tal vez esté acabado como director de circo, porque la burguesía de Múnich raramente perdona una metedura de pata, pero está feliz. Ha vuelto a encontrar a su hija, ése es el mejor de todos los números de circo, y quiere pasar el resto de su vida con ella.

Constantemente me venían a la cabeza nuevas ideas. Me soplaban en la nuca, se manifestaban como cosquillas en la tripa, me dolían como heridas abiertas. Yo sangraba historias y cuentos, mi cerebro bullía de ideas nuevas, era como si la lava roja saliera en masa desde un ardiente cráter de mi interior.

Siempre andaba necesitado de pensar, casi siempre tenía que buscar algún lugar para sentarme discretamente con lápiz y papel a vaciar mis pensamientos. Lo que vaciaba podía ser, por ejemplo, largas conversaciones entre dos o más voces dentro de mi cabeza, y con frecuencia en torno a un determinado tema ontológico, epistemológico o estético. Una voz podía decir: *Para mí es evidente que el ser humano tiene un alma inmortal que sólo por un breve período de tiempo se aloja en un cuerpo de carne y hueso.* Y la otra podía contestar: *No, no. El ser humano es un animal como todos los demás. Lo que tú llamas alma está indisolublemente unido al cerebro, y el cerebro es soluble. O como dijo Buda en su lecho de muerte: todo lo compuesto es perecedero.*

Diálogos de ese tipo podían extenderse sobre decenas de hojas Din A-4, y me sentía muy aliviado cuando podía sacármelos de la cabeza. Sin embargo, casi en el mismo

instante de haberlos anotado en el papel, me encontraba de nuevo repleto de voces, y de nuevo sentía la necesidad de vaciarme.

Los diálogos de los que me aliviaba también podían tratar sobre la vida cotidiana. Una voz podía decir: *Ya es hora. Al menos podrías haber llamado para decir que te ibas a retrasar; ¿no?* Y la otra voz se veía obligada a contestar: *Te dije que la reunión podía alargarse.* Y de nuevo la primera voz: *No irás a decirme que la reunión ha durado hasta ahora. ¡Son casi las doce!* Y con ello estaba en marcha la polémica.

Nunca pensaba de antemano para qué servirían luego esas líneas iniciales. Al contrario, precisamente con el fin de no tener que pensar en ello, solía desarrollar el diálogo completo, para acabar con él de una vez por todas. La única manera de librarse de la pesada insistencia de un cerebro sobrecalentado era fijar los impulsos por escrito.

A veces me empapaba el cerebro de alcohol, y entonces el licor volvía a salir en forma de historias, era como si el líquido se evaporara y se convirtiera en puro espíritu. Aunque el alcohol tenía un efecto estimulante sobre la imaginación, al mismo tiempo atenuaba el miedo a ella; es decir, ponía en marcha el motor que llevaba dentro, a la vez que proporcionaba valor y fuerza para soportar que el motor trabajara. A menudo tenía una

bandada de voces en mi cabeza, y con un par de copas ya me había armado de valor para recogerlas todas.

La familia Kjærgaard

Al terminar la guerra, la acaudalada familia Kjærgaard vivía en una vieja mansión en Silkeborg, una pequeña ciudad danesa. Acababa de entrar una nueva sirvienta en la casa, se llamaba Lotte, y al parecer no tenía apellido, pues era huérfana y aún no había recibido la confirmación. Tenía poco más de 17 años. Se decía de la muchacha que era bellísima, por lo que no era de extrañar que el único hijo de la familia no le quitara ojo mientras ella trabajaba duramente para los señores, que eran muy exigentes. La perseguía por la casa, y aunque no era más que un muchacho, consiguió seducirla un día en el sótano, donde ella estaba haciendo la colada. Sucedió sólo esa vez, pero ella quedó encinta.

En los años siguientes circularon varias historias sobre lo que realmente había sucedido aquella fatal tarde en el sótano. Se decía que el muchacho, o Morten, como se llamaba, había violado a la muchacha mientras ella removía la colada, que estaba hirviendo en una gran caldera. En cambio, la familia Kjærgaard sostenía que fue Lotte la que se comportó de un modo frívolo, seduciendo al muchacho. Muchas personas daban fe de que, en presencia del muchacho, ella se reía y se comportaba de un modo indecente.

En secreto, la familia buscó una nueva colocación para la muchacha en otra casa del sur de Jutlandia, adonde la enviaron. No obstante, cuando Lotte dio a luz, unos meses más tarde, intentaron quedarse con el niño, ya que llevaba en sus venas la sangre de tan distinguida familia, pues aunque los bienes terrenales sobraban en ella, no así los niños, y por tanto, no debía derramarse ni una gota de la sangre de esa noble estirpe. Lotte se opuso y lloró desconsoladamente cuando le quitaron al niño tan sólo unas semanas después del alumbramiento, pues se pensó que ella sería incapaz de cuidar de él, tanto por razones económicas como espirituales. Y además el niño no tenía padre.

Como era de esperar, Morten no quiso saber nada del recién nacido, era demasiado joven para reconocer la paternidad, y los padres eran, por otra parte, demasiado mayores para adoptarlo como hijo propio. Pero Morten tenía un tío casado y sin hijos, y serían él y su esposa los que asumirían la responsabilidad paternal del pequeño, a quien llamaron Carsten.

Conforme iba creciendo, Carsten pensaba a veces que sus padres eran bastante mayores cuando lo tuvieron –la madre, casi 50 años–, pero nunca sospechó que Stine y Jakob, que así se llamaban, no fueran sus padres biológicos. En su cumpleaños recibía siempre tarjetas de felicitación de su «primo Morten», y hasta su confirmación, también

le enviaba un pequeño regalo de Navidad por correo. Pero, como es natural, jamás se le ocurrió que su primo, dieciocho años mayor que él, pudiera ser su padre biológico. Se trataba de un secreto de familia muy bien guardado que nunca le fue revelado.

Jakob era capitán de un gran buque mercante, y, de pequeño, Carsten viajaba a veces con su padre a lo largo y ancho del mundo. Mantuvo una estrechísima relación con sus padres, que sólo tenían ese hijo y al que adoraban por encima de todo. Pero cuando Carsten estaba en el último año de bachillerato, Stine y Jakob murieron con sólo unos meses de diferencia, y el chico se quedó de repente solo en el mundo; solo y sin familia, porque sus cuatro abuelos ya habían muerto. No obstante, cuando Jakob estaba agonizando confió a su hijo la vieja historia ocurrida en el sótano entre la sirvienta y el primo Morten, que en realidad era su padre carnal.

En esa época Carsten no tenía ningún contacto con su primo, y no se habían visto en muchos años. Pero cuando empezó a estudiar Filosofía y Letras en la Universidad de Århus, un día se quedó sin dinero. En su desesperación fue a ver a Morten, que evidentemente sabía que Carsten era su hijo, aunque creía que era el único en el mundo que lo sabía, una vez que Stine y Jakob habían fallecido.

Morten por su parte se había convertido en un médico muy renombrado en el hospital de Århus. Estaba casado con la bella Malene, hija de un juez del Tribunal Supremo de Copenhague. Tenían dos encantadoras hijas que cantaban en el coro de la iglesia, y Morten no tenía intención de incluir a su primo en su intachable vida de burgués.

Sin revelar lo que sabía, Carsten pidió un pequeño préstamo a su acaudalado primo, o mejor aún, una beca de cinco o diez mil coronas, porque estaba al corriente de que éste gozaba de una excelente situación económica. Pero Morten rechazó tajantemente la humilde petición del joven estudiante. Le sirvió una copa de un whisky muy noble, hizo unos divertidos comentarios sobre los viejos tiempos y le dio quinientas coronas, antes de señalarle la puerta con algunas frases hechas y buenos deseos para sus estudios. Entonces Carsten –que ya de antes odiaba a su padre carnal debido a esa farsa de tantos años– se volvió hacia su primo, lo miró a los ojos y dijo: «¿No te parece vergonzoso negar a tu propio hijo un préstamo de unos cuantos miles de coronas? La próxima vez quizá tenga que hablar con Malene...». Morten se sobresaltó, pero Carsten ya le había dado la espalda y, al salir, se limitó a decir: «¡No digamos nada más por ahora!».

Tras unos irregulares años de estudiante, Carsten conoció a Kristine, que a partir de entonces acapararía toda su atención. Sólo un par de veces en los años siguientes llamó a Morten y Malene, pero las dos veces cogió el teléfono Morten. Algo era seguro: Carsten jamás volvería a pedir dinero a su primo. Sin embargo, en un par de ocasiones le llegó un cheque, y cuando se casó con Kristine, recibió uno de cinco mil coronas del primo Morten, su mujer Malene y sus hijas Maren y Matilde. Pero eso no bastó para refrenar la amargura que Carsten sentía hacia su padre biológico, y al casarse con Kristine eligió adoptar el apellido de su mujer, cuya familia le había acogido calurosamente.

Carsten amaba a Kristine, y desde entonces nunca echó de menos ninguna otra

relación familiar. Pero el destino conduce a los voluntariosos y se lleva a los que se resisten: Carsten siempre había tenido un lunar de mal aspecto en la nuca, y cuando de repente empezó a sangrar, Kristine se empeñó en que fuera a que lo viera un médico. El médico le quitó el lunar y lo envió –como exigía la rutina– a analizar al hospital de Århus. Pero ocurrió una fatalidad: el resultado del análisis de la muestra de tejido jamás se envió al médico de Carsten. Al pasar semanas y meses sin recibir nada, ni Carsten ni Kristine volvieron a acordarse del feo lunar. No obstante, en primavera, Carsten enfermó y se constató un cáncer con metástasis, que inmediatamente se asoció con la muestra de tejido que se había enviado al hospital unos meses antes.

En el hospital se confirmaría mucho tiempo después que se había recibido la muestra de Carsten y que el análisis había confirmado la existencia de un mieloma maligno. Pero nunca se supo por qué el médico de Carsten jamás recibió ningún comunicado del hospital. La responsabilidad formal la tenía el médico jefe, Morten Kjærgaard, pero supuestamente no había tenido nada que ver con el análisis en cuestión. Lo más probable era que alguno de los ayudantes del laboratorio hubiera descuidado el caso. En el periódico de Århus se publicó una pequeña noticia sobre «el médico jefe que no fue avisado», por lo que «no tuvo la posibilidad de salvar a su propio primo». Pero el asunto cayó muy pronto en el olvido.

Carsten vivió sólo unas semanas después de caer enfermo. Durante la mayor parte de ese tiempo tuvo que permanecer en la cama, y Kristine y sus padres lo atendieron como mejor pudieron, tanto física como espiritualmente. Contaron además con la ayuda y el apoyo de una enfermera que acudía a diario a cuidar del enfermo. Se llamaba Lotte. Cuando ésta tuvo conocimiento del lugar exacto en el que había estado el lunar maligno, volvió a mirar la fecha de nacimiento de Carsten. Esto sucedió unos cuantos días antes de que falleciera, pero desde ese momento estuvo sentada sin moverse junto al lecho de Carsten, con las manos del enfermo en las suyas, dando muestras de un gran cariño. Lo último que dijo Carsten al abrir los ojos y mirar a Lotte y Kristine por última vez fue: «¡No digamos nada más por ahora!».

Comodín nota que crece de sí mismo, lo nota en los brazos y las piernas, nota que no es simplemente producto de su imaginación. Nota que le está creciendo esmalte y marfil en su hocico antropomorfo. Nota el leve peso de las costillas del primate bajo el batín, nota el pulso rítmico que late sin cesar, bombeando el cálido líquido por todo el cuerpo.

La continencia

*Floria Emilia
saluda a Aurelio Agustín,
obispo de Hipona*

Me resulta curioso el saludarte con estos términos. Hace tiempo habría escrito sencillamente «a mi pequeño y divertido Aurelio». Pero han pasado más de diez años desde que por última vez me estrechaste entre tus brazos; mucho ha cambiado todo desde entonces.

Te escribo porque el sacerdote de Cartago me ha dado a leer tus confesiones. Piensa que tus libros pueden resultar edificantes para una mujer como yo. Durante muchos años he pertenecido a esta iglesia en calidad de catecúmena¹, pero no quiero recibir el bautismo, Aurelio. No me lo impide el Nazareno, tampoco los cuatro evangelios, pero no quiero ser bautizada.

En tu libro VI escribes: «Cuando por ser impedimento para mi matrimonio apartaron de mi lado a la mujer con quien compartía mi lecho, el corazón, rasgado por donde más unido a ella estaba, quedó llagado y manando sangre. Ella volvió a África haciéndote voto, Señor, de no volver a conocer a otro hombre y dejando en mi compañía al hijo natural que yo había tenido con ella»².

Me es grato que aún recuerdes los fuertes lazos que nos unían. Bien sabes que nuestra unión fue algo más que un común y fugaz concubinato, tan propio del hombre antes del matrimonio. Convivimos en fidelidad durante más de doce años y también nació nuestro hijo. No pocas veces la gente con la que nos topábamos nos tomaba por marido y mujer según la ley. A ti te gustaba, pues pienso que te hacía sentir orgulloso, aunque hay muchos maridos que se avergüenzan de sus mujeres. ¿Recuerdas cuando cruzamos juntos el Arno? De repente me detuviste poniendo tu mano sobre mi hombro. Y me dijiste algo, ¿lo recuerdas?

Repetidas veces escribes que omites muchas cosas y que otras las has olvidado. Así pues, perdóname si te ayudo a hacer memoria de algunas cuestiones importantes.

Es cierto que hice la promesa de no conocer a otro hombre, pero no se la hice a Dios. ¿Acaso no me pediste que te hiciera esa promesa a ti? Estoy segura de ello, porque fue mi único consuelo en el camino de regreso desde Milán. Todavía sentías algo, aunque fuera poco, por mí. Pensé que tal vez Mónica recapacitaría y podríamos volver a estar

juntos, pues no se pide fidelidad a alguien a quien se rechaza por odio o por ira. Un poco más adelante escribes: «No se curaba aquella herida mía tras ser arrancado de la mujer con quien compartía mi vida sino que, después de elevada fiebre e intenso dolor, comenzaba a gangrenárseme»³.

Los dos sabemos que no fui apartada de tu lado únicamente porque Mónica hubiera encontrado la muchacha adecuada, aunque ésa fuese la razón de Mónica, pues ella pensaba en el futuro de la familia. O quizá tuvo celos de mí. Me lo he preguntado muchas veces. Nunca olvidaré aquella primavera cuando llegó a Milán decidida a interponerse entre nosotros.

Entre los dos me apartasteis de tu camino, pero tu razón principal para hacerlo no fue ese matrimonio planeado, al menos existía también otra razón. Me repudiabas porque me amabas demasiado, dijiste. Lo natural es permanecer junto al ser querido, pero tú no lo hiciste porque habías comenzado ya a sentir desprecio por el amor carnal entre un hombre y una mujer. Pensabas que yo te ataba al mundo de los sentidos y que no tenías paz ni tranquilidad para concentrarte en la salvación de tu alma. Así, tampoco se llevó a cabo tu matrimonio. Que Dios prefiera que el hombre viva en celibato, escribes. Yo no tengo ninguna fe en un Dios así.

¡Qué infidelidad, Aurelio! ¡Qué gran traición cometiste al repudiarme! Y tu corazón, rasgado por donde más unido estabas a mí, quedó lllagado y manando sangre. Lo mismo sucedió con mi corazón, si acaso a alguien le importa, porque éramos dos almas que fueron separadas violentamente, dos cuerpos, si quieres, o dos almas en un mismo cuerpo. Tu herida no se curaba sino que, después de una elevada fiebre y de un intenso dolor, comenzaba a gangrenarse. Pero te ibas haciendo más inmune al dolor. La causa era que amabas más la salvación de tu alma que a mí. ¡Qué tiempos aquéllos, honorable obispo, qué costumbres!

Acaso nunca hayas pensado que lo sucedido fue así. Al menos esto es lo que se aprecia en tus confesiones. ¿No se ve agravado el adulterio cuando se abandona a la amada para salvar el alma? Sería más fácil a una mujer que un hombre la abandonara para casarse con otra o bien por haber preferido otra amante. Pero no había otras mujeres en tu vida, simplemente amabas más la salvación de tu propia alma que a mí. A tu alma, que antaño encontrara reposo en mí, era a quien querías salvar. No había en ti deseo de casarte, no mientras me tuvieras a mí, decías. Ese matrimonio no era más que una obligación filial. Pero ni siquiera te casaste. Tu elegida no era de este mundo.

Y luego el hijo; ante Dios tú eras el padre carnal de Adeodato, pero yo era su madre. Yo lo llevé en mi vientre, yo lo amamanté porque no teníamos ama. Y escribes que yo dejé que se quedara contigo. Ninguna madre hace algo así por voluntad, ninguna abandona a su único hijo sin que le produzca el más profundo de los dolores. Pero sin ti a mi lado yo nada podía ya exigir; como sabes no tenía ninguna fortuna. ¿No fue por esto por lo que Mónica anhelaba saberte casado con alguien de posición elevada? Creo recordar que un griego decía que «La justicia sólo tiene lugar entre iguales»⁴.

En el libro IX ruegas a Dios que atienda tus confesiones, incluso de los innumerables episodios que silencias. Entre esas omisiones está nuestro último encuentro; quizá sea esto a lo que te refieres pues ni una sola palabra aparece acerca de lo que hiciste en Roma durante ese año entero antes de regresar a tu casa en África. Si pienso en el gran empeño que pones en anotar tus confesiones, esta omisión me resulta, cuando menos, vergonzosa.

¿Qué piensas hoy de lo que sucedió en Roma? No comprendo cómo pudo ocurrirnos a nosotros, Aurelio. Quizá en aquel miserable cuartucho en el Aventino dieron comienzo tus exámenes de conciencia. Alguien te diría que llegué bien a Ostia. Allí tuve la posibilidad de embarcarme de inmediato; el viaje por mar transcurrió sin problemas, a pesar de las circunstancias. Al menos llegué a Cartago, a casa. También tú en esa ocasión te encargaste del transporte. Por segunda vez se me devolvía a África como una mercancía. De eso hace mucho tiempo y mis heridas están ya cicatrizadas.

Desde que volví de Milán, hace ahora casi quince años, he estado siguiendo tus pasos. Aunque sería más acertado decir que he vuelto a recorrer nuestros viejos senderos de Cartago. Leí todo cuanto encontré sobre filosofía porque necesitaba averiguar qué había en esta disciplina, capaz de separar a unos amantes. Si te hubieras entregado a otra mujer, también habría deseado conocerla. Pero mi rival no era otra mujer a la que poder mirar con los ojos, sino un principio filosófico. Para entenderte mejor recorrí un trecho del camino que tú ya habías andado, ése es el motivo por el cual comencé a cultivar esta ciencia.

Mi rival no era sólo mi rival. Era la rival de todas las mujeres, era el ángel de la muerte del amor⁵. Tú te refieres a ella como Continencia y en el libro VIII escribes: «iba abriéndose paso la noble dignidad de la Continencia. Aparecía ante mí serena y sonriente, sin malicia. Recatada y delicadamente me invitaba a que me acercara a ella sin miedo, extendiendo sus piadosas manos hacia mí dispuestas a recibirme y abrazarme»⁶.

Dices mucho con pocas palabras. Ni siquiera procuras ocultar la forma en que te dejaste seducir. No niego que mi corazón hervía de celos cuando leí esas palabras. ¿Acaso no te entregaste a mí de ese modo en nuestra ardiente juventud? ¿No te seduje yo «recatada y delicadamente»? Me siento tentada a decir, como Horacio, que cuando un necio quiere evitar cometer un error, incurre en el error contrario.

Empecé leyendo a Cicerón, como habías hecho tú. De él escribes en tu libro III: «hallaba mis delicias únicamente en aquella exhortación. Sus palabras eran un incentivo, una provocación, un revulsivo para que amara, buscara, alcanzara, conservara y abrazara no esta o aquella secta o escuela, sino la sabiduría misma»⁷. Esa sabiduría, Aurelio, es la que me ha impulsado a leer a los filósofos y a los grandes poetas. He leído también los cuatro evangelios. Desde que nos separaron, he consagrado mi vida a la Verdad⁸, del mismo modo que tú te entregaste a la Continencia. Sigues siéndome muy querido, aunque debo añadir que hoy la Verdad me es más querida⁹. Ahora soy considerada una mujer erudita y se me permite instruir a otros aquí en Cartago. ¿No te resulta curioso que

sea ahora yo quien enseñe Retórica? Aunque quizá has perdido tu sentido del humor, pues tus confesiones no dejan entrever mucha ironía. Era diferente cuando estábamos juntos. Bromeábamos y nos reíamos desde la puesta del sol hasta el amanecer. Quizá hoy digas que el humor es sinónimo de «sensualidad» y de «avidez de placeres».

Sin embargo, te doy las gracias por tus libros. Ninguna otra obra¹⁰ me ha explicado mejor por qué me abandonaste para esperar a que una muchacha de 11 años estuviera preparada para el matrimonio, y por qué luego elegiste adorar a esa diosa a quien llamas Continencia. Te agradezco el que escribas con tanta sinceridad. Pero el que tu memoria se eclipse es algo bien diferente y es una de las razones que me mueven a escribirte. Tácito ha dicho que a la mujer conviene llorar las pérdidas y al hombre recordarlas. ¡Pero tú ni siquiera recuerdas!

Ante mí tengo tres cartas. Una me la enviaste desde Milán, nada más haber decidido no casarte. Eso sucedió pocos meses después de mi partida. Recibí luego la carta que me escribiste desde Ostia, cuando Mónica murió. Qué conmovedor que dejaras a Adeodato escribir un pequeño saludo a su madre. Un par de años más tarde volví a recibir noticias tuyas. Fue cuando la muerte te arrebató al pobre niño. ¿Te vio alguien llorar en aquella ocasión? Confío en que no pienses que el niño murió porque fue concebido en pecado. Si lo dudo es debido a algo que has escrito en el libro IX, donde hablas de Adeodato como «fruto de mi pecado», aunque luego añades: «Tú, Señor, le habías hecho bueno»¹¹. Escribes que no tenías más parte en ese muchacho salvo tu pecado. ¡Deberías sentir vergüenza, tú que le diste por nombre Adeodato! No creas que el Señor le apartó de tu camino por ayudarte en tu carrera sacerdotal y episcopal. ¡Dios tenga piedad de tus errores!

Es la muerte de un hijo, Aurelio. Deberías haber acudido a mí para que los dos la hubiéramos llorado juntos. Aún no habías sido ordenado sacerdote, no tenías ningún compromiso y Adeodato era nuestro único hijo. ¿Acaso estabas tan avergonzado por lo que sucedió en Roma que no tuviste el valor de encontrarte conmigo? ¿O quizá tenías miedo de que volviera a ocurrir lo mismo?

No entiendo por qué te cuesta tanto llorar. Es tu libro IX, Aurelio, quien lo dice. ¿En verdad opinas que es demasiado carnal mostrar dolor? ¡Ni siquiera permitiste que tu propio hijo derramara lágrimas al despedirse de su abuela paterna! Pero yo pienso que es más «carnal» reprimir el llanto, pues si no nos permitimos llorar, el dolor nos quedará dentro como una pesada carga. ¡Que el niño descanse en paz!

Relatas en tu libro V el viaje de Cartago a Roma: «mi madre lloró amargamente mi partida y me acompañó hasta la orilla del mar. Pero yo la engañé cuando estaba firmemente asida a mí, tratando de convencerme de que desistiera de mi propósito o bien le permitiera ir en mi compañía»¹². La engañamos, Aurelio. Le hiciste pasar la noche en aquel templo de Cipriano y nos hicimos a la mar, amparados por la oscuridad, con el

pequeño Adeodato a sus 11 años. Recuerdo que bromeabas diciendo que esa noche la reina de Cartago viajaría con Eneas a Roma, y cuando salimos de Cartago me sentí verdaderamente como una orgullosa Dido. Recordé aquella extraña pregunta que me hiciste diez años atrás: que si había estado alguna vez en Roma. Estaba convencida de que hacíamos lo correcto. Si íbamos a emprender una vida juntos, debíamos dejar atrás a Mónica.

Luego tuviste que guardar cama a causa de unas fiebres, pero yo te cuidaba y rezaba por ti. Recuerdo el miedo que tenías a morir. Preguntabas una y otra vez si ibas hacia tu perdición. Aún no habías encontrado una salvación para tu alma: «Mis fiebres arreciaron hasta ponerme en trance de muerte. De haberse producido ésta, adónde habría ido sino al fuego y tormentos que mis obras merecían según la justicia de Tu ley»¹³.

¡Por Hades, Aurelio!, ¡qué clase de nueva mitología es ésta! ¡Tú, que antaño te burlabas de las antiguas leyendas mitológicas, sigues creyendo en un Dios de la ira que quiere castigar y torturar eternamente a los seres humanos por sus actos! Suerte que no pensabas así cuando la fiebre te atacó en un humilde cuarto en Roma; entonces sólo temías que tu alma fuera hacia su perdición¹⁴. Yo tenía que procurar aliviar tu angustia con palabras de consuelo extraídas de la filosofía de los estoicos. También hablábamos del Nazareno y la esperanza cristiana. Pero ninguno de los dos nos sentíamos próximos a esas palabras sobre el fuego y los tormentos eternos. Éramos demasiado cultos para ello. ¡Cómo puede un rétor imperial creer en esas cosas!, creer que dentro de unos años el obispo de Hipona Regia estará gozando del santo paraíso de Dios y que Floria Emilia será enviada al fuego y a los tormentos eternos por haberse negado a recibir el bautismo. No, piadoso obispo, deberíais revisar esas teorías cuanto antes; si no, me preocupará que haya cada vez más gente dispuesta a recibir el bautismo y que la Iglesia de Roma crezca. Los dos conocemos la decadencia política por la que está atravesando nuestra sociedad y no deberá extrañarnos que las costumbres y creencias atraviesen una decadencia parecida.

Regreso a mi asunto. No he olvidado cuán rápidamente te curaste de la fiebre y pudiste ponerte de nuevo en pie. Juntos recorrimos la ciudad. Enseñaste Retórica durante algunos meses, a la vez que te nutrías de las conversaciones con los académicos¹⁵. Siempre me dejabas acompañarte, especialmente cuando ibas a conocer gente nueva. Te sentías orgulloso, un triunfador, por tenerme a tu lado; no tanto por haberme elegido como por que yo te hubiera elegido a ti.

En ese tiempo conseguiste un puesto imperial como maestro para enseñar Retórica en Milán. El viaje hacia allí fue una gran experiencia, posiblemente porque ésa fue una de nuestras mejores épocas. Quizá aún recuerdes cuando paseamos por la Via Cassia en aquel magnífico día de otoño con Adeodato, un par de amigos y con algunos desconocidos.

Luego llegamos a la antigua ciudad militar de Florencia, a orillas del Arno. ¿Recuerdas cómo nos quedamos extasiados contemplando las colinas cubiertas de nieve que surgían

detrás de los árboles? Pero me temo que tú sólo puedes recordar ideas o pensamientos, no te siento capaz de asistir a las experiencias que se aprehenden con los sentidos. Cruzamos el río y te aproximaste a mí mientras atravesábamos el puente. Ibas hablando con alguien pero de repente apareciste a mi lado. Me abrazaste tiernamente y susurraste: «¡La vida es tan breve, Floria!».

Me agarraste con fuerza la mano, como si hubieras decidido no olvidar nunca ese momento, y entonces oliste mi pelo. Notaba tu respiración en mi cuello mientras soltabas mis cabellos y los olías. Era como si quisieras introducirme dentro de ti, como si mi hogar lo contuvieras tú dentro. Creí que ese acto significaba que querías que permaneciéramos siempre juntos porque nuestras almas se habían fundido. Pero esto sucedió antes de que Mónica llegara a Milán, antes de que planeara tu matrimonio, antes de tu encuentro con los teólogos.

Lo que sucedió sobre el Arno no estaba causado por un «apetito carnal» o un «deseo sensual», honorable obispo. Allí, en ese puente, hiciste algo que sabías que me gustaría, fue un gesto hacia mí, una muestra de que me reconocías como tu elegida, aunque las leyes no te lo reconocieran. Fue una muestra de alivio el poder movernos, por fin libremente, en una tierra apartada de Mónica. Eramos como dos fugitivos.

Han pasado los años y muchas cosas han sucedido desde que tú y yo vivíamos juntos en Italia. Sigo insistiendo porque crees que tu Dios te condena por haber encontrado placer en el aroma de mis cabellos y que, para redimir pecados de tan baja índole, hizo clavar en la cruz a su único hijo. También a ti y a mí nos acompañaba un hijo en ese viaje, un hijo que saltaba y corría alrededor de su padre y su madre. ¿Lo verías clavado en una cruz en nombre del amor? Espero, por la salvación de tu alma, que tu Dios tenga un sentido del humor tan desarrollado como el tuyo antes del encuentro con tus teólogos. Incluso quizá tenga un sentido del humor aún más macabro y piense que tu alma se ha deteriorado tanto desde que cruzamos juntos ese río que ya no es posible salvarla. ¡Donde hay más ingenio, honorable obispo, suele haber menos amor!

Al otro lado del puente había unos comerciantes; a ellos les compraste el camafeo que ahora tengo apretado en mi mano. Dios me perdone por concentrarme en algo «carnal», pero es todo lo que tengo. Yo no he visto ningún resplandor en mi interior, ni he tenido visiones ni oído voces, en ese aspecto soy una mujer simple. No te deseo más que el bien para la salvación de tu alma. La vida es breve y yo sé muy poco. Pero imagina, Aurelio, que no hubiera ningún cielo sobre nosotros, imagina que hayamos sido creados sólo para vivir esta vida. En ese caso, ojalá nuestras almas vuelen sobre el Arno eternamente; pues fue en Florencia donde floreció Floria y fue bajo el sol de un áureo atardecer en el Arno cuando tu frente, Aurelio, brilló como el oro.

La tragedia ha dado fin, obispo. Sólo queda ya la representación de los sátiros¹⁶, pues también he copiado algunos extractos de tu libro X.

He comentado en repetidas ocasiones cómo analizas sentido por sentido y placer por placer, a la vez que alabas al Señor por haberte dejado casi totalmente desprovisto de sentimientos terrenales. No obstante, debes admitir que te resulta difícil regular tu ingestión diaria de alimentos para que quede limitada a la que estrictamente es necesaria para tu salud. Expuesto a este tipo de tentaciones, luchas cada día «contra la concupiscencia del comer y del beber». Y añades: «No es cosa que se pueda cortar drásticamente de una vez para siempre, determinado a no volver a hacerlo, como hice con mis apetitos carnales»¹⁷.

Hemos vuelto al punto al que yo quería llegar. Escribes: «Me mandaste que me abstuviera del trato carnal con mujer. Y después me aconsejaste algo mejor que el matrimonio que me permitías. Y como fuiste Tú quien me concedió esta gracia, lo logré incluso antes de convertirme en dispensador de Tu sacramento. En mi memoria, de la que tan extensamente he hablado, siguen viviendo las imágenes de aquellas cosas que quedaron grabadas por la costumbre. Cuando estoy despierto se agolpan sobre mí languidecidas, pero es en sueños cuando me arrastran a la delectación e incluso al consentimiento y a algo muy parecido al acto real. Y es tanta la fuerza ilusoria de aquellas imágenes en mi alma y en mi carne que estas falsas visiones, estando dormido, llegan a persuadirme de lo que, cuando estoy despierto, no logran las cosas reales. ¿Es que cuando duermo no soy yo mismo, Señor Dios mío?»¹⁸.

No, Aurelio, quizá sólo seas una sombra de ti mismo. Habría sido mejor que fueses esclavo sobre la tierra que sumo sacerdote en el siniestro laberinto de los teólogos¹⁹. Una vez más ruegas a Dios que te asista en estas cuestiones: «¿Es que no es poderosa Tu mano, Dios omnipotente, para sanar todas las enfermedades de mi alma y extinguir con una mayor profusión de Tu gracia los movimientos lascivos de mis sueños?... para que mi alma, libre de la concupiscencia viscosa, vaya tras de Ti y no se rebele contra sí misma; para que ni aun en sueños cometa actos tan vergonzosos como la polución del cuerpo, junto con las imágenes sensuales, sino que ni siquiera consienta en ellas. Para un ser todopoderoso como Tú no es gran cosa... el hacer que ya nada me deleite o me deleite tan poco que pueda rechazarlo fácilmente mientras duermo y se trate de un afecto puro»²⁰.

¡Pobre Aurelio! Quien mucho desea, mucho añora, escribe Horacio. Tienes casi 50 años; me siento tentada a decir que estoy impresionada. Además, me siento orgullosa de haberte causado una impresión tan imborrable. En absoluto pude imaginar aquel día de primavera en Cartago, cuando viniste a sentarte conmigo bajo la higuera, que nuestro amor sería tan tormentoso. Los «apetitos de la carne» no se extinguen mediante la continencia, eso ya lo he comprendido: ¡el lobo sólo cambia de piel, honorable obispo, no cambia de naturaleza! O como diría Zenón: ¿Por qué es tan difícil escapar a la propia sombra?

O sea que si la comida o el amor nos saben bien, tenemos que huir de ambos. También escribes que estás dispuesto a prescindir para siempre de las tentaciones del

olfato. Yo me pregunto entonces, honorable obispo: qué queda entonces de nuestra vida sobre la tierra. Porque también el oído acecha, según tú, con sus peligrosas tentaciones: «Más intensamente me subyugaron y rindieron los deleites del oído, pero Tú has roto sus ligaduras y me has liberado de ellos. Confieso que todavía encuentro algún deleite en la música de los himnos animados por Tus palabras cuando se cantan con voz suave y melodiosa... El resultado es que pecho en estas cosas sin darme cuenta, hasta que luego reparo en ello»²¹. A veces te gustaría apartar de tus oídos las maravillosas melodías que acompañan el salterio de David, y no sólo de tus oídos, dices, sino de los oídos de la mismísima Iglesia. Y prosigues: «me parece más acertado lo que he oído decir muchas veces de Atanasio, obispo de Alejandría. Éste hacía cantar al lector los salmos con una modulación tan tenue que más parecía recitarlos que cantarlos»²². Pobres feligreses, honorable obispo. ¿No debería el arte ser una adoración a Dios y la adoración a Dios un arte?

Has dejado de amar, Aurelio. De igual modo has dejado de disfrutar de la comida, has dejado de oler las flores, y casi has dejado de escuchar el canto de los salmos. Añades: «Quiero confesarme del placer de estos ojos de mi cuerpo, que me queda aún por tratar... Los ojos aman las formas bellas y variadas, los colores nítidos y luminosos. Que mi alma no quede cautivada por estas cosas y sea Dios quien la cautive, que fue quien las hizo; pues Él es mi bien y no ellas». Luego suspiras profundamente diciendo que la luz corporal «sazona la vida mundana de sus ciegos amantes con su estimulante y peligrosa dulzura». Luego continúas: «Cuántas e innumerables cosas han añadido los hombres para halago de los ojos gracias a la diversidad de estilos y formas en el vestido, el calzado, vasos, muebles y cosas semejantes, así como también en pinturas y otras distintas representaciones, fruto de su imaginación. Todas ellas van más allá de la necesidad, conveniencia y sentido religioso que deberían tener. Todas ellas no son más que un nuevo pábulo a los atractivos de los ojos, pues los hombres, al hacer esto, buscan fuera de ellos mismos lo que piensan por dentro. Y abandonando en su interior al que ha hecho todas estas cosas, destruyen de esa manera lo que son»²³. Acaso olvidas que es esta calidad de criatura la que nos hace deleitarnos con la creación divina, honorable obispo. De nuevo me siento tentada a recordarte que nunca es tarde para seguir el ejemplo de Edipo.

A modo de conclusión adviertes contra las tentaciones a las que puede conducir la curiosidad humana: «Radica en el alma y se expresa o manifiesta a través de los sentidos del cuerpo. Consiste no en el deleite de la carne, sino en servirse de ella para tener experiencia de las cosas. Dicha curiosidad tiene su raíz en el apetito de conocer. Ahora bien, en el orden del conocimiento sensible, los ojos ocupan el lugar principal, y la palabra de Dios la ha denominado “concupiscencia de los ojos”»²⁴. Así escribes, Aurelio, tú que fuiste nombrado profesor imperial de Retórica en Milán. Si hubieras guardado silencio, podrías haber seguido pasando por filósofo²⁵.

Más adelante adviertes contra el peligro de que nuestra mente se deje cautivar por el

curso de las estrellas, o por un galgo que corre detrás de una liebre. Pones ejemplos concretos e insistes en lo fácil que resulta caer en la tentación de dejarse distraer por lo que captan los ojos. Escribes: «¿Qué decir de las veces que estando sentado en casa me detengo a contemplar cómo la salamanquesa caza las moscas o la araña las atrapa cuando han quedado enredadas en su tela? ¿No es el efecto el mismo, a pesar de ser animales pequeños? Bien es verdad que después me elevo hacia Ti y Te alabo por ello, Creador admirable y Ordenador de todas las cosas; pero mi impulso primero no es verlas con esa intención. Una cosa es levantarse presto y otra no caer»²⁶.

Estas palabras me hacen pensar en Ícaro. Se elevó muy deprisa, pero pronto cayó al mar: pronto se olvidó de que sólo era un ser humano. Si te gusta más la comparación, puedo recordarte también qué les ocurrió a los babilonios cuando intentaron construir una torre tan alta que llegara hasta el mismísimo cielo...

Yo escribo con la misma sinceridad que tú, honorable obispo, y la carta no se ruboriza, como diría Cicerón. Pienso que has de estar agotado después de todo cuanto te ha sucedido, completamente agotado; no intentas ocultarlo. Ojalá me regalaras a mí, quiero decir al mundo de los sentidos, algunas horas de tu vida sobre la tierra. ¡Sal afuera, Aurelio; sal afuera y tumbate bajo una higuera. Abre tus sentidos, aunque sólo sea por una última vez! Hazlo por mí y por todo lo que nos dimos el uno al otro. Respira hondo, escucha el canto de los pájaros, mira el firmamento e inhala todos los olores. Todo eso es el mundo, Aurelio, está aquí y ahora. Aquí, ahora. Has estado en el laberinto de los teólogos y los platónicos. Pero ya no, has vuelto a casa, al mundo, al hogar de los seres humanos.

¡El mundo es tan grande, y sabemos tan poco de él...! También la vida es demasiado breve. ¿No recuerdas que decías cosas parecidas cuando aún leías a Cicerón?

Tal vez no exista ningún Dios que negocie con nuestras pobres almas. Tal vez exista un Dios cariñoso que nos ha creado el mundo para que vivamos en él. Ay, Aurelio, si estuvieras tumbado ahí fuera bajo la higuera, con uno de sus frutos en la mano, yo acudiría a besar tu frente cansada. Aplastaría esa horrible y forzada palabra «continencia», pues es verdad que aún pesa como un yugo sobre tu mente. Quizá lo único capaz de salvarte sea un abrazo mío. Por qué habrá tanta distancia entre Cartago e Hipona Regia.

Me ocuparé de que recibas esta carta, que te ruego leas, aunque ya no albergo esperanza alguna de que estas palabras lleguen hasta tu corazón. Así he desperdiciado mi aceite y mis esfuerzos²⁷.

Tengo miedo, Aurelio. Tengo miedo de qué puedan llegar a hacer algún día los hombres de la Iglesia a mujeres como yo. No sólo por ser mujeres sino porque, creadas por Dios como tales, os tentamos a vosotros, tal y como Dios os ha creado, como hombres. Piensas que Dios ama más a los eunucos o castrados que a los hombres que aman a una mujer. Ten cuidado, pues, con alabar la creación de Dios, porque Él no ha creado al hombre para que se castre.

No puedo olvidar lo que pasó en Roma, y eso que ya no pienso en mí; en realidad no fui yo a quien atacaste aquella vez, fue a Eva, honorable obispo: fue a la mujer. Y no quiero que olvides que quien comete una injusticia contra una persona amenaza a muchas²⁸.

Siento escalofríos porque temo que lleguen tiempos en los que las mujeres sean asesinadas por hombres de la Iglesia de Roma. Pero ¿por qué se las habría de matar, honorable obispo? Porque os recuerdan que habéis renegado de vuestra propia alma y atributos, pensáis. ¿Y en favor de quién? En favor de un Dios, decís, en favor de Él que ha creado el firmamento que os cubre y la tierra sobre la que viven las mujeres que os dan a luz.

Si Dios existe, que Él os perdone. Tal vez un día seréis juzgados por todos esos placeres a los que habéis dado la espalda. Negáis el amor entre hombre y mujer. Eso tal vez pueda perdonarse. Pero no olvides que lo hacéis en nombre de Dios.

La vida es breve y sabemos demasiado poco. Pero si fuiste tú quien se ocupó de que me llegaran tus confesiones para que las leyera aquí en Cartago, la respuesta es no: no recibiré el bautismo, honorable obispo. No temo a Dios. Tengo la sensación de que ya vivo con Él. ¿Acaso no fue Él quien me creó? Tampoco es el Nazareno quien me detiene, tal vez Él fue realmente un hombre de Dios. Además, ¿no fue El justo con las mujeres? Son los teólogos los que me inspiran temor. Que el Dios del Nazareno os perdone por toda la ternura y amor que rechazáis.

Yo he hablado y he redimido mi alma. ¡Y ahora, honorable obispo, a beber!²⁹ Estoy sentada bajo nuestra vieja higuera en Cartago. Florece³⁰ por tercera vez este año, pero no da frutos³¹.

Queda en paz.

Si existe un Dios, éste no sólo es un as en dejar huellas sino, sobre todo, un maestro en esconderse. Y el mundo no es de los que hablan más de la cuenta. El firmamento sigue callado. No hay mucho cotilleo entre las estrellas. Pero nadie ha olvidado todavía la gran explosión. Desde entonces, el silencio ha reinado ininterrumpidamente, y todo lo que existe se aleja de todo. Todavía es posible toparse con una luna. O con un cometa. No esperes que te reciban con amables clamores. En el cielo no se imprimen tarjetas de visita.

Tos peligrosa

Solveig no comía bombones, aunque de vez en cuando se tomaba una chocolatina con el café, antes y después de las reuniones de la asociación misionera. No pocas veces se permitía una tableta entera de mazapán cubierto de chocolate para el desayuno. Y mientras canturreando hacía las faenas de la casa, no paraba de chupar caramelitos y pastillas. No estaba delgada, pero no comía bombones.

Podrían contener eso que llaman jerez o alcohol, o esos otros licores que te dejan la cabeza confusa y te hacen pecar. Más valía tener cuidado. Había oído decir que incluso el vino de misa podía contener alcohol, hasta en la sangre de Cristo. Varias veces se había dirigido al despacho del pastor, detrás de la sacristía de la iglesia misionera, con el fin de asegurarse de que no había licor o vino dulce en el vino de misa. Se veía obligada a preguntar, porque le parecía que el vino de misa sabía muy bien.

Pertenecía a una familia de pecadores. Incluso en la tienda de la esquina vendían cerveza. Había pensado en comprarles todo el stock con sus ahorros y tirarlo al arroyo, pues de todos modos allí era donde acababa el alcohol. Pero ella sola era demasiado insignificante para derribar todas las mesas. Charlaba siempre de eso con Jesús y con su periquito.

De vez en cuando, Solveig leía su historia favorita de la Biblia, el Éxodo, sobre los milagros obrados por el Señor en Egipto. Sonreía y se golpeaba los muslos cada vez que el Dios de Israel enviaba uno de sus castigos al pueblo de pecadores. El que más le gustaba era aquel relato sobre cuando el Señor endureció el corazón del faraón y convirtió todo el polvo de la tierra en mosquitos que se pegaban a personas y animales. Y si seguía hojeando, llegaba al milagro de las aguas, cuando Moisés, Aarón y todos los demás eran seguidos por un ángel de Dios a través del mar, mientras los inútiles egipcios se ahogaban uno a uno. Ninguno salvó la vida, ponía en la Biblia. Ella se los imaginaba a todos muertos, diseminados por la playa. ¿Pero por qué no enviaba el Señor también hoy en día a sus ángeles para que pusieran orden en las tiendas de la tierra? Ésa era una de las cosas que no entendía.

Luego llegaban el otoño y las toses. De nada servía el zumo caliente de arándanos, ni el té con miel. Necesitaba algo más fuerte. Así se explicó con todo lujo de detalles en la farmacia. Le dieron un frasco del Jarabe Pectoral de Bergen. Qué curioso, pensaba Solveig, que esa ciudad produjera su propio jarabe.

Al llegar a casa se apresuró a abrir el pequeño frasco y se tomó una cucharada grande.

Sabía fuerte y extraño, pero era importante tratar bien al cuerpo. También es un templo de Dios, le explicó aquella misma noche a su periquito.

Se tomó otra cucharada, y otra más. Era una medicina milagrosa. Después de la sexta cucharada, la tos había desaparecido. Pero más valía asegurarse, pues tenía una larga noche por delante. Una séptima y una octava cucharada buscaron el camino hacia su boca, y su boca no protestaba. Sólo quedaba una pizca en el frasco. Se lo acercó a la boca y se bebió el resto. Mal no podía hacerle. Lo había comprado en la farmacia.

Aquella noche, Solveig tuvo muchos sueños extraños antes de dormirse. La medicina había surtido efecto. Tal vez fuera la respuesta a sus oraciones, al menos eso pensaba. Porque los últimos días había incluido la tos en sus oraciones de la noche. Hoy, no obstante, estuvo a punto de dormirse antes de rezar. Así era como Satanás podía tentar incluso al hijo más piadoso de Dios.

A la mañana siguiente se despertó feliz y excitada. Aún más feliz se puso cuando tosió tres veces seguidas justo después del desayuno. De manera que se encaminó de nuevo a la farmacia. Esta vez pidió dos frascos de jarabe a la amable señora de detrás del mostrador. No sabía cuánto tiempo le duraría esa tos tan mala. Más valía tener algo en casa.

–Lo siento, pero no puede usted comprar más de un frasco cada vez –dijo la señora. Qué curioso, pensó Solveig, parece que han vuelto a introducir el racionamiento. ¡Y de jarabes! Ojalá hubiera sido de tabaco y alcohol...

Pero en Bergen había más farmacias. Solveig atravesó a toda prisa la ciudad hasta llegar a la farmacia El León y compró otro frasco.

Orgullosa y digna como una reina, volvió a su casa y metió el frasco en la nevera.

No se tomaría el jarabe enseguida, sería mejor guardarlo hasta la noche. Pero durante toda la tarde estuvo entrando y saliendo de la cocina sólo para abrir el frasco y oler su contenido. Olía a incienso y mirra.

Si ella hubiera sido uno de los Reyes Magos, habría regalado jarabe al Niño Jesús. Porque Jesús había compartido la condición humana. También a él le había dolido la garganta... No estaba muy de acuerdo con ella misma en este punto. La Virgen María habría cuidado muy bien al Niño Jesús para que no se enfriara.

Llegó la noche. Se puso un bonito vestido en honor a esos dos pequeños de la nevera. Y no esperó mucho para echar unas gotas de jarabe en una taza de café y sentarse delante de la jaula del periquito, su mejor amigo después de Cristo.

Esa noche fue muy aplicada y se tomó gran cantidad de medicina. Primero una tacita y luego otra. Y otra más. Intentó hojear el misal, pero no consiguió concentrarse. De repente había muchas letras y palabras extrañas. A decir verdad, no llegó más que a las letras. La simple A, con sus piernas abiertas, resultaba tan divertida que le produjo risa. También la A había sido creada por el Señor, el Dios de Israel. Fue la primera letra que

Él creó, la letra de Adán. Luego creó todo el alfabeto, hasta la letra Å*, que era como una A con una aureola encima.

Cuando se despertó a la mañana siguiente había dos frascos de jarabe vacíos debajo del banco de la cocina.

Era una vida nueva.

Por alguna razón a veces se sentía avergonzada por sus constantes visitas a la farmacia. Resultaba un poco incómodo tener una tos tan mala durante tanto tiempo.

Intentaba ocultar su auténtico propósito comprando tiritas, un frasco de vitaminas o un paquete de chicles, antes de pedir los pequeños frascos marrones.

Pero descubrió que había muchas farmacias en la ciudad de Bergen...

Solveig empezó a dar una vuelta diaria. Llegaba a meter hasta tres o cuatro frascos de jarabe para la tos en su bolso antes de volver a casa con su periquito. Había oído la expresión «cuidar un catarro». Ella era cada noche paciente y cuidadora a la vez.

Por fin una mañana tuvo que admitir que estaba curada de todo lo que podía llamarse catarro. Aunque quisiera, no lograba toser. Carraspeaba y producía un montón de ruidos, pero la tos había desaparecido por completo. El periquito se reía de sus intentos. Pero aún le quedaban un par de frascos en la nevera. Y al llegar la noche se fue de puntillas hasta la cocina sin que el periquito la viera y sacó un frasco, como si quisiera poner orden después de los esfuerzos del otoño. Cuando lo hubo vaciado, sólo quedaba un frasco, y también se lo tomó.

A la mañana siguiente había nieve en las calles, y Solveig notó un atisbo de dolor de cabeza.

¡Qué deprisa habían transcurrido últimamente los días! Ya estaban en Adviento y se acercaba la Navidad.

A pesar de los catarros y la tos, Solveig pensó que había sido un buen otoño. Era como si un invisible par de alas de ángel la hubiesen llevado a través de los últimos meses. Al mismo tiempo sintió un pequeño pinchazo de miedo por lo que se avecinaba.

Tenía ya un nuevo amigo. Hasta entonces sólo habían sido el periquito y el misal. Ahora también tenía el jarabe, o el «bálsamo pectoral», que era una expresión más bonita.

En una ocasión, cuarenta o cincuenta años atrás, Solveig se había enamorado. Lo recordaba como si hubiera sido el día anterior, aquel enamoramiento aún permanecía en su interior. Así había sido este último otoño. Con la ansiedad de la enamorada metida en el cuerpo, había hecho sus compras diarias y luego esperado con ilusión que pasara la tarde delante de la jaula del periquito.

Por lo demás, ninguna novedad. Solveig seguía sin comer bombones. Por cierto, tampoco comía ya casi chocolate ni caramelos. Pero seguía teniendo un primo que bebía

cerveza negra con la comida los domingos. Y seguía siendo difícil comprar queso y leche sin ver aquellas horribles botellas.

Las botellas marrones de cerveza siempre le habían parecido especialmente feas, aunque en los últimos tiempos se había familiarizado más con el color del cristal. El pecado no estaba en el color.

En la asociación misionera le habían dicho que tenía muy buen aspecto, que parecía feliz y contenta. Pero se guardaba para ella el secreto del jarabe. No iba a traicionar la confianza de un amigo. ¿Qué pasaría si toda la asociación misionera empezara a frecuentar la farmacia con el fin de comprar jarabe contra la tos?

El catarro de Solveig llegó a su fin, de la misma manera que la propia vida un día llega a su fin. El primer día sin bálsamo pectoral transcurrió sin problemas. El segundo día, no tanto. Y el tercer día se encontró de nuevo ante el mostrador de la farmacia El Cisne.

—¿Y bien... señorita Andersen?

Compró un paquete de chicles y un frasco de bálsamo pectoral. Luego se apresuró hasta La Estrella del Norte y compró otro. Y a continuación fue hasta El Águila, en la calle Rasmus Meyer.

Un poco de jarabe también sería eficaz contra la tos que podía llegar al día siguiente o a media mañana del siguiente si ella no se cuidaba y no tomaba su medicina. Llevaba ya tres días sin cuidarse, pero ahora se bebió uno de los frascos ya en el camino hacia su casa.

Se permitió un café y un bollo en el Reimers. Y ninguno de los hombres ocultos tras sus periódicos se fijó en que ella cumplía con su deber. Con un ágil gesto de la mano, abrió su bolso negro y acabó con el frasco número uno. No porque estuviera obligada a ello, sino para cuidarse en salud (nunca mejor dicho).

Se sintió inmediatamente mejor, luego se fue corriendo a casa para estar con su periquito.

—Dulidulidu, mi chiquitín —gorjeó al introducir la llave en la cerradura—. ¡Aquí llega tu mamá!

Luego se tomó un frasco, y otro más. Así transcurrían los días.

Pronto tocaría a María y José empadronarse. En honor a todos los reyes magos de la calle en la que vivía, Solveig colgó la estrella de Belén en la ventana e hizo siete clases de pastas navideñas.

Las Navidades de Solveig duraron hasta Semana Santa. Para entonces, el Niño Jesús ya se había hecho un hombre adulto con túnica y sandalias. Un viernes, a finales de marzo, ella tomó parte en su crucifixión, como es la costumbre. Para este solemne acto, Solveig había guardado una caja entera de pastas. El domingo bien temprano, él resucitó, tal y como se lo había prometido a ella durante el año litúrgico. Ella, por su parte, se levantó unas horas más tarde. Para entonces todo el dolor había terminado. El pequeño malestar que aún quedaba, lo ahogó con jarabe para la tos.

El secreto enamoramiento duró toda la vida. Ni un solo día la abandonó su amado. Con mano amorosa –y no sin el fragor del deseo–, Solveig agarraba cada vez con más fuerza el frasco.

A veces le resultaba un poco triste deshacerse de los envases vacíos. Pero al menos todos los frascos eran iguales, idénticos como gemelos, por lo que ella los consideraba a todos una sola persona.

Solveig, que hasta entonces no había tenido precisamente una vida muy atareada, siempre tenía ahora algo que hacer. Todos los días daba su vuelta por la ciudad, lo que le permitía encontrarse con mucha gente a la que sonreía y saludaba con mucha confianza. También había aprendido a dirigirse a dependientas diferentes en todas las farmacias que frecuentaba, elaborando así un esquema que seguir.

Por las noches, soñaba a veces que los frasquitos eran niños huérfanos a los que el basurero acompañaba de vuelta a la farmacia después de que ella los hubiera despedido uno a uno con un beso.

Antes de que brotaran los árboles, la dosis había aumentado a cuatro o cinco frascos diarios. Pero todavía su bolso de mano podía contener todo lo que necesitaba para mantener una buena conversación con el periquito.

Gracias al jarabe nunca le dolía la garganta. Era tanto innecesario como insensato beber cerveza con la comida, si tomando jarabe se podían evitar los males de garganta.

De repente, llegó el punto de inflexión. Un día, el jarabe sólo sabía a jarabe, del mismo modo que el café sabe a café y los caramelos a caramelos. Algo había desaparecido. Solveig no sabía qué era, pero ese punto dorado y seductor con el que su amigo secreto había paliado su soledad había desaparecido.

Lo notó en el instante en que se llevó el frasco a la boca. De repente el frasco no era más que un frasco. Y el jarabe era jarabe y era jarabe.

Así ocurre cuando muere el amor. Aunque el tiempo fuera más templado y el sol estuviera más alto en el cielo, el humor de Solveig cayó por debajo de todo límite imaginable, y los días ya no eran maravillosos.

Tras días y semanas llenos de esperanza y promesas rotas, llegó el momento de la verdad, con todo lo que momentos así conllevan de dolor y humillación. Fue noticia de primera plana en *Dagen*, su periódico de siempre inspirado en el Verbo:

Solveig no había estado tomando jarabe, sino *alcohol*.

Hasta ahora, decía el artículo, el Jarabe Pectoral de Bergen había contenido más de un 20 por ciento de alcohol. Pero tras una insistente protesta, de, entre otros, su propia asociación misionera, dicho porcentaje había sido reducido al mínimo necesario.

De esa manera Satanás la había traicionado, pues Solveig no veía razón alguna para dudar de la noticia aparecida en el periódico. En su opinión, *Dagen* no era más que un anexo del Nuevo Testamento, un periódico escrito bajo la tutoría del Espíritu Santo.

Solveig sabía muy bien lo que era el tanto por ciento. Era algo muy feo y abominable.

Era el signo del Animal, el sello de Satanás.

Aquella noche, Solveig soñó que era un discípulo. Era Jueves Santo y ella cenaba con Jesús y los discípulos en la asociación misionera. Ella era Judas Iscariote, y sabía que traicionaría al Niño Jesús por treinta frascos de jarabe. Luego de repente era san Pedro. Estaba en una roca, sola entre el cielo y la tierra, y tosió tres veces. En ese instante gorjeó el periquito, el pastor entró a la fuerza en el piso y apartó el misal.

A partir de aquel día Solveig comió bombones. A partir de ese día comía todos los domingos en casa de su primo. A partir de ese día ya no sólo compraba leche y nata en la tienda de comestibles. A partir de ese día ya no se vio más a Solveig en la asociación misionera.

Convierte los días en pequeñas cosas con las que puedas jugar con las manos. Por ejemplo, puedes convertirlos en canicas amarillas, verdes, rojas y azules. Es posible mantener una semana bajo control. El lunes es azul, el martes verde, el miércoles violeta... Si intentas reunir un mes entero, perderás fácilmente el control. ¿Qué pasó con el decimoctavo? ¿El vigésimo sexto era azul o rojo? Un año es suficiente para cubrir el suelo entero de la cocina. El 8 de enero debajo del frigorífico, el 26 de mayo debajo del radiador, el 24 de octubre en algún lugar debajo de la coccinilla eléctrica.

No puedes moverte por la habitación sin poner en movimiento las canicas. Un día choca contra otro, como moléculas de pensamientos en la memoria. 365 canicas están ya rodando por la habitación. El 3 de noviembre rueda lentamente por el suelo de la cocina en dirección a la mesa, y choca contra Nochebuena, que a su vez rueda en dirección al domingo de Pentecostés.

Tienes un piso de dos habitaciones y cuarto de estar y multiplicas las 365 canicas por 70 u 80. El 17 de abril de 1983 atraviesa de repente el umbral y se mete rodando en el cuarto de estar, donde se choca contra el 18 de octubre de 1954, el 27 de junio de 1996 y el 24 de marzo de 2012, antes de acomodarse junto al 5 de diciembre de 1980 debajo del televisor.

Nadas en la abundancia. Te sientes rico. Entonces llaman a la puerta. Andas con cuidado, apartas unos cientos de canicas para llegar hasta la puerta, abres y ves a una joven. A falta de rosas rojas le entregas inmediatamente un puñado de canicas. Pero la mujer desea jugar con ellas, y antes de darte cuenta has perdido mil canicas.

Vuelven a llamar a la puerta y entra un niño. Le das unos miles de canicas. Al día siguiente vuelve, esta vez con su hermana, que exige el mismo trato que el hermano. Entonces te das cuenta de que tus existencias empiezan a mermar. Hay menos en el suelo. Las canicas ya no se amontonan en los rincones como en los buenos tiempos.

Aparece un hombre en la puerta, te presenta un papel en el que dice que le debes 4.500 canicas. A toda prisa te tiras al suelo y reúnes la cantidad en cuestión. Así liquidas la deuda al instante. Quieres saber lo que es tuyo, quieres saber a qué atenerte. Pero para entonces ya sólo quedan unas cuantas canicas. Ahora tienes que buscar, tienes que correr de habitación en habitación para encontrar una.

Cierras la puerta y te escondes. Lo que te queda lo quieres todo para ti.

Palizas y ayuda para hacer los deberes

Recibí muchas palizas de niño, pero nunca de mis padres.

Creo que el hecho de que mis padres no me pegaran se debía a que estaban divorciados. Como no vivían en la misma casa, nunca conseguían ponerse de acuerdo sobre cuándo merecía un castigo. Mi madre sabía muy bien que si se portaba mal conmigo, mi padre sería el primero en enterarse. Alguna vez yo llamaba a mi padre con el fin de pedirle permiso para quedarme levantado una hora o dos más de lo que me dejaba mi madre. Él siempre me apoyaba cuando comprendía que, a la vez que podía hacerme feliz a mí, podía irritar a mi madre. Así yo me aprovechaba a tope. También llamaba a mi padre cuando necesitaba más dinero del que mi madre me daba. Él nunca se enfadaba. Sólo me veía una vez por semana. A los dos nos pareció suficiente.

Fueron los chicos del colegio los que me propinaron las palizas, lo cual no era para presumir, porque yo no era ni grande ni fuerte. Me llamaban Petter el Araña. De pequeño visité el Museo Geológico con mi madre, y allí vimos un trozo de ámbar en cuyo interior había una araña de hacía muchos millones de años, y en una ocasión hablé en clase de esa araña. Acabábamos de estudiar la lección sobre la electricidad y expliqué a la clase que la palabra «electricidad» provenía de la palabra griega para «ámbar». Desde ese día, todos me llamaron Petter el Araña.

Aunque era bajito, era muy fanfarrón, por eso me ganaba tantas palizas. Era especialmente elocuente cuando había adultos cerca, por ejemplo al subir a un autobús o al abrir la puerta para meterme en el portal. A veces estaba tan inspirado que no pensaba mucho en las consecuencias. No se me daba muy bien eso que hoy en día llamamos planificación a largo plazo, nunca me paraba a calcular si merecía la pena correr el riesgo, ya que de todos modos iba a volver a ver a los chicos y no siempre había un adulto cerca.

Yo era mucho más hábil que mis coetáneos dando explicaciones, y también mucho mejor contando historias. Me resultaba más fácil expresarme que a muchos de los que iban tres o cuatro cursos por delante de mí. Por eso me gané muchos moratones. En aquellos tiempos se daba poca importancia a la libertad de expresión. Habíamos aprendido un montón sobre los derechos humanos en el colegio, pero nunca nos recordaron que la libertad de expresión también rige sin límites para los niños y entre los niños.

Una vez, Ragnar me envió derecho al gran tendedero que había en el patio de nuestro bloque y me hice una brecha en la cabeza. Cuando empecé a sangrar, tuve valor para decir muchas cosas que en otras circunstancias me hubiera guardado para mí. Hice públicas algunas verdades espectaculares sobre la familia de Ragnar, como que su padre siempre se estaba emborrachando con vagabundos e indigentes. Podría haberse defendido con palabras, pero Ragnar no era muy hábil hablando y se limitó a mirar cómo sangraba. Entonces le acusé de cobarde por no atreverse a callarme la boca, y dije que no se atrevía porque todo lo que había dicho era la pura verdad. Luego añadí que una vez le había visto comer caca de perro, y que su madre tenía que lavarlo como a un bebé porque se meaba y ensuciaba los pantalones. Dije que todo el mundo sabía que su madre compraba pañales en la tienda, compraba tantos que le hacían un descuento. Mi cabeza seguía chorreando sangre. Cuatro o cinco chicos me miraban con gran respeto. Me toqué y noté que tenía el pelo empapado. Sentí escalofríos. Dije que toda nuestra calle sabía que el padre de Ragnar era un paleta. Y también que sabía por qué se había venido a vivir a la ciudad. Era un secreto que Ragnar tal vez no conociera, pero yo podía contárselo. Su padre había tenido que huir a la ciudad porque la policía lo había arrestado. El motivo del arresto era que follaba con las ovejas. Tanto follaba con las ovejas, dije, que muchas enfermaron, y una de ellas murió. Esas cosas no están muy bien vistas, expliqué, ni siquiera en la región de Hadeland, de donde era su padre. Después de esa última información, todos se largaron, no sé si debido a lo de las ovejas de Hadeland o a la sangre que me salía de la cabeza, pues había un enorme charco a mis pies sobre el asfalto. Me sorprendió mucho que la sangre de la cabeza fuera tan densa y espesa, me la imaginaba de un color más claro y un poco más fluida que la de otras partes. Por unos instantes fijé la mirada en un cartel luminoso que había sobre la entrada del sótano. En grandes letras verdes ponía REFUGIO. Intenté leer la palabra al revés, pero las letras verdes me mareaban. De repente, El Metro vino disparado por la esquina, yo ya le llevaba cabeza y media de altura. Levantó la vista y me miró estupefacto, señaló mi cabeza con su bastón de bambú y exclamó: «¡Pero bueno! ¿Y ahora qué hacemos?».

Me daba vergüenza volver a casa, porque sabía que a mi madre no le gustaba ver sangre, sobre todo si se trataba de la mía, pero no tenía elección. En cuanto me vio, me enrolló con varias toallas de hilo la cabeza y parecía un moro. Fuimos en un taxi a Urgencias. Tuvieron que darme doce puntos. El médico dijo que era el récord de aquel día. Luego volvimos a casa a comer crepes.

Lo que acabo de relatar es realidad recordada. Sigo teniendo una ancha cicatriz justo donde empieza el pelo, encima del ojo izquierdo. No es la única cicatriz que me queda de cuando era pequeño, tengo varios rasgos distintivos. Por lo menos ahora ya no te ponen estas cosas en el pasaporte.

Como es natural, mi madre quiso saber qué había sucedido. Le dije que me había pegado con un desconocido porque me había dicho que mi padre era un follador de ovejas. Por una vez mi madre se apiadó de mi padre. Casi siempre era la primera en

hablar mal de él, pero había un límite. Creo que consideró muy positivo que yo defendiera el honor de mi progenitor. Su único comentario fue: «Entiendo que te enfadaras». Y yo estuve totalmente de acuerdo.

Nunca fui un chivato. Chivarse equivalía a copiar acontecimientos reales. Resultaba demasiado trivial. Chivarse y pegar era algo propio de los que no sabían expresarse verbalmente.

Conforme nos iban poniendo más deberes en el colegio, recibía menos palizas, pues empecé a ayudar a los demás alumnos de la clase con los deberes. No es que me sentara con ellos a hacerlos, eso nunca, pues habría resultado muy aburrido. Además, tenía siempre miedo de hacer amigos. Pero, cada vez con mayor frecuencia, primero hacía mis deberes y, al acabar, los hacía de nuevo una o dos veces. Esos trabajos duplicados los regalaba o los vendía por una chocolatina o un helado a otros de la clase.

Solían dejarnos elegir entre tres temas diferentes de redacción. Si por ejemplo había escrito sobre «Algo parecido a un cuento», me entraban ganas de escribir también sobre el que llevaba por título «Cuando se fue la luz», pero como sólo se me permitía entregar una redacción, regalaba la otra a Tore o a Ragnar.

Fue una buena idea la de regalar redacciones a Tore y Ragnar, porque así dejaron de darme palizas, aunque no creo que fuera por agradecimiento, sino más bien por temor a que me chivara de que les había hecho las redacciones. Por mi parte, no habría tenido ningún problema en decírselo al profesor. Yo no tenía la culpa de que sólo se nos permitiera entregar una. Tampoco era yo el que entregaba los trabajos de Tore y Ragnar, porque evidentemente ellos mismos pasaban a limpio las redacciones. Faltaría más.

Jamás iba por ahí exhibiendo esos trabajos extraordinarios, pero, poco a poco, los chicos empezaron a acercarse a preguntar si les vendía alguna ayudita. De esa forma surgieron los negocios. No siempre tenía que ser a cambio de dinero o chocolate, había muy distintas formas de devolver los favores. A veces bastaba la promesa de pronunciar un par de palabras obscenas en la clase de manualidades, o de colocar una bola de nieve en la silla del profesor. Recuerdo que ese tipo de ayuda con los deberes duró incluso hasta la época en que un trabajo escolar podía venderse por la promesa de un chico de la clase de tirar del tirante del sujetador de alguna de las chicas que ya habían comenzado a usar esa prenda, y que no eran, dicho sea de paso, las más agraciadas. Si ese tipo de devolución de favores no se cumplía, los implicados sabían que estaban en peligro, pues significaba que me vería obligado a decir al profesor que había ayudado a Øivind o a Hans Olav con los deberes.

Ese tipo de ayuda no se limitaba a la asignatura de lengua. También ofrecía mis servicios para trabajos de geografía, religión, ciencias naturales o matemáticas. Lo único que había que cuidar era que no se parecieran demasiado a los que yo entregaba. Primero hacía mis ejercicios de matemáticas sin ningún fallo y luego no tardaba nada en

elaborar un par de ejercicios más, pero con la obligación de cometer un número adecuado de fallos en cada uno. Sería demasiado improbable que Tore entregara unos deberes perfectos. Se contentaba con un notable alto, así que yo tenía que hacer unos ejercicios que merecieran esa calificación. Si otro aspiraba a la misma nota, yo tenía que elaborarlos para el mismo nivel pero, claro, con otros fallos.

También confeccionaba a menudo trabajos para aprobado o aprobado alto. Tampoco en ese nivel me faltaba mercado. Comprendía muy bien que a Arne y a Lisbeth no les diera la gana hacer los deberes, porque el premio jamás sobrepasaba el aprobado hicieran lo que hicieran. Y sin embargo, nunca cobré por los trabajos de aprobado bajo. Algún límite tenía que poner. Para mí era premio suficiente el confeccionarlos. Sobre todo, me gustaba mucho hacer trabajos con un gran número de errores, pues requerían más imaginación que los perfectos.

Cuando realmente necesitaba dinero, en esas raras ocasiones en que mis padres se hablaban y los dos se negaban a darme algo más de la paga normal, a veces me desprendía de algún sobresaliente. Incluso creo que una vez llegué a entregar una prueba de geografía de matrícula de honor a Hege, que hacía baile de salón y participaba en concursos. Estaba muy ocupada ensayando para uno de cha-chachá y samba. En esas ocasiones, solía cometer uno o dos pequeños errores en mi propio trabajo para optar sólo a un sobresaliente bajo y no solapar del todo el otro. Entonces el profesor ponía «¿Te has distraído, Petter?» o algo por el estilo. Era divertido. Ya a principios de los sesenta, algunos profesores habían introducido lo que más adelante se llamaría «puntuación individualizada». Era un comentario individualizado sostener que un trabajo merecedor de sobresaliente bajo fuera «distruido». Si hubiera sido el trabajo de Lisbeth, habría escrito «¡Enhorabuena, Lisbeth! ¡Buen trabajo!». El profesor no sabía que me había equivocado aposta y que había hecho trampas para conseguir una nota más baja.

Al final, Hege tuvo que leer su maravilloso trabajo de geografía en voz alta delante de toda la clase. No se lo esperaba, pero el profesor le pidió que subiera inmediatamente al estrado y se sentara en su silla. Él se sentó en el pupitre de ella, que estaba junto al mío. Yo me sentaba en el tercer pupitre, en la fila del centro, y Hege se sentaba a mi derecha. Hege empezó a leer en voz alta, era de las mejores de la clase en lectura, pero esta vez leía en voz tan baja que el profesor tuvo que decirle que elevara el volumen. Hege lo elevó, pero al cabo de un rato la voz se le quebró y tuvo que empezar de nuevo. Me miró varias veces, y una de ellas le hice una discreta señal con el dedo índice de la mano izquierda. Al terminar la lectura, el profesor empezó a aplaudir no por la lectura en sí, sino por el contenido de lo que había leído, y entonces yo también me puse a aplaudir. Cuando Hege bajó del estrado, pregunté al profesor si había tiempo para que Hege nos bailara un cha-cha-chá, pero el profesor contestó alegremente que lo dejáramos para otra ocasión. Hege parecía querer hacerme una mueca, pero no se atrevió. Tal vez tuviera miedo de que yo de repente la despojara del honor, proclamando en voz alta que había sido yo quien había tenido la cortesía de ayudarla con los deberes, porque ella estaba

ensayando para un concurso de baile. Nunca ocurriría, porque Hege siempre había cumplido puntualmente lo acordado entre nosotros, y ya me había dado dos coronas con cincuenta. Pero ese hecho no pareció tranquilizarla, pues no era consciente de lo normal que era que yo ayudara a los chicos de clase con los deberes. No era la primera vez que escuchaba una de mis obras leída por otro. No me disgustaba, al contrario, disfrutaba mucho con ello. Yo era el buen ayudante, me responsabilizaba de todos mis compañeros.

Hege empezó también el instituto en la misma clase que yo, y en primero hicimos una apuesta muy divertida. A la profesora Laila Nipen le había tocado un montón de dinero en la lotería, y se compró un flamante Fiat 500. Se me ocurrió sugerir que entre unos cuantos podríamos meter el minúsculo vehículo por las anchas puertas dobles del edificio del colegio y colocarlo en el aula magna. A Hege le pareció una buena idea, pero no creyó que nos atreveríamos a hacer algo tan arriesgado. Aproveché la ocasión para sugerirle que hiciera la solemne promesa de ir conmigo a dar un romántico paseo por el bosque si el Fiat de Laila se encontraba en el aula antes de acabar la semana. En caso contrario, me comprometía a hacerle los deberes de matemáticas durante un mes. Unos días después, el coche estaba en el aula magna. La operación entera había durado diez minutos, se llevó a cabo durante un recreo mientras se celebraba un claustro de profesores. Incluso tuvimos la sangre fría suficiente para atar un lazo azul de seda alrededor del minicoche rojo para que pareciera un verdadero premio de lotería. Por parte del colegio, jamás se descubrió quién estaba detrás de esa pequeña travesura, pero Hege tuvo que ir conmigo a dar un paseo por el bosque. No intentó eludir la evidente segunda lectura de paseo «romántico» por el bosque. Hege no era tonta, y sabía lo astuto que yo podía llegar a ser. Y, al fin y al cabo, había participado por ella en el transporte de un coche al aula magna del colegio. Además, creo que yo le gustaba. Nos metimos en un cobertizo cerca de la colina de Linderud. Fue la primera vez que estuve con una chica desnuda. Sólo teníamos 14 años, pero ella estaba totalmente desarrollada. Me pareció la cosa más maravillosa que había tocado jamás.

A veces también ayudaba a los profesores. Les proponía divertidos temas de redacción y otro tipo de deberes para casa. En alguna ocasión, me ofrecí a ayudar al profesor de matemáticas a corregir los ejercicios de la clase. Otras veces les pedía que precisaran o profundizaran más sobre algo que habían explicado en clase. Si habíamos estudiado un tema sobre la historia de los egipcios, por ejemplo, pedía al profesor que nos hablara de la piedra Roseta. De no ser por esa piedra, los investigadores no habrían podido descifrar los jeroglíficos, le expliqué, y en ese caso no sabríamos gran cosa de cómo pensaban los antiguos egipcios. Cuando el profesor nos explicó la lección sobre Copérnico, le pedí que nos hablara también de Kepler y Newton, porque era bien sabido que Copérnico no acertó en todas sus suposiciones.

Yo era ya bastante leído a los 11 o 12 años, pues en casa teníamos tanto la enciclopedia de Aschehoug como la de Salomonsen, en total cuarenta y tres volúmenes.

Tenía tres modos diferentes de aproximarme a una enciclopedia, dependiendo de mi estado de ánimo: unas veces buscaba artículos sobre un tema determinado, por regla general relacionado con algo sobre lo cual llevaba tiempo meditando; otras veces, me ponía a leer durante horas cualquier tomo de la enciclopedia, totalmente al azar, y otras me daba por estudiar un volumen entero, de la primera a la última página, por ejemplo el volumen número 12 de la enciclopedia de la editorial Aschehoug, de *kvam* a *madeira*, o el volumen XVIII de Salomonsen, desde *Nordlandsbaad* a *Perleøerne*. Mi madre tenía además en las estanterías del salón varias decenas de libros interesantes. Me atraían sobre todo las obras que recogían todo el saber sobre un tema determinado, como *El mundo del arte*, *El mundo de la música*, *El cuerpo humano*, *Historia de la literatura mundial*, *Historia de la literatura noruega* o el *Diccionario etimológico de los idiomas noruego y danés*. Cuando tenía 12 años, mi madre compró *Mi vida*, de Charles Chaplin, y aunque no era muy objetivo, se convirtió en una especie de enciclopedia para mí. Mi madre siempre me daba la lata con que tenía que volver a colocar los libros en su sitio, y un buen día me prohibió tener más de cuatro libros a la vez en mi habitación. Si no puedes leer más que un libro al mismo tiempo, decía. Ella no entendía que lo divertido a veces era precisamente eso, comparar lo que en los distintos libros ponía sobre un mismo tema. Me temo que mi madre no tenía mucha idea de lo que yo llamaría hacer un uso crítico de las fuentes.

Aprovechando que en la clase de religión habíamos estado hablando de los profetas, le pedí al profesor que abriese la Biblia por el profeta Isaías, capítulo 7, versículo 14. Quise que explicara a la clase la diferencia entre una «virgen» y «una mujer joven». Pues ¿sabía el profesor que la palabra hebrea para «virgen» en este versículo en realidad sólo significa «mujer joven»? Eso era algo que yo, de pura casualidad, había leído en la enciclopedia de Salomonsen. Por otra parte dije que Mateo y Lucas seguramente no se habían estudiado lo bastante el texto original hebreo. Tal vez se habían contentado con la traducción griega, llamada Septuaginta, que me parecía un nombre muy divertido. *Septuaginta* era «número 70» en latín, y ése fue el nombre que recibió la primera traducción griega del Antiguo Testamento, porque fue elaborada por setenta judíos eruditos en setenta días. Todo eso le dije al profesor.

El profesor no recibía siempre con el mismo entusiasmo esos complementos míos a sus explicaciones, aunque siempre me cuidaba mucho de no corregirle cuando decía algo claramente equivocado. Cuando me atreví a atacar el dogma de la Inmaculada Concepción, haciendo referencia a algo que yo entendía como un lapsus de traducción en la Septuaginta, él aludió a su compromiso con la enseñanza de la Iglesia y las normas del Ministerio de Educación. También intentó hacerme callar cuando señalé algo tan inocente como que la actividad pública de Jesucristo se desarrolló durante un período de tres años, según el evangelio de san Juan, pero sólo de uno según los demás evangelistas.

Durante las clases de fisiología me parecía penoso que el profesor usara el término «colita» para referirse a una determinada parte del cuerpo masculino, al menos en

relación con la procreación. Dije que la palabra «colita» estaba anticuada, especialmente cuando se trataba de sexualidad. «¿Entonces qué palabra debo emplear, en tu opinión?», preguntó el profesor. Era un tipo muy comprensivo, aparte de ser un hombre grande y fuerte, de casi dos metros de altura. Pero entonces estaba desconcertado. Ni idea, contesté, pero tendría que buscar otra. No obstante, procure evitar el latín, añadí.

Nunca daba ese tipo de consejos a los profesores en clase. No se trataba de mostrar a los demás que sabía más que ellos, o incluso en algunas ocasiones más que el profesor. Siempre daba esos amables consejos al profesor al entrar o salir de clase. No lo hacía para impresionarle, y tampoco para mostrarme más interesado por el trabajo escolar de lo que en realidad estaba. Más bien al contrario, pues algunas veces fingía un interés menor del que realmente tenía, pues así resultaba mucho más divertido. ¿Era entonces por pura bondad? No, tampoco.

De vez en cuando daba algunos buenos consejos al profesor porque me resultaba divertido observar sus reacciones. Me gustaba ver actuar a las personas. Me gustaba verlos bailar el baile de la vida.

También yo me he comprado un reloj digital. Con horas, minutos, segundos y décimas. Con fecha, mes y día de la semana. Despertador, reloj de parquímetro y cronómetro (dos melodías, «Para Elisa» o «Love Story»). Tiempo alternativo, reloj de 12 o 24 horas. Y luz. En total, 12 funciones.

Por todo eso he pagado 98 coronas. Una ganga, claro, un regalo. Y sin embargo, he empezado a tener dudas. Me siento engañado.

Mi vida ya no es lo que era. ¡La mera palabra «digital» es fría como el acero!

Todo era diferente cuando los relojes no paraban de dar vueltas, sin principio ni fin. La vida era como un eterno carrusel. Luego llegó el recuadro de la fecha, después el del día de la semana... Pero todavía reinaba una armonía cíclica, y sólo tenía que dar cuerda al reloj cada dos días.

Ahora llevo lo que me queda de vida en la muñeca. Todos los segundos y décimas de segundo están programados. Incluso los días bisiestos están controlados en el reloj digital. (Está programado hasta el año 2050, en que yo tendré 98 años.)

Con el reloj digital en la muñeca, me quedo con demasiada frecuencia sentado mirando fijamente el tiempo, mirando ese segundo que inexorablemente se va metiendo en el siguiente.

Me imagino un puntito rotativo que no deja ninguna línea. Me imagino un pájaro que bate sin cesar las alas en su vuelo por el cielo, sin dejar ninguna huella. Me recuerda a la paradoja eleática: una línea es una abstracción. En realidad, es la suma de un número infinito de puntos. Así ocurre también con el tiempo. Así ocurre con todo, pienso. No existe ninguna raya que dure.

Soy testigo de un proceso implacable. Nunca será la misma hora que ayer. Nunca más serán las 22:15:36 del sábado 8 de febrero de 1985. (En Tokio, 06:15:36 del domingo 9 de febrero de 1985.)

El ciclo se ha roto. Se acabaron los tiempos de las repeticiones.

Estoy mirando mi muñeca. Es como un hormiguero. El propio hormiguero está tranquilo; por lo demás, hay un intenso hormigueo. Puede que las horas y los minutos en sí sean más que sólidos. Pero los segundos y las décimas me hacen pensar en átomos y moléculas.

¿Cuántos segundos me quedan de vida? ¿Y cuántas décimas?

Antes también tenía reloj. Pero éste me roba tiempo. Abiertamente, delante de mis ojos. Y sin que nadie proteste.

El reloj digital es un constante recuerdo de que todas las formas flotan. Una cadena montañosa es el chorro de una cascada. Una galaxia es una flameante lengua de llamas. El alma universal es inconstante como una espiral de humo. No es más que una cuestión de precisión del instrumento.

No me acostumbro a ti, acompañante de mi muñeca. Tu verdad es brutal. Vomitas tus segundos como si de una ametralladora se tratara. Y tienes un gran arsenal. La frívola nada.

Tus cifras son las cifras de muertos. Los latidos de tu corazón son fríos como la guadaña.

El corderito

Estaba anocheciendo. Las luces de las calles adornadas para Navidad estaban encendidas y gruesos copos de nieve bailaban entre las farolas. Había mucha gente por todas partes.

Entre todas esas personas ajetreadas se encontraban Joakim y su padre. Habían ido al centro a comprar un calendario de Navidad justo en el último momento, porque al día siguiente era uno de diciembre. Ya no quedaba ninguno ni en el quiosco de periódicos, ni en la librería de la plaza.

Joakim tiró de la mano de su padre y señaló el escaparate de una pequeña tienda. Delante de un montón de libros había un calendario de Navidad de alegres colores.

–¡Ahí! –dijo.

El padre se volvió.

–¡Menos mal! –exclamó.

Entraron en una minúscula librería. A Joakim le pareció un poco vieja y destartalada. Las paredes estaban cubiertas de estanterías repletas de libros y casi ninguno estaba repetido.

En el mostrador había un montón de calendarios de Navidad de dos modelos diferentes: unos con la imagen de un Papá Noel con reno y trineo, y otros con un establo, donde un minúsculo gnomo estaba comiendo un gran plato de gachas.

El padre cogió los dos calendarios.

–En éste hay figuras de chocolate –dijo–. Pero ya sabes que no le gustan mucho al dentista. En el otro son de plástico.

Joakim estudió los dos calendarios, sin saber cuál elegir.

–Cuando yo era pequeño era diferente –prosiguió el padre–. Entonces sólo había una pequeña imagen detrás de cada ventanita, una por cada día. Nada de figuras. Pero todas las mañanas teníamos la misma ilusión. Solíamos adivinar cuál iba a ser la imagen. Y cuando por fin abríamos la ventanita... era como abrir la puerta a otro mundo.

Joakim había descubierto algo en una de las paredes llenas de libros:

–Ahí hay otro calendario de Navidad.

Se apresuró a cogerlo y se lo enseñó a su padre. En él había una imagen de José y María inclinados sobre el pequeño Niño Jesús en el pesebre. Al fondo se veían los Reyes Magos arrodillados. Delante del establo estaban los pastores con sus ovejas, y desde el cielo bajaban volando los ángeles. Uno de ellos tocaba una trompeta.

Los colores del calendario eran pálidos, como si hubieran estado expuestos al sol durante todo el verano. Pero la imagen era tan bonita que Joakim la encontró un poco triste.

–Quiero éste –dijo.

Su padre sonrió.

–No creo que esté en venta, ¿sabes? Debe de ser muy viejo. Tal vez tenga la misma edad que yo.

Joakim insistió:

–No hay ninguna ventanita abierta...

–Está sólo de exposición.

Joakim era incapaz de apartar la mirada del viejo calendario.

–Lo quiero –volvió a decir–. Quiero éste que no está repetido.

Llegó el librero, un señor de pelo blanco que abrió unos ojos como platos al ver el calendario de Navidad que Joakim tenía en la mano.

–¡Precioso! –exclamó–. Y auténtico... original. Casi parece hecho en casa.

–Mi hijo quiere comprarlo –explicó el padre señalando a Joakim–. Estoy tratando de explicarle que no está en venta.

El hombre de pelo blanco frunció las cejas.

–¿Lo has encontrado... aquí? Hace un montón de años que no veía uno como éste.

–Estaba ahí, delante de los libros –contestó Joakim.

–Bueno, será el viejo Juan que ha querido gastarnos una de sus bromas –contestó el librero.

El padre miró fijamente al hombre de pelo blanco:

–¿Juan?

–Sí, todo un carácter... Vende rosas en el mercado, pero nadie sabe de dónde las saca. De vez en cuando entra a pedir un vaso de agua. En verano, cuando hace calor, a veces se echa las últimas gotas por la cabeza antes de marcharse. Algún día también me ha echado a mí. En agradecimiento por el agua deja a menudo una o dos rosas en el mostrador... o las mete en algún viejo libro de las estanterías. Una vez colocó la foto de una joven en el escaparate. Era de un país muy lejano, tal vez de su propio país. En la foto ponía «Elisabet».

–¿Y ahora ha dejado un calendario de Navidad? –preguntó el padre, mirando al librero a los ojos.

–Pues sí, al parecer eso ha hecho.

–Hay algo escrito en él –dijo Joakim, y leyó en voz alta:

CALENDARIO MÁGICO DE NAVIDAD

Precio: 75 øre

El librero asintió con la cabeza.

–En ese caso tiene que ser muy viejo.

–¿Puedo comprarlo por 75 øre? –preguntó Joakim.

El hombre se rió y dijo:

–Si de verdad lo quieres, creo que tendré que regalártelo. A lo mejor el viejo Juan lo colocó ahí pensando en ti.

–¡Muchas gracias! –exclamó Joakim, disponiéndose a salir de la tienda.

El padre dio la mano al librero y siguió a Joakim hasta la calle. Joakim apretó el calendario contra su pecho.

–Mañana lo abriré –dijo.

Aquella noche Joakim se despertó muchas veces pensando en el librero de pelo blanco y en Juan con las rosas en la plaza. Pero sobre todo pensaba en el calendario mágico, que tenía la misma edad que su padre, aunque nadie había abierto nunca las ventanitas. Antes de acostarse había localizado todas una y otra vez, de la 1 a la 24. El 24 era Nochebuena, y esa ventanita era cuatro veces más grande que las demás, cubriendo casi todo el pesebre del establo.

¿Dónde había estado el calendario mágico durante más de cuarenta años? ¿Qué ocurriría cuando abriera la primera ventanita? Cuando volvió a despertarse eran ya las siete. Se incorporó e intentó abrir la primera ventanita. Estaba tan nervioso e impaciente que le costó mucho trabajo. Por fin logró tirar de una esquina y la puerta se abrió.

Joakim vio delante de él la imagen de una tienda de juguetes. Entre todos los juguetes y toda la gente había un corderito y una niña, pero no tuvo tiempo de observar con detenimiento porque al abrir la ventanita algo cayó sobre la cama. Se agachó a cogerlo.

Era un trozo de papel muy fino doblado un sinfín de veces. Al desdoblarlo, descubrió que estaba escrito por ambos lados. Leyó lo que ponía:

–¡Elisabet! –gritó su madre tras ella–. ¡Vuelve, Elisabet!

Elisabet Hansen había estado contemplando asombrada un enorme montón de ositos y animales de peluche, mientras su madre compraba regalos de navidad. De repente un corderito saltó del montón al suelo, mirando a su alrededor. Llevaba al cuello un cascabel que empezó a competir con el ruido de las cajas registradoras.

Elisabet había visto animales de peluche con un cascabel al cuello, pero se preguntó cómo era posible que un corderito de juguete de repente cobrara vida. Estaba tan sorprendida que echó a correr tras el cordero por el gran local, en dirección a la escalera mecánica.

–¡Corderito, corderito! –gritaba.

–¡Ven aquí, Elisabet! –repitió su madre con voz severa.

Pero Elisabet ya se había embarcado en la escalera mecánica. Vio al corderito correr por la planta baja, donde vendían ropa interior y corbatas.

En cuanto volvió a pisar el suelo siguió corriendo tras el cordero, que ya había

salido a la calle, donde los copos de nieve bailaban entre las luces navideñas que colgaban de lado a lado. Elisabet tiró un puesto de guantes y siguió corriendo tras el cordero.

Fuera, en la ruidosa calle, apenas se oía el cascabel, pero Elisabet no se dio por vencida. Estaba firmemente decidida a acariciar la suave piel del cordero.

–¡Corderito, corderito!

El cordero cruzó la calle con el semáforo en rojo. Quizá pensaba que el hombre rojo significaba «pasar» y el verde «detenerse». Elisabet creía haber oído que las ovejas son daltónicas. En cualquier caso, el cordero no se detuvo y Elisabet tampoco. Seguiría al cordero aunque fuera hasta el fin del mundo.

Sonaron los cláxones de los coches, y una moto tuvo que subirse a la acera para evitar atropellar a Elisabet o al cordero.

Mientras corrían, Elisabet oyó la campana de la iglesia dar las tres. Le llamó especialmente la atención porque sabía que habían bajado al centro en el autobús de las cinco. Puede que las manecillas estuvieran hartas de moverse en la misma dirección año tras año y que de repente se hubieran dado la vuelta. Elisabet pensó que también los relojes podían aburrirse de hacer lo mismo eternamente.

Pero eso no era todo. Cuando Elisabet había entrado en los grandes almacenes era de noche. Ahora de repente era otra vez de día, lo que resultaba muy curioso porque no había transcurrido ninguna noche entre medias.

En cuanto el cordero tuvo ocasión, tomó un camino que lo alejaba de la ciudad y se adentró en el bosque por un sendero rodeado de altos pinos. Se vio obligado a reducir la velocidad porque el sendero estaba cubierto por la nieve que había caído los últimos días. Y detrás de él corría Elisabet. También a ella le resultaba ahora más difícil avanzar, pero el cordero tenía cuatro patas que se hundían en la nieve y ella sólo dos.

Los gritos de su madre hacía tiempo que se habían ahogado con los ruidos de la calle, y pronto ni siquiera oiría éstos.

Joakim levantó la vista del papelito que había caído del calendario mágico. Lo que había leído era tan extraño que le dejó boquiabierto.

Siempre le habían encantado los secretos. Ahora se acordó del cofrecillo con llave que su abuela le había traído de Polonia. Metió el papelito, lo cerró con llave y la guardó debajo de la almohada.

Cuando sus padres se despertaron y fueron a mirar la ventanita del calendario no vieron más que la imagen del cordero en los grandes almacenes.

–¿Te acuerdas? –preguntó la madre, mirando al padre–. Exactamente como cuando éramos pequeños.

El padre asintió:

–Y podíamos usar la imaginación y soñar. Era mucho mejor que esas figuras alemanas de plástico que antes o después son devoradas por la aspiradora.

Joakim se reía para sus adentros. Sólo él sabía que el calendario había contenido un misterioso papelito.

Durante el resto del día, Joakim no podía dejar de preguntarse si Elisabet conseguiría alcanzar al corderito y acariciarlo. ¿Lo sabría al día siguiente?

En ese caso habría otro papelito, ¿no?

Los elfos están en todo momento más vivos que cuerdos, más fantásticos que fiables, más misteriosos de lo que son capaces de entender con su escasa razón. Cual abejorros mareados zumban de flor en flor una somnolienta tarde de agosto, los elfos de azúcar de la temporada se aferran a sus hábitats urbanos en el espacio celeste. Sólo Comodín se ha desprendido.

Alicia

De repente Sofia oyó que alguien llamaba a la puerta. Alberto le lanzó una severa mirada.

–No nos dejemos interrumpir.

Volvieron a sonar los golpes en la puerta.

–Te hablaré de un filósofo danés al que había escandalizado mucho la filosofía de Hegel –dijo Alberto.

De pronto llamaron con tanta fuerza que la puerta tembló.

–Seguro que es el mayor, que ha enviado a algún personaje fantástico para ver si nos dejamos engañar –prosiguió Alberto–. Esas cosas no le cuestan ningún esfuerzo.

–Pero si no abrimos para ver quién es, tampoco le costará ningún esfuerzo que tiren la casa.

–Quizás tengas razón. Supongo que tendremos que abrir.

Se acercaron a la puerta. Como los golpes eran tan fuertes, Sofia esperaba encontrarse con una persona grande. Pero delante de la puerta sólo había una niña con un vestido de flores y el pelo largo y rubio. En la mano llevaba dos botellas, una roja y otra azul.

–Hola –dijo Sofia–. ¿Quién eres?

–Soy Alicia –dijo la niña, e hizo tímidamente una reverencia.

–Lo que me imaginaba –dijo Alberto–. Es Alicia en el País de las Maravillas.

–¿Pero cómo ha encontrado el camino hasta aquí?

Alicia contestó:

–El País de las Maravillas es un país sin límites. Significa que el País de las Maravillas está en todas partes, más o menos como las Naciones Unidas. Por eso nuestro país debería ser miembro de honor de las Naciones Unidas. Deberíamos tener representantes en todas las comisiones, porque también las Naciones Unidas provienen del país de las maravillas de la gente.

–Ja, ja, allí tenemos al mayor –se burló Alberto.

–¿Y qué te trae por aquí? –preguntó Sofia.

–He venido a darle a Sofia estas botellas filosóficas.

Entregó las botellas a Sofia. Las dos eran de cristal transparente, pero en una había un líquido rojo y en la otra un líquido azul. En la botella roja ponía «BÉBEME», y en la azul, «BÉBEME A MÍ TAMBIÉN».

En ese instante pasó corriendo por la cabaña un conejo blanco, erguido sobre las patas

traseras y vestido con chaleco y chaqueta. Se paró justo delante de la cabaña, sacó del chaleco un reloj de bolsillo y dijo: «Ay, ay, voy a llegar tarde».

Y continuó la carrera. Alicia le siguió, pero antes hizo otra reverencia y dijo:

–Ahora empieza de nuevo.

–Da recuerdos a Dina y a la reina –gritó Sofía tras ella.

Y Alicia desapareció. Alberto y Sofía se quedaron mirando las botellas.

–BÉBEME y BÉBEME A MÍ TAMBIÉN –leyó Sofía–. No sé si atreverme. Quizás sea veneno.

Alberto se limitó a encogerse de hombros.

–Pues viene del mayor y todo lo que procede de él es conciencia. Simplemente, zumo del pensamiento.

Sofía desenroscó el tapón de la botella roja y se la acercó con cuidado a la boca. El zumo sabía dulce y algo extraño, pero eso era lo de menos. Al mismo tiempo comenzó a suceder algo con todo lo que había a su alrededor.

Fue como si el lago, el bosque y la cabaña comenzaran a extenderse. Pronto pareció que todo lo que veía era una sola persona, y esa persona era la propia Sofía. Miró a Alberto, pero era como si él también fuera una parte del alma de Sofía.

–Qué raro –dijo Sofía–. Veo todo como antes, pero ahora es como si todo estuviera conectado. Tengo la sensación de que todo es una sola conciencia.

Alberto asintió, pero era como si Sofía dijera que sí a sí misma.

–Es el panteísmo, o la filosofía unitaria –dijo él–. Es el espíritu universal de los románticos, quienes veían todo como un solo «yo». También es Hegel, que miraba de reojo al individuo y que veía todo como una manifestación de la razón universal.

–¿Bebo de la otra también?

–Eso pone en la botella.

Sofía desenroscó el tapón de la botella azul y bebió un gran trago. Este zumo sabía un poco más refrescante y más ácido que el rojo. También ahora tuvo lugar un rápido cambio en todo lo que había a su alrededor.

En el transcurso de un instante desapareció el efecto de la bebida roja, de manera que las cosas volvieron a su antiguo lugar. Alberto volvió a ser Alberto, los árboles del bosque volvieron a ser los árboles del bosque y el agua volvió a aparecer como un pequeño lago.

Pero esto sólo duró un segundo, porque ahora todo lo que Sofía podía ver se estaba separando. El bosque ya no era bosque, sino que cada arbolito aparecía como un mundo aparte; cada ramita era como un pequeño cuento sobre el que se podrían contar mil cuentos.

De pronto el pequeño lago se había transformado en un inmenso mar, no en anchura o profundidad, sino en detalles resplandecientes y sutiles sinuosidades. Sofía entendió que podía haber empleado toda una vida sólo en contemplar esta agua, e incluso cuando la vida un día llegara a su fin, el agua seguiría siendo un misterio inescrutable.

Posó la mirada sobre la copa de un árbol donde tres pequeños gorriones estaban

ocupados en un extraño juego. De alguna manera Sofía sabía que los pajaritos estaban en este árbol incluso cuando miró a su alrededor después de haber bebido de la botella roja, pero, de todos modos, no los había visto de verdad. La botella roja había borrado todos los contrastes y todas las diferencias individuales.

Sofía se inclinó sobre la hierba. Descubrió un nuevo mundo, más o menos como cuando uno bucea a mucha profundidad y abre los ojos debajo del agua por primera vez. En el musgo, entre hierbas y pajas, pululaba un sinfín de detalles vivos. Sofía vio una araña que lentamente y a su aire buscaba su camino por el musgo... un gusanito rojo que subía y bajaba a toda prisa por una paja... y todo un pequeño ejército de hormigas trabajando en la hierba. Pero incluso cada una de las hormigas levantaba las patas a su manera.

Y sin embargo, lo más curioso de todo fue lo que vio cuando se volvió a levantar y miró a Alberto, que seguía de pie delante de la cabaña. En Alberto vio a una persona extraña, era como un ser de otro planeta, o como un personaje de otro cuento. Al mismo tiempo sentía de una manera insólita que ella misma era una persona única. No era solamente un ser humano, no era solamente una chica de 15 años. Era Sofía Amundsen y sólo ella era eso.

–¿Qué ves? –preguntó Alberto.

–Veo que eres un tipo raro.

–¿Ah, sí?

–Creo que nunca llegaré a entender lo que es ser otra persona, porque no hay ninguna persona en todo el mundo que sea idéntica a otra.

–¿Y el bosque?

–No está relacionado entre sí. Es como un universo entero de maravillosos cuentos.

–Entonces es como pensaba. La botella azul es el individualismo. Es por ejemplo la reacción de Sören Kierkegaard a la filosofía unitaria del Romanticismo. Pero también lo es otro danés contemporáneo de Kierkegaard, el famoso autor de cuentos H. C. Andersen. Él tenía una vista muy aguda para la increíble riqueza de detalles de la naturaleza. El filósofo alemán Leibniz había visto lo mismo cien años antes. Él había reaccionado contra la filosofía unitaria de Spinoza, de la misma manera que Sören Kierkegaard reaccionó contra Hegel.

–Estoy escuchando lo que dices, pero al mismo tiempo te veo tan raro que me entran ganas de reírme.

–Entiendo. Entonces debes beber un poco de la botella roja. Sentémonos aquí, en el escalón. Hablaremos un poco de Kierkegaard antes de dejarlo por hoy.

Sofía se sentó en el escalón junto a Alberto y bebió un pequeño trago de la botella roja. Ahora las cosas volvieron a juntarse. De hecho, casi se fundieron demasiado, porque de nuevo Sofía tuvo la sensación de que ninguna diferencia tenía importancia. Entonces volvió a meter la lengua en el cuello de la botella azul, y el mundo volvió a ser más o menos como era antes de que Alicia se presentara con las dos botellas.

–¿Pero qué es lo verdadero? –preguntó Sofía–. ¿Es la botella roja o es la azul la que proporciona la vivencia correcta?

–Tanto la azul como la roja, Sofía. No podemos decir que los románticos se equivocaron, porque sólo existe una realidad. Pero a lo mejor fueron un poco maniáticos.

–¿Y la botella azul?

–Creo que es la botella de la que Kierkegaard habría bebido largos sorbos. Al menos valoraba enormemente la importancia del individuo. No somos solamente «hijos de nuestra época». Cada uno de nosotros también es un individuo único que vive solamente esta única vez.

La puerta del cuento está abierta de par en par. Está claro que alguien debería informar sobre ello, pero no hay ninguna autoridad a quien comunicarlo. Comodín es arrastrado inexorablemente hacia la fría corriente de lo que no existe fuera. Se seca una lágrima, no, está llorando de verdad. Así el frágil bufón dice su triste adiós. Sabe que no puede regatear. Sabe que el mundo nunca volverá.

¡Santo yo!

Fuera casi reina ya la oscuridad. Allá en lo alto, sobre la noche de abril, cuelga una manta de luces resplandecientes. Cada lámpara de la manta brilla con una bombilla de una milésima de vatio.

Jenny pasa por delante de los autobuses, los taxis y los coches de alquiler. No anda deprisa, pero sí con paso decidido. Cruza la carretera y se dirige al bosque de abedules.

En la oscuridad, el bosque parece un matorral infranqueable, pero Jenny encuentra un sendero que serpentea por entre los troncos.

Nota el olor rancio, casi ácido, a primavera. A tierra podrida. Pero también el dulce aroma a vida que brota. Le da la sensación de algo primitivo, algo de los orígenes...

Va tanteando los troncos, toca el aire en busca de ramas, manosea los minúsculos brotes. Así permanece un buen rato, abrazada con fuerza a un tronco.

Éste es mi mundo, piensa. Así es como es aquí...

Se va hasta donde ya no puede ver las luces del aeropuerto. Como si de ruidos de otro mundo se tratara, oye un avión acelerar su enorme reactor.

Llega a un claro en el bosque. Se sienta en un tocón. Hurga en la hierba con las manos, nota la tierra fría en los dedos.

Luego levanta una gran piedra del suelo y se la pone en el regazo. Es pesada y agradable al tacto. Maciza. Sólida.

Es como si con ese gesto levantara la naturaleza entera. Como si levantara el mundo. Es como mover una pierna dormida...

Yo soy el mundo...

Ahora no está borracha. Enferma sí que está. Pero completamente sobria.

Voy a morir, piensa Jenny. Pero soy algo más que una «huésped perdida» en la realidad... Yo *soy* la realidad.

Las negras copas de los árboles se dibujan como sombras difusas en el cielo mate. Un poco más de oscuridad... y ya no sabrá distinguir entre el cielo y la tierra.

No estoy en el mundo. Yo *soy* el mundo.

Se lo dijo a sí misma en voz alta: *Yo soy el mundo.*

Habría pensado antes que el mundo era un misterio, un enigma. Y que ese enigma

tenía que ver con ella misma. Pero ahora... ahora era algo más que un pensamiento. Ahora era un reconocimiento tan firme que podría jurar sobre él.

Muchas veces antes había experimentado una vaga sensación de simpatía con todo lo que existe. Al menos, el vino le había abierto el camino a un pensamiento semejante. Pero ella nunca se había librado del todo de considerarse un ser arbitrario plantado en una realidad igualmente arbitraria. La fisura entre ella y todo lo demás había sido infranqueable.

Este mundo que existe, pensó ahora Jenny, este mundo que es mi mundo, ya no es mío. Este mundo *soy* yo.

¡Qué camino tan difícil y doloroso había tenido que recorrer para llegar a ese sencillo reconocimiento! Pues ¿había en este universo algún reconocimiento más próximo que ése? ¿Podría ocurrírsele a uno un pensamiento más sencillo?

Era infinitamente más sencillo este pensamiento que toda la complicada mitología cristiana, con su milenaria tradición de duplicar la realidad.

Soy yo quien es todo lo que existe. Yo soy eso que tan rara vez consigue conceptuarse a sí mismo como un todo. Como una sola persona.

Fue como si ella, allí sentada, representara toda la realidad.

Encima de los árboles, las estrellas pinchan la noche como agujas puntiagudas. La luz que emanan vibra como arcos tensados entre cielo y tierra. De esa forma conectan de algún modo el universo entero.

Jenny levanta la piedra de su regazo y vuelve a dejarla en el suelo.

Luego, algo la levanta del tocón en el que está sentada. No lo hace ella, pero nota cómo el cuerpo se le eleva. Una presión por debajo de ella.

Da unos pasos. Pero no nota su propio peso, porque no sólo es su propio yo, también es el suelo. Es como una pierna dormida.

Es como si anduviera sobre el agua. Con el mar debajo y alrededor de ella, por todas partes. Pero ese mar que siente debajo de ella, ese abismo que la levanta... es un abismo dentro de ella misma.

Es como si su propio yo fuera sacado de ella para entrar en algo más grande. Es como si desapareciera. Es como si se perdiera a sí misma. Como una gota que se pierde a sí misma en el momento de alcanzar la superficie del agua.

Jenny ya no es. A la vez que lo es todo... Como una gota en el mar *es* el mar y no sólo una gota.

Jenny ya no nota su propio peso, pero sí siente la materia universal en torno a ella. El cuerpo universal.

Los árboles, la piedra, el tocón en el que estaba sentada. El bosque que la rodeaba. Todo está relacionado, todo es uno. Sólo la superficie es diferente.

Las formas a su alrededor son como ondas en la superficie de un océano. Debajo está la presión de un abismo que todo lo empuja hacia arriba. Un abismo sin fondo, una oscuridad de la que brota la luz, un agujero negro tan lleno que está vacío.

Antes Jenny sólo era una superficie agitada. Ahora también es el abismo pesado, denso y silencioso de abajo.

Ahora las ondas de la superficie se han apaciguado.

Del mismo modo que todos los árboles en torno a ella se levantan, se yerguen, también ella emerge en este paisaje. Así, ella *es* el paisaje. Como una piedra o un tocón en la naturaleza es naturaleza y no sólo piedra o tocón.

Del mismo modo que nota el pulgar en la punta del brazo, así siente el paisaje en torno a ella, como si fuera su propio cuerpo.

La misma fuerza vital que fluye en sus venas se encuentra como savia en los troncos de los abedules. Y todo esto –los árboles, las piedras, el tocón, la hierba, el suelo que pisa y ella misma– constituye una sola conciencia, un solo espíritu.

Nota cómo la conciencia de su yo la abandona y desaparece flotando, a la vez que se siente rodeada por conciencia, envuelta en una corriente cálida y viva.

¡Santo Dios!, piensa Jenny.

¡Santo yo!

Crear un mundo entero tiene necesariamente que considerarse una hazaña muy loable, aunque habría causado aún más admiración que un mundo entero hubiera sido capaz de crearse a sí mismo. Y viceversa: la experiencia de haber sido creado no es nada en comparación con el sobrecogedor sentimiento del que se haya creado a sí mismo de la nada y pueda estar de pie sin ayuda de nadie.

Theobald y Theodor

I

Theobald era un personaje de novela que se negaba a seguir sometido a la imaginación de su autor. Quería hacer algo que estuviera fuera de la capacidad de imaginación de éste. Quería emplear palabras que no existieran en su vocabulario. Si lo lograba, habría acabado la esclavitud bajo su creador. Y sería un personaje libre de novela.

Ya desde la página 112 de la obra, que tendrá un repentino final en la página 467, Theobald empieza a trabajar en su ambicioso plan.

Hasta ahí, el autor ha puesto sus propias palabras y expresiones en boca del personaje, sin hacer ningún intento por desarrollar la independencia de éste. Incluso en los detalles más insignificantes, el personaje ha estado a merced de la conveniencia del autor. Ha tenido que comportarse exactamente como lo ha decidido el otro, no siendo, en el fondo, más que un pseudónimo de la conciencia del propio autor.

Pero quería liberarse. Se lo había propuesto. Quería desprenderse de la influencia del autor. Quería apañárselas para hacer algo por su cuenta y riesgo, sin tener que someterse al plan de su creador, si ello implicaba una incompatibilidad con su conciencia.

Ahora *él* había decidido ejercer cierta influencia sobre el otro.

A partir de la página 87, Theobald empieza a darse cuenta de que es el personaje de una novela.

No es una de esas figuras triviales que viven su vida de página en página de una novela sin levantar apenas la vista ni reflexionar sobre el hecho de ser el personaje de una novela. No es una figura normal y corriente de esas que nacen en la página 13 y mueren en la 411 sin tener ni una sola vez –en 400 páginas– conciencia de sí mismo y de su lugar en el cosmos.

Theobald era uno de esos personajes sumamente raros que despiertan a la conciencia de ellos mismos y de la obra de creación de la que forman parte. «Sabe» que su vida se desarrolla dentro de un libro compuesto de papel y tinta de imprimir. (El lector será testigo de un doloroso y desgarrador proceso de reconocimiento en un emocionante capítulo de la novela. Pues ¿quién quiere ser personaje de una novela?) Pero apenas

tiene tiempo de darse cuenta de su naturaleza ficticia antes de protestar y volverse contra el autor.

–¡Me niego a servir de marioneta! –grita al cielo al principio de la página 112–. ¡No tolero que se me manipule de esta manera! Es humillante ser una sombra en una novela, la imaginación impotente de un autor...

Y en la última línea de esa página tan esencial de la novela dice:

–¡Ahora quiero vivir mi propia vida!

Theobald desvariaba sobre lo imposible, jugaba con la idea de sorprender un día al autor mientras éste estuviera escribiendo, y decirle algo chocante, tal vez unas palabras que le hicieran caerse de la silla en la que estaba sentado.

Podría, retorciéndose como una serpiente, hacer algo muy distinto a lo que el autor se había imaginado, tal vez justo lo contrario. Sería en verdad una hazaña. Podría incitar a la pluma a que cumpliera su voluntad, de manera que ya no fuera el autor, sino Theobald, el que la dirigiera. Soñaba con acercarse sigilosamente a su maestro y gritar de repente palabras que hicieran que éste se pusiera a saltar, aullar o darse cabezazos contra la pared. En ese momento –aunque sólo fuera por un momento– el autor estaría en poder de su personaje, y no al revés. El propio autor se convertiría de algún modo en personaje, y Theobald en escritor. Así razonaba el personaje de novela.

II

Obviamente, el autor estaba al tanto de los esfuerzos realizados por el personaje. A veces Theodor, al mojar la pluma en el tintero, echa la cabeza hacia atrás tronchándose de risa ante las paradójicas intenciones de Theobald.

Resulta lógico y natural que el personaje de una novela difícilmente pueda ocultarle algo a su autor. Ni un pensamiento, ni un gesto de la mano escapa a la atención del maestro, pero el curioso plan del personaje también divierte al autor. Le estimula hasta volverle loco. (Lo cual en sí no resulta tan extraño, teniendo en cuenta que él era el origen del plan. Fue él quien empleó días, meses y años de su vida en ejecutarlo.)

Desde hacía tiempo, Theodor estaba preocupado por la relación tan autoritaria que tenía con sus personajes. No conseguía entablar una relación personal con ellos, y raramente encontraba algo que aprender de ellos, simplemente porque su influencia era ilimitada. Ahora no hacía sino soñar con apartar sus propios dedos con el fin de contemplar el juego independiente de los personajes en el universo de la novela.

Para encontrar algún placer en los personajes de sus novelas, éstos tendrían que romper los límites de la imaginación de su creador. De alguna manera tendrían que salirse de él, de su pegajoso cerebro, desligarse por completo.

Por cierto, Theodor no sólo era un novelista sin éxito, sino también un ser solitario que

soñaba con tener algún día un amigo.

III

Cada uno jugaba por su lado con la idea. Conforme avanzaba, la novela se movía cada vez más en torno al punto arquimédico buscado por el personaje para debilitar el poder que su autor ejercía sobre él.

Theodor escribió una página tras otra (de las que la mayor parte resulta completamente ilegible. La novela no carece de párrafos enormemente aburridos, pero también tiene algunas partes sorprendentes). Con toda clase de acrobacias literarias, mantenía la esperanza de que ocurriera el milagro.

Pero Theobald seguía sin hacer un gesto de la mano antes de que Theodor lo decidiera, aún no empleaba ni una palabra que no estuviera dentro del vocabulario del autor, aún no pensaba ni un pensamiento que antes no hubiera estado en la mente del autor. Ahora bien, poco a poco, mucho de lo que Theobald hacía y decía se encontraba ya en los verdaderos límites del mundo conceptual de Theodor. Daba la sensación de que Theobald se movía hacia los horizontes más lejanos de la imaginación del otro.

Theodor intentó dejar libertad de acción a su personaje. Ensayaba vaciarse de todo pensamiento antes de sentarse junto al escritorio, con el fin de estar lo más receptivo posible a las iniciativas de Theobald. Empezó a escuchar a su personaje: ¿Qué está diciendo ahora? ¿Qué hay en el fondo de él? ¿Qué quiere de mí? Intentó ver su obra antes de describirla: ¿Qué está haciendo ahora? ¿Adónde pretende llevarme?

Hacia el final de la novela, a veces las dos partes se esforzaban tanto que el papel crujía como si estuviera hechizado cuando los dos vivían momentos de creación.

Lo que Theodor escribía se iba convirtiendo en una escritura automática en la que Theobald hablaba a Theodor con la pluma como médium entre el universo del personaje y el del autor. El personaje empezó a hacer enseguida cosas enigmáticas, cosas ocultas en lo más profundo del subconsciente del autor.

Al final, Theodor estaba tan debilitado ante la voluntad de su personaje que al escribir se quedaba como hipnotizado, como si se encontrara en un profundo trance.

Su propio personaje le hipnotizaba.

Ya no era el autor que veía a su personaje, sino el personaje que veía a su autor. Theodor obedecía tanto a Theobald como viceversa.

Sólo faltaban unos segundos para llegar al punto de inflexión. Pronto tendría lugar una explosión y el personaje emergería de la obra para golpearle la cabeza con un pensamiento completamente nuevo, un pensamiento revolucionario, con palabras que no serían las palabras del autor, sino las propias del personaje de la novela.

Nadie sabe exactamente lo que ocurrió, pero los vecinos contaron que una noche, de repente, el hombre se levantó del escritorio y empezó a darse cabezazos contra la pared.

–¡Listo! –gritó–. El punto de inflexión llegó en la página 467. ¡Está culminado!

Llevaba así varias horas cuando el médico del lugar llegó y se lo llevó.

Fue ingresado inmediatamente en el hospital. Y el diagnóstico era inequívoco: Theodor había sufrido una pérdida de memoria permanente. Tal vez nunca volviera a ser el mismo...

IV

A partir de aquel día, Theodor empezó a darse cabezazos contra la pared, y hasta su muerte, acaecida treinta años más tarde, vivió en la equivocación de ser el personaje de una novela.

Pensaba que era el protagonista de una novela que trataba de un enajenado en un hospital psiquiátrico. Hablaba de sí mismo como el portavoz del Autor de la novela. Y aunque el hospital sólo constituía una parte minúscula del universo de la novela –algo que subrayaba constantemente–, era en ese lugar donde el Autor había hecho su aparición.

El autor enajenado nunca se cansaba de contar a los médicos, enfermeras y todas las visitas que vivían sus vidas en la cabeza de un gran autor.

–Todo lo que decimos y hacemos se desarrolla en un elemento ficticio, detrás de las palabras en una novela cósmica –decía Theodor.

»Creemos que lo que hacemos lo hacemos en virtud de nosotros mismos. Pero eso es una ilusión. Todos somos el Autor. En Él se borran todas las contradicciones, en Él todos somos uno.

»Creemos que somos reales, como lo creen todos los personajes novelados. Pero se trata de una creencia falsa. Theobald lo sabe. Pues reposamos en su sagrada imaginación...

»Él se divierte, queridos hermanos personajes. Le divierte estar sentado allí arriba en la Realidad, imaginándose que nosotros nos imaginamos que somos reales.

»Pero yo os predico también esto: no somos más que imaginación del Autor, lo que también es sólo una imaginación.

»Y luego ya no somos reales. Luego no somos nosotros mismos. No somos más que palabras. Y lo más sensato sería callar. Pero no somos nosotros los que decidimos si debemos hablar o callar. Únicamente el autor puede decidir sobre lo que se nos pone en la boca...

Theodor se explayaba ante sus oyentes hablando del Dios Oculto que los veía a ellos pero al que ellos no podían ver, simplemente porque constituían una parte de su consciente:

–Somos cual efímeras imágenes en la pantalla de una película, y la pantalla no puede defenderse contra el proyector de películas...

A pesar de su indudable enfermedad mental, este hombre solitario creó su propia escuela de filosofía en la clínica. Tenía unos cuantos discípulos, de los que la mayor parte fue reclutada en el propio psiquiátrico, pero también algunos escritores e intelectuales de otros países se adhirieron a las enseñanzas del autor. Todos predicaban, como él, que la vida es una novela y que todo lo que hay en este mundo es una ilusión.

Inmediatamente después de la muerte del maestro, se dividieron en dos corrientes principales: por un lado, los que mantenían que la vida literalmente es una novela, es decir, un relato definitivo escrito con letras normales y corrientes en papel normal y corriente. Por otro lado estaba la escuela algo más reservada, es decir, la alegórica, la que se contentaba con afirmar que la vida es *como* una novela. Ambas corrientes clamaban ser las que predicaban correctamente las enseñanzas del maestro.

V

El manuscrito de la novela no fue encontrado hasta mucho tiempo después de la muerte del autor. Al principio, despertó cierta atención en el hospital y en su entorno, pero el interés disminuyó rápidamente.

Por casualidades de la vida, el raro manuscrito se encuentra ahora en mi posesión. De tarde en tarde lo saco y lo hojeo, más o menos con la misma frecuencia con que hojeo la Biblia.

Se me antoja que los dos documentos tienen algo más que esto en común. Aún no he tenido tiempo de averiguar si se trata de un parentesco fenomenológico o de una relación genética. Los dos están basados en una intensa inspiración. Y los dos atribuyen a la fuente de inspiración un lugar fuera de nuestro universo.

Lo último que dice el personaje de la novela (es decir, en la página 467) –con «voz atronadora», se añade– es lo siguiente:

–Ha llegado la hora de la culminación, querido autor. ¡Ahora procederemos a intercambiar los papeles!

»El camino hasta mí ha entrado dentro de ti. Porque en el lugar más oculto de tu alma está mi morada. A través de la novela (escrita por ti) me he dado a conocer a ti y a este mundo...

»A partir de ahora estás en mi espíritu. Serás insultado por culpa de mi nombre. Te llamarán enajenado, un mentecato del que se reirá el mundo, aunque eres el primero cuya mirada ha penetrado el velo de la ilusión.

»¡Ten valor, hijo mío! Te hago apóstol de la verdad en un mundo incrédulo, en un

cosmos que no conoce a su creador, en suma, en una novela, amado personaje, que no quiere saber nada de su creador.

»Ve a darte cabezazos contra la pared tal y como está escrito en la página 278. El resto llegará por sí solo.

»¡Sé fuerte, hijo mío! Allá donde vayas, yo estaré. Porque en mí vives, te mueves y existes. Tu vida y tu destino están sellados con mi voluntad.

Aquí termina la novela. Abajo, en la página 467, pone «FIN» con esmerada caligrafía.

Los elfos están ahora en el cuento, pero son aquello para lo que no hay palabras. ¿Sería el cuento un verdadero cuento si fuera capaz de verse a sí mismo? ¿Causaría impacto la vida diaria si estuviera constantemente explicándose a sí misma?

Hombre mosquito para un geco

Tuve una inquietante sensación en el cuerpo al abrir la puerta de la *bure* 3, y lo primero que vi al encender la luz fue un obeso geco sentado en la botella de ginebra. Entonces era lo que yo había pensado. Tal vez fuera él lo que sonó contra la viga del techo cuando salí de la habitación para ir a cenar. El geco medía cerca de treinta centímetros de largo, y no parecía haber pasado nunca hambre de mosquitos. Nos sobresaltamos los dos a la vez. El geco se quedó inmóvil, pero cuando di un paso hacia él, dio media vuelta alrededor de la botella y tuve miedo de que ésta cayera al suelo desde la mesilla. Ya se habían derramado bastantes gotas esa noche. (...)

Di otro paso hacia la mesilla. El geco estaba apoyado contra la parte trasera de la botella, razón por la cual pude estudiar su barriga y su cloaca, algo ampliadas por la refracción. No movía ni un músculo, pero la cabeza y el rabo asomaban por la parte de atrás de la botella, y el pequeño saurio me observaba atentamente, porque por instinto sabía que sólo tenía dos posibilidades: o se mantenía completamente quieto con la esperanza de fundirse con el entorno, o subía corriendo por la pared y se asentaba en el techo, o, preferiblemente, buscaba refugio detrás de una viga del mismo.

Lo paradójico fue que, debido al encuentro con ese enorme ejemplar de *Hemidactylus frenatus*, me entraron unas ganas terribles de dar cuanto antes un gran trago de licor, y empecé a temer que ese animal descuidado me lo impidiera, no sólo esa noche, sino durante toda mi estancia en la isla. La botella estaba casi llena y con gran preocupación por mi bienestar había calculado que me duraría las últimas tres noches antes de regresar a casa. Ya había examinado el minibar nada más llegar, y contenía sólo cerveza y refrescos.

Con el brazo izquierdo dispuesto a salvar la botella en caso de que se cayera, di otro par de pasos hacia el geco, pero el huésped no invitado seguía aferrado a la idea de que una intensa combinación de resistencia pasiva y posesiva era mejor táctica que echarse a correr. De no haber sido por la gran preocupación que sentía por el contenido de la botella, me habría ido al baño, dejando al geco vía libre para salir de allí con la cabeza alta. Pero tenía recuerdos muy recientes de las muchas veces que algún geco me había tirado de todo, desde botellas de champú a vasos de cepillos de dientes. Justo entonces descubrí, para más inri, que el tapón de la botella no estaba bien enroscado.

Otro paso más y podría agarrar la botella, pero en ese caso me llevaría también al geco, y debo confesar que mi relación con los reptiles siempre ha sido algo ambivalente.

Me fascinaban porque me proporcionaban muchas asociaciones paleontológicas, pero no me gustaba tocarlos ni que se me metieran en el pelo, y menos cuando iba a acostarme. (...)

Estoy seguro de que habría logrado superar mi leve aversión a entrar en contacto con aquel engreído reptil si hubiera podido beber un buen trago de ginebra. Pero en ese momento el orden de los sucesos era de gran importancia. Tendría que conseguir beber un trago de la botella *antes* de llevármela a la boca. La situación estaba por lo tanto bloqueada, y el pequeño drama terrorista duraría más de lo que me había imaginado, porque estaba cansado, muy cansado, y no tenía agallas para echarme a dormir al lado de un geco sin haber tomado mi medicina para dormir.

Y tampoco podía quedarme allí de pie sin moverme, sobre todo porque tenía los pies muy doloridos tras el largo paseo hasta la línea del cambio de fecha. Además, habría resultado demasiado humillante ante ese reptil boquiabierto que no me quitaba ojo ni un instante, y que seguramente estaba pensando lo suyo. Por eso, lo primero que hice fue sentarme con mucho cuidado en la cama, a una distancia que me permitiera alargar el brazo hasta la botella en caso de llegar a un enfrentamiento, algo que no era en absoluto impensable, porque ese exagerado ejemplar de geco *hemidactylus* era lo más gordo que había visto en mi vida, y no dudaba de que el peso corporal y la fuerza muscular del animal fueran capaces de enviar la botella al suelo, al menos en el peor de los casos imaginables, y no podía permitirme el lujo de considerar otros casos.

Permanecimos un buen rato mirándonos fijamente, yo sentado en el borde de la cama y el geco dominando la escena como una esfinge vigilando la entrada de una farmacia. Si me hubiera puesto a dar palmadas, estoy seguro de que el geco habría depuesto su resistencia pasiva, pero, en ese caso, puede que con las prisas por largarse, o de pura maldad, hubiera tirado la botella unos microsegundos después de que mis palmas se juntaran, y varias décimas de segundo antes de que un lento primate como yo hubiera tenido tiempo de salvar la botella. Lo que realmente me impresionaba en esos bichos era su capacidad de reacción casi clarividente. Además, ese ejemplar era un representante especialmente despabilado de su clase.

Le puse como nombre Gordon por la etiqueta de la botella. Antes de sentarme en la cama, había podido comprobar que se trataba de un macho. Mister Gordon había pasado ya sus mejores años, comparándolo con una vida humana tendría un par de decenios más que yo, y aunque pertenecía a una especie cuyas hembras ovíparas no ponen más de dos huevos cada vez, tendría probablemente una abundante prole. (...)

Tantas ganas tenía ya de un trago que clavé la mirada en las pupilas verticales del animal y susurré:

—¡Lárgate ya!

Creo que respiró con algo más de dificultad y tal vez le subiera una pizca la tensión sanguínea, pero, por lo demás, se mantuvo ostensiblemente tranquilo. Me recordaba a esos manifestantes indolentes a los que la policía tiene que llevarse en brazos, ya se trate

de una manifestación contra la construcción de nuevas carreteras o –como en este caso– contra las normas demasiado liberales del consumo de alcohol en lugares públicos. Al contrario que yo, ese manifestante puntual ni siquiera tuvo que pestañear, y justo eso, el que los geos no tuvieran párpados móviles, me irritó sobremanera, no sólo porque, debido a ello, yo no tendría la posibilidad de aprovechar ni un segundo de pérdida de atención por su parte, sino también porque significaba que, durante breves instantes, él tendría la posibilidad de observarme sin que yo le mirara a él, y un breve instante era un intervalo de tiempo mucho más corto para un ser humano que para un geos. En suma: él era capaz de mirarme durante largos períodos seguidos, mientras me veía dormirme una siesta tras otra.

–Vale –dije en voz muy alta–. ¡Ya está bien!

Gordon no se inmutó. No sólo era viejo, sino que era obvio que me había topado con un ser cabezón y hastiado de vivir, que tal vez no conociera otra diversión que la de robarle la muy necesitada medicina para dormir a un vertebrado superior. (...)

Me cabreeé de tal manera que volví a considerar la posibilidad de un ataque relámpago. Si opté por rechazarla, fue sólo porque preveía lo que iba a suceder: no me sería tan difícil salvar la botella en sí durante una veloz acción de comando, pero, en ese caso, el peligro de que una gran parte de su contenido se derramara, al menos si Flash Gordon reaccionaba inadecuadamente, era una posibilidad que no se podía descartar, y no podía permitirme el lujo de perder ni un centilitro.

–Escucha –dije mirando a los ojos rígidos de mi lejano pariente–, lo último que quiero hacer es estrangularte. Creo que lo has entendido. Ni siquiera te pido que te largues. Sólo quiero la botella sobre la que estás sentado.

No me cabía duda de que había entendido todo lo que le había dicho, porque fue como si me contestara que sabía todo eso, y que llevaba más de un cuarto de hora sabiéndolo, pero que estaba sentado en la botella capturando mosquitos mucho antes de que yo llegara, por lo que no tenía ningún derecho a exigirle que se quitara de allí, al contrario, era yo el que había penetrado en su territorio, porque él nunca me había visto allí antes, y si no me largaba ya, o al menos lo dejaba en paz, se vería obligado a ocuparse de que no hubiera botella sobre la que discutir, y no quería dejar de informarme de que era cinturón marrón en golpes de cola.

–No quise decir eso –expliqué–. Si me dejas beber unos tragos del brebaje, y no tardaré más que un par de segundos, puedes volver a sentarte sobre la botella. Yo soy cinturón negro en aplastamiento de reptiles, y ya que no nos fiamos el uno del otro, te recomiendo bajar a la mesilla de noche mientras bebo. Además, tendré que enroscar bien el tapón, si no, los dos acabaremos oliendo a enebro.

Gordon ni se inmutó, pero dijo:

–Eso me suena familiar.

–¿El qué?

–Luego te largarás con la botella.

–¡No puedes imaginarte la sed que tengo! –se me escapó sin querer.

–Yo tengo hambre –señaló–. Y sólo como a estas horas de la noche. También los mosquitos tienen cierta preferencia por las botellas, ¿sabes?, porque vienen a posarse aquí a menudo, y yo saco la lengua, y hala... colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Tenía algo de razón, pero me irritó que pensara que podía enseñarme algo sobre la manera de vivir de los geos. Si no hubiera sido por el contenido de la botella del tapón suelto, podríamos haber compartido habitación en una perfecta simbiosis. Gordon podría haber seguido sentado sobre la botella ocupándose de los mosquitos para que yo pudiera dormir tranquilo, sin tener que despertarme a la mañana siguiente lleno de picaduras. En el pasado, los caciques de Fidji tenían un «hombre mosquito» que pasaba las noches sentado desnudo al lado de ellos, simplemente con el fin de dejarse picar por los mosquitos y así ahorrar al cacique ese malestar. Supongo que esos hombres mosquito se convirtieron en un gremio profesional en paro cuando el eficaz geos doméstico se extendió por las islas. Hoy se consideraba más bien parte del inventario de todas las casas.

Se me ocurrió una idea:

–Entonces iré por otra botella –dije–. Te puedo dar una botella de cerveza helada del frigorífico. Es un verdadero señuelo para los mosquitos.

Gordon permaneció un rato considerando la propuesta, y luego dijo:

–Francamente, empiezo a hartarme de esta pelea, acepto la propuesta.

–¡Eres un sol! –exclamé.

Durante unos segundos me sentí feliz, y recuerdo que me felicité por mi ingenio. Dije:

–Entonces bájate de la botella. Te daré otra enseguida.

Pero el animalito se sobresaltó y dijo muy resuelto:

–Primero vas a por la cerveza y luego me bajo de la botella.

Negué con la cabeza:

–Entonces podrías tirar lo que va a ser la moneda de cambio por la cerveza. Uno puede ponerse de repente un poco espasmódico, ya sabes, sobre todo cuando no hay vigilancia.

–La botella sólo se caerá si dejas de comportarte adecuadamente. Olvídalo.

–¿Por qué?

–Estoy perfectamente como estoy.

Aún no había abandonado la esperanza de hacerle ceder, y dije:

–Si todavía quedan mosquitos en esta habitación, estoy seguro de que prefieren una cerveza fría. A todos los mosquitos les encanta la condensación que tienen las botellas frías de cerveza.

Se limitó a mirarme sarcásticamente.

–¿Y qué crees que me pasa a mí si me siento en algo muy frío? Sería un suicidio para un señor tan sensible como yo. ¿Tal vez por eso se te ocurrió la idea?

En absoluto, porque no se me había ocurrido pensar que Gordon era un animal de sangre fría que perdería el conocimiento si estaba cinco minutos sobre una superficie con una temperatura a tan sólo dos grados.

–Entonces te calentaré la cerveza. Lo hago con mucho gusto, de verdad.

–¡Tonto!

–¿Ahhh?

–Entonces ya no estará fría, y para eso estoy mejor donde estoy.

Yo estaba ya rabioso.

–Sabes que puedo alargarte la mano y aplastarte con ella.

Me pareció oírle reír. Objetó:

–No creo que te atrevas, y tampoco creo que puedas hacerlo. ¿No me elogiaste antes por mi capacidad de adivinar? Casi clarividente, dijiste.

–Fue algo que pensé, no algo que dije, no mezcles las cosas –entonces se rió y dijo:

–Si somos clarividentes, es que somos clarividentes, y entonces no hay mucha diferencia entre lo que oigo decir y lo que adivino que piensas. Es decir, veré tus manos acercarse a cámara lenta mucho antes de que lleguen a su destino. Mientras tanto, tendré mucho tiempo para despedirme con un decidido golpe de cola y para refugiarme ileso en el techo.

Yo sabía que decía la verdad.

–Esto ya no tiene gracia –exclamé casi a gritos–. No acostumbro discutir con reptiles, pero pronto podría llegar a perder los estribos.

–«Discutir con reptiles» –repitió–. Puedes ahorrarte tus sarcasmos.

Me recliné en la cama, esta vez tan hacia atrás que durante muchos segundos no habría tenido posibilidad alguna de salvar la botella si se hubiesen cumplido sus amenazas.

–No quise decir eso –dije en tono halagador–. La verdad es que siento más respeto por seres como tú de lo que te puedes imaginar.

–«Seres como tú» –dijo imitándome–. Los prejuicios más perversos suelen estar tan dentro que a veces uno mismo no los nota.

–Sólo quiero decir que no estoy buscando pelea, de verdad –le aseguré–. Me parece que tienes un grave problema de complejo de inferioridad.

–En absoluto. Cuando los de tu estirpe eran animalitos insignificantes, del tamaño de un musgaño, mis tíos y tías reinaban sobre toda la vida en la Tierra, y muchos de ellos abultaban en la naturaleza como grandes naves.

–Vale, vale –dije–. Sé todo sobre los dinosaurios, y sé distinguir entre sinápsidos y diápsidos. Pero te comunico que también sé distinguir entre *Lepidosauria* y *Archosauria*, de modo que no debes presumir demasiado de un parentesco muy íntimo con los dinosaurios. Eso debes dejárselo a las palomas y a los loros que están en el interior de la isla.

Creí que había logrado callarle con las denominaciones taxonómicas, porque

permaneció un buen rato sin contestar, y tal vez ni siquiera sabía griego. Al cabo de un rato dijo:

–Si retrocedemos sólo un poco más, las líneas de nuestras familias convergen, lo que significa que estamos emparentados. ¿Has pensado alguna vez en eso?

¡Que si había pensado en eso! La pregunta me pareció tan tonta que ni siquiera me digné contestar. Pero él insistió:

–Si retrocedemos hasta el carbonífero, tú y yo descendemos de la misma pareja. Al fin y al cabo, eres mi hermanito, ¿sabes?

Me pareció que la cosa se estaba poniendo demasiado íntima, pero lo que más me seguía preocupando era cómo no perder la ginebra.

–Claro que lo sé –contesté–. Y tú lo sabes sólo porque yo lo sé. ¿O acaso hay aquí en la isla una universidad para geocos?

No debería haber dicho eso, porque se ofendió. Primero se limitó a mirarme fieramente, a la vez que su cara iba adquiriendo una expresión rígida, como si estuviera tensando todos los músculos. Entonces ocurrió lo que me había temido desde el principio: de repente dio dos vueltas y media alrededor de la botella de ginebra, que se movió unos centímetros. Lo peor de todo fue que con tanto movimiento el tapón se desprendió y cayó rodando, primero a la mesilla de noche y luego al suelo. Noté la presión de las lágrimas en los rabillos de los ojos, porque con ese gesto el airado dragón había mostrado que me llevaba ventaja, y faltaba muy poco para que el mundo se fuese a pique y yo tuviera que pasarme toda la noche despierto, bebiendo cerveza fidjiana. (...)

Iracundo por dentro recogí el tapón del suelo, pero puse buena cara al mal tiempo y dije en un tono conciliador:

–Confieso que lo de la universidad de geocos ha sido un poco irrespetuoso. ¿Aceptas mis disculpas?

Se puso delante de la botella de espaldas a mí, de manera que sólo podía verme con un ojo.

–Además, tienes toda la razón respecto a lo de la época gloriosa de los reptiles en el jurásico y en el cretácico –proseguí–. Fuisteis más avanzados que los primeros mamíferos y, hacia finales del cretácico, que los marsupiales y los placentarios. De verdad que soy consciente de ello. Por eso, aquel terrible impacto del meteorito que marcó la transición al período terciario resulta sumamente injusto.

–¿Qué quieres decir?

–Teníais un glorioso futuro por delante. Muchos de vosotros ya os habíais erguido, algunos erais de sangre caliente como nosotros, de hecho opino que estabais en vías de conseguir una cultura superior, con universidades y centros de investigación. Para algunas especies no faltaban más que unos cuantos millones de años, lo cual no es mucho, teniendo en cuenta que los dinosaurios dominaron la vida en la Tierra durante casi doscientos millones de años. En comparación, puedes pensar en los enormes avances que ha hecho mi estirpe sólo durante los últimos dos millones de años, y con

esto quiero decir avances genéticos. Las conquistas culturales las medimos nosotros en siglos y décadas, así que no son gran cosa.

Me oí a mí mismo y tuve miedo de haber vuelto a ser poco escrupuloso en la elección de perspectivas, pues de nuevo estaba presumiendo con todo descaro de mi estirpe y precisamente a costa de los reptiles. Intenté suavizarlo:

–Opino como tú que en el jurásico y en el cretácico era tu estirpe la que iba en vanguardia. Luego, todo se malogró debido a una estúpida colisión con otro cuerpo celeste. No era justo, simplemente no era justo que el primer y tal vez más gigantesco esfuerzo de este planeta hasta la fecha de conseguir una visión global, una mirada retrospectiva evolucionista y, además, una perspectiva del universo, se viera malogrado sólo porque un meteorito hubiera perdido el rumbo y fuera inexorablemente capturado por la gravedad de este planeta. De ese modo perdisteis muchos millones de años.

Gordon clavó la mirada en mí; yo no me había atrevido a quitarle ojo ni un segundo. Procuré hablar con la mayor dulzura posible y tuve la sensación de haberlo suavizado un poco. Preguntó:

–¿Qué quieres decir con que perdimos muchos millones de años?

Estaba ya más conciliador, como un hijo ofendido que sin embargo quiere que su papá le siga contando el cuento, aunque no haya conseguido las chokolatinas que había pedido.

–Perdisteis la carrera hacia la luna. Fueron los descendientes del musgaño los que ganaron ese concurso.

Me mordí el labio. De nuevo me había entusiasmado demasiado.

–Gracias, puedes ahorrarte más impertinencias –dijo, y comprendí que se trataba de un ultimátum, antes de que una catástrofe de la envergadura del mencionado impacto del meteorito ocurriera de nuevo esa noche.

Dije:

–Me temo que has vuelto a malinterpretarme. La culpa es mía y nada más que mía. Es que no pienso siempre con la misma serenidad en medio de la noche, al menos cuando se me priva del derecho a... bueno. Pero, como tú mismo has dicho, en realidad tú y yo somos hermanos de sangre, con una serie de genes idénticos en nuestro equipaje, los dos somos tetrápodos pentadáctilos, y creo que podremos entendernos mejor si aprendemos a considerar este planeta en el que vivimos como un espacio de acción o una esfera de intereses comunes. Fue el propio planeta el que perdió millones de años por culpa de esa caída insensata de un meteorito extraviado, ni tú ni yo, o mejor dicho los dos, porque debemos tener en cuenta que ni siquiera un planeta tiene un tiempo de vida ilimitado, y un día será demasiado tarde para la Tierra. Si no hubiera sido por el caprichoso meteorito, tú estarías ahora sentado en el borde de la cama contando historias, y yo estaría dando vueltas por la habitación cazando insectos. Y puede ocurrir de nuevo. Se trata aquí de un precario equilibrio de poder entre la razón y la sinrazón, entre la conciencia universal y una inconciencia igualmente universal, es decir, un equilibrio

cósmico de terror que convierte en nimiedad nuestra pequeña controversia, y tal vez debo añadir que, en este equilibrio de terror, la verdadera razón es David con la frágil honda, y el gigante Goliat con un arsenal de iracundos cometas y meteoritos a su disposición es la masiva sinrazón. La sensatez es un dispositivo poco frecuente, pero, por otro lado, hay cantidad de hielo, fuego y piedra, por no decir que todo está desierto, porque los caprichosos asteroides siguen circulando en sus órbitas sumamente inestables, entre Marte y Júpiter, y sólo hace falta una infeliz conjunción para que uno de ellos se salga de su órbita y apunte hacia la Tierra. Espera, en la próxima vuelta serán los primates los que palmarán, y por ejemplo, la familia *Geconoide*, del suborden *Sauria*, se convertirá en la que pilote el próximo intento de la naturaleza de comprender un ápice más del universo del que formamos parte. La cuestión es si entonces no será demasiado tarde para la Tierra, porque quién sabe cuánto tiempo falta para que el sol se convierta en una gigante roja, pero no emitiré sentencia alguna, sólo os deseo suerte. Un día, tal vez deis un pequeño paso para un saurio, pero un paso de gigante para la Naturaleza omnipresente, y, en ese caso, debéis saber que también nosotros participaremos en el viaje.

–Hablas demasiado –dijo.

–Más que demasiado –admití–. Se llama angustia cósmica.

–¿No tienes ningún elogio para mi familia por lo que somos hoy?

Sentí una gran comprensión por esa objeción, y dije:

–Sí, cómo no. Me impresiona muchísimo, por ejemplo, que hayáis logrado manteneros alejados de los estupefacientes durante millones de años, tal vez por eso sois tan longevos. Supongo que no siempre resulta fácil ser reptil, al menos puedo confesar que a veces es muy duro ser un homínido. Tal vez suframos de esa pequeña anomalía que consiste en tener una o dos circunvoluciones de más. No hablo por autocompasión, porque quién sabe, tal vez algún que otro reptil pasa también por la vida con la carga de algún enervante defecto. Pero bueno, como ya he dicho, el alcohol fluye libremente, por ejemplo en la fruta podrida, pero ninguno de vosotros estáis enganchados a cosas semejantes, e incluyo a todos los órdenes, tanto arcosaurios, reptiles escamosos y cocodrilos, por hablar sólo de los diápsidos. He de confesar que no sé lo que pueden llegar a ingerir las tortugas, pero supongo que la mayoría de ellas puede arreglárselas sin alcohol, al menos durante largos períodos pues se hacen muy viejas, algunas especies llegan a cumplir 200 años, como por ejemplo la tortuga griega de tierra; se cuenta que un obispo de San Petersburgo tuvo una de estas tortugas y que llegó a vivirle 220 años; tal vez se trate de una pequeña exageración, pero la literatura nos habla de una tortuga gigante que fue capturada ya adulta en las Seychelles en el año 1766 y que vivió en cautiverio hasta que murió en Mauricio en un accidente en 1918, aunque llevaba ciega nada menos que 110 años. Lo de tan avanzada edad no rige sólo para las tortugas, lo sé, claro que lo sé, en general los reptiles se hacen muy viejos, lo que sin embargo *no* genera ningún tipo de alcoholismo de tercera edad, dolencia que afecta tan indecorosamente a

mi especie, al menos en las culturas que rinden culto a las mencionadas circunvoluciones que, como ya he indicado, están de más, y que causan tantas preocupaciones relacionadas con el cosmos: nuestra vida tan breve en la Tierra y las distancias demasiado grandes en el tiempo y el espacio.

–Ya te lo he dicho, hablas demasiado.

Mi intención con la última retahíla había sido suavizarle, pero, si hubiera causado el efecto contrario, no dudaba de que pronto no tendría botella de ginebra. Por cuestiones de seguridad opté por la capitulación:

–Mister Gordon, en lo que concierne a esa botella, he decidido desistir.

–Una sabia decisión.

–Y no hablemos más del asunto.

–Es lo que vengo pensando desde hace una hora.

–Pero no tendrás nada en contra de que vuelva a enroscar el tapón, ¿verdad? Es una precaución que la gente debería tomar siempre.

Él no contestó, y dije:

–No creo que estorbe la caza. Al contrario, creo haber oído decir que los mosquitos no soportan el olor a ginebra, es un verdadero insecticida, me han dicho. ¿No era ésa la razón por la que los colonizadores ingleses bebían tanta ginebra? Para protegerse contra la malaria, quiero decir.

En ese momento se movió una pizca, puede que para tenerme dentro de su campo de visión binocular, la cual, para un geco, no es de más de unos 25 grados.

–No te atrevas –dijo.

Esa breve respuesta podría interpretarse de dos maneras, así que dije:

–¿Significa eso que sí?

–No. Significa además que debes cuidar un poco tu manera de expresarte. Claro que tienes razón en que una botella sin tapón requiere un tratamiento mucho más cuidadoso que una botella debidamente cerrada.

–¿Nunca te cansas?

–Soy un geco nocturno. Ya lo sabías.

Dejé de preocuparme por las siguientes noches en Maravu. Tal vez conseguiría comprar una botella de ginebra en el hotel o en la tienda de Somosomo. No tenía ni idea de las leyes de Fidji en asuntos de compra y venta de alcohol, lo único que sabía con seguridad era que tendría que beberme dos decilitros de la botella de Gordon para poder dormir lo que quedaba de noche. Estaba ya dispuesto a sacrificar medio litro de la botella con el fin de asegurarme los dos decilitros, y por eso pude volver a evaluar, en condiciones completamente nuevas, un asalto relámpago que podría acabar en bastantes manchas con su subsiguiente tarea de limpieza, pero que sin duda también salvaría el *quantum satis* por una noche. En el peor de los casos, la operación podría dar como resultado que la botella entera se cayera, y la mera idea de lo humillante que sería que

Gordon me viera gateando por el suelo lamiendo unos sucios restos del elixir sedante me hizo reconsiderarla.

En medio de la habitación, aproximadamente a un paso y medio de donde me encontraba, estaba el maletín negro. De repente me acordé de que había en él un envase de zumo de uno de mis viajes en avión, e incluso que al cartón estaba pegada una pajita, al menos cuando la azafata me lo dio. Tal vez fuera mi última posibilidad, y esta vez decidí no comunicar mi plan a ese engreído terrorista, fuese clarividente o no.

A la vez que mantenía la vista clavada en la botella, con el brazo izquierdo logré levantar el maletín del suelo, y unos segundos más tarde volví a sentarme en el borde de la cama.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó.

–Voy a acostarme –mentí–. En realidad yo soy un animal diurno, ¿sabes?

Dijo:

–Tú no descienes de los musgaños. Ellos salían a cazar por la noche, cuando hacía frío, porque era entonces cuando los depredadores de sangre fría descansaban.

Abriendo el maletín dije:

–Lo sé. Sé todo eso. Ya te dije que, si no hubiera sido por ese meteorito de hace sesenta y cinco millones de años, tal vez serías tú el que ahora se dispondría a acostarse en la cama y yo estaría dando vueltas por la habitación cazando insectos. Tú no eres capaz de saber más que yo, y tampoco eres capaz de saber algo que yo no sepa.

Lo dije con el fin de comprobar su genio, pero también para ocultarle que estaba manipulando el envase de zumo. Al instante tenía la pajita en la mano.

No era tan descerebrado como para rogar a Gordon que cediera al menos algunos de esos miserables centilitros sobre los que se había sentado. Me limité a inclinarme hacia la botella y decir:

–Sabes que soy un viejo conocedor de reptiles...

–Ya, ya me he dado cuenta. Eres completamente monomaniaco.

–Pero a lo mejor no te he dicho que siempre he sentido una preferencia especial por los gecos. Y te confieso que particularmente por las 35 especies de geco *hemidactylus*.

Me puse la pajita entre los labios y la metí en la botella sin tocarla con las manos, y lo más curioso era que Gordon permanecía quieto. Tal vez no se atreviera a hacer otra cosa, pensé, tal vez se sintiera algo perplejo.

Estoy seguro de que ingerí un decilitro entero antes de tener que emerger y respirar. Pero lo había logrado, había realizado el truco de beber de una botella sin llevármela a la boca. Comparado con eso, ese huevo de Colón no parecía ya gran cosa.

–Hmm –dije con un sonoro eructo.

No lo hice para ofenderle, tampoco fue el resultado de un acto de soberbia adquirido gracias al alcohol, simplemente se me escapó. No obstante, he de confesar que me sentí inmediatamente más animado, y noté que mi coraje iba en aumento. En ese sentido,

Gordon había tenido mucha razón en insistir desde el principio en no complacerme en lo de la botella.

Al instante, Hemi Dactylus Frenatus dio una brusca vuelta alrededor de la botella, y aunque yo la estaba sujetando con un dedo, esta vez no se pudo evitar que algunos valiosos centilitros se derramasen sobre la mesilla de noche. Pero ya había contado con eso, y solté la botella porque sabía que treparía encima de mí en cuanto tuviera la oportunidad, y a decir verdad, mi relación con los geos no se había vuelto menos ambivalente después de mi encuentro con Gordon.

–Voy a ser muy claro –afirmó–. Si vuelves a hacer eso, te prometo que te arrepentirás.

Recibí con simpatía esa advertencia, porque en el fondo sabía que si lograba ingerir tan sólo otro decilitro, podría llegar a volverme tan osado que podría traicionarle. Ya el primer decilitro me había infundido intensas ganas de hacerlo.

–Entendido –dije–. No sabía que tuvieras algo en contra de que comprobara si esta curiosa pajita era de verdad impermeable, y nunca ha sido mi intención aplastarte.

–Entonces tal vez puedas poner un tapón a esa diarrea verbal que tienes.

Claro que sí, por el momento ya no tenía nada más que decir a Gordon Geco, de la misma manera que un psicólogo de la policía no suele tener nada que decir a un secuestrador, aunque finja que sí, y ésta es la clave, pero necesita tiempo, por eso mantiene viva la conversación, y precisamente por eso suele establecerse una relación recíproca entre las dos partes, porque cuando la situación queda bloqueada y el secuestrador se sabe rodeado por la fuerza superior, entonces también él necesita tiempo.

Añadió:

–O por lo menos hablar de algo más sensato.

–¿Conque eso es lo que quieres, eh? ¿Quieres hablar de algo sensato?

–Todavía queda mucha noche y estando tú cerca es más probable que se acerquen los mosquitos, y podrán ponerse más gordos y nutritivos antes de que yo los devore.

No me gustó mucho la idea de hacer de hombre mosquito para un geco, y me pareció que se estaba aproximando a la desfachatez cuando añadió:

–Francamente, esperaba que no cerraras tan rápidamente la puerta después de encender la luz.

En realidad, había cerrado la puerta *antes* de encender la luz. Llevaba casi dos meses en el trópico, y no era especialmente sensible a los mosquitos, pero me cuidaba mucho de no llevármelos al dormitorio, con el fin de mantener alejados del mismo a los geos.

–Podemos hablar de lo que quieras –dije–. ¿Te interesa el fútbol?

–En absoluto.

–¿Y el críquet?

–Cero.

–¿Sellos raros?

–¡Déjalo ya!

–Entonces sugiero que hablemos de la realidad.

–¿De la realidad?

–Sí, por ejemplo. ¿O te parece un tema demasiado fortuito?

–Habla si quieres, yo nunca me acuesto antes de la salida del sol.

–La cual es ante todo inmensamente grande y además increíblemente vieja. Aunque nadie sabe con exactitud de dónde viene.

–¿La salida del sol?

–No, la realidad. Ahora estamos hablando de la realidad, creo que debemos centrarnos en un tema cada vez, y el sistema solar es sólo una fracción microscópica de lo que llamamos la realidad. En conjunto, la realidad consta de unos 100.000 millones de galaxias, una de las cuales es la Vía Láctea, y en ella el sol no es más que una más entre otros 100.000 millones de estrellas, aunque es precisamente ese sol el que se va a levantar sobre este planeta dentro de un par de horas, para que empiece un día completamente nuevo en la Tierra, porque nos encontramos prácticamente en la línea del cambio de fecha, «donde cada nuevo día empieza».

–Entonces la realidad es grande –comentó Gordon, y creo que se hizo aún más tonto de lo que era.

Yo dije:

–Pero sólo estamos aquí un breve momento, y colorín colorado... habremos desaparecido para el resto de la eternidad, la cual, como sabes, va a durar muchísimo. Yo, por ejemplo, habré desaparecido dentro de unos pocos años o decenios, y entonces no tendré oportunidad de informarme de lo que ocurre aquí. Naturalmente, también habré desaparecido dentro de cien millones de años a contar desde ahora y, entonces, habré estado ausente durante exactamente cien millones de años, menos algunas semanas y meses, incluido lo que queda de esta noche.

–No debes atormentarte con ese tipo de preocupaciones –dijo, casi como queriendo consolarme, como si no fuera él la causa desencadenante de mi desánimo.

–Lo que más me preocupa no es realmente que esta vida sea tan breve –proseguí–, yo también necesitaría echarme un poco, necesitaría dormir un rato, pues estoy molido. Lo que me irrita es que nunca voy a poder volver una vez que me haya echado, volver a la realidad, quiero decir. No tendría necesariamente que volver aquí, es decir a la Vía Láctea, si hubiera problemas de espacio, por ejemplo. Estaría dispuesto a considerar la posibilidad de otra galaxia, siempre que hubiera al menos un bar, y además me gustaría ser reencarnado en alguien de un solo sexo, porque nunca me han hecho mucha gracia esos planetas monjiles donde la reproducción tiene lugar mediante gemación. Para eso prefiero no volver. De modo que el problema no es despedirse, sino el no poder volver nunca. Para los que poseemos esas dos o tres circunvoluciones cerebrales (que podríamos decir de más) en algunos momentos las perspectivas pueden llegar a acabar con nuestra alegría de vivir, no sólo emocionalmente, porque no se trata aquí sólo de una provocación a las emociones, sino porque la propia razón va en contra. Podríamos decir que esas dos o tres circunvoluciones sobrantes se afectan precisamente a ellas mismas, se

muerden la cola, por así decirlo, y no sólo en broma, sino hasta sangrar; tienen, en otras palabras, una naturaleza destructiva, y tampoco resulta fácil deshacerse de ellas. A un saurio, por ejemplo, le resulta más fácil deshacerse de una cola que está siendo atacada, porque para los primates superiores no existe ningún paralelo cerebral a la autotomía de los saurios. Es verdad que las sinapsis atacadas pueden ser anestesiadas durante unas horas, por ejemplo con uno o dos decilitros de ginebra, pero se trata sólo de un alivio pasajero y no de una solución al dilema en sí.

–Entiendo –se limitó a decir, y me pregunté si no exageraba, porque no creo que entendiera ni una palabra de lo que estaba diciendo.

Dije:

–Las partes del cerebro que no son estrictamente necesarias para las funciones vitales básicas, es decir, las partes sobrantes, son, por otra parte, la condición misma de ese conocimiento que hemos adquirido sobre la evolución de la vida en la Tierra, ciertas leyes básicas de la Naturaleza y la propia historia del universo desde el Big Bang hasta hoy. No son pequeñeces con lo que llenamos nuestro cerebro, ¿sabes?

–Estoy impresionado.

–Eso da justo para tener una serie de ideas claras sobre la historia de la realidad, su geografía y la naturaleza de la masa. Pero nadie entiende nada de lo que *es* esa masa, al menos no por estas latitudes, y las distancias en el universo no sólo son enormes: son grotescas. La cuestión es si habríamos entendido algo más de lo que *es* el mundo, en el sentido más profundo, si el cerebro hubiera sido por ejemplo un 10 por ciento más grande o un 15 por ciento más eficaz. ¿Tú qué crees? ¿Crees que hemos llegado en nuestra orientación hasta donde le es posible llegar a cualquier cerebro, sea cual sea su tamaño? Porque no podemos ignorar la posibilidad de que pueda resultar prácticamente imposible entender más de lo que ya entendemos. En ese caso, es un pequeño milagro el que poseamos un cerebro que tiene el tamaño exacto para entender, por ejemplo, la teoría de la relatividad, las leyes de la física cuántica o el genoma humano. Pues en ese campo no existen muchos eslabones perdidos. Dudo de que incluso el chimpancé más avanzado tenga alguna idea del Big Bang, del número de años luz que nos separan de la galaxia más cercana o, por qué no, de que la Tierra sea redonda. Resulta interesante en este contexto señalar que el cerebro del ser humano no podría ser más grande de lo que es porque habría impedido que las madres anduvieran erguidas. Me apresuro a indicar que, sin la postura erguida de los seres humanos, el cerebro no habría podido desarrollar el tamaño que tiene. Estoy señalando un equilibrio precario, e intentaré expresarlo de otra manera: lo que podemos llegar a entender de este enigma en el que nos movemos puede, pues, depender de la pelvis de la mujer. Me parece inaudito que el conocimiento de este universo tenga estas limitaciones anatómicas tan banales. ¿Pero no resulta también enigmático el que esa ecuación carnal pueda resolverse? Tal vez resulte que la *x* de la ecuación es exactamente el *quantum satis*, es decir *quantum satis* para que este universo en este momento sea consciente de sí mismo. La pelvis del ser humano tiene el tamaño

exacto para que podamos entender lo que es un año luz, a cuántos años luz están las galaxias más lejanas y, por ejemplo, cómo se comportan los cuantos de la materia tanto en un laboratorio como en los primeros segundos tras la gran explosión.

—¿Y por qué no va a haber cerebros más grandes en algún otro lugar del espacio? —objetó Gordon.

Me reí tenazmente, y dije:

—Puede pensarse, y no tengo problemas para imaginármelo, un cerebro capaz, por ejemplo, de aprenderse de memoria todas las páginas de la Enciclopedia Británica. Ni siquiera me cuesta imaginarme un cerebro capaz de contener el conjunto de todas las experiencias de la humanidad. De lo que dudo es de si en un principio es posible entender mucho más de los secretos de este universo de lo que la humanidad ya comprende. De esta manera todas mis preguntas se reducen a si el universo en sí guarda más secretos. Quiero decir: si encuentras un meteorito, puedes dedicarte a adivinar cuánto pesa, cuál es su peso específico y de qué sustancias químicas está compuesto. Pero cuando se ha investigado todo esto, ya no quedan más posibilidades de seguir sacando secretos a la piedra. Entonces sólo es lo que es y lo que ha sido siempre. Luego se puede conservar y tal vez llenarse de polvo en un museo, pero nosotros no hemos avanzado, pues ¿qué es una piedra?

—No sé si te sigo del todo —suspiró Gordon. Parecía algo cansado.

—Ya ves. Sólo digo que la época científica puede estar acercándose a su fin. Hemos llegado ya a la meta, y la meta es la conciencia del largo camino hacia la meta. Nos hemos presentado al universo, y el universo se nos ha presentado expresamente. Tal vez la ciencia haya llegado al final del camino, eso es lo que quiero decir, tal vez sepamos todo lo que merece la pena saber. Y cuando hablo de «nosotros» no sólo hablo de ti y de mí, me refiero a todos los demás cerebros potenciales de todo el universo. En ese caso, y ésa es la teoría por la que me inclino en este momento, la realidad sufre de una incurable falta de nombre. ¿Quién soy?, pregunta la realidad. Pero nadie contesta. No hay nadie que nos vea o nos oiga. Sólo nos vemos a nosotros mismos.

—Me hubiera gustado poder ayudar —dijo consternado. Sin duda podría haber ayudado si hubiera tenido cerebro para moverse de esa botella sobre la que estaba sentado. (...)

—Entonces tal vez te toca callarte ya —dije—. Me estoy poniendo muy nervioso, si te digo la verdad.

—Tú acuéstate si quieres —replicó—. Yo te cuidaré la botella.

—¡Nunca jamás! —grité, pues había llegado el momento: habría que anestesiar las sinapsis. Y entonces me lancé sobre él y sobre la botella.

Gordon caminó iracundo por mi mano, luego saltó a la pared y empezó a trepar mientras la botella se caía, rodaba por el suelo, y mi medicina vital salía a chorros, para desaparecer inmediatamente entre las anchas grietas de las tarimas del suelo. Por fin logré cogerla y llevarla hacia la luz. Vi que sólo quedaba un decilitro, o, en el mejor de los casos, decilitro y medio. Me llevé la botella a la boca y la vacié de un trago.

–¡Sinvergüenza! –ladro desde la pared–. ¡Volveremos a vernos!

Comodín sólo está presente a medias en el mundo de los elfos. Sabe que se va a marchar, y por eso ha liquidado sus cuentas. Sabe que va a desaparecer del todo, y por eso está ya medio desaparecido. Viene de todo lo que hay y no va hacia ninguna parte. Cuando llegue a su destino no podrá ni soñar con volver. Irá al país donde ni siquiera se duerme.

Frode

–¡Menos mal que pudimos escapar! –dijo el anciano de la barba blanca y larga. Permaneció sentado durante mucho tiempo, con la mirada clavada en mí.

–Tenía miedo de que contaras algo.

Por fin dejó de mirarme. Señaló hacia abajo, al pueblo, y se estremeció de nuevo:

–¿No habrás contado nada, verdad?

–Me temo que no entiendo lo que quieres decir.

–Es verdad. Seguramente estoy empezando por el final.

Asentí comprensivo:

–Si hay un principio –dije–, seguramente será bueno empezar por él.

–¡Naturalmente! –exclamó–. Pero ante todo quiero que me contestes a una pregunta: ¿sabes a qué día estamos hoy?

–No estoy totalmente seguro –admití–. Debe de ser uno de los primeros días de octubre...

–No me refiero exactamente al día. ¿Sabes en qué año estamos?

–En 1842 –dije. De pronto empecé a entender algunas cosas.

El viejo movió la cabeza.

–Entonces hace exactamente 52 años, hijo mío.

–¿Tanto tiempo llevas viviendo en esta isla?

–Sí, tanto tiempo.

Se le escapó una lágrima por el rabillo del ojo, que rodó por su mejilla, sin que él hiciera ningún intento de secarla.

–En el mes de octubre de 1790 salimos de México –prosiguió–. Al cabo de unos días de travesía, el bergantín en el que navegaba naufragó. El resto de la tripulación se perdió con el barco, pero yo me agarré a unos gruesos troncos que flotaban entre los restos del naufragio y logré llegar a esta isla...

Se quedó profundamente ensimismado. Le conté que yo también había llegado a la isla tras un naufragio.

Movió la cabeza con aire melancólico. Luego añadió:

–Dices «isla» y yo también lo he dicho. ¿Pero podemos estar totalmente seguros de que se trata de una isla? Yo he vivido aquí durante más de cincuenta años, hijo mío, y he explorado mucho, pero jamás he vuelto a encontrar el camino hacia el mar.

–Será una isla muy grande.

–¿Una isla muy grande que no figura en ningún mapa? –dijo mirándome.

–Evidentemente puede que hayamos encallado en algún lugar del continente americano –repliqué–. O en África, si quieres. No es fácil saberlo, ya que estábamos a merced de las corrientes marinas, antes de ser lanzados a la playa.

El anciano volvió a sacudir la cabeza con resignación.

–Tanto en América como en África hay *seres humanos*, joven.

–Pero si esto no es una isla, y tampoco uno de los grandes continentes, ¿qué es entonces?

–Algo muy diferente... –murmuró.

Volvió a quedarse totalmente ensimismado.

–Los enanos... –dije–. ¿Te refieres a ellos?

Pero contestó a mi pregunta con otra:

–¿Estás seguro de que vienes del mundo exterior? ¿No serás tú también de aquí?

–¿Yo...?

Por sus palabras deduje que, al fin y al cabo, se estaba refiriendo a los enanos.

–Yo me enrolé en Hamburgo –dije.

–¿Ah sí? Yo soy de Lübeck...

–¡Y yo también! Me enrolé en un barco noruego en Hamburgo, pero yo nací y me crié en Lübeck.

–¿De verdad? Entonces cuéntame primero lo que ha sucedido en Europa durante mis cincuenta años de ausencia.

Le conté lo que sabía. La mayor parte de mi relato se refirió a Napoleón y a todas las guerras. Dije que Lübeck había sido saqueada por los franceses en 1806.

–En 1812, el año en que nací, Napoleón inició una campaña en Rusia –dije para terminar–, pero tuvo que retirarse con grandes pérdidas. En 1813, fue vencido en una gran batalla en Leipzig. Entonces convirtió Elba en su pequeño imperio. Pero regresó unos años más tarde y reinstauró el imperio francés. Esta vez fue vencido en Waterloo. Vivió sus últimos años en la isla de Santa Elena, al oeste de África.

El anciano escuchaba con gran interés.

–Él al menos pudo ver el mar –murmuró.

Parecía estar rememorando todo lo que le acababa de contar.

–Suena como un cuento de hadas –añadió al cabo de mucho rato–. Así puede haber transcurrido la historia desde que yo dejé Europa. Pero también podría haberlo hecho de un modo completamente distinto.

En eso tuve que darle la razón. La Historia es un gran cuento, con la única diferencia de que es un cuento real. El sol estaba a punto de ponerse tras las montañas del oeste. El pequeño pueblo ya estaba en penumbra. Allí abajo, los enanos deambulaban de un lado para otro, como pequeñas manchas de color entre las casas.

Señalándolos, pregunté:

–¿Vas a hablarme de ellos?

—Naturalmente —contestó—. Te lo contaré todo. Pero tienes que prometerme que ellos no se van a enterar de nada de lo que te cuente.

Asentí con la cabeza, pendiente de lo que iba a decirme.

—Yo era marinero en un gran bergantín español que iba de Veracruz, en México, a Cádiz, en España. Navegábamos con una gran carga de plata. El tiempo era bueno, claro y tranquilo, y sin embargo naufragamos pocos días después de haber zarpado. Debimos de estar aguardando el viento en algún lugar entre Puerto Rico y las Bermudas. Ya habíamos oído hablar de extraños sucesos precisamente en esa zona. Pero supongo que los considerábamos cuentos de marineros. De repente, una mañana el barco se levantó por encima de un mar completamente en calma. Fue como si una mano gigantesca le diera la vuelta. Sólo duró un par de segundos, y volvimos a bajar al mar. El barco quedó ladeado, la carga se desplazó y comenzó a entrar agua.

»Sólo tengo vagos recuerdos de la pequeña playa en la que finalmente me encontré a salvo, porque enseguida comencé a adentrarme en la isla. Tras andar errante algunas semanas, me establecí aquí, y aquí he vivido desde entonces.

»Me las arreglé bien. Aquí crecían patatas y maíz, manzanas y plátanos. Pero también había otras frutas y plantas que jamás había visto antes, y que desde entonces forman parte de mi sustento. Yo mismo tuve que inventar nombres para todas las plantas desconocidas de esta isla.

»Pasado un tiempo, logré domesticar a los molucos hexápodos. No sólo me proporcionaban una leche buena y nutritiva, también me servían como animales de tiro. A veces mataba alguno y me comía la carne, que era blanca y fina. Me recordaba a la carne de jabalí, que siempre comíamos en Alemania por Navidad.

»Con el paso de los años, con las plantas de la isla fabriqué remedios contra las distintas enfermedades que contraía. También preparé bebidas que me ayudaban a levantar el ánimo. Pronto probarás algo que yo llamo tuf. Es una bebida algo amarga que obtengo hirviendo raíces de la palmera de tufta. El tuf me despierta cuando estoy cansado, y me ayuda a dormir cuando estoy demasiado excitado. Es una bebida rica, y completamente inofensiva.

»Pero también elaboré lo que llamamos la bebida púrpura. Es una bebida maravillosa para todo el cuerpo, pero al mismo tiempo tan traidora y peligrosa que me alegro de que no se venda en las tiendas en Alemania. La hago con el jugo de la rosa púrpura, que es un pequeño arbusto con minúsculas rosas de color púrpura y que crece por todas partes en esta isla. Ni siquiera tenía que molestarme en coger las rosas y sacar el jugo, porque ese trabajo me lo hacían unas abejas gigantes, más grandes que los pájaros en Alemania. Construyen sus colmenas en árboles huecos y allí almacenan sus existencias de jugo de púrpura. Simplemente hay que ir y servirse.

»Mezclando el jugo de las flores con agua del río del Arco Iris, en el que también cojo peces de colores, obtuve una especie de gaseosa dulce, de aspecto centelleante y ligeramente espumosa.

»Lo tentador de la bebida púrpura era que no sabía sólo a una cosa, sino que estimulaba todos los órganos del sabor, con todo el registro de matices que es capaz de saborear un ser humano. Y es más: la bebida púrpura no dejaba el sabor únicamente en la boca y en la garganta, sino que se saboreaba en cada célula del cuerpo. Pero no es sano devorar el mundo entero en un solo sorbo, hijo mío. Es mejor ingerir el mundo en porciones.

»Cuando obtuve la bebida púrpura, empecé a beberla a diario. Me ponía más alegre, pero solamente al principio. Poco a poco, comencé a perder la noción del tiempo y del espacio. De repente me «despertaba» en algún lugar de la isla sin acordarme de cómo había llegado hasta allí. De esa manera, vagaba durante días y días sin encontrar el camino de regreso a casa. A veces me olvidaba de quién era y de dónde venía. Era como si todo lo que me rodeaba fuera yo mismo. Empezaba como un picor en los brazos y las piernas, luego se iba extendiendo hasta la cabeza, y finalmente la bebida empezó a consumir mi alma. Bueno, al menos me alegro de haber parado antes de que fuera demasiado tarde. Hoy en día, la bebida púrpura sólo es consumida por el resto de los habitantes de esta isla. Más adelante te contaré por qué.

Habíamos estado sentados mirando el pueblo mientras hablaba. Estaba anocheciendo y, abajo en el pueblo, los enanos habían encendido los faroles de aceite que colgaban entre las casas.

–Empieza a hacer fresco –dijo Frode.

Se levantó y abrió la puerta de la cabaña. Entramos en una pequeña sala que tenía las paredes cubiertas de troncos de madera. Todos los utensilios que en ella podían verse habían sido fabricados por Frode con materiales encontrados en la isla. No se veía nada de metal, todo estaba hecho con barro, madera y piedra. Sólo había un material que recordaba a la civilización: había tazas y jarras, lámparas y fuentes de vidrio. Además había varias peceras con peces de colores dentro. También las ventanas de la cabaña eran de vidrio.

–Mi padre era maestro vidriero –dijo el anciano, como si hubiera adivinado mis pensamientos–. Y yo aprendí el oficio antes de hacerme marinero. Aquí, en la isla, me resultó muy útil. Después de algún tiempo, comencé a mezclar distintas clases de arena. Pronto pude fundir una excelente masa de vidrio, en hornos que fabriqué con una piedra resistente al fuego, a la que llamé dorfita porque la encontré en la montaña que está en las afueras del pueblo.

–Ya he visitado la fábrica de vidrio.

El viejo se volvió hacia mí y dijo bruscamente:

–¿No habrás contado nada, no?

No entendí muy bien lo que quería decir con eso de «contar algo» a los enanos.

–Sólo pregunté por el camino al pueblo –contesté.

–¡Bueno! Ahora vamos a tomarnos una copita de tuf.

Nos sentamos sobre unas banquetas que había a cada extremo de una mesa hecha de

una madera oscura que yo no conocía. Frode echó de una jarra de vidrio una bebida marrón en un par de vasos redondos y encendió una lámpara de aceite que colgaba del techo.

Bebí un pequeño sorbo. Sabía a una mezcla de coco y limón. Mucho tiempo después de haberla tragado, un sabor ácido permanecía en mi boca.

–¿Qué te parece? –preguntó el viejo expectante–. Es la primera vez que invito a tuf a un auténtico europeo.

Contesté que la bebida era refrescante y muy rica, lo cual era cierto.

–¡Bien! Entonces supongo que ha llegado el momento de hablarte de mis pequeños ayudantes aquí en la isla. Seguro que estás pensando en ellos, hijo mío.

Asentí con la cabeza. El viejo comenzó su relato...:

–En el mar, jugábamos mucho a las cartas. Yo tenía siempre una baraja metida en el bolsillo de la camisa, y precisamente una de esas barajas francesas fue lo único que traje a esta isla después del naufragio.

»En mi soledad, los primeros años hacía muchos solitarios. Los naipes eran las únicas imágenes que podía contemplar. No sólo hacía los que había aprendido en Alemania y en el mar. Enseguida descubrí que con 52 cartas y todo el tiempo del mundo, no hay límites en la invención de solitarios y juegos. Con el tiempo, empecé a atribuir determinadas cualidades a cada una de las cartas, viéndolas como individuos pertenecientes a cuatro familias distintas. Los tréboles tenían la piel marrón, el pelo espeso y rizado, y eran de compleción fuerte. Los diamantes eran más delgados, más ligeros y más gráciles, tenían la piel casi blanca y su pelo brillaba como la plata. Y los corazones... pues los corazones eran precisamente un poco más cordiales que los demás. Tenían cuerpos rechonchos, las mejillas sonrosadas y el pelo rubio, abundante y rizado. Y finalmente los picas: de figura estilizada, aspecto autoritario, ojos penetrantes y pelo negro y escaso.

»Empecé a imaginarme las figuras cuando hacía solitarios. Por cada carta que ponía, era como si soltara a un espíritu de una botella hechizada. Un espíritu, sí, porque no sólo variaba el aspecto de las figuras de cada palo, tenían además, cada uno, su genio y su talante. Los tréboles tenían una personalidad un poco más torpe y firme que los ambiguos y susceptibles diamantes. Los corazones eran más amables y más alegres que los huraños y coléricos picas. Pero también había grandes diferencias dentro de cada palo. Todos los diamantes eran muy vulnerables, pero Tres de Diamantes era la que se echaba a llorar con más facilidad. Todos los picas eran algo irascibles, pero el más irascible de todos era Diez de Picas.

»De ese modo, fui creando, con los años, 52 individuos invisibles que de alguna manera vivían conmigo en la isla. En total fueron 53, porque Comodín llegaría a jugar un papel muy importante.

–¿Pero cómo...?

–No sé si eres capaz de imaginarte lo solo que me sentía. El silencio era infinito. Me topaba constantemente con animales; por las noches me despertaban los búhos y los

molucos, pero no tenía a nadie con quien hablar. A los pocos días de estar aquí, empecé a hablar solo. Pasados unos meses, también empecé a hablar con las cartas. Unas veces, las colocaba en círculo a mi alrededor y jugaba a que eran personas de carne y hueso como yo. Otras veces, sólo sacaba una carta con la que mantenía largas conversaciones.

»Con el uso, la baraja se fue desgastando y, al final, quedó tan deteriorada que estaba a punto de romperse. El sol había ido consumiendo los colores, y apenas podía distinguir ya la imagen de una carta de la de otra. Entonces metí los restos en una cajita de madera que he guardado hasta hoy. Pero las figuras seguían viviendo en mi conciencia. Hacía los solitarios en la cabeza, ya no me hacía falta la baraja. Es como cuando de pronto un día sabes sumar y restar sin utilizar el ábaco. Porque siete más seis *son* trece aunque no se vea con bolitas.

»Continué hablando con mis amigos invisibles, y pronto tuve la sensación de que me contestaban, aunque sólo fuera en el pensamiento. Cuando dormía estaban más presentes que nunca, porque en mis sueños me veía casi siempre con las figuras de la baraja. Éramos como una pequeña comunidad. En mis sueños, las figuras decían y hacían cosas por su cuenta. De ese modo, las noches se me hacían un poco menos solitarias que los largos días. Entonces las cartas daban rienda suelta a su propia personalidad y correteaban por mi conciencia como verdaderos reyes y reinas, como personas de carne y hueso.

»Con algunas de las cartas, entablé una relación más íntima. En los primeros tiempos, mantuve largas conversaciones con Jota de Tréboles. Con Diez de Picas también podía bromear, siempre y cuando él fuera capaz de controlar su genio.

»Durante un período estuve enamorado en secreto de As de Corazones. Me sentía tan solo que conseguía enamorarme de mis propias imaginaciones. Me la imaginaba con un vestido amarillo, pelo largo, rubio y ojos verdes. Echaba mucho de menos a una mujer en la isla. En Alemania estaba comprometido con una chica que se llamaba Stine. Bueno, bueno, Stine perdió a su novio en el mar.

El anciano se acarició la barba y permaneció sentado un buen rato sin decir nada.

–Es tarde, hijo mío –dijo finalmente–. Estarás agotado después del naufragio. ¿Quieres que sigamos mañana?

–No, no –protesté–. Quiero oírlo todo.

–De acuerdo, claro que sí. Además tienes que saberlo antes de que vayamos a la fiesta de Comodín.

–¿La fiesta de Comodín?

–¡Eso! La fiesta de Comodín.

Se levantó y dio una vuelta por la habitación.

–Pero tendrás mucha hambre –dijo.

No pude negarlo. El anciano entró en una especie de despensa y sacó comida que colocó en unos hermosos platos de vidrio. Los puso sobre la mesa junto a la que estábamos sentados.

Pensaba que la comida de la isla era sencilla y pobre, pero resultó todo lo contrario. Frode puso primero una fuente con pan y bollos. Luego sacó diferentes quesos y patés y fue a por una jarra de leche de aspecto delicioso. Comprendí que era leche de moluco. Al final sirvió el postre: una fuente grande con diez o quince frutas distintas. Reconocí las manzanas, naranjas y plátanos. Las demás clases eran especialidades de la isla.

Cuando acabamos de comer, Frode reanudó su relato.

Tanto el pan como el queso sabían un poco distinto a lo que yo estaba acostumbrado. Lo mismo ocurría con la leche, era mucho más dulce que la leche de vaca. La mayor sorpresa en cuanto a sabores llegó, no obstante, con las frutas, porque algunas tenían un sabor tan sorprendente que me hacía dar pequeños gritos y saltar en la silla.

–En lo que a la comida se refiere, nunca he podido quejarme.

Cortó una rodaja de una fruta redonda, del tamaño de una calabaza. Por dentro, la carne era blanda y amarilla, como la de un plátano.

–Ocurrió una mañana –prosiguió–. Había soñado mucho por la noche. Al salir temprano de la cabaña, cuando el rocío aún cubría la hierba y el sol estaba saliendo por encima de las montañas, vi de repente dos figuras que venían hacia mí desde una ladera al este. Pensé que por fin recibía la visita de alguien en esta isla, y fui a su encuentro. El corazón me dio un vuelco cuando me acerqué y los reconocí: eran Jota de Tréboles y Rey de Corazones.

»Primero pensé que estaba dormido y que este extraño encuentro no era más que un nuevo sueño. A la vez, estaba completamente convencido de que estaba despierto. Pero eso me sucedía a menudo cuando soñaba, así que no podía estar totalmente seguro.

»Me saludaron como si ya nos conociéramos, lo que, en cierto modo, era verdad.

»–Hace un día muy bueno, Frode –dijo Rey de Corazones.

»Ésas fueron las primeras palabras pronunciadas en esta isla por alguien que no era yo.

»–Debemos hacer hoy algo útil –dijo Jota.

»–Ordeno que construyamos una nueva cabaña –dijo el rey.

»Y eso hicimos. Las primeras noches, los dos durmieron conmigo en esta casa. Al cabo de unos días, pudieron meterse en una cabaña nueva, un poco más abajo de la mía.

»Se convirtieron en mis amigos y en mis iguales, con una única diferencia importante: nunca reconocieron que no habían estado en esta isla durante todos los años que yo llevaba viviendo en ella. Había algo dentro de ellos que les impedía entender que en realidad eran producto de mi imaginación. Lo mismo ocurre con todos los productos de la imaginación, claro está. Nada de lo que creamos en nuestra imaginación es consciente de sí mismo. Pero esas imaginaciones no fueron precisamente como otras imaginaciones. Habían recorrido el inexplicable camino del espacio creativo dentro de mi propia mente, hasta el espacio creado al aire libre bajo el cielo.

–¡Es... imposible! –dije sobresaltado.

Pero Frode no me hizo caso.

–Poco a poco se sumaron más figuras a las dos primeras. Lo más curioso era que los más viejos nunca parecían reaccionar ante la llegada de nuevas figuras. Es como cuando dos personas que viven en la misma casa se encuentran por el pasillo. Ninguna de ellas necesita hacer gestos o decir algo por el mero hecho de cruzarse con la otra.

»Los enanos hablaban entre ellos como si se conocieran desde hacía mucho tiempo. Y, en cierto modo, era verdad: habían convivido en esta isla durante muchos años, mientras yo soñaba, dormido o despierto, que las figuras hablaban entre ellas.

»Una tarde que estaba talando árboles en el bosque justo en este lugar, me encontré por primera vez con As de Corazones. Creo que se encontraba más o menos en el centro de la baraja, que no fue ni de las primeras ni de las últimas que salieron, quiero decir. Al principio no me vio, iba sola, canturreando una hermosa melodía. Me detuve y se me saltaron las lágrimas, porque me acordé de Stine.

»Me armé de valor y la llamé.

»–As de Corazones –murmuré.

»Entonces me vio y se acercó. Me abrazó y dijo:

»–Gracias por haberme encontrado, Frode. ¿Qué haría yo sin tí?

»Era una pregunta muy oportuna. Sin mí, no habría podido hacer nada. Pero ella no lo sabía. Y no debe saberlo nunca.

»Su boca era tan roja y tan suave que me entraron ganas de besarla, pero hubo algo que me retuvo.

»Conforme iban llegando más figuras a la isla, les hacíamos nuevas casas. Así, se construyó un pueblo entero a mi alrededor. Ya no me sentía solo. Pronto formamos una pequeña comunidad, en la que todo el mundo tenía una misión que cumplir.

»Hace ya treinta o cuarenta años que el solitario está completo, con sus 52 figuras. Sólo había una excepción: Comodín llegó mucho más tarde. No apareció en la isla hasta hace dieciséis o diecisiete años. Fue un alborotador que alteró nuestra armonía, justo cuando todos nos habíamos acostumbrado a nuestra nueva vida. Pero eso podrá esperar hasta más adelante. Mañana será otro día, Hans. Si la vida en esta isla me ha enseñado algo, es que siempre hay otro día...

Lo que Frode contó era tan increíble que, hasta hoy, recuerdo cada palabra.

¿Cómo era posible que 53 imágenes soñadas dieran de pronto un salto e irrumpieran en la realidad como personas de carne y hueso?

–No... no es posible –volví a murmurar.

Frode insistió:

–En el transcurso de unos años, todas las cartas de la baraja habían logrado salir de mi conciencia y aparecer en la isla donde yo me encontraba. ¿O era yo quien había hecho el camino al revés? También ésa era una posibilidad que no podía descartar.

»Aunque he vivido rodeado de todos esos nuevos amigos durante muchísimos años, aunque juntos hemos construido el pueblo, cultivado la tierra, preparado y degustado la comida, jamás he dejado de preguntarme si las figuras que me rodeaban eran reales.

»¿Sería yo el que había entrado en el eterno mundo de los sueños? ¿Me había perdido, no sólo en una gran isla, sino también en mi propia imaginación? Y si éste era el caso: ¿Volvería a encontrar el camino de vuelta a la realidad alguna vez?

»Hasta que Jota de Tréboles no te llevó a la fuente y te vi, no pude estar totalmente seguro de que la vida que estaba viviendo era real. Porque ¿no serás tú un nuevo comodín en la baraja; verdad, Hans? ¿No te habré soñado a ti también, no?

El anciano me dirigió una mirada suplicante.

—No, no —me apresuré a decirle—. A mí no me has soñado. Discúlpame por dar la vuelta a la pregunta: si no eres tú quien está dormido, tendré que ser yo. Puede que sea yo el que esté soñando todas esas cosas tan irreales que me estás contando.

Comodín se despierta de sueños inconexos a una realidad de carne y hueso. Se apresura a recoger los frutos de la noche, antes de que el día los madure demasiado. Es ahora o nunca. Es ahora, y nunca más. Comodín comprende que no puede salir dos veces de la misma cama.

Comodín

El viejo se levantó, abrió la puerta y salió. Yo le seguí. En el exterior, era noche cerrada.

–He tenido un cielo estrellado sobre mí y otro cielo estrellado bajo mis pies –murmuró.

Comprendí lo que quería decir. Sobre nosotros resplandecía el cielo estrellado más claro que jamás había visto. Pero ése era sólo uno de ellos. Abajo, en la ladera, brillaban las tenues luces de las cabañas del pueblo. Parecía como si un poco de polvo estelar se hubiese desprendido del cielo y esparcido sobre la tierra.

–Los dos cielos son igual de inescrutables –y señalando hacia el pueblo, añadió–: ¿Quiénes son? ¿De dónde vienen?

–Eso es algo que ellos tendrán que preguntarse –objeté.

El viejo se volvió hacia mí:

–¡No, no! –exclamó–. Jamás deben hacerse esa clase de preguntas.

–Pero...

–No podrían vivir junto al que los ha creado, ¿no lo entiendes?

Entramos de nuevo en la cabaña, cerramos la puerta y nos sentamos cada uno a un lado de la mesa.

–Todas las figuras eran distintas –continuó el viejo–. Pero tenían algo en común: ninguna se preguntaba quiénes eran o de dónde venían. De esa manera, formaban una parte natural de su entorno. Simplemente *existían* en ese frondoso jardín... tan terca y descuidadamente como los animales... Entonces llegó Comodín. Se deslizó por el pueblo a hurtadillas, como una serpiente venenosa.

Se me escapó un sonoro silbido:

–Ya hacía muchos años que la baraja estaba completa, y nunca se me había ocurrido pensar que pudiera llegar algún comodín a esta isla. Aunque en la baraja había uno, pensaba que ese comodín era yo mismo. Pero, de repente, un día el pequeño bufón entró en el pueblo. Jota de Diamantes fue el primero que lo vio y, por primera vez en la historia de la isla, se armó algo de revuelo en torno a un recién llegado. No sólo iba vestido de forma extraña, con cascabeles que colgaban de su traje, sino que, además, tampoco pertenecía a ninguna de las cuatro familias. Y, sobre todo, enfurecía a los enanos, haciéndoles preguntas a las que no eran capaces de contestar. Poco a poco, empezó a vivir su vida algo retirado de los demás. Le hicimos una cabaña para él solo en las afueras del pueblo.

—¿Era capaz de razonar más que los otros?

El viejo suspiró profundamente:

—Una mañana en que yo estaba sentado aquí, delante de la puerta, apareció de repente por la esquina de la casa. Dio una alocada voltereta y un gran salto delante de mí, haciendo sonar todos sus cascabeles, inclinó su pequeña cabeza y dijo:

»—Maestro, hay algo que no entiendo...

»Me pareció extraño que me llamara «maestro», porque los enanos siempre me habían llamado Frode. Tampoco era corriente que iniciaran una conversación diciendo que no entendían, porque cuando alguien asume que no entiende algo, es que está en el buen camino para comprender muchas cosas.

»El pequeño comodín carraspeó un par de veces, y siguió:

»—Hay cuatro reyes en este pueblo, así como cuatro reinas y cuatro jotas. Tenemos cuatro ases, y del dos al diez en cuatro palos.

»—Correcto —dije.

»—Pero es que, además, también son trece en cada palo, sean diamantes, corazones, tréboles o picas.

»Asentí con la cabeza. Era la primera vez que uno de los enanos daba una descripción tan precisa del orden del que todos formaban parte.

»Comodín prosiguió:

»—¿Y quién puede haber organizado todo esto tan sabiamente?

»—Debe de ser una casualidad... —mentí—. Es como cuando lanzas unos palitos al aire; siempre podrás buscar una interpretación a la forma en que hayan caído.

»—No lo creo —dijo el pequeño bufón.

»Era la primera vez que alguien de esta isla me hacía frente. No estaba delante de una figura de cartón, sino que tenía ante mí a una persona.

»Por un lado me alegré, quizá Comodín podría convertirse en un buen interlocutor; pero también me entró una gran preocupación: ¿y si los enanos entendieran de repente quiénes eran y de dónde venían?

»—¿¡Ah, no!?, ¿entonces tú qué crees? —pregunté.

»Me miró fijamente a los ojos. Estaba inmóvil como una estatua, pero una de sus manos le temblaba ligeramente, y hacía sonar los cascabeles.

»—Todo parece muy planificado —dijo intentando ocultar su preocupación—, perfectamente preparado y tramado. Creo que estamos de espaldas a algo que puede elegir ponernos boca arriba, o no hacerlo.

»Los enanos utilizaban con frecuencia palabras y expresiones del lenguaje de las cartas, lo que les permitía expresar de forma adecuada lo que tenían en la mente. Yo intentaba pagarles con la misma moneda cuando era posible.

»El pequeño bufón dio unos extraños saltos tan bruscos que hizo sonar todos los cascabeles.

»—¡Yo soy *Comodín*! —exclamó—. No lo olvides, querido maestro. No soy como los

otros habitantes de este pueblo, ¿sabes? No soy ni rey ni jota, y tampoco soy diamante ni trébol, ni corazón ni pica.

»Yo ya estaba preocupado, pero sabía que no debía poner las cartas sobre la mesa.

»—¿Quién soy yo? —continuó—. ¿Por qué soy Comodín? ¿De dónde vengo y hacia dónde voy?

»Opté por una jugada de riesgo:

»—Ya has visto todo lo que he obtenido de las plantas de esta isla —empecé a decir—. ¿Qué pensarías si dijera que soy yo quien te creé a ti y a todos los demás enanos del pueblo?

»Se quedó mirándome fijamente a los ojos. Vi cómo temblaba su frágil cuerpo, y oí el nervioso tintineo de los cascabeles.

»Dijo con voz entrecortada:

»—Entonces, querido maestro, sólo me quedaría la alternativa de matarte, con el fin de recuperar mi dignidad.

»Me reí forzosamente.

»—Claro —contesté—. Pero ése no es, por suerte, el caso.

»Se quedó un segundo o dos mirándome con desconfianza. De repente, desapareció por la esquina de la casa, pero volvió al cabo de un momento, trayendo consigo una botellita de bebida púrpura. Era una botella que yo había tenido escondida en lo más oculto de un armario durante muchos años.

»—¡Salud! —exclamó—. ¡Mmm, dice Comodín!

»Dicho esto, se llevó la botella a la boca.

»Me sentí totalmente paralizado. No era por mi propia vida por la que temía. Lo que me preocupaba era que todo lo que yo había creado en esta isla se disolviera y desapareciera tan de repente como había llegado.

—Pero eso no pasó, ¿no?

—Deduje que Comodín había bebido de la botella, y que esa extraña bebida fue la que le proporcionó tanta lucidez.

—¿Pero no dijiste que la bebida púrpura hace que uno pierda la capacidad mental y el sentido de la orientación?

—Sí, es verdad, pero no enseguida. Al principio, la bebida te vuelve enormemente inteligente. Es porque toda la inteligencia es absorbida de golpe. Pero, poco a poco, va llegando la apatía. Eso es lo que hace que esa bebida sea tan peligrosa.

—¿Qué ocurrió con Comodín?

—Gritó:

»—¡Se acabó la conversación! ¡Pero volveremos a vernos!

»Bajó corriendo al pueblo y dio la botella a los enanos, y, desde ese día, todos los habitantes del pueblo han estado consumiendo la bebida púrpura. Varias veces por semana los tréboles van a recoger jugo de púrpura a los troncos huecos. Luego, los corazones fabrican la bebida roja, y los diamantes la embotellan.

–¿Todos los enanos se volvieron tan inteligentes como Comodín?

–No exactamente, aunque estuvieron tan lúcidos durante unos días que tuve miedo de que me descubrieran. Pero luego se volvieron más distantes aún que antes. Lo que has visto hoy no son más que restos de lo que fueron.

Pensé en todos los trajes y uniformes de colores. Por un instante, vi en mi mente a As de Corazones con el vestido amarillo.

–Pero al menos son unos hermosos restos –dije.

–Sí, son hermosos, pero inconscientes. Están en esta naturaleza exuberante pero no lo saben. Ven el sol y la luna, saborean todas las plantas y verduras, pero no lo notan. Cuando dieron el gran salto eran verdaderas personas, pero en cuanto comenzaron a tomar la bebida púrpura se distanciaron y desaparecieron. Era como si se hubiesen encerrado en sí mismos. Todavía son capaces de mantener algo parecido a una conversación, pero se olvidan de lo que han dicho nada más terminar de decirlo. Comodín es el único que conserva algo de la antigua chispa. Y quizá también As de Corazones. Dice siempre que está intentando «encontrarse a sí misma».

–Hay algo que no me cuadra.

–¿Qué?

–Dijiste que los primeros enanos llegaron a la isla sólo unos cuantos años después de tu propia llegada. Pero todos parecen muy jóvenes. Resulta difícil creer que muchos de ellos tienen 50 años.

El anciano rostro se iluminó con una misteriosa sonrisa:

–No se hacen viejos.

–Pero...

–Cuando yo estaba solo en la isla, las imágenes de mis sueños eran cada vez más nítidas; luego, saltaron de mis pensamientos y se lanzaron a la vida en este lugar. Pero siguen siendo imaginación. Y la imaginación tiene la extraña capacidad de que lo creado por ella se mantiene siempre joven y vivo.

–Es incomprendible...

–¿Has oído hablar de Rapunzel?, hijo mío.

Negué con la cabeza.

–Pero sí habrás oído hablar de Caperucita Roja, o de Blancanieves, o de Hansel y Gretel.

Asentí.

–¿Y qué edad crees que tienen? ¿Cien años? ¿Acaso mil? Son a la vez muy jóvenes y muy antiguos, porque han surgido de la imaginación de los seres humanos. Tampoco yo iba a imaginarme que los enanos de esta isla se volvieran viejos y canosos; ni siquiera los trajes que llevan han envejecido un ápice. Es distinto al caso de los mortales, que un buen día estamos tan gastados que nos rompemos en trocitos y desaparecemos. No ocurre así con nuestros sueños, siguen vivos en otras personas, mucho, muchísimo tiempo después de que hayamos desaparecido.

Se acarició su pelo cano y señaló su gastada chaqueta.

–La gran pregunta –prosiguió– no era saber si las figuritas serían consumidas por el tiempo. La cuestión era saber si verdaderamente también *estaban* en el jardín y podían ser vistas por otras personas.

–¡Y sí que estaban! –dije–. Primero conocí a Dos y Tres de Tréboles. Luego me encontré con los diamantes en la fábrica de vidrio...

–Hmm...

El viejo se quedó absorto en sus propios pensamientos. Parecía no escucharme.

–La segunda gran pregunta es –dijo finalmente– saber si seguirán aquí cuando yo haya desaparecido.

–¿Qué crees tú?

–No sé la respuesta a esa pregunta, y nunca la sabré. Porque cuando yo ya no esté, no podré saber si mis figuras siguen viviendo en la isla o no.

De nuevo se quedó callado durante un largo rato. Me pregunté si no sería todo un sueño. Quizá no estaba en la cabaña de Frode. Quizá estuviera en un sitio distinto y todo lo demás ocurriera sólo dentro de mí.

–Mañana te contaré más, hijo mío. Tengo que hablarte del calendario y del gran juego de Comodín.

–¿El juego de Comodín?

–Mañana, hijo. Ahora, los dos necesitamos dormir.

Se levantó y me señaló un camastro cubierto con pieles y mantas tejidas a mano. También me dio un camisón de lana. Fue agradable poderme quitar por fin el sucio traje de mariner.

¿Qué piensan los elfos en el momento de ser alumbrados y llegar completos y desarrollados a un flamante día? ¿Qué dicen las estadísticas sobre eso? Es Comodín quien pregunta. Él mismo se sobresalta cada vez que ocurre el pequeño milagro, se descubre a sí mismo como en un juego de magia producido por él mismo. De esa forma celebra la mañana de la creación. De esa manera saluda la creación de la mañana.

Una chispa de la hoguera

Sofía y Alberto habían estado sentados en el deportivo rojo escuchando al mayor hablar a Hilde sobre el universo.

–¿Te has dado cuenta de que los papeles han sido completamente cambiados? – preguntó Alberto después de un rato.

–¿Qué quieres decir?

–Antes eran ellos quienes nos escuchaban a nosotros, y nosotros no los podíamos ver. Ahora somos nosotros quienes los escuchamos a ellos, pero ahora ellos no nos pueden ver a nosotros.

–E incluso hay algo más.

–¿En qué estás pensando?

–Al principio no sabíamos que existía otra realidad, en la que vivían Hilde y el mayor. Ahora son ellos los que no saben nada de nuestra realidad.

–Ésa es la dulce venganza.

–Pero el mayor podría intervenir en nuestro mundo...

–Nuestro mundo no fue sino una intervención suya.

–No quiero perder la esperanza de que también nosotros podamos un día intervenir en su mundo.

–Pero sabes que eso es completamente imposible. ¿Te acuerdas de lo que pasó en el café Cinderella? Vi cómo te quedaste tirando de aquella botella de coca-cola.

Sofía se quedó mirando al jardín mientras el mayor hablaba de «la gran explosión». Esta expresión le hizo pensar en algo.

Empezó a hurgar en el coche.

–¿Qué pasa? –preguntó Alberto.

–Nada.

Abrió la guantera y encontró una llave inglesa. Con la llave en la mano se acercó al balancín y se puso justo delante de Hilde y su padre. Primero intentó captar la mirada de Hilde, pero le fue imposible. Al final levantó la llave inglesa muy alto por encima de su cabeza y golpeó con ella muy fuerte la frente de Hilde.

–¡Ay! –dijo Hilde.

Luego Sofía también golpeó con la llave inglesa la frente del mayor, pero él no reaccionó en absoluto.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó él.

Hilde le miró:

–Creo que me ha picado un tábano.

–Habrá sido Sócrates que intentaba sacarte del letargo.

Sofía se tumbó en la hierba e intentó empujar el balancín. Pero no se movía ni un ápice. ¿O había conseguido que se moviera un milímetro?

–Sopla como un vientecillo fresco por el suelo –dijo Hilde.

–A mí me parece que tenemos una temperatura muy suave.

–Pero no es sólo eso. Aquí *hay* algo.

–Solamente tú y yo y la suave noche de verano.

–No, hay algo en el aire.

–¿Qué puede ser?

–¿Te acuerdas del plan secreto de Alberto?

–¿Cómo no me iba a acordar?

–Y desaparecieron de la fiesta en el jardín. Como si se los hubiera tragado la tierra.

–Pero...

–«como si se los hubiera tragado la tierra...»

–En algún punto la historia tiene que acabar. Sólo era algo que yo escribí.

–*Aquello* sí, pero no lo que ocurrió después. Fíjate, si estuvieran aquí...

–¿Crees que eso puede ser?

–Siento algo extraño, papá.

Sofía volvió corriendo al coche.

–Impresionante –tuvo que admitir Alberto, mientras ella se metía en el coche con la llave inglesa–. A lo mejor resulta que la chica tiene facultades especiales.

El mayor puso su brazo alrededor de Hilde.

–¿Has oído la maravillosa música de las olas que golpean las piedras?

–Sí.

–*Mañana tendremos que llevar la barca al agua.*

–¿Pero oyes los extraños susurros del viento? ¡Mira cómo tiemblan las hojas de los álamos!

–*Es el planeta vivo...*

–*Escribiste que había algo «entre líneas».*

–¿Sí?

–*Quizás haya algo «entre líneas» también en este jardín.*

–*Desde luego la naturaleza está llena de enigmas. Y estamos hablando de las estrellas del firmamento.*

–*Pronto habrá estrellas en el agua también.*

–*Sí, eso que llamabas la fosforescencia del mar cuando eras pequeña. En cierta manera tenías razón, porque tanto la fosforescencia como todos los demás organismos*

están hechos de elementos químicos que algún día fueron mezclados y cocidos en una estrella.

–¿Nosotros también?

–Sí, también nosotros somos polvo de las estrellas.

–¡Qué bonito!

–Cuando los radiotelescopios captan luz de galaxias lejanas que se encuentran a miles de millones de años luz de distancia, registran el aspecto que tenía el espacio en el tiempo primigenio, justo después de «la gran explosión». Todo lo que los seres humanos vemos en el cielo son fósiles cósmicos de hace miles y millones de años. Lo único que puede hacer un astrólogo es predecir el pasado.

–¿Porque las estrellas de las constelaciones se han distanciado las unas de las otras antes de que la luz de las estrellas llegue hasta nosotros?

–Hace sólo un par de miles de años las constelaciones tenían un aspecto bastante diferente al que tienen hoy.

–No lo sabía.

–En una noche despejada vemos millones, por no decir miles de millones, de años hacia atrás en la historia del universo. De alguna manera emprendemos el viaje de vuelta a casa.

–Eso me lo tienes que explicar mejor.

–También tú y yo empezamos con «la gran explosión». Porque toda la materia del universo es una unidad orgánica. Una vez, en los tiempos primigenios, toda la materia estaba concentrada en una bola que era tan densa que la cabeza de un alfiler habría pesado muchos miles de millones de toneladas. Este «átomo primigenio» estalló debido a la enorme gravitación. Fue como si algo se rompiera. Pero al elevar la mirada hacia el cielo intentamos encontrar el camino de vuelta a nosotros mismos.

–¡Qué manera tan rara de expresarlo!

–Todas las estrellas y galaxias del universo están hechas de la misma materia. En algunas partes, algunas de ellas se han juntado. Puede haber millones de años luz entre una y otra galaxia. Pero todas tienen el mismo origen. Todas las estrellas y los planetas son de la misma estirpe.

–Comprendo.

–¿Qué es esa materia universal? ¿Qué fue aquello que hizo explosión hace miles de millones de años? ¿De dónde viene?

–Ése es el gran enigma.

–Pero es algo que nos atañe en lo más profundo. Porque nosotros mismos somos de esa materia. Somos una chispa de la gran hoguera que se encendió hace muchos miles de millones de años.

–Lo has expresado de una manera muy bonita.

–Ahora bien, no debemos exagerar el significado de las grandes cifras. Basta con tomar una piedra en la mano. El universo habría sido igual de inconcebible aunque

sólo hubiese consistido en esta piedra del tamaño de una naranja. La pregunta habría seguido allí invariablemente: ¿de dónde viene esta piedra?

Sofía se levantó de pronto en el deportivo rojo y señaló hacia la bahía.

–Me entran ganas de probar el bote –exclamó.

–Está amarrado. Además no seríamos capaces de mover los remos.

–¿Lo intentamos? Estamos en la noche de San Juan...

–Por lo menos podemos bajar al agua.

Salieron del coche y bajaron corriendo por el jardín.

En el muelle intentaron soltar la cuerda, que estaba atada a una anilla de acero; pero no lograron ni siquiera moverla.

–Como si estuviera clavada –dijo Alberto.

–Pero tenemos tiempo de sobra.

–Un auténtico filósofo no debe darse por vencido. Si al menos lográramos... soltar esta...

–Ahora hay todavía más estrellas en el cielo –dijo Hilde.

–Sí, éste es el momento más oscuro de la noche de verano.

–Pero en el invierno echan chispas. ¿Te acuerdas de aquella noche antes de irte al Líbano? Era el día de Año Nuevo.

–Fue cuando me decidí a escribir un libro de filosofía para ti. Estuve en una importante librería de Kristiansand y también en la biblioteca municipal; pero no había nada apropiado para jóvenes.

–Es como si estuviéramos sentados en la punta de uno de los finos pelos de la blanca piel del conejo.

–Me pregunto si hay alguien allí afuera, en la noche de los años luz.

–¡El bote se ha soltado!

–Es verdad...

–No lo entiendo. Bajé a comprobar el amarre justo antes de que tú llegaras.

–¿De veras?

–Me recuerda a Sofía, cuando tomó prestado el bote de Alberto. ¿Te acuerdas de que lo dejó a la deriva?

–A lo mejor es ella la que ha estado por aquí.

–Tú te lo tomas a broma, pero yo tengo la sensación de que ha habido alguien aquí durante toda la noche.

–Uno de los dos tiene que nadar hasta allí.

–Lo haremos los dos, papá.

¿Quién pudo alegrarse de los fuegos artificiales cósmicos mientras las filas de butacas del firmamento no se habían llenado más que de hielo y fuego? ¿Quién pudo adivinar que ese atrevido primer anfibio no sólo había recorrido a gatas un paso desde la orilla, sino que había dado un paso de gigante por el largo camino hacia la orgullosa visión de conjunto del primate del principio de dicho camino? El aplauso a la gran explosión no llegó hasta 15.000 millones de años después de que hiciera explosión.

Imporiel

Sucedió en Paderborn, a finales del siglo XIII. A esta pequeña ciudad a medio camino entre Hannover y Colonia llega disparado un revoltoso rebaño de ovejas seguido de dos pastores, un Rey Mago, una niña con chaqueta roja y pantalones vaqueros, y un ángel con las alas extendidas.

Es muy temprano, la ciudad no se ha despertado aún, sólo se ve en la calle a un vigilante nocturno que grita algo con voz serena a los dos pastores que van siguiendo a su rebaño por la ciudad. Al instante descubre al ángel sobrevolando el adoquinado. Entonces levanta los brazos hacia la salida del sol y exclama:

–¡Aleluya! ¡Aleluya!

Y desaparece por una esquina, dejando la calle a la santa procesión.

Se detuvieron delante de una iglesia en medio de la ciudad.

–Ésta es la iglesia de San Bartolomé –dijo Efiriel–. Fue construida en el siglo XI, y la llamaron así por uno de los doce apóstoles de Jesús.

Elisabet había descubierto algo muy extraño. Señalando el chapitel de la torre de la iglesia, dijo:

–Allí arriba hay un pájaro blanco.

Una sonrisa iluminó el rostro del ángel:

–Ojalá fuera así –suspiró.

Unos segundos más tarde despegó aquello que Elisabet pensaba era un pájaro y bajó volando en espiral hacia la procesión de peregrinos. Ella se dio cuenta entonces de que no era un pájaro, sino un ángel. Pero no era un ángel adulto, porque no era más grande que ella.

El ángel niño aterrizó justo a los pies de Elisabet.

–¡Maravilloso! –exclamó–. Me llamo Imporiel e iré con vosotros a Belén.

Hacía molinillos en el aire mientras miraba a Baltasar y a los dos pastores. En realidad era un poco atolondrado. Al final dijo mirando a Efiriel:

–Llevo esperando un cuarto de eternidad, ¿sabes?

Baltasar se quedó pensando. Era evidente que tenía algo que decir.

–Un cuarto de eternidad... –empezó–. Un cuarto de eternidad es aproximadamente 66.289 años... o alrededor de 156.498 años... o mejor dicho 439 millones 811 mil 977 años y 4 segundos, y tal vez un poco más, porque no resulta fácil decir cuánto dura un cuarto de eternidad. Primero hay que calcular cuánto dura una eternidad *entera*, y luego

hay que dividirla entre cuatro, pero es muy difícil calcular cuánto dura exactamente. No importa con qué número empieces, la eternidad siempre durará incluso más. Los cálculos de eternidades enteras o medias son menesteres reservados al cielo.

El ángel Imporiel miró ofendido al Rey Mago por haberle corregido y dijo:

–Pues llevo esperando muchas horas sentado en la torre de la iglesia.

–No lo dudo –señaló Baltasar–, pero eso no equivale a llevar sentado un cuarto de eternidad.

Con el fin de evitar una pelea entera y no sólo un cuarto de ella, Josué, el pastor, golpeó el suelo con su cayado y dijo:

–¡A Belén, a Belén!

Salieron a toda prisa de la ciudad y se internaron por carreteras y caminos. Imporiel corría delante de las cinco ovejas, de modo que los peregrinos iban custodiados por los dos ángeles, uno al principio y otro al final.

Vieron muchas ciudades y pueblos, pero no se detuvieron hasta llegar a la antigua ciudad colonial de los romanos, Colonia, a orillas del río Rin.

–El reloj de ángel indica que nos encontramos en el año 1272 después de Cristo –dijo Efiriel, señalando una gran catedral en construcción–. Sabemos que han empezado a construir la magnífica catedral de Colonia –añadió–, pero no estará acabada hasta dentro de muchos cientos de años.

Iban corriendo por la orilla del río más grande que Elisabet Hansen había visto jamás. Imporiel dijo:

–Un paisaje superbonito, ¿verdad que sí? Vamos por el precioso valle del Rin. Por aquí hay castillos y palacios, empinadas viñas y catedrales góticas, dientes de león y ruibarbo.

El valle se iba estrechando y las montañas eran cada vez más altas. Pasaron por ciudades y pueblos. En el río se veía alguna que otra barca.

Mientras corrían por el precioso paisaje, Elisabet se volvió hacia el ángel Efiriel y le preguntó si conocía de antes a Imporiel.

Al ángel esa pregunta le resultó muy divertida.

–Todos los ángeles del cielo nos conocemos desde la eternidad –dijo riéndose.

–¿Sois muchos?

–Sí, una gran multitud.

–¿Y cómo podéis conocerlos todos?

–Hemos tenido toda la eternidad para conocernos, y eso es, como ya he dicho, mucho tiempo.

–¿Todos los ángeles tenéis nombres diferentes?

–Claro que sí. Si no, no podríamos llamarnos los unos a los otros, ni tampoco habríamos sido *personas*.

Y Efiriel se puso a nombrar todos los ángeles:

–Los ángeles del cielo se llaman Ariel, Beriel, Curruciel, Daniel, Efiriel, Fabiel, Gabriel,

Hamurabiel, Immanuel, Joaquiél, Kokiél, Luxuriel, Miguel, Nariel...

–Es suficiente –le interrumpió Elisabet–. Me parece que tiene mucho mérito haber inventado tantísimos nombres acabados en *-el*.

Efiriél asintió.

–La imaginación de Dios es tan infinita como infinito es el número de estrellas del cielo. Ningún ángel es idéntico a otro, como tampoco lo son los seres humanos. Se pueden hacer mil máquinas idénticas, pero eso es tan fácil que incluso un humano puede conseguirlo.

Al final el ángel Efiriél pronunció unas palabras que Elisabet guardó en su corazón:

–Cada ser humano de la Tierra es una completa obra de creación por sí solo.

Comodín es un ángel en apuros. Debido a un fatal malentendido, se vistió de carne y hueso. Sólo había querido compartir las condiciones de los primates durante unos segundos cósmicos y tuvo la desdicha de tirar de la escalera celestial y bajársela consigo. Si nadie le recoge ya, el reloj biológico irá cada vez más deprisa, y será demasiado tarde para regresar al reino de los cielos.

Jirí Kubelík

En Praga nació hace mucho tiempo un niño llamado Jirí Kubelík. Vivía en una casa muy pequeña con su madre. Era huérfano de padre, y cuando tenía 3 años soñaba a menudo con un hombrecillo con sombrero verde de fieltro y un fino bastón de bambú. En el sueño, el hombrecillo era de la misma estatura que Jirí, pero por lo demás tenía el aspecto de un hombre normal, sólo que era mucho más bajo, y más elocuente que la mayoría de los hombres.

En los sueños, el hombrecillo intentaba convencer a Jirí de que era él quien decidía todo lo que el niño hacía y decía, no sólo por la noche, sino también de día. Cuando Jirí a veces hacía cosas para las que no tenía permiso de su madre, pensaba pues que tendría que ser el hombrecillo el que le había instado a hacerlo. Cada vez más a menudo, Jirí empleaba palabras y expresiones adultas que su madre no sabía dónde podía haber aprendido. Además, le contaba unas historias rarísimas, fragmentos o largas narraciones que le había contado el hombrecillo mientras dormía.

Los sueños con el hombrecillo eran siempre divertidos y alegres, y Jirí solía despertarse con una sonrisa en los labios. No protestaba nunca cuando su madre lo mandaba a la cama. Los problemas surgieron una mañana en que el hombrecillo no desapareció con el sueño, pues cuando Jirí abrió los ojos un soleado día vio con toda claridad al hombrecillo del sombrero verde de fieltro al lado de la cama y, acto seguido, el hombre en miniatura salió de la habitación y continuó hasta el cuarto de estar. Jirí se levantó a toda prisa y fue corriendo él también al cuarto de estar. Y allí se encontró, como había sospechado, con el hombrecillo paseándose entre los muebles y dando vueltas a su bastón. Estaba vivito y coleando.

Cuando la madre de Jirí salió de su dormitorio un poco más tarde, el niño se apresuró a señalar al hombrecillo, que en ese instante estaba en un rincón del cuarto de estar hurgando en un libro con su bastón de bambú. La madre tuvo que reconocer que era incapaz de verlo. A Jirí le extrañó pues, para él, el hombrecillo era todo menos invisible. Sus contornos eran tan nítidos como los del gran jarrón en el suelo o los del viejo piano verde que su madre había pintado hacía poco, porque el antiguo color blanco había comenzado a amarillear.

Sin embargo, en algunas cosas el comportamiento del hombrecillo había cambiado mucho con respecto a los sueños. A partir de entonces sólo muy de tarde en tarde se dirigía a Jirí para decirle algo. Así pues, la relación entre ambos cambió, pues mientras el

hombrecillo había vivido en los sueños de Jirí apenas había hecho otra cosa que jugar con las palabras. Fue como si a partir de ese momento hubiera renunciado a casi todo el lenguaje a favor del pequeño Jirí. Además, en los sueños le encantaba coger ciruelas y cerezas, que se metía en la boca inmediatamente y comía con gran placer, o llevaba a Jirí a un secreto almacén de refrescos en el sótano y abría una botella tras otra de bebidas dulces que se llevaba a la boca y vaciaba antes de tener tiempo de preguntar al niño si quería un trago para matar la sed. En el mundo real, en cambio, nunca cogía ningún objeto, excepto sus propios sombrero y bastón, al que no paraba de dar vueltas. Tampoco bebía ni comía nada. En el mundo real era sólo una sombra de sí mismo, en comparación con lo vivo y ágil que era en la imaginación de Jirí. Tal vez fuera el precio que el hombrecillo tuvo que pagar por haber pasado del sueño a la realidad, pues se trataba de un salto considerable.

Jirí creció y el hombrecillo continuó siguiéndolo por todas partes, pero sin crecer ni un milímetro. Cuando Jirí tenía 7 años, le llevaba ya una cabeza, y desde entonces lo llamó El Metro, porque sólo medía un metro de altura.

Desde el día en que El Metro metió la cabeza en la realidad, apareciendo por primera vez en el piso de Jirí, el chico jamás volvió a soñar con él. Así pues, estaba seguro de que había salido del mundo de los sueños, bien por voluntad propia bien porque, sin querer, se había alejado del país de cuento del que provenía y era incapaz de encontrar el camino de retorno. Jirí se echó la culpa de que el hombrecillo se hubiera extraviado, y nunca perdió la esperanza de que El Metro encontrara algún día el camino de retorno a su país de origen. Al fin y al cabo, era adonde pertenecía, y todo el mundo debe cuidarse mucho de no alejarse demasiado de la realidad a la que uno, al fin y al cabo, pertenece. Conforme Jirí iba creciendo, a veces se cansaba y se ponía nervioso por tener siempre cerca al hombrecillo.

Durante toda la vida, El Metro siguió a Jirí como una sombra. Parecía perseguir a Jirí, pero el hombrecillo siempre juraba que era al revés, es decir, que era él quien empujaba al niño, y que era él quien decidía sobre la vida de Jirí. Algo de razón tenía, pues Jirí nunca podía decidir por su cuenta cuándo o dónde se encontraría con El Metro. Siempre era el hombrecillo el que decidía cuándo aparecer ante Jirí, por lo que podía presentarse en los momentos menos oportunos de la vida del chico.

Nunca nadie aparte de Jirí vio a El Metro, ni en casa ni en las calles de Praga. Eso jamás dejó de extrañarle.

Cuando era ya un hombre, conoció un día al gran amor de su vida, se llamaba Jarka, y como Jirí quería compartir vida y alma con ella, intentó un par de veces señalar a El Metro cuando éste aparecía en la habitación, para que también su novia pudiera ver el milagro, aunque fugazmente. Pero Jarka pensaba que Jirí estaba a punto de perder el juicio, por eso se fue apartando poco a poco de él, y un día le abandonó por un joven ingeniero, pues pensaba que Jirí vivía más en su propia imaginación que en el mundo real con las demás personas.

Solo y aislado, Jirí se hizo viejo, y cuando murió, tuvo lugar un singular cambio. Desde el día en que Jirí salió del tiempo, es decir, de nuestro mundo, empezaron a circular por Praga rumores de que algunas personas habían visto a un homúnculo pasearse al caer la tarde por la gran plaza del casco viejo, dando iracundas vueltas a un pequeño bastón de bambú. Al hombrecillo se le veía de vez en cuando sentado sobre una tumba en el cementerio, siempre en la misma tumba, en cuya lápida ponía JIRÍ KUBELÍK.

Había por allí una anciana que se sentaba a veces en un banco pintado de blanco, desde donde saludaba amablemente con la mano al hombrecillo cuando éste muy de tarde en tarde hacía acto de presencia sobre la tumba de Jirí. Era Jarka, que muchos años antes había rechazado a Jirí porque pensaba que había perdido el juicio.

Se decía que la anciana era la viuda de Kubelík, tal vez porque siempre se sentaba en aquel banco del cementerio pintado de blanco y miraba fijamente la lápida de Jirí, o tal vez no.

Uno pregunta: ¿Qué probabilidad hay de que algo pueda surgir de la nada? O al revés, claro: ¿Es posible que algo haya existido siempre?

O en todo caso: ¿Es posible calcular la probabilidad de que la materia cósmica de repente una mañana se haya frotado somnolienta los ojos despertando a la conciencia de sí misma?

Ana

Permanecí delante de *El jardín de las delicias* durante al menos media hora, lo cual no es nada del otro mundo, porque el cuadro habría merecido al menos una semana entera. Estudié algunos de los detalles más pequeños, en varias ocasiones tuve que dejar a otras personas ponerse delante de mí. Y entonces, Vera, entonces oigo una voz conocida a mi espalda.

–Se tarda miles de millones de años en crear un ser humano –dijo la voz–. Y sólo se tarda segundos en morir.

Me volví lentamente hacia José, y comprendí enseguida que lo que acababa de decir no pretendía ser la interpretación de un cuadro pintado hace casi quinientos años, sino que Ana había muerto.

Ana había muerto: Ana, que no había querido revelar dónde la había visto antes, Ana que no quiso bailar flamenco, Ana que sufrió una repentina indisposición en la mesa del desayuno, y Ana, quien hace sólo unos días había abandonado ese café de Salamanca con una acalorada exclamación de que quería volver a su Sevilla.

No fue sólo el breve aforismo lo que me hizo entender. Miré un rostro pálido y demacrado que había estado en un lugar muy, muy lejano, y que aún no había tenido tiempo de buscar un camino de retorno. Una vieja impresión visual pasó velozmente por mi cabeza. En Salamanca, José me había lanzado una mirada casi de pánico al exclamar: «¡Tenemos que hablar, Frank! ¿Visitas de vez en cuando el Prado?». En ese momento se inclinó ante el cuadro y señaló a la izquierda, a una pareja de amantes dentro de una bola de cristal. Susurró, alterado y agitado:

–La felicidad es tan frágil como el cristal.

No se dijo nada más en un buen rato, pero estaba seguro de que él sabía que yo había entendido sus palabras. Empezamos a pasear lentamente por las salas, y subimos a la primera planta. De repente dijo:

–Éramos inseparables.

No logré decir nada, pero le miré a sus ojos resignados, y creo que mi cara y mis gestos expresaron mi estupefacción y mi compasión. A la vez, me estaba acercando a la solución del enigma, porque José me guió hasta la colección de Goya, y de repente nos encontramos ante los cuadros de *La maja desnuda* y *La maja vestida*. Estuve a punto de desmayarme, y José seguro que se dio cuenta, porque me agarró fuerte del brazo izquierdo. ¡Era Ana!

Era Ana, Vera. Era allí donde la había visto antes tantísimas veces. Me había preguntado si la había visto en alguna película o si podía haberme encontrado con ella en un sueño. Incluso pensé que quizá la hubiera conocido en otra realidad. Pero allí estaba. Allí estaba Ana, recostada sobre una chaise-longue del estudio de Goya, allí estaba, colgada en la pared del Museo del Prado, desnuda y vestida. Alrededor de los cuadros pululaban turistas curiosos. (...)

Me sentía conmocionado, abrumado y asustado. Si no fuera porque Goya pintó esos cuadros hace doscientos años, habría jurado que Ana tuvo que haber sido la modelo de los mismos, o al menos de la cara de la retratada.

Había algo más. A Ana no le gustaba que la reconocieran, y era obvio que a José tampoco le agradaba. «Hay muchas mujeres morenas en España, ¿sabes Frank? Y en Madrid también.» Su respuesta se había grabado en mi memoria. Ahora podía imaginarme lo molesto que habría tenido que resultarle a Ana ser constantemente reconocida. Y sobre todo, tuvo que haber sido sumamente duro ser reconocida como una mujer que vivió en España hace doscientos años. (...)

Tuve una ocurrencia monstruosa. ¿Por qué había sufrido Ana esa súbita indisposición en Maravu? ¿Y por qué había muerto unos meses después? ¿Podría haber una conexión entre el hecho de que se pareciera a la *maja* de Goya y de que hubiera muerto tan joven?

Dije:

–Es idéntica.

José negó con la cabeza.

–Es ella –dijo.

–Pero eso es imposible.

–Claro que es imposible. Pero es Ana.

Permanecimos un buen rato al fondo de la sala conversando en voz baja. José dijo:

–¿Conoces la historia de estos cuadros?

–No –respondí.

Creo que seguía boquiabierto. Prosiguió:

–No la conoce nadie, no del todo, pero algo sí se sabe.

Yo estaba impaciente:

–¿Y qué es lo que se sabe?

–*La maja desnuda* es mencionada por primera vez por Juan Agustín Ceán Bermúdez y el grabador Pedro González de Sepúlveda, quienes describieron el cuadro en el año 1800, cuando colgaba en un gabinete privado del palacio de Manuel Godoy junto a otros cuadros clásicos de mujeres desnudas, tales como *La Venus del espejo* de Velázquez, además de una madona italiana del siglo XVI. Ambos cuadros fueron robados por la reina y su amante Godoy a la duquesa de Alba.

–¿Tenía Godoy una predilección especial por los desnudos femeninos?

–Pues al parecer sí. En el mismo gabinete colgaba también una copia de la *Venus* de Tiziano. En esa época, los cuadros con desnudos femeninos estaban mal vistos, aunque

los desnudos más idealizados de figuras mitológicas, como Venus, no se consideraban tan censurables como *La maja desnuda*.

—¿Por qué?

—Como ves, la *maja* de Goya es muy diferente a las figuras mitológicas. Es una mujer de carne y hueso, y, obviamente, es la reproducción de una modelo viva, por lo que resultaba un cuadro más picante, o decadente si quieres, que por ejemplo las venus de Tiziano y Velázquez. Se consideraba pornografía.

—Entiendo.

—Por ejemplo Carlos III y Carlos IV pensaron en destruir todos los cuadros de la colección real de esa clase, pero parece ser que a Godoy se le concedió un privilegio especial para conservar sus cuadros, aunque sólo en sus propias estancias.

—¿También tenía él *La maja vestida*?

—Sí. Es muy probable que *La maja vestida* fuera pintada después de *La maja desnuda*, porque no se menciona hasta 1808, en un catálogo elaborado por el pintor francés Frédéric Quilliet, que era el agente de José Bonaparte. Dicho catálogo nombra *La maja vestida* junto con *La maja desnuda*.

Bajó la voz para que los que pasaban por delante de nosotros no le oyesen. Luego añadió:

—¿Sabes qué es una *maja*? Goya pintó varias.

—¿Una mujer campesina? —sugerí.

—O una hermosa mujer del pueblo, una mujer bonita y vestida de fiesta. El correspondiente masculino es *majo*.

—¿Se podría haber dicho que Ana era una *maja*?

Hizo un enérgico gesto negativo con la cabeza.

—Ana era gitana. Por cierto, es dudoso que *La maja* fuese el título original dado por Goya. Cuando Fernando VII confiscó las propiedades de Godoy en 1813, las mujeres de ambos cuadros fueron calificadas como «gitanas» en un catálogo, lo cual es algo muy diferente a una *maja*. También en 1808 se dice que las mujeres de los cuadros son gitanas. No debemos olvidar que sólo habían transcurrido unos años desde que se pintaron, el pintor gozaba todavía de buena salud y faltaba aún mucho tiempo para que se marchara, por no decir exiliara, a Francia. Ya en 1815 se las llamó *majas*, una denominación que desde entonces ha acompañado a los cuadros.

José se tomó un pequeño descanso, pero yo le pedí que continuara. No entendía qué importancia podía tener que la mujer de los cuadros fuera una *maja* o una gitana. Eso no cambiaba el hecho de que Goya hubiera pintado un rostro nada menos que doscientos años antes de que se pudiera contemplar bajo el cielo. Prosiguió:

—En el mes de marzo de 1815, Goya fue requerido por la Inquisición a causa de los dos cuadros. Se le pidió que reconociera haberlos pintado, que indicara por qué motivo los había pintado, por encargo de quién y con qué fin. Esas preguntas nunca fueron

contestadas y, hasta la fecha, nadie sabe con seguridad por encargo de quién fueron pintados.

Ya no había tanta gente delante de las *majas*, y volví a contemplarlas. Dije:

–No resulta difícil entender por qué has estudiado tan a fondo la historia de estos cuadros...

Dijo:

–Hay muchos indicios, como ya dije, de que la versión desnuda se pintara primero. Los dos estaban colgados en el palacio de Godoy, y también él tuvo, al fin y al cabo, que tener en cuenta a la Inquisición. Tal vez la *maja* vestida se pintara con el fin de colgarla encima de la desnuda. Por lo demás, también hay indicios de que los cuadros formaron parte de una especie de broma, de manera que primero aparecía la mujer vestida y luego, mediante un mecanismo, el cuadro giraba y entonces aparecía la desnuda. Desnudar a las mujeres es, como sabemos, un viejo deporte. (...) Entre 1836 y 1901 estuvieron colgados en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, pero allí nunca se expuso al público la versión desnuda. Desde 1901 los cuadros se encuentran en el Museo del Prado, e incluso aquí *La maja desnuda* fue al principio colgado en una sala de acceso limitado.

Quise saber más, porque aunque me había enterado de todo lo que me había contado, yo sólo pensaba en Ana.

–¿Y se sabe quién fue la modelo de los cuadros? –pregunté.

Levantó las cejas.

–O modelos –precisó.

Volví a mirar los dos cuadros.

–Pero si son idénticos...

–Acércate un poco más, y míralos bien antes de emitir un juicio.

Hice como dijo. Podía parecer que *La maja vestida* hubiera sido pintada más deprisa y con menos detalle que la desnuda; la mujer estaba más hinchada y más maquillada que en la variante desnuda. Ya sabemos que la *maja* desnuda fue pintada primero, y tal vez Goya se hubiese apresurado en pintar una equivalente vestida para cubrir a la desnuda. Pero era la misma mujer, y las dos eran Ana, aunque sólo cabeza, cara y pelo eran de Ana. Y ésa era la clave, claro. De repente me pareció obvio que Goya hubiera pintado primero el cuerpo desnudo de una mujer, y luego el rostro de otra mujer encima del desnudo. Estudiándolo bien, cualquiera podía ver que la figura de la mujer estaba dividida en dos partes: cabeza y cuerpo. Y eso se apreciaba con más claridad en la mujer desnuda.

Estaba mirando la cara de Ana, pero no su cuerpo. Era como si la cabeza de Ana hubiera sido trasplantada sobre la modelo desnuda.

Volví al lado de José.

–Utilizó dos modelos –indicé—. Una para el cuerpo y otra para la cabeza.

Hizo un gesto afirmativo y no sonreía, eso no era ningún juego para José. Dijo:

–La modelo del desnudo seguramente fuese una mujer honesta, y, claro, Goya no podía pintar su cara.

Y en su lugar pintó la cara de Ana, pensé.

–¿Y no se sabe nada sobre quién podría ser esa mujer honesta? –pregunté.

–Existen varias teorías. Una muy conocida es que los cuadros fueron encargados por Godoy, que era el favorito de la reina, y que la modelo, es decir, la modelo del desnudo, fuera su amante Pepita Tudó. En ese caso sería especialmente importante esconder su identidad, claro está. Pero también existe otra teoría.

–¡Cuéntame!

–Sabemos que la duquesa de Alba mantuvo durante un tiempo una estrecha relación con Goya, y entre 1796 y 1797, la época en la que se pintó *La maja desnuda*, Goya vivió en la casa de campo de la duquesa, en Sanlúcar de Barrameda, en la desembocadura del río Guadalquivir. Ya a principios del siglo XIX, corría un insistente rumor de que la duquesa de Alba era la modelo de *La maja desnuda*. Detrás del rumor podía haber conocimientos de primera mano, y cuanto más antiguo es un rumor, más razón hay para creer en él.

–Entiendo –dije–. ¡Entiendo!

–Si has visto otros de los cuadros que pintó Goya de la duquesa, tanto el muy famoso de 1797, como el dibujo de la duquesa peinándose, también de 1796 o 1797, no hay nada en la mujer que impida la posibilidad de que también pudiera haber sido la modelo de *La maja desnuda*.

–¿Mantuvieron una relación amorosa?

–Eso nadie lo sabe, aunque hay muchos indicios de que Goya no hubiera tenido nada en contra de una relación de esas características. En una carta de 1795 cuenta que la duquesa le visitó en su estudio para que la maquillara. Y añade: «Eso me agradó más que pintarla sobre el lienzo». En la pintura al óleo realizada en Sanlúcar la pintó de negro y con mantilla, y ella lleva dos anillos con la inscripción «Alba-Goya». Y hay más, la duquesa señala con un dedo autoritario un punto en el suelo de arena donde se ve grabado: «Sólo Goya». La duquesa de Alba era sin duda una mujer hermosa y atractiva, y enviudó al morir el duque de Alba en Sevilla, el 9 de junio de 1796.

–Entonces, ¿por qué no podrían haber mantenido una relación amorosa?

–El cuadro de la duquesa perteneció al propio Goya, y puede tratarse más de fantasías y deseos soñados que de hechos reales. Aunque la duquesa, al parecer, era una mujer muy liberal, parece bastante improbable que hubiera aceptado un retrato que tan despiadadamente mostraba su arrogancia. Y, por otra parte, ¿qué probabilidad había de que una belleza de 34 años se enamorara de un hombre cincuentón, más bien endeble y, además, completamente sordo?

–Ah, sí, es verdad que contrajo esa enfermedad...

–Y sin embargo, no hay nada que excluya la posibilidad de que la duquesa fuera la modelo del cuadro en cuestión. Los dibujos hechos de ella pueden indicar que Goya tuvo

una casi total libertad de movimiento dentro de la esfera de su intimidad. Pero nunca se sabrá qué clase de relación hubo entre la duquesa y el pintor, y ya no tiene ninguna importancia. Lo que sí se sabe es que los unió una gran amistad durante cierto período.

Yo seguía mirando fijamente el rostro de la mujer, porque era incapaz de dejar de pensar en Ana.

–Hasta ahora sólo hemos hablado de la mujer que puede haber sido la modelo del cuerpo –dije–. No hemos dicho nada de quién pudo ser la modelo de la cabeza.

No sé si no le noté un atisbo de una sonrisa. Dijo:

–Ésa es una historia mucho más larga, y también mucho más complicada. Y luego es mucho más difícil de comprender. ¿Nos vamos?

Consentí.

–Ya has visto bastante, ¿no?

Me acerqué a los dos cuadros por última vez y miré a Ana a los ojos. Exactamente así me había mirado ella muchas veces en Taveuni, con esa estrecha boca cerrada y una mirada de soslayo en sus ojos negros.

Seguí a José y salimos de la colección Goya, bajamos por las escaleras hasta la planta baja y salimos a la Plaza de Murillo. José se dirigió muy resuelto hacia la entrada del Jardín Botánico, sacó doscientas pesetas del bolsillo para la entrada y yo hice lo mismo, limitándome a seguirle.

Nos pusimos a pasear por el jardín y fuimos inmediatamente envueltos en una sinfonía de aromas de todas las plantas y árboles en flor. Estábamos a principios de mayo. También los pájaros estaban muy atareados, resultaba prácticamente imposible distinguir el trino de un pájaro del de otro.

Al principio, José andaba un par de pasos delante de mí, pero luego me permitió que le alcanzara. Sin volverse hacia mí, dijo:

–Ana amaba este oasis de Madrid. Cada vez que visitábamos la capital exigía venir aquí al menos una vez al día, fuera cual fuera la época del año. Mientras yo asistía a reuniones, ella era capaz de pasarse medio día aquí sola, y si me iba a alguna reunión a las diez, venía a buscarla aquí a la hora de comer. Siempre había descubierto algo nuevo. Era una especie de juego el que yo la buscara entre los árboles. Cada vez tenía que preguntarme dónde la encontraría ese día, cuánto tiempo tardaría en encontrarla y, sobre todo, qué novedad tendría que contarme. Cuando ella me veía primero, jugaba a esconderse, o incluso a seguirme a escondidas mientras yo la buscaba. Poco a poco fue aprendiendo los nombres de todos los árboles y arbustos, y al final sabía exactamente a qué árbol pertenecía cada pájaro.

–Pero vivíais la mayor parte del tiempo en Sevilla, ¿no?

Primero hizo un gesto afirmativo, y luego se contradijo:

–Hace siete u ocho años empecé a trabajar en una serie de televisión sobre la historia de los gitanos en Andalucía. Quise buscar nuevo material sobre el desarrollo de la cultura gitana en el viejo crisol de tradiciones ibéricas, griegas, romanas, celtas, moras, judías y,

claro está, cristianas. Así conocí a Ana en Sevilla, donde ya era una destacada bailaora de flamenco, de hecho, lo era desde los 16 años. Al cabo de unas semanas nos habíamos hecho inseparables, y desde entonces no nos separamos ni una noche.

Yo seguía tan petrificado por ese asombroso parecido entre Ana y la *maja* de Goya que tenía que esforzarme para captar lo que estaba diciendo José. Él prosiguió sin mirarme (...):

–Ana María era la hija más pequeña de una familia gitana, con una gran tradición, que vivía en el barrio sevillano de Triana desde principios del siglo pasado, y allí siguen viviendo sus pobres padres y dos de sus abuelos. Una rama de la familia desciende supuestamente del legendario cantaor de cante jondo El Planeta, el fundador de lo que sería ese estilo tan particular de la escuela de Triana. Era natural de Cádiz y vivió entre 1785 y 1860, aproximadamente. Se cree que su apodo se debe a que creía en la influencia de las estrellas y los planetas, al menos hay un montón de alusiones a los cuerpos celestes en sus canciones. Su nombre también puede aludir a su condición de «errante»: una «estrella errante». A principios del siglo XIX llegó a Sevilla, donde trabajó en las fraguas de Triana, un oficio muy extendido entre los gitanos de aquella época. Según la familia, era el tatarabuelo de Ana, aunque yo no he logrado encontrar ninguna confirmación de este parentesco, fuera de la propia tradición esotérica de la familia. Bueno, tras siete generaciones, no dudo de que tenga cientos, e incluso miles de descendientes, ¿y por qué no iba a ser Ana uno de ellos?

–Sigue.

–En sólo unas semanas, Ana y yo nos unimos con lazos muy fuertes, inusualmente fuertes, y ella me abrió a una tradición familiar que no sólo me interesó muchísimo, sino que también me era muy útil para la serie de televisión en la que estaba trabajando. Por cierto, nunca la terminé.

–¿Por qué no?

–Yo mismo me convertí en gitano andaluz, al menos en un aficionado y amante de los misterios de la cultura flamenca. Me sentía como un yerno adoptado en esa familia tan consciente de sus tradiciones, y claro, no podía hacer una serie de televisión sobre mi propia familia, pues iba enterándome de demasiadas cosas, porque, como ya te he comentado, también había ciertos aspectos esotéricos en esas tradiciones familiares. Lo que mejor han sabido hacer los gitanos andaluces durante más de quinientos años ha sido cómo mantener secretos. Durante largos períodos también tuvieron que esconderse bajo tierra para escapar de la Inquisición. Ahora bien, en la familia de Ana se contaba durante muchas generaciones una historia muy especial, una historia increíble que se remontaba hasta El Planeta, y que, además, estaba relacionada con la muerte del bisabuelo de Ana tras una pelea en 1894. La cuestión es si esta historia gitana, o llámala leyenda si quieres, puede aclarar lo que le ocurrió a Ana. De lo que no cabe duda es que ensombreció su vida.

–Cuenta, cuenta.

Se detuvo en el camino de gravilla y me miró a los ojos.

–Primero te cuento lo que ocurrió.

Seguimos andando, y él contó:

–Un par de años después de conocernos, se constató que Ana tenía una lesión en el corazón, una lesión leve, difícilmente operable, al menos no sin un considerable riesgo. Tendría que vivir con esa dolencia el resto de sus días, pero sin tener que tomar medidas especiales en su vida cotidiana. Sin embargo, en el transcurso de los años, de vez en cuando, su circulación sanguínea empeoraba tanto que perdía el color de cara, aunque sólo duraba un minuto o dos, lo cual, según los médicos, no era en sí muy alarmante, pero bueno, era suficiente para aterrarnos a Ana y a mí. Su primer revés serio ocurrió hace escasamente un año, cuando se desplomó sobre el escenario y la llevaron en una ambulancia al hospital. Los médicos seguían emitiendo sus mensajes tranquilizadores, pero dictaminaron que tenía que dejar de actuar. El flamenco es un baile muy apasionado, ¿sabes?, muy apasionado. También dijeron los médicos, y no sé cuál de las dos fue peor noticia, que no recomendaban a Ana tener hijos.

–¿Cómo reaccionó Ana a todo eso?

Resopló, casi con desdén.

–Muy mal. El flamenco era el alma de Ana. Y también deseaba tener hijos, incluso le daba por comprar ropa de niños cuando veía algo que le gustaba especialmente.

–¿Y luego os fuisteis a Fidji?

No contestó.

–Luego tú y yo nos topamos en Salamanca –dijo–. Ana y yo vivíamos ya en Madrid, pero habíamos ido unos días a Salamanca para visitar a mi familia. En el café de la Plaza Mayor pusieron de repente flamenco, y el grupo que sonaba era uno con el que Ana había trabajado en Sevilla hacía unos años. Vi cómo las ganas de bailar le tensaban el cuerpo; empezó a dar golpes rítmicos en la mesa y yo le pedí que lo dejara, no quería que se torturara más de lo necesario. En ese momento, se levantó bruscamente y dijo que quería volver a su Sevilla. Temí no ser capaz de mantenerla alejada del baile, pero nos fuimos a Sevilla y pasamos un par de días con sus padres en Triana. No habíamos ido en medio año, y en el tiempo que estuvimos allí dimos largos paseos por el parque de María Luisa, la Plaza de España, los jardines del Alcázar y el barrio de Santa Cruz. Pero no logré llevarla a la Plaza de Santa Cruz, donde había bailado cada noche en los últimos años y desde donde se la llevaron en ambulancia la última en que actuó. No habló nada de eso entonces, ni una palabra sobre su dolencia de corazón, pero cada vez que nos acercábamos con la vieja cruz de hierro forjado a la plaza donde antes hubo una antigua iglesia, me cogía del brazo y me llevaba por algún callejón que conducía a otra parte.

José y yo habíamos llegado ya al extremo del Jardín Botánico donde una roca cubierta de plantas hace de límite con la calle Claudio Moyano y su larga fila de casetas con libros de viejo y de ocasión, en donde hace unos años compraste una vieja traducción de

Victoria de Knut Hamsun, ¿recuerdas? José se sentó en el borde de la fuente de mármol, y yo hice lo mismo. Continuó:

—A los dos nos gustaba mucho pasear por los jardines del Alcázar; yo se los enseñé a Ana porque, aunque se había criado en Sevilla, nunca había estado en el Alcázar antes de que yo la llevara. A partir de entonces, ese lugar se convirtió en su refugio en Sevilla, y en ciertas épocas paseábamos por esos jardines al menos un par de veces a la semana. Bueno, el tercer día en Sevilla, nos paseamos por los jardines como tantas otras veces antes. Ese espacio cerrado nos parecía un mundo aparte, y aquel día bromeábamos con recluirnos en los jardines del Alcázar y vivir allí el resto de nuestra vida. Tal vez no deberíamos haberlo dicho. ¡No deberíamos haberlo dicho!

—¿Y luego? —dije—. ¿Y luego?

—Nos sentamos en un banco cerca del café, y de repente Ana avistó un enano. Primero señaló hacia la Puerta de Marchena y dijo que había visto a un enano asomarse por la Galería del Grutesco. «Me ha hecho una foto», dijo, como si fuera una ofensa mortal. Y al instante vimos los dos la pequeña figura mirarnos desde una de las almenas del largo muro que divide los jardines del Alcázar en dos partes, la vieja y la nueva. De nuevo el enano nos sacó una foto con su cámara. «¡Allí está!», exclamó Ana. «¡Es el enano de los cascabeles!»

—¿Pero quién? —le interrumpí—. ¿Qué enano?

José no contestó, se limitó a continuar con su relato:

—Ana se levantó bruscamente del banco y echó a correr tras el enano, a quien volvimos a ver asomarse por la Puerta de Marchena. Creo que intenté retenerla, pero al final opté por seguirla porque, desde que conocía a Ana, la había oído hablar de un enano. Lo persiguió primero hacia la izquierda, atravesó la puerta de hierro forjado, pasó por delante del estanque con la estatua de Mercurio, luego bajó las escaleras hasta el Jardín de la Danza y el de las Damas, pasó por la fuente de Neptuno, atravesó el gran portón y dio la vuelta por el cenador de Carlos V, entró en el Laberinto con sus altísimos setos, volvió a salir y siguió corriendo por la Galería del Grutesco, para luego girar a la derecha, atravesando la Puerta del Privilegio, y finalmente bajar hasta el Jardín de los Poetas. Tanto el enano como Ana corrían más deprisa que yo, y además tuve que soportar los gritos de más de uno, pues debía de parecer que Ana y yo estábamos persiguiendo a un pobre enano, aunque en realidad fuera al revés: ella había decidido ir tras él para acabar con esa historia de una vez por todas. En el Jardín de los Poetas, Ana se desplomó sobre el seto, junto al último estanque, por cierto a muy poca distancia de la Plaza de Santa Cruz, pues sólo había un alto muro que la separaba del tablao flamenco Los Gallos, donde había sido una gran figura durante mucho tiempo. Antes de que me hubiera dado tiempo a llegar hasta allí, mucha gente se había congregado en torno a ella. No había perdido la consciencia, pero su rostro estaba prácticamente azul y respiraba con dificultad. La levanté y la metí unos minutos en la gran fuente de mármol con el fin de refrescar su cuerpo febril. Grité que ella padecía de corazón y creo que no tardó mucho

en acudir una ambulancia, de donde sacaron a toda prisa una camilla, aunque exactamente no era capaz de captar el tiempo real de los sucesos.

José seguía sentado, contemplando el Jardín Botánico de Madrid. No se veía a más gente, pero los pájaros cantaban tan alto que casi ahogaban el ruido del tráfico del Paseo del Prado. Era como si también ellos cantaran por su amiga muerta.

–¿Y el enano? –pregunté.

–Nadie reparó en él. Fue como si se lo hubiera tragado la tierra.

–¿Y Ana?

–En el hospital le pusieron varias inyecciones, y experimentó cierta mejoría durante las primeras horas, pero no volvió a levantarse. Los médicos dijeron que la operarían cuando recuperara su pulso normal, pero no lo logró. Murió hace escasamente una semana, y el viernes se celebrará el funeral en la iglesia de Santa Ana, en Triana.

Me miró y dijo:

–Me gustaría que estuvieras presente.

–Claro que iré –contesté.

–¡Bien!

–Pero ¿qué dijo Ana durante esos días en el hospital? ¿Estuvo consciente todo el tiempo?

–Estaba más lúcida que nunca. Me contó cosas que yo ignoraba del enano, habló de El Planeta, de su bisabuelo, que murió tras aquella fatal pelea, y también me contó muchos secretos sobre el flamenco. Lo último que dijo, antes de que su corazón de repente dejara de latir, fue: «Se tarda miles de millones de años en crear un ser humano. Y sólo se tarda segundos en morir». Eran mis propias palabras, y la expresión de mi percepción de la vida, una percepción de la vida que también había dejado sus huellas en ella, al igual que yo me había convertido en un aficionado al flamenco. Las últimas palabras de Ana fueron a la vez una despedida y una declaración de amor.

De peces, reptiles y pequeños y dulces musgaños, el primate chic ha heredado un par de bonitos ojos con visión de profundidad. Los lejanos herederos forzosos del crosopterigio estudian la huida de las galaxias en el espacio celeste, y saben que se ha tardado miles de millones de años en enfocar la mirada. Las lentes están compuestas de macromoléculas pulidas. La mirada es enfocada por proteínas hiperintegradas y aminoácidos.

El enano y el retrato mágico

El miércoles por la mañana llegué al Prado sobre las nueve, tan sólo unos minutos después de que hubieran abierto el museo. Me dirigí allí con la esperanza de encontrarme con José de nuevo, porque no habíamos quedado en ningún sitio determinado. La siguiente ocasión sería en la iglesia de Santa Ana, pero allí acudiría muchísima gente.

Volví a pasar por delante de *El jardín de las delicias*, y me quedé un rato en esa sala, ya que era donde me había encontrado con José el día anterior. Luego subí a la primera planta y me coloqué delante de las dos *majas*. Permanecí mucho tiempo mirando a Ana a los ojos, y resultó un poco escalofriante comprobar que me devolvía la mirada. No me habría sorprendido demasiado si hubiese guiñado un ojo.

Al cabo de una hora abandoné el museo, subí por la transitada calle Alfonso XII y entré en el parque del Retiro. En las praderas abundaban las mayas de color amarillo, blanco y rojo, *Bellis perennis*. Estuve paseando por el gran parque contemplando a los niños con su uniforme de colegio, a las parejas de estudiantes, a los jubilados y a los abuelos con sus nietos y a menudo con una bolsa de comida para las ardillas. Ví un gran contraste entre lo maravillosa que en realidad era la vida diaria, y lo normal y corriente que al parecer les resulta a los implicados. Recordé algo que habían dicho Ana y José en Taveuni: «Los elfos están ahora en el cuento, pero son aquello para lo que no hay palabras. ¿Sería el cuento un verdadero cuento si fuera capaz de verse a sí mismo? ¿La vida diaria causaría impacto si estuviera constantemente explicándose a sí misma?».

Había decidido regresar al Prado, pero antes me senté en un banco enfrente del Parterre, con sus flores sistemáticamente colocadas y los arbustos cortados como si fueran esculturas. De repente, José apareció ante mí, como si alguien le hubiera informado sobre mis paseos diarios por el Retiro.

Se sentó a mi lado en el banco, y allí permanecimos varias horas. En las manos tenía un periódico y un gran sobre color sepia. Dijo que se iba a Sevilla en el tren de las doce, y yo volví a asegurarle que acudiría el viernes al funeral. Estoy completamente seguro de que no le dije nada de mi secreta esperanza de que tú me acompañaras. Por otra parte, puede que mencionara tu nombre en Fidji, pero sólo el nombre, aunque sí puede que al inglés le dijese en algún momento tu apellido, y él se quedó en Maravu cuando yo me marché.

José calló durante unos minutos. No sólo la piel de su rostro estaba pálida, todo él presentaba de repente un aspecto casi fantasmal. Recuerdo que me vino a la mente la

historia de Orfeo, que había subido del reino de los muertos pero sin conseguir traer consigo a Eurídice.

Por fin me decidí a hablar:

–Estarás pasando unos días muy malos.

Agarró con fuerza lo que llevaba en las manos.

–He estado pensando en el asombroso parecido entre Ana y la mujer de los cuadros de Goya –proseguí–. Intento aceptar la idea de que sólo se trata de una extraordinaria casualidad.

Asintió con la cabeza y parecía estar concentrándose para darme una respuesta. Yo me adelanté a él:

–Pero dijiste que Ana y su familia tenían una explicación muy diferente.

Volvió a asentir con la cabeza.

–Sí, se trata de algo relacionado con una vieja historia, más bien una patraña, en mi opinión. Todo empezó con algo vivido por El Planeta en Francia.

–Cuenta –dije–. ¡Cuéntame!

–En la primavera de 1842, según la leyenda, emprendió un largo viaje desde Cádiz al santuario Les-Saintes-Maries-de-la-Mer, en la Camarga, entre los dos brazos principales del delta del Ródano. Al parecer, llegó a Marsella el 26 de mayo de ese mismo año y trabajó allí una temporada como estibador en el puerto, con el fin de ganar dinero para el viaje de vuelta. Unas semanas más tarde, cuenta la historia, le sucedió lo que luego se ha ido contando de generación en generación, hasta hoy. Dicho sea de paso, se trata de una historia que ya oí muy poco tiempo después de conocer a Ana y su familia. Y te digo de entrada que la historia que voy a contarte tiene muchísimas variantes dentro de la propia familia Maya. Pertenece a una tradición oral, por no decir a un «circuito» de mitos. No he sido capaz de encontrar ningún documento escrito referente a esta tradición andaluza, ni siquiera de tiempos más recientes. Pero al parecer también existe una tradición suiza, totalmente independiente de la andaluza, que se supone tan antigua como esta última. Procuraré ser breve, y creo que debo centrarme en los elementos más comunes.

–¡Sigue!

–En la tarde de uno de los primeros días de junio de 1842, El Planeta se encontraba en el muelle de Marsella dispuesto a descargar una goleta que estaba atracando. La goleta llevaba señales aparentes de haber sufrido los estragos de una tempestad. Por cierto, se dice que era un barco noruego. Antes de que bajaran la escalera de desembarque, un hombrecillo trepó por la borda, saltó a tierra, y desapareció corriendo entre los cobertizos portuarios.

–¿Un hombrecillo?

–Un enano, un enano vestido de bufón. Al parecer, llevaba un traje de color violeta, y un gorro verde y rojo con las puntas hacia arriba. Atados al gorro y al traje llevaba cascabeles que sonaban cuando corría entre los cobertizos del puerto para esconderse. Y desapareció, como ya he dicho. Había mucha gente en el muelle que lo vio, y los

marineros de la goleta hicieron varios comentarios sobre la posible identidad del hombrecillo.

–¿Qué dijeron?

–La goleta venía del Golfo de México, y en algún lugar al sur de las Bermudas había recogido al taciturno enano y a un marinero alemán de una barca. El marinero había contado que procedían del velero *María*, que había naufragado unos días antes, y que seguramente ellos dos eran los únicos supervivientes.

–¿No dijo nada más?

–También el marinero alemán fue bastante parco en palabras, y además, hubo problemas de entendimiento en el muelle de Marsella esa tarde de junio, porque el alemán no hablaba francés ni español, y al cabo de un rato había desaparecido, igual que el enano. Según una de las versiones, el marinero se estableció como panadero en un pueblo suizo.

–¿Alguien volvió a verlos?

–Al enano sí. El Planeta no tenía otro lugar para dormir que entre los cobertizos del muelle, pues quería regresar a Cádiz en cuanto hubiera ganado algún dinero. Cuando acabaron de descargar la goleta se fue a dormir, y escondido entre unos toneles de vino vacíos, descubrió a un hombre que lloraba desconsoladamente. El Planeta se acercó a él y vio que se trataba del infeliz enano.

–¿Qué le contó?

–No hablaba más que alemán, un idioma tan desconocido para el gitano de Cádiz como el español para aquel hombrecillo. Pero al menos una de las historias que se cuentan sobre ese encuentro entre El Planeta y el enano señala que el hombrecillo disfrazado intentó cubrirse.

–¿Cubrir qué?

–Su traje de bufón. Al parecer, le era tan necesario ocultarlo como su traje de presidiario a un preso fugado. No quería ser reconocido como bufón. Se supone que El Planeta le prestó una chaqueta, y aquí terminan todas las huellas sobre el enano en Marsella.

–¿El Planeta jamás volvió a verlo?

–Sobre este punto, la tradición se divide. Algunas versiones cuentan que El Planeta y el enano convivieron unos días entre los cobertizos del puerto de Marsella, y que una noche, el enano intentó contar su historia con mímica y con unos dibujos que hizo.

–¿Dibujos?

–Dibujó una baraja, una baraja francesa con corazones, diamantes, tréboles y picas. Luego, al parecer, recitó un pequeño versículo, en alemán se entiende, por cada uno de los 52 naipes de la baraja. El Planeta se acordaba de algunos, aunque fueron recitados en una lengua que no entendía. En el único retrato que se conserva de El Planeta, un grabado en cobre de Francisco Lameyer, muchos opinan que representa a un comodín, o, en otras palabras, un enano. Lo cierto es que se llevó a Sevilla la historia sobre el

enigmático enano. Allí era muy conocida, cuando al bisabuelo de Ana le sucedió algo muy extraño exactamente 52 años después, es decir en el mes de junio de 1894.

–Ahora hace 104 años –comenté.

–104 años, así es. El bisabuelo de Ana se llamaba Manuel, y como su propio bisabuelo, era un respetado cantaor que vivía en Triana, o como ya era llamado, «el barrio gitano». Manuel vivió en lo que ahora se denomina la edad de oro del flamenco, con la aparición de los llamados «café cantantes» en Sevilla. También fue una persona mítica para la familia, lo apodaban El Solitario, o Manuel el Solitario. Tal vez lo llamaran así por ser un estafalario, un marginado o un pensador, y tal vez también por ser muy solitario. Varias canciones tuyas tratan sobre la soledad en el ser humano. Además, era un buen jugador de cartas, se dice, y le gustaba hacer solitarios. Parece ser que fue un artista polifacético, y un maestro en el arte de leer las cartas. Tal vez fuera lo de los naipes lo que...

José se detuvo de repente, como si se hubiera olvidado de contar algo importante, e intenté que retomara el hilo.

–¿Qué pasó con los naipes? –pregunté.

–Tal vez convenga empezar por el otro extremo.

–No me importa por qué extremo empieces, con tal de que se aten los cabos sueltos al final.

Y continuó:

–Una noche de verano de 1894, Manuel el Solitario estaba paseando por la orilla del Guadalquivir, como hacía cada noche después de cantar en el café cantante de Silverio Franconetti. La madre de Silverio tenía antepasados gitanos, aunque Silverio era considerado un *payo*, y el que los payos se dedicaran al cante flamenco era una novedad...

–Una noche de verano de 1894, Manuel estaba paseando por la orilla del Guadalquivir –repetí.

–Y esa noche, cuenta la tradición, vio una extraña figura moverse en la oscuridad junto al río, para más detalle entre el puente de Triana y el de San Telmo, a sólo unos metros de la iglesia de Santa Ana. Tal vez tenga la ocasión de enseñarte el lugar exacto este fin de semana, porque la calle Betis sigue siendo una zona que merece un buen paseo, con su magnífica vista sobre el río hasta la plaza de toros, la Torre del Oro y la Giralda. Bueno, la figura en la oscuridad era, al parecer, un enano.

–¿Allí también? –se me escapó.

–Recuerda que Manuel conocía la vieja historia sobre el encuentro de El Planeta con el enano en Marsella...

–Pero lógicamente no podía tratarse del mismo enano.

José miró fijamente el Parterre. Luego dijo en una voz muy baja, y tal vez más a sí mismo que a mí:

–No, claro que no, no podía tratarse del mismo enano.

—O en ese caso tendría que haber sido muy anciano.

José negó con la cabeza.

—No lo era. Pero Manuel se le quedó mirando, según la abuela de Ana, porque se acordó de la visita de El Planeta a Marsella. De repente, el enano le saludó con el dedo índice, exactamente el mismo gesto que hace El Planeta en el grabado de cobre. Manuel se acercó al hombrecillo, que llevaba un traje normal y corriente entre los payos en aquella época. «¿Está dando un paseo?», preguntó el enano, y así se inició una animada conversación entre el enano y Manuel el Solitario.

—Este enano hablaba español, ¿no?

—Sí, incluso con acento andaluz, aunque de una manera que indicaba claramente que no había nacido ni en Sevilla ni en ningún otro lugar de Andalucía, ni siquiera en la península ibérica.

—¿Y de qué hablaron?

—No esperes demasiado, pues nos estamos refiriendo a una conversación que tuvo lugar hace más de cien años, y he de subrayar que he oído muchas versiones distintas de la misma. Aunque «conversación» tal vez no sea la palabra más adecuada. El enano habló de sus orígenes. He oído contar esta historia a primos hermanos y primos segundos de Ana, y hasta ahora jamás he oído contar igual la misma historia dos veces.

—¡Elige una de ellas! ¡O cuéntamelas todas!

—Haré una combinación de todas ellas. En esta versión resumida, tocaré sólo los puntos en los que coinciden todas las versiones. Además, no tenemos mucho tiempo.

A mí me interesaba oír lo más posible, y me temía que no le diera tiempo, como había sucedido en el Jardín Botánico. Este pálido español de pelo rubio y ojos azules me parecía cada vez más enigmático, y no sabía hasta qué punto podía fiarme de él. Si me estaba tomando el pelo, me hubiera gustado pararle los pies antes de que me dejara en ridículo.

—¡Sigue! —dije.

—El enano se hizo pasar por el mismo personaje al que 52 años antes El Planeta le había prestado una chaqueta, y, por lo visto, supo desde el primer momento que estaba hablando con un bisnieto de aquel hombre. Abrió un saco, del que extrajo una chaqueta muy vieja que entregó a Manuel, presuntamente como una especie de prueba de que estaba diciendo la verdad. Cuando el enano abrió el saco, Manuel oyó un débil sonido de cascabeles bajo el traje del hombrecillo.

—¿Y el enano no era especialmente viejo?

—No, estaba en su mejor edad.

—Empiezo a intuir la relación que esta historia puede tener con Ana. Pero ¿qué más contó el enano?

—Era verdad que el velero en el que llegó a Marsella le había recogido de una barca al sur de las Bermudas, en la cual iba también un marinero alemán. Pero no habían sido rescatados del mar a causa de un naufragio.

–¿Por qué estaba entonces en una barca en medio del mar?

–El enano venía de una isla volcánica que de repente se había hundido en el mar. El marinero alemán llevaba sólo unos días en la isla, tras el naufragio del barco *María*.

–¿Y el enano?

–El enano había llegado a la isla en compañía de otro marinero ya en 1790, y vivió allí durante 52 años, antes de alejarse a remo de la isla, que empezó a agrietarse para acabar hundiéndose en el mar.

Me reí con sarcasmo.

–Entiendo –dije–. El enano había llegado a una isla en el Atlántico 104 años antes de encontrarse con Manuel en Sevilla. ¿Y seguía en su mejor edad?

Pero José ni siquiera esbozó una sonrisa, más bien al contrario, porque contestó:

–Otros 52 años más tarde, una noche de junio de 1946, fue observado de nuevo en la Plaza de la Virgen de los Reyes, delante de la catedral de Sevilla. Esa plaza, debido a La Giralda y a los altos muros que rodean el Alcázar, tiene una acústica especialmente buena, y se dice que sonaron unos cascabeles cuando el enano cruzó corriendo la plaza, en dirección al Archivo General de Indias y la Puerta de Jerez.

Seguía muy serio, pero yo pensé por un instante que me había dejado engañar. Tal vez José estuviera loco, al menos era un cuentista y, en ese caso, también podía ser que Ana no hubiera muerto.

–¿Vas a decirme ahora que era el mismo enano al que Ana persiguió por los jardines del Alcázar?

Se puso el dedo índice de la mano derecha sobre la boca, negó con la cabeza y contestó:

–Ana lo creía. Estaba completamente convencida. Lo primero que me dijo cuando la alcancé en el jardín de los Poetas fue: «¡Oí los cascabeles!»». Esa frase la repitió muchas veces antes de morir. Estamos en 1998 y han transcurrido exactamente 52 años desde 1946.

Hice cuentas. Al parecer, surgía una historia relacionada con ese enano cada 52 años.

–Entonces tendremos que esperar a ver lo que ocurre en 2050 –dije alegremente–. ¿Pero no creerás tú también en esas historias?

Tuve la sensación de que no quiso responderme directamente porque se limitó a repetir:

–Ana las creía firmemente. Durante toda la vida se estuvo preguntando qué podría suceder en Sevilla precisamente este año.

–¿Dijiste que Manuel murió a consecuencia de una pelea?

–Un par de años después de su encuentro con el enano en Sevilla, estaba jugando a las cartas con unos amigos, y ganaba continuamente. Le gustaba hacerse pasar por una especie de mago con facultades especiales para ganar a las cartas sin esfuerzo, y esa noche contó todas las historias sobre el enano de la isla que se hundió en el mar, el

encuentro del enano con El Planeta y su propio encuentro con el enano junto a la orilla del Guadalquivir.

–¿Contó algo más de lo que has mencionado?

–Habló también del origen del enano...

–¿Ah sí?

–...y fue precisamente ese punto del cuento el que desencadenó la desgraciada pelea en Triana. La policía me ha confirmado que un tal Manuel fue matado a golpes en Triana en esa época, lo que significa que esta parte de la leyenda es histórica, al menos en lo que se refiere a la pelea.

–¡Sigue!

–Dije que el enano había llegado a la isla tras un naufragio en 1790. Eso sólo es verdad en parte.

Me eché a reír:

–O se llega a una isla en 1790 o no se llega. Ni se va ni se llega *en parte*.

–Tranquilo. Sólo estoy intentando repetir una vieja historia, es decir, la historia que el enano contó a Manuel el Solitario. A esa isla que luego se hundió en el mar, llegó un marinero solitario, también alemán, tras un naufragio en 1790, y lo único que llevaba el hombre en el bolsillo de la camisa cuando tocó tierra era una baraja. Vivió completamente solo en la isla durante 52 años, sin otra compañía que la baraja. Era una baraja muy elaborada, en la que cada carta llevaba pintada la figura entera de una persona. Se trataba más bien de personajes de cuentos, porque todos eran bajitos y se parecían bastante a los elfos que aparecen en ellos.

–Tal vez se parecieran a los seres humanos de *El jardín de las delicias* –sugerí.

–¿Qué has dicho?

Repetí la pregunta y José contestó:

–Puede ser; pero, en el cuadro de El Bosco, las personas están desnudas, y los elfos de la baraja llevaban exquisitos trajes de la época de la Ilustración. Del enano se decía que llevaba un traje color violeta y un gorro con las puntas hacia arriba. Atados al traje llevaba unos cascabeles capaces de anunciar el más leve movimiento del bufón.

–No sé si...

–El marinero náufrago llenaba sus largos días haciendo solitarios, exactamente como Napoleón durante su destierro en Santa Elena. Al cabo de algún tiempo, comenzó a soñar con las figuras de la baraja, pues fueron su única compañía durante muchos años. Soñaba tan intensamente con los elfos humanos de la baraja que le parecía verlos también durante el día. Era como si volaran en torno a él como espíritus ingrátidos. De ese modo, comenzó a mantener largas conversaciones con ellos, aunque, obviamente, era el solitario marinero quien hablaba consigo mismo. Pero una mañana...

–¿Sí?

–Un día, los elfos logran salir de la imaginación del marinero y entrar en el mundo real en una isla desierta del Caribe, la misma a la que había llegado el hombre tras su

naufragio. Los elfos habían conseguido abrir la puerta del espacio creador de la conciencia del marinero al espacio creado bajo el cielo. Así, fueron apareciendo uno tras otro, como si salieran saltando de la frente del marinero, y, al cabo de unos meses, la baraja estaba completa. El último en salir fue Comodín, que llegó como esos hijos que nacen mucho más tarde que el resto de los hermanos. El marinero ya no estaba solo, sino que vivía en un pueblo rodeado de 52 elfos vivos, además del pequeño bufón.

–Sufriría de alucinaciones, o se habría vuelto loco tras tantos años de soledad en la isla. No me resulta nada difícil imaginármelo.

–Él se hizo la misma pregunta, si se trataba de alucinaciones. Pero luego, en 1842, llegó aquel joven marinero a la isla tras el naufragio del *María*. Lo curioso era que también el recién llegado veía los 52 elfos. No obstante, se fijó en que al parecer no tenían ninguna conciencia sobre quiénes eran o de dónde procedían. Simplemente estaban en la isla, lo cual era para ellos tan normal y corriente como es para la mayoría de los seres humanos que haya un mundo en el que vivimos. La única excepción era Comodín. Él no era exactamente como los demás elfos, ¿sabes? Supo penetrar el velo de la ilusión y llegó por fin a entender quién era y de dónde venía. Comprendió que de algún modo milagroso había llegado a un mundo y que se encontraba en medio de un inconcebible cuento de hadas. A Comodín el mundo le parecía un inmenso milagro. O, por usar sus propias palabras, y siempre según Manuel el Solitario: «De repente se encontró en un mundo, y vio un cielo y una tierra». Los elfos daban por sentadas ambas cosas cuando estaban allí. Pero Comodín era diferente, era el marginado que veía todo aquello ante lo que los demás elfos estaban ciegos. O, como él mismo lo expresó: «Comodín merodea intranquilo entre los elfos de azúcar como un espía en un cuento de hadas. Se hace sus reflexiones, pero no tiene ninguna autoridad a quien informar. Sólo Comodín es lo que ve. Sólo Comodín ve lo que es».

–¿Dijiste que luego la isla se hundió en el mar?

José me miró con sus ojos azules, y ya no pude creer que todo eso fueran invenciones tuyas. Siguió:

–Y también se hundieron el marinero y los 52 elfos. Sólo el marinero alemán y Comodín lograron escapar a tiempo en una barca de remos. Pero hay algo más que tienes que saber para comprender lo que ocurrió luego.

Eché un vistazo al reloj.

–Cuenta –dije–. ¡Cuéntame!

Sin embargo, tardó unos segundos en continuar:

–Ni Comodín ni los elfos de la isla cambiaron lo más mínimo durante los años que convivieron con el marinero en la isla. El marinero sí envejeció, pero los elfos no tenían ni una sola arruga en la piel ni una mancha en sus coloridos disfraces. Es porque eran de espíritu. No eran de carne y hueso como nosotros, los mortales.

–¿Y la pelea?

–Manuel el Solitario ganó todas las partidas de cartas, y cuando le preguntaron por qué

ganaba siempre, contó que había aprendido algunos trucos del enano que El Planeta se había encontrado en Marsella. Eso bastó para que uno de los jugadores, que llevaba perdiendo toda la noche y que además estaba muy borracho de manzanilla, se lanzara sobre él a puñetazos. Manuel murió unos días más tarde a causa de las lesiones. Dejó mujer y dos hijos pequeños, un niño y una niña. Algunos opinan que no recibió el apodo hasta después de contar la historia del marinero y la baraja mágica.

–No sé si debo aplaudir o sólo limitarme a decir «colorín colorado, este cuento se ha acabado».

–No tienes que hacer ni lo uno ni lo otro. Pero tú mismo has expresado tu asombro por el parecido de Ana con la *maja* de Goya.

Me había olvidado de que todo lo que había contado también tenía que ver con Ana, y pensé que, de alguna manera, también con esa minúscula parte del misterio de la que yo mismo había sido testigo. Dije:

–Ibas a contarme cuál era la explicación de Ana y su familia sobre ese parecido.

–Pero ahora que conoces al pequeño bufón que recorre la historia, tal vez seas capaz de adivinar cuál es la relación entre las dos leyendas. También sabes que hace sólo unos días sacó una foto de Ana en los jardines del Alcázar... Bueno, tengo que irme al tren.

–Espera un poco –dije–. El enano llegó a Marsella en 1842, se encontró con Manuel en Triana en 1894, y cruzó la Plaza de la Virgen de los Reyes en 1946. Y Ana dijo que se trataba del mismo enano que apareció en los jardines del Alcázar en este año 1998.

–Eso es lo que dice la historia, sí.

–Pero en todo caso, el enano no pudo haberse encontrado con Goya. El viejo maestro murió mucho antes de que El Planeta llegara a Marsella.

–Goya murió en 1828.

–E incluso si el enano hubiera llegado a conocer a Goya, no conoció a Ana hasta mucho, muchísimo tiempo después de que el gran artista pintara sus majas desnuda y vestida.

–Vayamos por partes.

–¡Sí, venga! Me has prometido que al final vas a atar todos los cabos sueltos.

–El marinero que se llevó una baraja mágica a la isla que se hundió en el mar salió en un barco desde Cádiz a principios del año 1790. Era un bergantín español llamado *Ana*, un nombre nada raro para un barco en aquella época. *Ana* navegó primero hasta Veracruz, en México, y en el viaje de vuelta a Cádiz se hundió con una gran carga de plata. Todo esto ocurrió, lo he comprobado en viejos anales y registros de barcos.

–¿Has comprobado que un bergantín llamado *Ana* se hundió realmente con una gran carga de plata en 1790, cuando se dirigía a Cádiz?

–Así es, aunque según los anales el barco se hundió con todos a bordo. Nada indica que hubiera supervivientes.

–Y digamos que no los hubo, ya que el marinero volvió a naufragar en la isla desierta 52 años más tarde, sin haber podido volver a la civilización.

–Veo que estás atento. Pero cuando salió de Cádiz, en 1790, llevaba consigo una baraja. No sé si necesito contar que existe una leyenda propia sobre esa extraña baraja o, mejor dicho, sobre cómo la consiguió el marinero.

–Sí, sí –dije–. Quiero oírlo también.

–El barco, procedente de Sanlúcar de Barrameda, antes de hacerse a la mar en 1790, pasó un breve tiempo en el muelle de Cádiz, donde había, como de costumbre, gitanos vendiendo de todo, desde naranjas y aceitunas, hasta puros, mecheros y naipes a los marineros a punto de cruzar los grandes mares. La leyenda cuenta que nuestro marinero compró esa extraña baraja a un niño gitano de unos 6 años llamado Antonio, quien mucho más tarde sería conocido como el legendario cantaor El Planeta.

–¿Y la edad coincide?

–El Planeta nació en Cádiz alrededor de 1785. Eso puedes comprobarlo en cualquier enciclopedia.

–Sea como sea, es una gran historia –exclamé–. Los gitanos son muy ingeniosos.

–Aquel día, había también en el muelle un enano, lo cual no es en sí tan sorprendente, pero la tradición sostiene que debajo de su ropa normal llevaba cascabeles, es decir, como un bufón.

Contemplé el demacrado rostro de José.

–Creo que el último trozo de la historia debería suprimirse –dije.

–¿Por qué?

–Porque él estaba en la baraja. Estaba en el bolsillo del marinero. Así que no podía estar a la vez en el muelle viendo cómo el barco se hacía a la mar. Además...

En ese momento tuve la sensación de haberme golpeado la cabeza y me detuve.

–¿Además? –repitió José.

–Incluso si estuviera dispuesto a aceptar que ese enano de la baraja mágica no envejeciera como los mortales, porque era de espíritu y no de carne y hueso...

–¿Sí?

–...no podría haber retrocedido en el tiempo. No llegó a Europa hasta 1842, ¿no es así?

Se encendió una chispa en sus ojos azules. Dijo:

–¿No puede retroceder en el tiempo lo que sólo es de espíritu?

–Sí, sí: en el espíritu. Lo que es de espíritu puede moverse hacia atrás y hacia delante en el tiempo.

José asintió con aire aprobador.

–Te estás acercando a la clave. Pero aún queda una curva en el camino, ¿sabes?, llámalo un epíclodo épico, si quieres. La tradición señala precisamente que el enano en cierto modo era fantasía, y lo fantástico no envejece como nosotros. Por eso el enano podía ser tan viejo. Además, se dice que puede moverse hacia atrás en el tiempo, pero no más allá de su propia concepción, por eso no existe ninguna historia sobre El Principito o Alicia en el País de las Maravillas antes de que Saint-Exupéry y Lewis

Carroll las contaran, aunque desde entonces hay miríadas de referencias a esas historias por todas partes.

–Yo creía que el enano fue «concebido» por un marinero al otro lado del mar, y al menos después de marcharse el velero *Ana*.

José se esperaba esta pequeña objeción.

–Comodín procedía de una baraja impresa en Francia a finales de la década de 1780. Desde entonces, hay al menos una persona en el viejo mundo que ha tenido una visión de él, y precisamente hasta allí puede retroceder en el tiempo. Por otra parte...

–¡Venga, sigue!

–Se dice que fue observado por la gente en el muelle de Cádiz aquel día de invierno de 1790, pero ahí se pierden todas las huellas. No hay ninguna leyenda que vaya más atrás en el tiempo de ese día. No hay rastro de él en el tiempo anterior a ese día.

–¿Y Ana creía en todo esto?

José hizo un gesto negativo y dijo:

–Ella conocía todas las historias sobre El Planeta, Manuel el Solitario y su tío abuelo, que murió hace unos años, y no digo que creyera en todo eso, incluso se mostraba un poco molesta de vez en cuando con esas «historias de gitanos» con las que se había criado porque, ya sabes, se suele identificar a los gitanos con engaños y mentiras. Pero estaba segura de que era el enano de los cascabeles al que persiguió por los jardines del Alcázar. «Oí los cascabeles», dijo. Por eso fue tras él. Fue como si hubiera restablecido la credibilidad de la familia.

–¿Y la *maja* de Goya?

–A eso llegamos ahora. Mientras Comodín está en el muelle viendo marcharse el velero *Ana*, lleva algo extraño en el bolsillo de su chaqueta, algo de lo que, al parecer, se veía obligado a echar mano cuando tenía que escapar de los borrachos que se burlaban de él por ser un enano.

–¿Qué era?

–Un pequeño retrato de una joven.

–¿Ah sí?

–Se trataba de una miniatura, pintada con una técnica completamente desconocida. No era un grabado en cobre, tampoco una pintura al óleo, y su superficie era tan lisa que recordaba a la seda. Sobre todo era un retrato tan real que se decía que el enano era un artista genial con facultades sobrenaturales. La imagen que mostraba reproducía lo que las personas podemos ver.

De nuevo me desplacé mentalmente al Prado, donde colgaban dos cuadros de una mujer que había estado sentada en un banco en los jardines del Alcázar sólo unas horas antes de morir, y hasta allí llegó un enano que le hizo una foto...

–Sé a qué retrato te estás refiriendo. Pero esa foto se hizo hace sólo unos días.

–Para nosotros sí. Para la gente del muelle de Cádiz, era un retrato aún más nuevo.

–¿Qué quieres decir?

–Perteneía a un lejano futuro, por eso la gente lo vivi3 como magia. Se decía que tenía que ser obra del diablo.

–¿Existen realmente tradiciones antiguas que hablan de un enano que llevaba un retrato perfecto de una bella mujer?

–Como historias inventadas, sí, como patrañas, como imaginaciones de gitanos. No creo que la gente creyera en tales historias, pero la leyenda ha mantenido su brillo a pesar de todo. La historia sobre «El enano y el retrato mágico» es una de esas leyendas. Hasta hoy no hemos entendido lo extraña que es la vieja historia sobre el enano con el retrato mágico porque, la historia en sí, es mucho más antigua que el arte de la fotografía.

–¿Y Goya?

–El gran ídolo de Goya fue Velázquez, que vivió en el siglo XVII, procedía de Sevilla y luego se convirtió en pintor de la corte de Felipe IV. El viejo maestro pintó muchos enanos y bufones, pues estaba rodeado de ellos, ya que, como es sabido, en los tiempos de Velázquez era corriente que en la corte hubiera enanos o bufones.

–¿Sí?

–Cuando Goya se encontró con ese pequeño bufón en Sanlúcar de Barrameda, en la primavera de 1797, intentó llevárselo a la fuerza a su estudio para retratarlo.

–¿Y el enano se resistió?

–Gritó y protestó todo lo que pudo, pero el gran pintor era, como sabemos, sordo como una tapia y no oía los gritos del enano. Por fin, al sacar el hombrecillo el misterioso retrato de Ana María Maya, el artista le soltó, porque nunca había visto nada igual. Estaba terminando de pintar *La maja desnuda*, y pintó la cara de Ana sobre la figura desnuda para ocultar la verdadera identidad de la modelo.

José y yo estábamos sentados en un banco con asientos a ambos lados del respaldo, y en ese momento llegó un señor mayor y se sentó al otro lado. José esperó unos instantes antes de proseguir, esta vez en susurros.

–Nunca fue fácil para Ana ser identificada con la mujer del viejo cuadro, a veces era una verdadera carga. Pero te puedes imaginar que tampoco habría sido nada fácil para una modelo viva en los tiempos de Goya. Una mujer gitana que se hubiera dejado retratar desnuda en esa época corría el riesgo de perder la vida.

Permanecí unos segundos reflexionando. Luego pregunté:

–¿Existe realmente una tradición gitana que relate esta historia sobre Goya y el enano del retrato misterioso?

Por fin intuí en el rostro de José algo que podía parecerse a una sonrisa. Negó con la cabeza y dijo:

–Las historias se limitan a contar que el enano de los cascabeles estuvo en el muelle de Cádiz cuando el *Ana* partió, y que mostró el retrato de una mujer tan detallado y natural que la gente enmudeció de asombro. Uno de los que allí estaban era el pequeño Antonio, que luego sería el tatarabuelo de Ana. Así que lo único que se ha podido constatar es que

el retrato estaba ya en Sevilla desde el año 1790, es decir, varios años antes de que Goya pintara su gitana o *maja* desnuda. A mí me parece más que suficiente.

José miró el reloj y dijo que tenía que irse hacia la estación. Sugerí que le acompañaba parte del camino.

Subimos lentamente por el Paseo de Paraguay hasta la Plaza de Honduras en medio del gran parque. José seguía llevando el periódico y el gran sobre color sepia. No se me ocurrió pensar que lo que llevaba en la mano estuviera destinado a mí. Yo iba meditando sobre todo lo que había dicho de los dos naufragios, de El Planeta, de Manuel el Solitario y de ese pequeño enano que aparecía por todas partes.

La historia era como sigue: un enano se encuentra en el año 1790 en el muelle de Cádiz diciendo adiós a un velero a punto de cruzar el mar hacia México. En un bolsillo lleva la miniatura de una joven gitana. Parece que el artista ha logrado pintar a la mujer exactamente como sus ojos la han visto en un gran jardín o patio, porque los colores y los detalles son más nítidos que en los mejores tapices de seda. Pero ¿qué clase de técnica usó el pintor si el papel sobre el que está pintado tiene un grosor de sólo un milímetro? No es una acuarela, tampoco un óleo, ni un grabado en cobre coloreado. Lo más extraño del minúsculo cuadro tal vez sea la superficie tan lisa, como si estuviera pulida con cera o resina. Por el muelle corre además un niño gitano de unos 5 o 6 años. Es el tatarabuelo de la mujer del retrato, y es él quien muchos años más tarde llevará a Sevilla el cante flamenco. Más de cincuenta años después, volverá a encontrarse con el enano en Marsella. Entonces no se acordará de haber visto a ese mismo enano hace mucho, mucho tiempo, pero tal vez sí lo recuerde el enano. Y luego: en la cubierta del velero los marineros han comenzado a arriar las velas, pero uno de ellos se vuelve y dice adiós con la mano al enano y al niño gitano, a quien, por cierto, acaba de comprar una baraja. En una de las cartas hay un retrato en miniatura del mismo enano que está en el muelle. Cuando el marinero abra la baraja en una isla desierta tras un naufragio unas semanas más tarde, mirará ese retrato, y en los siguientes años lo estudiará de cerca una y otra vez. Pero ¿se le ocurrirá pensar que se trata del mismo enano que se encontraba en el muelle cuando él salió de Cádiz?

Los elfos intentan pensar algunos pensamientos tan difíciles de pensar que no son capaces de pensarlos. Pero no lo consiguen. Las imágenes de la pantalla de cine no saltan hasta la sala de cine para atacar al proyector. Sólo Comodín encuentra su camino entre las filas de butacas.

Jaque mate

Es de noche, pero todavía oigo pasar alguna que otra moto por la carretera de la costa. Llevo un rato delante del ventanal mirando las luces de un barco que se mueve a lo lejos, desapareciendo de vez en cuando tras la cresta de una ola para luego volver a aparecer. Hay media luna, está menguante y sin embargo dibuja una ancha franja plateada en el agua.

De nuevo me he sentado delante de la mesa. Estoy mirando un estúpido perchero que hay en la habitación, parece un espantapájaros y me hace sentir como un polluelo.

No tengo más deseo que el de vivir como un ser humano. Sólo quiero mirar los pájaros y los árboles y escuchar las risas de los niños. Quiero estar en el mundo, quiero dejar atrás toda la imaginación y sólo estar en el mundo. Primero tengo que rogar que me dejen ser algo tan normal como el padre de mi propia hija. Ella tal vez no vea más solución que romper toda relación conmigo, no me resultará difícil entenderlo. Soy culpable, ¿pero no hay una pequeña diferencia entre la culpa subjetiva y la objetiva? Lo que le había hecho a Orito había sido una imprudencia, pero no intencionada.

Son las cinco. Ya no me quedan fuerzas. No importa, porque no tengo nada más que defender.

El hielo ha comenzado a agrietarse, y se está abriendo la fría y oscura profundidad bajo la superficie. Ya no se harán más piruetas. A partir de ahora tendré que aprender a nadar en las profundidades.

El Metro está delante de la chimenea francesa, con una expresión casi solemne. Por primera vez se ha puesto el bastón sobre el hombro, como si de una pesada carga se tratara. Me mira y dice: *¿Y ahora qué? ¿Vamos a recordar ya?*

Pero pienso que es imposible guardar un claro recuerdo de algo que sucedió cuando tenía sólo 3 años. Miro al hombrecillo y digo: No puedo expresarlo con palabras. Me he olvidado del lenguaje que usaba entonces. Es un niño pequeño el que me grita en un lenguaje que ya no entiendo.

El hombrecillo dice: *¿Pero recuerdas algo?*

Es como una película, contesto. Es como si se tratara de unos metros de rollo de película.

Entonces escribiremos la sinopsis de ese trozo de película, señala El Metro.

Trago saliva. Pero será la última sinopsis de todas, pienso cuando me pongo a teclear:

Oslo, mediados de la década de los cincuenta, otoño. Petter, 3 años, vive en un piso moderno de un bloque de viviendas con sus padres. El padre trabaja en las cocheras de los tranvías del barrio de Grefsen, y la madre trabaja a tiempo parcial en el Ayuntamiento.

Imágenes de una idílica vida familiar, de doce a quince minutos un picnic junto al lago de Sogn, excursión de domingo a Ullevålseter, etc. Imágenes de la madre y el padre saludando al nuevo vecino del primero. Tiene un perro labrador.

Temprano por la mañana: Petter y su padre están en la entrada preparados para salir. La madre (en bata) sale de la cocina con unos bocadillos para los dos. El de Petter lo mete en una pequeña mochila azul, que cuelga del hombro del niño, y la cierra con el cordel. Bromea con Petter, se agacha y le besa. Luego se incorpora, da al padre un breve beso en la boca y le desea un buen día.

Petter y su padre sentados en el autobús. Petter pregunta por qué tiene que ir a la guardería. El padre dice que él tiene que ir a trabajar para cuidar de que todos los tranvías estén en buen estado, y que la madre tiene que ir a la lavandería a lavar la ropa, y luego a la peluquería. Petter dice que puede acompañar a su madre a la lavandería y a la peluquería, pero su padre dice que también Petter tiene que ir a trabajar. Su trabajo consiste en estar en la guardería y jugar con los demás niños. El padre reflexiona un instante y confía a su hijo que el juego de los niños es tan importante como el trabajo de los adultos.

Cuando llegan a la guardería se encuentran una nota en la puerta en la que pone que la guardería está cerrada porque las dos profesoras están enfermas. El padre lee la nota a Petter en voz alta. Luego le coge de la mano y dice que va a acompañarle a casa. Pasan por una repostería y compran panecillos recién hechos, unas lonchas de jamón de york, un paquete de pepinillos en vinagre (marca NORA) y cien gramos de ensaladilla rusa. El padre dice que él no tendrá tiempo de comer esas cosas tan buenas que acaban de comprar, que son para Petter y su madre.

Petter y su padre de nuevo en el autobús. Los dos están de buen humor, Petter aplasta la cara contra la ventanilla y mira a la gente, los coches (al menos un taxi), las bicicletas y una apisonadora (o sea: el gran mundo fuera del núcleo familiar).

Durante el camino de la parada del autobús a casa, el padre va silbando la melodía «Smile» de la película Tiempos modernos de Chaplin.

Suben por la escalera. A Petter le hace mucha ilusión volver con su madre. El padre abre la puerta del piso con la llave. La madre sale precipitadamente del cuarto de estar aterrada, se tapa con la bata, está casi desnuda. Pánico.

Punto de vista de Petter desde un metro de altura: los padres gritan y se dicen cosas terribles. También Petter grita para acallar a los adultos. Se refugia en el cuarto de estar, donde el nuevo vecino se levanta de la alfombra también desnudo, su ropa está

tirada sobre un puf persa que hay delante de la estantería, sobre la que hay un viejo aparato de radio (marca Radionette), él se cubre con un libro de partituras (por ejemplo con la antología Ópera sin palabras).

Una escena tipo cine mudo con muchos gritos (punto de vista de Petter), pero sin palabras comprensibles. Los padres entran en el cuarto de estar. El padre abofetea a la madre y ésta cae y se golpea la cabeza con un viejo piano blanco. Empieza a sangrar por la boca. El vecino quiere intervenir, pero el padre arranca el teléfono de la pared y se lo tira a la cara, el vecino se lleva la mano a la nariz. Todos gritan, Petter también. Lo único que se oye son palabras feas, muy feas. Petter intenta superar a los adultos gritando las palabras más obscenas que conoce.

Petter se echa a llorar. Sale corriendo escaleras abajo. Llama a todos los timbres mientras grita: ¡POLICÍA, BOMBEROS, AMBULANCIA! ¡POLICÍA, BOMBEROS, AMBULANCIA!

Vuelve a entrar en el portal y baja corriendo al sótano. Sobre la puerta que da al sótano pone REFUGIO en letras verdes fosforescentes. Abre la puerta y se esconde detrás de unas bicicletas. Se queda sentado, inmóvil.

Petter sigue en cuclillas detrás de las bicicletas. Ha pasado mucho tiempo.

La madre entra en el sótano y lo encuentra. Los dos lloran desconsoladamente.

El niño no recuerda nada más, y yo no le puedo forzar. No puedo estar seguro de que sus recuerdos sean auténticos.

A El Metro se le ha caído el bastón al suelo, o lo ha depuesto para siempre, pues no lo vuelve a coger. Se queda mirándome con una mirada nostálgica, triste. Luego dice: *¡No digamos nada más por ahora!*

Al instante ha desaparecido, y sé que jamás volveré a verlo.

El suelo que estoy mirando está cubierto de azulejos verdes y rojos, y me pongo a contarlos.

He delimitado un cuadrado de 4 azulejos en medio del suelo, están rebosando, expandiéndose, como si desplazaran al resto del suelo, pero a la larga se vuelven monótonos. Aíslo 9 azulejos, 3 x 3 son 9. También esto resulta demasiado pobre, pues ¿cómo me van a contar algo a mí 9 azulejos? He delimitado un cuadrado de 16 azulejos, cada uno de ellos se encuentra ahora en un contexto superior, ellos no lo saben, pero yo sí. Da igual, pues ya he aislado un cuadrado de 25 azulejos. Escribo B, E, A, T y E en los 5 azulejos de arriba, intentando configurar un cuadrado mágico con las 5 letras, intento también con M, A, R, Í y A, pero las dos cosas me resultan tan complicadas que decido aplazarlo hasta que tenga más tiempo.

El suelo es tan grande que no me resulta difícil formar un cuadrado de 36 azulejos, tras apartar un par de zapatos. Los 36 azulejos pertenecen al hotel, pero el contexto superior me pertenece a mí. Puede que ningún huésped de este hotel se haya fijado antes

en ese cuadrado tan armonioso, soy yo quien lo ha elevado a un contexto superior, al reino del espíritu y de la atención. Ese contexto superior no se encuentra en el suelo, sino que está a salvo dentro de mi cabeza. Los 36 azulejos del suelo toman prestado de mi alma un marco imaginario, pienso que soy generoso por llevarle la contabilidad. Mi mirada se mueve por los 36 azulejos, horizontal y verticalmente, y en diagonal. Los azulejos no se dan cuenta de que los estoy repasando con la mirada. He empezado por concentrarme en el azulejo número 13, es el primero de la tercera fila. Tiene un pequeño defecto en la esquina inferior derecha, pero no tiene que preocuparse por ello, pienso, pues apenas hay un azulejo en el suelo que no tenga algún defecto. Los azulejos están tumbados de espaldas, con la nariz hacia arriba, de modo que no pueden verse entre ellos, juntos cubren un suelo entero, pero no necesitan relacionarse, aquí y ahora sólo se relacionan conmigo, y yo los contemplo uno por uno. Si divido el azulejo número 13 en diagonal en dos partes iguales, obtengo dos triángulos rectángulos, por supuesto son isósceles, pero no muevo un dedo, no soy el tipo de persona que destroza el inventario, aunque si sigo mirando ese azulejo, puede que lo haga añicos con la mirada. De nuevo me concentro en todo el tablero de 6 x 6. Se pueden hacer muchas cosas con 6 x 6 azulejos, muchísimas, se podría, por ejemplo, escribir un cuento por cada uno de ellos, pienso, es fácil.

Aparto una silla y consigo concentrar mi atención en 49 azulejos. Puedo verlos todos a la vez, sin parpadear, creo que debo de tener un talento especial para observar azulejos. Sobre todo estoy satisfecho con este último cuadrado, y nunca lo olvidaré, pues 7x7 azulejos constituyen la verdad suprema, y nada menos que la solución de la propia existencia. La esencia de la existencia es un cuadrado compuesto por 49 azulejos verdes y rojos en la habitación número 15 del hotel Luna Convento, Amalfi. Echo un vistazo al perchero, pero sólo tengo que desviar la mirada de nuevo hacia el suelo y vuelvo a divisar el cuadrado, no se ha desplazado ni un milímetro; es porque mantengo la forma en mi mente, no está en el suelo, sino que la crea quien mueve la mirada. Si alguna vez me meten en la cárcel, nunca me aburriré mientras pueda volver a recordar este cuadrado de 49 azulejos. He visto el mundo. Si trazo una diagonal invisible desde la esquina superior derecha, es decir, desde el extremo del azulejo número 7 hasta la esquina inferior izquierda, es decir, el azulejo número 43, me quedo con dos triángulos rectángulos, eso ya lo he dicho, pues es exactamente igual que dividir un azulejo, un cuadrado es un cuadrado. Cada uno de los triángulos tiene dos catetos de 7 largos de azulejo. La suma de los cuadrados de los dos catetos es 98 largos de azulejo, pero no soy capaz de calcular la raíz cuadrada de 98. Cojo la pequeña calculadora de mi maletín de piloto. La raíz cuadrada de 98 es 9,8994949. La hipotenusa de los dos triángulos rectángulos es entonces 9,8994949 largos de azulejo. Bien, entonces lo sabemos, pero me parece extraño que la diagonal de 7x7 azulejos pueda ser un número tan feo, diría que es casi una emboscada, pero el caos siempre ha tendido a aplastar el cosmos desde dentro. Además ahora hay algo que no cuadra, es como si hubiese fantasmas actuando

entre los azulejos, claro, es ese espíritu que vuela sobre los azulejos, pero no puedo dividir 49 azulejos entre 2, entonces, ¿cómo puede haber mitad de azulejos rojos y mitad verdes? Me siento confundido, he empezado a dudar de mi propia razón.

Me salva un orden aún superior, es un cuadrado de 64 azulejos, pero primero he de empujar un poco el escritorio de Ibsen; es pesado y suena como un trueno en mitad de la noche. 8x8son 64, de eso no cabe duda, ahora hay 32 azulejos rojos y 32 azulejos verdes en cada cuadrado, y sin levantar un dedo he conseguido restaurar el equilibrio total entre el rojo y el verde, entre el verde y el rojo. Además, ahora podré jugar al ajedrez, tal vez ésa ha sido la intención desde el principio, el que jugara al ajedrez. Se me da muy bien jugar al ajedrez conmigo mismo, y sin fichas; siempre se me ha dado bien: primera, segunda, tercera, cuarta, quinta, sexta, séptima y octava fila. Coloco las piezas blancas en la primera fila: a, b, c, d, e, f, g y h. Es fácil, controlo todo el tablero, y veo todos los escaques a la vez. Sitúo las piezas una por una sobre el tablero, no tardo nada en verlas nítidamente, están hechas de alabastro negro y blanco, y son bastante grandes, las figuras más grandes miden más de 30 centímetros de altura, son los reyes y las reinas.

Yo soy el rey blanco y me encuentro en la primera fila, me han colocado en un asiento rojo, en la entrada pone 1E, es una buena localidad, primera fila en el patio de butacas, faltaría más. En el gran escenario delante de mí están todas las demás piezas, me irrita un poco la densa fila de mis propios peones, están demasiado cerca de mí y huelen mal, pero arriba a la izquierda, vislumbro a la reina negra en 8D, también a ella le han dado un azulejo rojo donde ponerse, buena localidad también, pienso y la saludo con el brazo izquierdo, ella me devuelve distraída el saludo, lleva en la cabeza una brillante corona de oro macizo.

Las piezas ocupan ya sus puestos, y empieza la partida. Salgo con una apertura normal de rey: e2-e4, y ella responde igual de cortés, con e7-e5. Saco el caballo para proteger al peón: b1-c3, luego ella hace un movimiento sorprendente, pues lleva la reina de d8 a f6. ¿Pero por qué lo hace? ¡Es agresiva, es atrevida! Muevo el peón de d2 a d3 con el fin de proteger al peón de e4, y ella responde sacando el alfil: f8-c5. ¿En qué está pensando la señora? Vuelvo a mover el caballo y amenazo a la reina, lo hago para intentar forzarla hacia atrás: c3-d5. Entonces ocurre, sin que tenga posibilidad alguna de cambiar nada: la reina baja y come un peón, f6 se come a f2. La reina negra está muy cerca y me da jaque, huele a ciruelas y cerezas, pero no puedo tocarla, eso es lo terrible. He cometido el mayor error que puede cometer un jugador de ajedrez, no he pensado a largo plazo, y además, no he tenido en cuenta movimientos anteriores. He olvidado que la reina tiene un pasado, que es de alta cuna, que su casa está llena de sedas, y que tiene un alfil secreto en diagonal de c5, es el que en el momento de la verdad protege a la reina de ser derrotada. ¡Me ha dado jaque mate!

Ha sido una partida corta, demasiado corta. La reina negra me ha derrotado. Soy culpable, no intencionadamente, sino por una grave imprudencia. Me avergüenzo. Así es,

me avergüenzo, yo que siempre he señalado que la gente ya no tiene vergüenza, voy y cometo el acto más vil que un hombre puede cometer.

Me tumbé en la cama, conseguí dormir un par de horas. Al abrir los ojos fue como si despertara al primer o al último día de mi vida. Tuve un hermoso sueño sobre una niña que venía hacia mí con un gran ramo de zapatillas de la reina. ¿Era en el lago de Sogn, o fue en Suecia, junto a uno de los grandes lagos? Pero sólo fue un sueño.

He vuelto a sentarme junto al escritorio, son las nueve. He hecho el equipaje, bajaré a pedir la factura dentro de unos minutos. Si Beate no me permite dejar mi maletín de piloto en su habitación, iré a la comisaría a ver si puedo dejarlo allí. No lo dejaré en el hotel. No me gustaría tener que volver a por algo.

Tengo la sensación de haber perdido un importante punto de apoyo. Ahora me acuerdo: ¿a qué hora y dónde iba a encontrarme con Beate? No lo acordamos. Sea como sea, he de salir de aquí, he de salir de mi propia conciencia.

Dejo el ordenador portátil en la habitación. Lo dejaré olvidado, o simplemente lo dejaré, que la gente se pregunte por qué. He borrado todos los archivos que deben desaparecer, pero no he borrado los que deben quedar. Hay muchísimas obras completas. Hay sinopsis e ideas en abundancia, suficientes para decenas de obras, tal vez más. Puedo pegar una nota al ordenador en la que ponga que pertenece a todos los escritores del mundo. Por favor, sírvanse, podría poner, aquí todo es gratis. Que hagan lo que quieran, por lo que a mí respecta, pueden seguir bailando todo lo que quieran.

Pero cambio de idea. Pongo PARA BEATE en una nota amarilla que pego al ordenador. Yo, por mi parte, sólo deseo convertirme en un ser humano normal y corriente. Sólo deseo contemplar los pájaros y los árboles y escuchar las risas de los niños.

Alguien llama a la puerta. Un momento, digo, luego oigo la voz de Beate. Dice que me espera abajo en el jardín.

Es el primer o el último día de mi vida, no sé si atreverme a esperar que suceda el milagro. Grabo y salgo. Todo está listo. Está listo para el salto más grande.

Cuanto más se acerca Comodín a la extinción eterna, con mayor claridad ve al animal que lo saluda en el espejo al enfrentarse a un nuevo día. No encuentra consuelo en la mirada afligida de un primate de luto. Ve un pez hechizado, un sapo metamorfoseado, una lagartija deforme. Esto es el fin del mundo, piensa. Aquí acaba abruptamente el largo viaje de la evolución.

Éste será siempre mi mundo

Al abrir los ojos, descubrió a su padre sentado al otro lado de la silla.

–¿Qué hora es? –preguntó.

–Las siete.

–¿Llevas aquí mucho tiempo?

–Sólo unas horas...

De repente, Cecilia se acordó del paseo nocturno con los esquís. Miró la habitación. No había nada que pudiera revelar que los había estrenado. «Tal vez no haya sido esta noche. Tal vez hayan pasado algunos días», pensó.

Se sentía más cansada que nunca. ¿Podría ser por lo del paseo en esquís con Ariel?

–No me encuentro muy bien.

Su padre le cogió la mano.

–No estás bien.

–¿Qué día es hoy?

Su padre miró el reloj:

–22 de enero.

–Casi ha pasado un mes desde Nochebuena.

–Pronto vendrá mamá con la inyección.

–«Con la inyección...»

–Sí, está en el cuarto de baño.

–Estoy harta de todo esto.

Su padre le apretó la mano.

–Claro que debes de estarlo –se limitó a decir.

Cecilia intentó levantar la vista hacia él:

–Cuando sea mayor, voy a estudiar astronomía.

–Ah, sí... es muy interesante.

–Alguien tendrá que buscar la solución a todas las cosas.

–¿En qué estás pensando?

–La que está enferma soy yo, papá...

–Así es.

–...pero sois vosotros los que no sois capaces de prestar atención en la clase. Quiero decir que alguien tendrá que averiguar cómo son las cosas. Esto no puede continuar así.

–La ciencia avanza siempre un poco más...

–¿Crees en los ángeles?

–¿Por qué me preguntas eso?

–Bueno, ¿crees en Dios?

Asintió con un gesto:

–Y tú también, ¿no?

–No lo sé... si no fuera tan tonto. ¿Sabías que ha colocado un ángel casi en cada asteroide? Si quieren pueden quedarse allí, pasándose bien eternamente. Ni siquiera tienen que cortarse las uñas o cepillarse los dientes. Otros ángeles están sentados en enormes cometas que dan vueltas alrededor del sol a una velocidad vertiginosa. Y miran hacia la Tierra con mucha curiosidad porque se preguntan cómo es ser una persona de carne y hueso...

–Creo que estás fantaseando.

–...mientras Dios el todopoderoso está cómodamente sentado soplando burbujas de jabón. Sólo para exhibirse ante los ángeles del cielo.

–Estoy seguro de que no está haciendo semejante cosa.

–¿Cómo puedes estar tan seguro? Imagínate, tal vez es una verdadera mierda.

–No podemos entenderlo todo, Cecilia.

–Todo eso ya lo he oído antes... Sólo entendemos en parte. Lo vemos todo como por un espejo y oscuramente...

–Sí, son palabras muy sabias.

Cecilia le miró con resignación.

Transcurrió un largo rato. Ella quería decir algo más, pero no sabía si tenía fuerzas. Era como si tuviera la esperanza de que su padre le fuera a arrancar las palabras de la cabeza, sin que ella tuviera que abrir la boca.

Añadió:

–¿Te acuerdas de cuando fuimos a Creta?

Su padre intentó sonreír.

–¡Cómo no voy a acordarme!

–Quiero decir si te acuerdas del viaje en avión hacia allí, tonto.

Él asintió:

–Incluso recuerdo que en el viaje de ida nos dieron para comer pollo con ensaladilla rusa, y en el de vuelta albóndigas con salsa de pimienta...

–No hables de comida, papá. Quiero decir que yo miraba por la ventanilla. Miré hacia abajo, hacia la Tierra.

Y no dijo nada más. Pero pensó que había estado sentada arriba en el cielo mirando el planeta con todas sus ciudades y carreteras, montañas y campos arados. En el viaje de vuelta volaron primero por encima de las nubes. Fue como si se encontraran a medio camino entre el cielo y la tierra. Habían llegado a Noruega muy tarde por la noche. Antes de aterrizar en el aeropuerto de Gardemoen, se habían metido entre las nubes, y

entonces se les había revelado un país de cuento con luces eléctricas de todos los colores.

Cecilia dijo:

–Cuando llegamos al mundo recibimos un mundo entero de regalo.

Su padre asintió. Era como si no le gustara que Cecilia tuviera tantas cosas de que hablar.

–Pero no somos solamente nosotros los que llegamos al mundo, también se puede decir que el mundo llega a nosotros.

–Es casi lo mismo, ¿no?

–A mí me parece que soy dueña de un mundo entero, papá.

Su padre le cogió también la otra mano.

–De alguna manera es así.

–No solamente esta casa... y la colina Ravne... y el río allí abajo. También soy dueña de una parte de la llanura Lasithi de Creta... y de toda la isla Santorini. Es como si en el pasado hubiera vivido en el viejo palacio de Cnosos. Soy dueña del sol y de la luna, y de todas las estrellas en el cielo. Porque lo he visto todo.

Papá cogió la campanilla de la mesilla de noche y la hizo sonar. ¿Por qué lo hizo? ¿No estaría enfermo él también?

Cecilia prosiguió:

–Nadie me puede quitar todo esto. Será para siempre mi mundo.

Su madre entró en la habitación. Su padre se levantó de la silla y salió corriendo del cuarto. Llevaba sentado con ella tanto tiempo que seguramente necesitaba ir al servicio.

–¿Cecilia?

Se volvió hacia su madre con una mirada acusadora.

–¡Cecilia!

–¿No puedes ponerme la inyección sin más, mamá? No hace falta hablarlo todo.

Le puso la inyección inmediatamente, y seguramente se durmió, porque cuando se despertó de nuevo era Ariel quien estaba sentado a su lado.

Cecilia se encontraba mucho mejor que cuando habían estado sus padres. ¿Podría ser que mejorara cuando estaba con el ángel?

–¿Has dormido bien? –preguntó Ariel.

Cecilia se levantó y se sentó en el borde de la cama; miró hacia la ventana y vio que fuera había luz.

–Es de día –dijo–. A veces me hago un lío.

Ariel movió la cabeza misteriosamente:

–El planeta no para de dar vueltas.

Cecilia se rió; no entendía muy bien por qué, pero en ese momento le resultó muy divertido pensar que la Tierra daba vueltas y vueltas.

–Alguien ha dicho que el mundo es un escenario. En ese caso tendrá que ser un escenario giratorio.

–Desde luego que sí –dijo Ariel con determinación–. Pero a lo mejor no sabes por qué. Cecilia se encogió de hombros:

–En realidad no importa, porque yo no noto que el mundo dé vueltas. Por mí podría ser un poco más movido. ¡Imagínate si fuera así...! Entonces las norias del mundo entero no harían gran negocio.

Ariel se levantó de la silla, voló lentamente por la habitación y se sentó sobre el escritorio. Miró a Cecilia:

–La Tierra da vueltas sin parar para que los seres humanos puedan mirar al universo en todas las direcciones del cielo. De esa manera veis casi todas las estrellas y todo lo que hay allí fuera, estáis donde estáis.

–Nunca se me había ocurrido.

Ariel prosiguió:

–Da igual que viváis en Jessheim o en Java, ni una minúscula franja de la gloria del cielo debe permanecer oculta. Sería muy injusto que sólo la mitad de la humanidad pudiera sentir los rayos solares en el rostro, o que, por ejemplo, la mitad de los habitantes de la Tierra jamás viera ni siquiera una media luna. Tanto el sol como la luna pertenecen a todos los seres humanos de la Tierra.

–¿Por eso Dios puso en marcha la peonza?

–¡Sí, señorita! Pero no sólo por eso...

–Cuéntame más cosas.

–También fue para que todos los ángeles del cielo pudieran ver todo el planeta Tierra, independientemente del astro en que se encontraran. Porque, ¿sabes?, es mucho más fácil vigilar un planeta que gira constantemente que un planeta que sólo pone una mejilla.

A Cecilia le pareció que Ariel se estaba entusiasmando demasiado. No paraba de hablar. Y también había empezado a mover las piernas como antes.

–Creo que te he dicho que tenemos una mirada de rayos X. Pero no creo haberte dicho que también tenemos una telemirada...

–¿Quieres decir que podéis ver a los seres humanos en la Tierra, incluso cuando estáis sentados en algún insignificante planeta muy lejos en el universo?

–Exactamente. Allí arriba, como puedes imaginar, no ocurre gran cosa. Pero cuando estamos cómodamente instalados en ese insignificante planeta mirando a la Tierra, podemos seguir el teatro celestial independientemente de que las escenas tengan lugar en Creta o en Klofta.

–¿«El teatro celestial»?

Ariel asintió:

–El planeta Tierra, Cecilia. La vida de los seres humanos en la Tierra es como una eterna obra de teatro. Venís y os vais. Como los del juego...

Cecilia permaneció inmóvil en el borde de la cama durante unos segundos. Luego dijo:

–¡Me parece horrible!

Dio un fuerte golpe a la silla con el pie.

–Si hubiera sido verdad, habría sido muy injusto.

Ariel pareció ofenderse un poco, pero seguía moviendo las piernas. Añadió:

–Entonces no hablemos más de ello.

–No sé si me apetece hablar más de algo.

Por un instante, Ariel dejó de mover las piernas:

–Estás amargada, Cecilia.

–¿Y qué?

–Por eso estoy aquí.

Cecilia miró fijamente al suelo:

–Es que no me cuadra que el mundo no pueda estar hecho de diferente manera.

–Ya hemos hablado de eso. Estoy seguro de que muchas veces has intentado dibujar algo muy bonito y luego te ha salido algo diferente a lo que habías imaginado.

–Eso ocurre casi siempre. Precisamente eso es lo que lo hace tan interesante... el no saber exactamente qué va a ser.

–Pero entonces no eres exactamente todopoderosa en relación con lo que dibujas.

Cecilia no contestó. Al cabo de un rato dijo por fin:

–Si yo supiera que lo que dibujara iba a cobrar vida, no me atrevería a dibujar nada. Jamás me atrevería a dar vida a algo a lo que no pudiera defender de esos impacientes lápices de colores.

El ángel se encogió de hombros:

–De todos modos, las figuras que dibujaras sólo habrían entendido parcialmente. No habrían podido ver cara a cara.

Cecilia suspiró profundamente:

–Tantos misterios empiezan a ponerme nerviosa.

–Lo siento. No era mi intención.

–Algún tonto dijo una vez que lo más importante es ser o no ser. En realidad, cada vez estoy más de acuerdo con él. O con ella, si quieres... porque tú mismo has dicho que lo de los sexos no es tan importante en el mundo espiritual...

–«Ser o no ser» –repitió Ariel–. Está bien dicho, porque no hay nada entre medias.

–Quiero decir que estamos en la Tierra sólo esta vez. ¡Y jamás volveremos!

–Sé que estás muy enferma, Cecilia...

–Pero no te dejes que preguntes por la enfermedad que tengo. No permito a nadie hablar de eso, ni siquiera a los ángeles del cielo.

–Sólo quería decir que he venido para consolarte.

Cecilia arrugó la nariz:

–¡Consolarme!

Ariel despegó del escritorio y empezó a volar por la habitación mientras hablaban.

–Cuando me haga vieja y luego muera, creo que seré un bebé de nuevo. Y luego continuaré viviendo en el cielo exactamente como vosotros. Nos convertiremos todos en cuervos de Odín. Creo que estará bien...

–¿Crees? –preguntó Ariel.

–«¿Crees?», «¿crees?». ¡Eso tienes que saberlo tú!

Ariel estaba descansando en el aire delante de la cama, tapando el viejo collar de perlas y el calendario griego de los gatos.

–¡No señora! –dijo con firmeza–. La obra de la creación y la celestial constituyen un misterio tan grande que ni los seres humanos de la tierra ni los ángeles del cielo consiguen captarlo.

–Entonces igual puedo hablar con papá o con la abuela.

Ariel asintió:

–Porque también ellos están flotando en algún lugar del gran misterio de Dios.

Cecilia le miró:

–¿Has visto a Dios? En persona, quiero decir.

–Estoy sentado delante de una puntita de él en este momento. Porque lo que he mirado y hablado con uno de sus más pequeños lo he mirado y hablado con él.

Cecilia reflexionó un buen rato:

–Si ésa es la única manera de encontrarse con Dios, resulta difícil aplastarle.

Ariel tuvo que reírse:

–Sería simplemente que él se aplastaba a sí mismo.

Hubo un silencio total en la habitación, antes de que el ángel Ariel continuara:

–Cuando te quejas de que Dios es tonto, quizá sea que el propio Dios se acusa a sí mismo. ¿O has olvidado lo que dijo cuando estaba colgado en la cruz?

Cecilia lo había olvidado. Últimamente la abuela le había leído muchos trozos de la Biblia, pero de ése justamente se había olvidado.

–¡Dilo de una vez!

–Dijo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

A Cecilia de repente se le iluminó la mente. Jamás había pensado en eso. Si Jesucristo era Dios, entonces Dios estaba hablando consigo mismo cuando estaba en la cruz. Tal vez hablara también consigo mismo cuando habló a los discípulos en Getsemaní. Ni siquiera se habían preocupado de permanecer despiertos cuando los soldados vinieron a prenderlo.

–«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» –repitió Cecilia.

Ariel se le acercó volando y, mirándola a los ojos con su mirada azul como el zafiro, dijo:

–Dilo, Cecilia. ¡Dilo una y otra vez! Porque hay algo en el espacio celestial que no cuadra. Algo ha fallado en el gran dibujo.

Cecilia intentó concentrar sus pensamientos.

–¿De verdad que no sabes nada más sobre lo que hay al otro lado? –preguntó.

Ariel movió su reluciente calva:

–Vemos todo por un espejo. Acabas de mirar a través del cristal y has vislumbrado

algo al otro lado. No puedo pulir del todo el espejo. Tal vez así hubieras podido ver algo más, pero entonces ya no habrías podido verte a ti misma.

Cecilia le miró asombrada.

–Ése es un pensamiento muy profundo.

–Y más a fondo no se llega en los huesos y en la carne. Porque el hueso y la carne son un lago de poca profundidad. Constantemente se ve la arena y las piedras del fondo.

–¿De verdad?

Ariel asintió:

–Como sabes, el hueso y la carne no son más que tierra y agua. Pero además Dios os insufló algo de su espíritu. Por eso, dentro de vosotros hay algo que es Dios.

Cecilia extendió los brazos vencida.

–No sé qué decir.

–Podrías felicitarte a ti misma...

–¡Pero si no es mi cumpleaños!

–Podrías felicitarte porque eres un ser que ha tenido la oportunidad de hacer un extraño viaje alrededor de un sol ardiente en el espacio celeste. Allí has vivido una fracción de la eternidad. ¡Has contemplado el universo, Cecilia! Has podido levantar la vista de ese dibujo en el que estás dibujada. Así pudiste ver tu propia gran majestuosidad en el inmenso espejo celestial.

Ariel estaba tan solemne que sus palabras daban miedo a Cecilia:

–Creo que ya no debes decir ni una sola palabra más. No tengo capacidad para más.

–¡Sólo esto!

La miró fijamente a los ojos con una mirada más clara y más profunda que el mar Egeo:

–Todas las estrellas se caen algún día. Pero una estrella no es más que una chispa de la gran hoguera celestial...

Al instante siguiente, había desaparecido. Cecilia debió de quedarse dormida al mismo tiempo. Cuando volvió a despertarse, estaban sentados junto a su cama mamá, papá y la abuela.

–¿Estáis aquí todos?

Todos dijeron que sí con la cabeza. Mamá le humedeció la boca con una toallita.

–¿Dónde está Lasse?

–Está fuera con el abuelo, patinando sobre el hielo.

–Quiero hablar con la abuela.

–¿Quieres que papá y yo os dejemos solas?

Cecilia asintió con un gesto.

Los dos salieron de puntillas. La abuela le cogió las manos.

–¿Te acuerdas de lo que me contaste de Odín?

–Claro que me acuerdo.

–Tenía un cuervo en cada hombro, y todas las mañanas volaban por el mundo para

ver cómo estaba todo. Luego volvían y contaban a Odín lo que habían visto...

–Ahora eres tú la que me lo estás contando a mí –dijo la abuela.

Como Cecilia no contestó, su abuela prosiguió:

–Pero, de alguna manera, era Odín el que volaba. A la vez que estaba tranquilamente sentado en su trono, volaba por el mundo sobre las alas de los cuervos. Como sabes, los cuervos tienen muy buena vista...

Cecilia la interrumpió:

–Eso era lo que iba a decir...

–¿El qué?

–Me hubiera gustado tener dos cuervos así. O al menos me hubiera gustado ser uno de ellos.

La abuela le apretó un poco más las manos:

–No tenemos por qué hablar de esas cosas ahora.

–Además, he empezado a olvidarme de lo que me contaste –dijo Cecilia.

–A mí me parece que tienes muy buena memoria.

–¿Dijiste que nos ponemos tristes cuando algo es bonito? ¿O dijiste que nos ponemos bonitos cuando algo es triste?

La abuela no contestó. Seguía teniendo las manos de Cecilia entre las suyas, y la miraba a los ojos.

–Hay un cuaderno debajo de mi cama. ¿Me lo coges?

La abuela le soltó una mano, se agachó y cogió el cuaderno chino. También encontró el rotulador negro.

–¿Puedes anotarme una cosa?

La abuela le soltó la otra mano y Cecilia dictó:

–«Vemos todo por un espejo y oscuramente. Algunas veces podemos mirar a través del espejo y vislumbrar algo de lo que hay al otro lado. Si puliéramos del todo el espejo, veríamos mucho más. Pero entonces dejaríamos de vernos a nosotros mismos...»

La abuela levantó la vista del cuaderno.

–Es un pensamiento profundo, ¿no te parece? –preguntó Cecilia.

La abuela dijo que sí con la cabeza. Le corrían unas lágrimas por las mejillas.

–¿Estás llorando? –preguntó Cecilia.

–Sí, estoy llorando, mi tesoro.

–¿Porque es bonito o porque es triste?

–Por las dos cosas.

–Hay más, ¿sabes?

–Di lo que quieras...

–«Si yo supiera que lo que dibujara iba a cobrar vida cuando acabase el dibujo, no me atrevería a dibujar nada. Jamás me atrevería a dar vida a algo a lo que no pudiera defender de esos impacientes lápices de colores...»

Se hizo el silencio en el cuarto. También el resto de la casa estaba en silencio.

–¿Qué te parece? –preguntó Cecilia.

–Muy bien...

–¿Puedes seguir anotando?

La abuela lloró de nuevo. Luego dijo que sí y Cecilia dictó:

–«La obra de la creación y la celestial constituyen un misterio tan grande que ni los seres humanos de la tierra ni los ángeles del cielo consiguen captarlo. Pero hay algo en el espacio celestial que no cuadra. Algo ha fallado en el gran dibujo.»

Levantó la vista:

–Sólo hay una cosa más.

La abuela volvió a hacer un gesto de asentimiento y Cecilia dijo:

–«Todas las estrellas se caen algún día. Pero una estrella no es más que una chispa de la gran hoguera celestial.»

Al principio fue la gran explosión, y de eso hace ya mucho tiempo. Aquí sólo se hará mención del bis de la noche. Aún es posible conseguir una entrada. En una palabra: la propina consiste en que se cree el público del espectáculo. Sin la claqué, no habría tenido sentido denominar a lo sucedido espectáculo. Sigue habiendo asientos libres.

Un mundo mágico

Para mí, éste ha sido siempre un mundo mágico, desde que era muy pequeño, y mucho antes de que comenzara a espiar a una joven con naranjas por las calles de Oslo. Sigo teniendo la sensación de haber visto algo que nadie más ha visto. Resulta difícil describir esa sensación con palabras sencillas, pero imagínate este mundo antes de ese moderno machaqueo de leyes de la naturaleza, doctrinas evolucionistas, moléculas del ADN, bioquímica y células nerviosas, es decir, antes de que este globo comenzara a dar vueltas, antes de que fuera rebajado a ser un «planeta» en el espacio, y antes de que el orgulloso cuerpo humano fuera fragmentado en corazón, pulmones, riñones, hígado, cerebro, sistema sanguíneo, músculos, estómago e intestinos. Estoy hablando de cuando el ser humano era un ser humano, es decir *un ser humano* entero y orgulloso, ni más ni menos. Por aquel entonces, el mundo no era sino un cuento chispeante.

Un gamo sale de repente de un bosquecillo, te mira durante un segundo, y al instante desaparece. ¿Qué alma es la que pone en movimiento a ese animal? ¿Qué fuerza insondable es la que decora la tierra con flores de todos los colores del arco iris y siembra el cielo nocturno con unos suntuosos encajes de estrellas centelleantes?

Un sentimiento de la naturaleza desnudo y directo lo encuentras en la literatura popular, por ejemplo en los cuentos de los hermanos Grimm. Léelos, Georg. Lee las sagas islandesas, lee los mitos griegos y nórdicos, lee el Antiguo Testamento.

Mira el mundo, Georg, mira el mundo antes de haber engullido demasiada física y química.

En este momento, grandes manadas de renos salvajes corren por la asolada planicie de Hardanger. En la isla de la Camargue, entre dos brazos de la desembocadura del río Ródano están incubando miles de flamencos rosados. Cautivadores rebaños de esbeltas gacelas saltan como por arte de magia por la sabana africana. Miles y miles de pingüinos reales charlan en una playa helada de la Antártida, y no sufren, están a gusto. Pero no sólo cuenta la cantidad. Un alce solitario y meditabundo asoma la cabeza en un bosque de abetos al este de Noruega. Hace un año, uno de ellos se extravió y llegó hasta Humleveien. Un lemming aterrado corre por entre las tablas de madera de la leñera de la cabaña de Fjellstölen. Una foca rellenita se lanza al agua desde un islote cerca de Tönsberg.

No me digas que la naturaleza no es un milagro. No me digas que el mundo no es un maravilloso cuento. Quien no lo haya entendido, tal vez no lo haga hasta el momento en

que el cuento esté a punto de acabar. Pues es cuando te dan la última oportunidad de quitarte las anteojeras, una última ocasión de frotarte los ojos de asombro, una última ocasión de entregarte a este milagro del que ahora te despides y al que vas a abandonar.

Me pregunto si entiendes lo que estoy intentando expresar, Georg. Nadie se ha despedido llorando de la geometría de Euclides o del sistema periódico de los átomos. Nadie se echa a llorar porque va a ser desconectado de internet o de la tabla de multiplicar. Es del mundo de lo que uno se despide, de la vida, del cuento. Y al mismo tiempo, uno se despide de una pequeña selección de seres queridos.

Alguna que otra vez pienso que desearía haber vivido antes del invento de la tabla de multiplicar, y al menos antes de la física y química modernas, antes de que comenzáramos a entenderlo todo, es decir cuando todo era MAGIA. Así me parece la vida en este momento en que estoy sentado delante de la pantalla del ordenador escribiendo estas líneas. Yo mismo soy un científico y no rechazo ninguna de las ciencias, pero también tengo una concepción del mundo mítica, casi animista. Nunca he permitido a Newton ni a Darwin que se carguen el mismísimo misterio de la vida. (Consulta la enciclopedia si hay alguna palabra que no entiendes. Hay una enciclopedia moderna en el cuarto de estar. Bueno, al menos está allí ahora, y no sé si ahora te parecerá ya tan moderna.)

Voy a confiarte un secreto. Antes de empezar a estudiar medicina tenía dos alternativas para el futuro: ser poeta, es decir alguien que canta, con palabras, alabanzas a este mundo mágico en el que vivimos, creo que ya te lo he mencionado, o ser médico, es decir alguien que sirve a la vida. Para más seguridad, decidí hacerme médico primero.

No me alcanzó el tiempo para convertirme en poeta. Pero sí me alcanzó para escribirte esta carta.

Volver a casa todos los días y encontrarme con una Joven de las Naranjas pintando flores de cerezo en nuestro jardín, era como la realización de todo lo que podía haber soñado. Una vez me entusiasmé tanto al verla en el jardín que la cogí en brazos y me la llevé al dormitorio. ¡Ella se reía!, ¡ay, cómo se reía! La coloqué en la cama y la seduje allí mismo. No me avergüenza darte a conocer también ese aspecto de la felicidad que compartimos ella y yo. ¿Por qué iba a ocultártelo? Es uno de los hilos conductores de esta historia.

Lo primero que decidimos al instalarnos en la casa tras varios meses de reformas fue dejar de tomar precauciones para no tener hijos. Lo decidimos la primera noche que dormimos aquí. A partir de esa noche empezamos a hacerte a ti.

Y cuando llevábamos año y medio viviendo en Humleveien naciste tú. Me sentía muy orgulloso cuando te tuve en brazos por primera vez. Fuiste un niño. Si hubieras sido una niña, habríamos tenido que ponerte por nombre Ranveig, como se llamaba la hija de aquella Joven de las Naranjas.

Verónica estaba agotada y pálida después del parto, pero feliz. No podríamos haber

estado más felices. Comenzaba un nuevo capítulo con reglas completamente nuevas.

Voy a confiarte otro secreto. En el hospital trabajaba un compañero mío de la universidad, lo cual quiere decir que era médico. Tras el parto, entró en la habitación del hospital con una copa de champán tanto para la parturienta como para el flamante padre. En realidad no estaba permitido, de hecho estaba prohibidísimo. Pero en la ventana que daba al pasillo había una pequeña cortina que se podía correr. Brindamos los tres por esa vida en la Tierra que acababas de iniciar. Obviamente no te dimos champán, pero al poco tiempo te pusieron al pecho de Verónica, y ella sí había tomado unos pequeños sorbos de champán.

Pero aquel día en que la Joven de las Naranjas me acompañó al autobús del aeropuerto, habíamos visto una paloma muerta. Fue un mal presagio. Tal vez fuera porque yo no había seguido todas las reglas del cuento.

¿Te acuerdas de que estuvimos en la cabaña esta Semana Santa? Ya tenías casi 3 años y medio, pero supongo que te habrás olvidado de todo. Cuando se estudia medicina, también se estudia algo de psicología. Sé que no se recuerda casi nada de la vida antes de haber cumplido los 4 años.

Recuerdo que tú y yo nos sentamos fuera junto a la pared de la cabaña compartiendo una naranja mientras Verónica grababa todo en vídeo. Fue como si ella intuyera que algo estaba llegando a su fin. Georg, pregúntale si aún guarda ese vídeo. Tal vez le duela sacarlo, pero pregúntaselo de todos modos.

Después de Semana Santa supe que estaba gravemente enfermo. Verónica no se lo creía, pero yo lo sabía. Yo sabía interpretar los signos, sabía diagnosticar.

De modo que fui a ver a ese compañero del que te he hablado; ese que nos sirvió champán en el hospital al nacer tú. Primero me hizo unos análisis de sangre, y luego algo que se llama TAC, una especie de examen por rayos X. Estuvo de acuerdo conmigo. Habíamos llegado a la misma conclusión profesional.

Comenzó una nueva forma de vida. Fue una catástrofe para Verónica y para mí, pero intentamos al máximo mantenerte fuera de ella. Una vez más se introdujeron nuevas reglas. Palabras como añoranza, paciencia y carencia adquirieron un nuevo sentido, ya no podíamos prometernos estar juntos todos los días de los años siguientes. No podíamos prometernos nada en absoluto. De pronto los dos nos sentíamos vulnerables y desamparados. Ese pronombre tan entrañable, «nosotros», tenía una fea grieta. Ya no podíamos exigirnos nada el uno al otro, ni podíamos compartir ninguna expectativa sobre el tiempo que teníamos por delante.

Tras haber leído esto, ya conoces algo de la historia de mi vida. Ya sabes quién soy. Eso me reconforta.

En cierto modo me conoces mejor de lo que me conocen muchas otras personas, aunque no hayamos conversado a solas desde que tenías apenas 4 años. Nunca me he

sincerado con nadie como contigo en esta carta. Entenderás también por qué me resultó tan duro tener que aceptar las nuevas reglas. Sabía cómo sería mi final, y tuve que habituarme poco a poco a la idea de que me vería obligado a abandonaros a ti y a la Joven de las Naranjas.

Tengo que preguntarte algo, Georg. No puedo esperar más. Pero primero voy a contarte lo que sucedió aquí en Humleveiien hace unas semanas.

Por las mañanas Verónica va al instituto a enseñar a jóvenes a pintar naranjas. Le he dicho que no le permito quedarse conmigo en casa todo el día. Tú y yo desayunamos juntos. Luego te acompaño a la guardería, y tengo esas horas para mí durante las cuales me siento ante el ordenador, en el cuarto de estar, a escribirte esta larga carta. A menudo tengo que hacer equilibrios para no tropezar con tu tren BRIO. Te habrías dado cuenta enseguida si algo se hubiera movido.

A veces también necesito dormir un poco durante ese tiempo, no porque me sienta mal, sino porque no consigo tranquilizarme por las noches, pues es cuando me invaden todos esos pensamientos, es cuando más me asolan. En el instante de acostarme me adentro en los tristes enigmas, en el cuento grande y feo que no tiene hadas buenas, sólo espíritus oscuros y elfos malvados. Entonces es mejor renunciar al sueño por la noche y quedarte dormido en el sofá en algún momento de la mañana cuando hay luz fuera.

No se me hace muy cuesta arriba permanecer despierto sabiendo que tu madre y tú estáis aquí durmiendo. Además, sé que puedo despertar a Verónica cuando quiera, y algunas veces lo hago, y ella me hace compañía. Alguna que otra vez hemos estado sentados juntos toda la noche. En esas ocasiones no nos decimos gran cosa, simplemente estamos juntos. Nos preparamos alguna taza de té. Nos hacemos algún sándwich de queso. Así es la situación ahora, Georg. Ésas son las nuevas reglas.

Podemos estar sentados juntos cogidos de la mano durante horas sin hablar. Alguna vez contemplo su mano, es suave y bonita, y luego miro fijamente la mía, a lo mejor sólo un dedo o una uña. ¿Cuánto tiempo tendré este dedo?, me pregunto. O me llevo su mano a los labios y la beso.

He pensado que a esa mano, que en esas noches tengo cogida, estaré agarrado hasta que llegue mi último momento, tal vez en la cama del hospital, y tal vez durante muchas horas, hasta que por fin suelte las amarras y también la mano. Estamos de acuerdo en que será así, ella me lo ha prometido. Es bueno saberlo. Y también indeciblemente triste. Cuando suelte este universo soltaré una mano cálida y viva, la mano de la Joven de las Naranjas.

¡Imagínate, Georg, si al otro lado también hubiera una mano que agarrar! Pero no creo que exista ningún otro lado. Estoy casi seguro. Todo lo que hay sólo dura hasta que se acaba. Pero lo último a lo que suele estar agarrado un ser humano es a una mano.

He escrito antes que lo más contagioso que conozco es la risa. Pero también la pena puede contagiarse. El miedo es diferente. No se contagia con la misma facilidad que la risa y la pena... y menos mal. El miedo es algo solitario.

Tengo miedo, Georg. Tengo miedo de ser expulsado de este mundo. Tengo miedo de noches como ésta, que no se me permitirá vivir.

Pero una noche te despertaste, a eso iba. Estaba sentado en el jardín, y de repente te vi salir de tu habitación y entrar en el salón. Te frotabas los ojos y mirabas a tu alrededor. Normalmente habrías subido la escalera hasta nuestro dormitorio, pero esa vez te quedaste de pie en el salón, quizá porque veías todas las luces encendidas. Entré en el salón desde el jardín de invierno y te levanté por los aires. Dijiste que no podías dormirte. Tal vez lo decías porque nos habías oído a mamá y a mí hablar a veces de que no lograba dormirme.

He de admitir que me alegré mucho de que te hubieras despertado, de que vinieras a mí cuando más te necesitaba. Por eso no hice ningún esfuerzo para que te durmieras de nuevo.

Me hubiera gustado mucho hablarte de todo esto, pero sabía que no podía, que eras demasiado pequeño. Y sin embargo eras lo suficientemente mayor como para consolarme. Si te quedabas despierto, quería compartir contigo unas horas. Era una de esas noches que podría haber despertado a Verónica, pero como estabas tú, la dejaba dormir.

Sabía que afuera había un maravilloso cielo estrellado, lo había visto desde el jardín de invierno. Estábamos en la segunda quincena de agosto, y es posible que tú no hubieras visto nunca un cielo estrellado, al menos no durante ese verano tan luminoso que estaba llegando a su fin, y el año anterior eras aún demasiado pequeño. Te puse un jersey de lana y un pantalón de punto, también yo me puse una chaqueta, y nos sentamos los dos en la terraza. Había apagado las luces de dentro y apagué también las de fuera.

Primero señalé una finísima luna. Estaba baja en el firmamento, al este. Tenía forma de C, lo que significaba que estaba en cuarto menguante. Te lo dije.

Tú estabas sentado sobre mis rodillas, absorbiendo toda esa seguridad que te rodeaba. Yo bebía de la seguridad que emanaba de ti. Y me dio por señalarte todas las estrellas y los planetas en el firmamento. Quería hablarte de todo aquello, de todo ese gran cuento del que formamos parte, de ese enorme puzzle del que tú y yo éramos unas piezas minúsculas. También ese cuento tenía leyes y reglas que no éramos capaces de entender, ante las cuales teníamos que doblegarnos, nos gustaran o no.

Sabía que probablemente pronto tendría que dejaros, pero no podía decirlo. Sabía que estaba saliendo de ese gran cuento que tú y yo contemplábamos en ese momento, pero no podía decírtelo. De modo que me puse a hablarte de las estrellas, primero lo hice de forma que pudieras entenderme, pero luego, cuando ya me había emocionado, hablé libremente del espacio como si fueras un adulto.

Y tú me dejaste hablar, Georg. Te gustaba oírme contar aunque no fueras capaz de interpretar todos los enigmas que iba mencionando. Tal vez entendías más de lo que yo creía. Al menos no me interrumpiste, ni tampoco te dormiste. Fue como si entendieras

que no podías abandonarme esa noche. Quizá percibiste que no era yo quien estaba contigo. Eras tú quien estaba conmigo. Eras el canguro de tu papá.

Te conté que era de noche porque el planeta había girado alrededor de su propio eje y estaba dando la espalda al sol. Sólo en el momento de salir o ponerse el sol podemos *ver* al globo terráqueo dar la vuelta, te expliqué. Eso creo que lo entendiste, aunque a veces cantábamos una nana que empezaba: *El sol cierra su ojo, y yo pronto cerraré el mío...* ¿Lo recuerdas?

Te señalé Venus y te dije que esa estrella era un planeta que daba vueltas alrededor del sol de la misma manera que la Tierra. En esa época del año podíamos ver Venus bajo en el firmamento al este, porque el sol brillaba sobre él de la misma manera que lo hace sobre la Tierra. Luego te conté un secreto: te dije que pensaba en Verónica cada vez que miraba ese planeta, porque «Venus» era una antigua palabra asociada al amor.

Casi todos los puntos luminosos que veíamos en el cielo eran estrellas de verdad, te expliqué, y brillaban por su cuenta, exactamente igual que el sol, porque cada estrellita en el cielo era un sol ardiente. ¿Sabes lo que dijiste entonces?: «Pero no nos quemamos la piel con las estrellas».

Había sido un verano maravilloso, Georg, habíamos tenido que ponerte crema con un alto factor de protección. Te estreché contra mi pecho y te susurré: «Eso es sólo porque están muy, muy lejos».

Mientras estoy escribiendo esto tú estás jugando en el suelo haciendo nuevas construcciones con tu tren BRIO.

Ésta es la vida de todos los días, pienso. Ésta es la realidad. Pero la puerta para salir de la realidad está abierta de par en par.

¡Son tantas las cosas de las que tengo que despedirme! Son tantas las cosas que dejamos atrás.

Hace un ratito te acercaste a mí y me preguntaste qué estaba escribiendo en el ordenador. Te contesté que estaba escribiendo una carta a mi mejor amigo.

Tal vez te extrañara un poco la tristeza en mi voz al decir que estaba escribiendo una carta a mi mejor amigo. Preguntaste: «¿Es para mamá?».

Creo que te dije que no con la cabeza. «Mamá es mi novia», dije. «Eso es algo muy diferente.»

«¿Y quién soy yo?», preguntaste.

Me pusiste en un aprieto. Pero te cogí en brazos, te apreté fuertemente contra mí y te dije que eras mi mejor amigo.

Por fortuna ya no preguntaste nada más. No podías pensar que la carta fuera para ti. Y a mí me parecía curioso imaginarme que un día la leerías.

El tiempo, Georg. ¿Qué es el tiempo?

Continué contando, aun sabiendo que no eras ya capaz de entender lo que te estaba

diciendo.

El espacio también es muy viejo, dije, tal vez tenga 15.000 millones de años. Y sin embargo nadie ha conseguido enterarse todavía de cómo se creó. Convivimos en un gran cuento que nadie sabe lo que es. Bailamos, jugamos, charlamos y reímos en un mundo que no tenemos ni idea cómo surgió. Ese bailar y jugar es la música de la vida, dije. Lo encuentras por todas partes donde hay seres humanos, de la misma manera que hay tono de marcar en todos los teléfonos.

Echaste la cabeza hacia atrás y me miraste. Lo del tono del teléfono lo entendiste, te encantaba levantar el auricular y escucharlo.

Entonces, Georg, te hice una pregunta, la misma que quiero hacerte ahora que ya eres capaz de entenderla. Por esta pregunta te he contado la larga historia sobre la Joven de las Naranjas.

Dije: «Imagínate que hace miles de millones de años, cuando todo se creó, te encontraras en el umbral de este cuento y pudieras elegir si quieres nacer a una vida en este planeta. No sabrías cuándo vivirías, ni tampoco el tiempo que permanecerías aquí, pero de todos modos no serían más que unos cuantos años. Lo único que sabrías es que, si eliges entrar en el mundo, tendrías que despedirte y dejarlo todo algún día, cuando llegara el momento. Tal vez te causara mucha pena, porque muchos seres humanos opinan que la vida en este gran cuento es tan maravillosa que se les saltan las lágrimas con sólo pensar que se va a acabar. A veces es todo tan bueno aquí que duele mucho pensar que un día se acabará».

Estabas sentado en mis rodillas sin moverte. Añadí: «¿Qué habrías elegido tú, Georg, si una fuerza mayor te hubiera permitido elegir? Tal vez podamos imaginarnos un hada cósmica en este gran cuento de misterio. ¿Habrías elegido vivir una vida en la Tierra, larga o corta, dentro de cien mil o cien millones de años?».

Creo que respiré con dificultad un par de veces antes de proseguir: «¿O te habrías negado a participar en el juego por no aceptar las reglas?».

Seguías inmóvil sobre mis rodillas. Me pregunto en qué estabas pensando. Tú eras un milagro vivo. Me pareció que tu pelo rubio olía a mandarinas. Eras un ángel de carne y hueso.

No te habías dormido. Pero tampoco dijiste nada.

Estoy seguro de que me oíste, incluso es probable que me escucharas. Pero no pude adivinar lo que se movía dentro de tu cabeza. Estábamos muy juntos, y sin embargo había de repente una gran distancia entre nosotros.

Te apreté aún más fuerte, tal vez pensaras que era para que no pasaras frío. Pero te fallé, Georg, porque me eché a llorar. No era mi intención, y enseguida intenté recobrar la serenidad. Pero lloré.

Durante las últimas semanas me había hecho muchas veces esa misma pregunta. ¿Hubiera elegido vivir una vida en la Tierra sabiendo que un día de repente me sería

arrebatada, tal vez en medio de una gran felicidad? ¿O habría rechazado desde el principio ese agitado juego de «dar y quitar»? Pues sólo venimos al mundo una vez. Las puertas del gran cuento se nos abren. ¡Y colorín colorado, este cuento se ha acabado!

No estaba muy seguro de lo que hubiera elegido. Creo que me habría negado a aceptar las condiciones. Tal vez habría rechazado cortésmente la oferta de visitar el cuento, e incluso es probable que no hubiera contestado tan cortésmente. Tal vez habría dicho con un bramido que el dilema en sí estaba tan cargado de maldad que no quería saber nada de él. Eso pensaba justo en ese momento, sentado en la terraza, contigo sobre las rodillas. Estaba seguro de que habría rechazado la oferta en su totalidad.

Si hubiera elegido no meter la cabeza en el gran cuento, no habría sabido lo que me iba a perder. ¿Entiendes lo que quiero decir con eso? Algunas veces a los humanos nos resulta peor perder algo querido que no haberlo tenido nunca. Escucha: si la Joven de las Naranjas no hubiera cumplido su promesa de vernos todos los días durante los seis meses siguientes a su estancia en España, habría sido mejor para mí no haberla conocido nunca. Lo mismo sucede en otros cuentos. ¿Crees que la Cenicienta habría elegido ir al palacio como princesa si hubiera sabido que ese juego duraría sólo una semana escasa? ¿Cómo crees que se hubiera sentido al regresar a las cenizas y los atizadores, la malvada madrastra y las feas hermanastras?

Pero ahora te toca a ti contestar, Georg, te cedo la palabra. Fue sentado contigo en la terraza bajo el cielo estrellado cuando decidí escribirte esta larga carta. Fue en el momento en el que me eché a llorar de repente. No lloraba sólo porque iba a abandonaros a ti y a la Joven de las Naranjas. Lloraba porque tú eras muy pequeño. Lloraba porque tú y yo no podíamos hablar.

Vuelvo a preguntar: ¿qué habrías elegido si te hubieran dado la posibilidad de elegir? ¿Habrías elegido vivir un breve rato en la Tierra y al cabo de unos años ser arrancado de todo para jamás volver? ¿O habrías rechazado la oferta?

Te doy sólo estas dos alternativas. Así son las reglas. Si eliges vivir, también eliges morir.

Pero prométeme tomarte el tiempo suficiente y pensártelo bien antes de contestar.

Tal vez sea meterme demasiado en tus entrañas. Tal vez intente que te abras demasiado y no tenga ningún derecho a hacerlo. Pero es muy importante para mí lo que contestes a esta pregunta, ya que soy directamente responsable de que estés en el mundo. Tú no habrías estado en el mundo si yo hubiera podido rechazar el entrar en él. Tengo a veces un sentimiento de *culpabilidad* por haber contribuido a introducirte en el mundo. En cierto modo soy yo quien te ha dado la vida; la Joven de las Naranjas y yo, claro. Pero también somos nosotros los que vamos a arrebatártela. El dar la vida a un niño no es sólo darle el gran Regalo de la Vida. También es arrebatarle ese mismo regalo inconcebible.

Tengo que ser sincero contigo, Georg. Yo habría rechazado la oferta de un veloz tour

tipo «conoce-el-mundo» por el gran cuento. Y si tú piensas como yo, me siento culpable de lo que he ocasionado.

Me dejé seducir por la Joven de las Naranjas, me dejé tentar por el amor, me dejé convencer por la idea de tener un hijo. Ahora me llega el arrepentimiento y la necesidad de la reconciliación. ¿He hecho algo mal?, me pregunto. Lo vivo como un sangriento conflicto de conciencia y necesito dejar las cosas en orden antes de desaparecer.

Pero ahora, Georg, puede surgir un nuevo dilema, que tal vez no sea tan difícil –o tan maligno– como el primero. Si contestas que a pesar de todo habrías elegido vivir, aunque sólo hubiera sido por poco tiempo, entonces no tengo derecho a desear no haber nacido.

Así puede crearse una especie de equilibrio en esas cuentas, en el sentido de que las dos partidas se compensan. Naturalmente, eso es lo que espero. Incluso es el motivo por el que escribo.

No podrás contestarme directamente a la gran pregunta que te he hecho. Pero puedes hacerlo indirectamente. Puedes responder mediante la manera en la que eliges vivir esta vida que empezaste cuando Verónica, un médico desobediente del hospital y yo brindamos por ti con champán. Ese médico del champán fue una buena hada para ti, estoy completamente seguro de eso.

Ahora podrás dejar de lado este mensaje mío. Ahora te toca vivir a ti.

Mañana ingresaré en el hospital, así que mamá te llevará a la guardería.

Tuve que escribir esto también. Y he de añadir: no puedo prometer que vaya a volver más a Humleveien.

¡Georg! Una última pregunta: ¿puedo estar seguro de que no existe vida alguna después de ésta? ¿Puedo estar convencido de que no me encuentre en otro lugar cuando leas esto? No, no puedo estar seguro del todo. Porque si el mundo existe, es que ya se ha sobrepasado el límite de lo improbable. ¿Entiendes lo que quiero decir? Estoy tan saciado de asombro por que exista un mundo que ya no me cabe más asombro, aunque luego resultara que existe otro mundo después.

Recuerdo que hace un par de días tú y yo pasamos unas horas jugando a un videojuego. Quizá fuera yo quien más se divirtiera, necesitaba desesperadamente distraerme un poco. Cada vez que nos «moríamos» en ese juego, salía inmediatamente un nuevo tablero, y estábamos otra vez jugando. ¿Cómo podemos saber que no existe un «nuevo tablero» también para nuestras almas? Yo no lo creo, de verdad que no lo creo. Pero el soñar con algo improbable tiene un nombre. Lo llamamos «esperanza».

Comodín se despierta sobre la almohada dentro de un disco duro orgánico. Nota cómo intenta llegar a la playa de un nuevo día desde una cálida corriente de espejismos mal digeridos. ¿Cuál es la energía nuclear que enciende los corazones de los elfos? ¿Cuáles son las turbinas que impulsan los fuegos artificiales de la conciencia? ¿Cuál es la fuerza atómica que une las células cerebrales del alma?

¿Es la conciencia una casualidad cósmica?

Por el momento, este universo es consciente de sí mismo y de su propio desarrollo desde el Big Bang, hace aproximadamente 13.700 millones de años. Y sin embargo, no debemos caer en la tentación de exagerar. Nuestra memoria –y mucho menos nuestra capacidad de entendimiento– no retrocede más allá de una fracción de microsegundo después del Big Bang.

Pero ¿qué *es* la conciencia? ¿Es un fenómeno indisolublemente relacionado con la propia naturaleza del universo? ¿O eso que llamamos conciencia se debe sólo a una casualidad cósmica?

La mayoría de los astrónomos, físicos y biólogos con los que he hablado insisten en lo último. Ni la vida ni la conciencia pueden remitirse a la naturaleza inerte como un producto «esencial» o «necesario». Ambas han surgido por una casualidad ciega, dicen.

El propio paradigma de comprensión de la ciencia parece suponer hoy en día que los átomos y partículas subatómicas, o también las estrellas y las galaxias, la materia oscura y los agujeros negros, son expresiones más esenciales de lo que *es* este universo que la vida y la conciencia, las cuales, según una ciencia reduccionista, no representan más que aspectos completamente arbitrarios, casuales, y, por tanto, «no esenciales» de la naturaleza. El que existan aquí estrellas y planetas es una consecuencia necesaria del Big Bang. El que también existan vida y conciencia no se debe más que al puro azar, una monstruosa casualidad, una anomalía cósmica.

El biólogo y Premio Nobel francés Jacques Monod ofreció la expresión clásica de esta visión en su espectacular ensayo *El azar y la necesidad* (1970). Escribe: «El universo no estuvo preñado de vida, y la biosfera tampoco del ser humano. Nuestro número ha salido por azar, como en la mesa de juego en Montecarlo».

La cita aparece como una manifestación sumamente rotunda –de una asombrosa seguridad, podríamos añadir–, teniendo en cuenta la profundidad y amplitud casi inconcebibles de tal afirmación. A veces, uno se deja cegar de inmediato por consignas o declaraciones tan elocuentes. No obstante, si reflexionamos, debemos preguntarnos qué es en realidad lo que el citado Premio Nobel quería expresar. Quiero decir: ¿Estuvo este universo alguna vez preñado de algo? Y, en ese caso, ¿estuvo más auténticamente «preñado» de algo de lo que realmente se ha desarrollado aquí que de otras cosas?

Antes siquiera de aproximarnos al planteamiento, debemos recordar que estamos

obligados a eliminar de nuestro posible horizonte de entendimiento partes del primerísimo microsegundo de la historia del universo –al menos la llamada era de inflación, que según la teoría duró nada menos que entre 10 y 33 segundos–, simplemente porque ni un alma (en estos parajes) tiene conocimiento ni comprensión de algo que tenga que ver con ese «primerísimo» comienzo. Escribo «comienzo». Por lo que sabemos, el Big Bang igualmente puede haber sido una rígida continuidad de un orden a otro.

Para empezar, no hay ningún límite en las explicaciones posibles de *por qué* «surgió» el universo. Claro que no. Antes del Big Bang, es decir «antes» del tiempo y el espacio – y al menos «antes» del tiempo y espacio de *esta vez*–, la ciencia y los hechos empíricos no tienen validez alguna, sólo la imaginación y la especulación tienen claves para lo Enigmático. Aquí debemos, sin embargo, limitarnos a lo que podríamos llamar *el tiempo histórico del universo*, que, además, coincide con los límites de nuestro entendimiento.

¡Unas fracciones de microsegundo después del Big Bang! Llamemos T1 a este horizonte extremo. La temperatura en aquella época era tan alta que los quarks aún no se habían agrupado en protones y neutrones. Pero ése es el momento a partir del cual los astrónomos se creen capaces de reconstruir y comprender casi todo lo que ha ocurrido en el universo desde entonces.

Y preguntamos: ¿Esa sopa cósmica –o plasma de quarks y gluones– estuvo «preñada» de átomos?

Los astrónomos y los físicos de partículas no tendrán más remedio que asentir a esta pregunta. Pues son precisamente ellos los que han explicado cómo surgieron los átomos. Entonces, ¿el plasma de quarks y gluones estuvo «preñado» de estrellas, planetas, galaxias y cúmulos de galaxias? Sí, sí, pero de nuevo estamos dando rodeos, porque es justamente eso lo que han predicado los cosmólogos, es decir, por qué el actual universo se ha creado como lo observamos hoy.

Pero ¿el universo estaba además «preñado» de vida, tal y como la conocemos en nuestro propio planeta, y tal y como cada uno de nosotros sentimos en cuerpo y alma que estamos vivos? Es ahora cuando los astrónomos y los físicos empiezan a retorcerse en su cátedra. O reaccionan a la ofensiva, a menudo con un alto grado de ironía juvenil relacionada con la ingenuidad de los legos. No, no, contestan, no hubo nunca ningún «plan» de vida. Es casi como si dijeran que la vida surgió por sí misma, como si simplemente llegara y se colocara fuera de la vieja materia como una perturbación espontánea, accidental e irregular. Porque la vida o la biosfera no surgen del interior de la materia, por así decirlo (de la misma manera que el metano y el amoníaco). La vida tiene poco o nada que ver con los quarks. (Por lo tanto, aún no tenemos que preguntar si la vida ha estado «preñada» de conciencia. Antes de recibir y dejar entrar a un fantasma como un objeto natural, no se debe hablar demasiado alto de sus atuendos más atrevidos.)

Cuando Jacques Monod rechaza la categoría vida como un fenómeno esencial o

esencialmente cósmico, lo hace con las siguientes palabras: «Lo que quiero afirmar es que la biosfera no contiene una clase previsible de objetos o fenómenos, sino que constituye un acontecimiento especial, que, si bien es compatible con los primeros principios, *no puede deducirse* de los mismos. En consecuencia, es más bien imprevisible».

Ésta es una puntualización útil, y claro, la afirmación de Monod puede que sea correcta, aunque parece difícil señalar alguna instancia que pueda verificarlo. «Imprevisible» tendrá que significar en este contexto que estamos hablando de fenómenos tan especiales –y por ello también tan marginales– que se encuentran más bien en los límites de las leyes de la física. Ahora bien, intentemos una vez más, y con la formulación de Monod en la cabeza, repasar el camino desde el Big Bang.

Como sabemos, los átomos son esenciales para la naturaleza de este universo. Son «compatibles con los primeros principios», a la vez que «pueden deducirse de los mismos», exactamente como ese tipo de fenómenos que llamamos cuerpos celestes. Los protones y los neutrones fueron formados por los quarks unos microsegundos después del Big Bang, y un poco más tarde surgieron los núcleos de hidrógeno y helio. Los átomos enteros con corteza de electrones no surgieron hasta cientos de miles de años después, aunque todavía eran casi exclusivamente hidrógeno y helio, y los átomos más pesados se «cocinaron» o «cocieron» probablemente en la primera generación de estrellas, para luego ser sembrados por el universo. Sembrados, sí, con esta palabra nos ponemos tendenciosos, claro está. Pues con los átomos más pesados empezamos a aproximarnos al jardín de la vida y al nuestro, porque nosotros estamos formados por esos átomos, y lo mismo ocurre con el planeta que habitamos.

Un primer requisito para nuestra propia existencia es por tanto la formación de las estrellas (que puede deducirse de «los primeros principios») y la muerte de las mismas (que también puede deducirse de «los primeros principios»).

No hay nada marginal o «no deducible» en la masa o en la capacidad de enlace de «nuestros» átomos. Los átomos de los que nosotros estamos formados se encuentran por todo el universo. Así pues, podría decirse que son esenciales para la naturaleza de este universo. La física de partículas, que recientemente nos ha permitido formarnos una imagen de los primeros minutos del universo, es, además, completamente capaz de explicarnos con exactitud por qué los átomos necesariamente forman los compuestos que llamamos moléculas. También las moléculas pueden entonces ser deducidas de «los primeros principios».

Más complicadas, y en un contexto cósmico mucho más raras, son las llamadas macromoléculas de las que está compuesta la vida. Son básicas para toda vida en nuestro propio planeta macromoléculas tales como las *proteínas* (formadas por aminoácidos) y los autoreproductores *ácidos nucleicos* ADN y ARN (que dirigen la formación de las proteínas y se encuentran en el material genético de todos los organismos). Algo común a

toda la vida en la Tierra es que ha sido construida por compuestos de carbono, y que la energía (la luz solar) y la existencia de agua líquida desempeñan un papel decisivo.

Ya no constituye ningún enigma el cómo las macromoléculas de la vida pueden haberse formado en la Tierra hace cerca de cuatro mil millones de años. Quedan por resolver muchos pequeños enigmas, pero la bioquímica ha demostrado, tanto teóricamente como mediante experimentos prácticos, cómo las piezas con las que se construye la vida pueden haberse formado en la atmósfera libre de oxígeno que nuestro planeta tenía en su infancia. Hasta después de la fotosíntesis de las plantas no surgió una atmósfera rica en oxígeno, además de una capa de ozono que protege la vida en la Tierra de la radiación cósmica.

La ciencia se considera capaz de explicar cómo pudo surgir la vida en la Tierra, por ejemplo de un «caldo primitivo» de macromoléculas (en una atmósfera sin oxígeno libre y sin capa de ozono), y reconoce a la vez que en un «caldo primitivo» de ese tipo (y bajo tales condiciones atmosféricas) sería probable que surgiera la vida.

El propio Darwin tenía ya ciertas ideas al respecto, aunque con una base más bien especulativa, digamos. Escribe en una carta: «Si (y ¡ay, qué si!) nos imagináramos un pequeño charco calentito, en el que hubiera toda clase de sales con amoníaco y fósforo, luz, calor, electricidad, etcétera, y que se formara químicamente en él un compuesto proteínico, dispuesto a pasar por cambios aún más complejos...».

Hoy en día sabemos que muchas de las piezas con las que se construye la vida pueden sintetizarse a partir de compuestos químicos simples. En general, ya no existe una marcada diferencia entre lo que antes se llamaba química orgánica e inorgánica. También se han encontrado en el espacio esas moléculas, de las que está compuesta la vida. Una novedad de los últimos años ha sido el hallazgo de compuestos orgánicos como el alcohol y el ácido fórmico en nubes de polvo interestelares. Recientemente se ha mostrado también la existencia de *glicina* en el espacio. Estas moléculas se encuentran en las colas de los cometas y en lejanas galaxias a miles de millones de años luz de la Vía Láctea. Pero la *astroquímica* es todavía una rama jovencísima de la ciencia.

La vida o las moléculas de la vida de nuestro planeta no han surgido necesariamente aquí. Las dos pueden haber venido del espacio, por ejemplo traídas por un cometa. De hecho (o al menos probablemente), la mayor parte del agua de nuestro planeta nos ha llegado hasta aquí con cometas. Toda esa agua no era muy «limpia», y mucho menos esterilizada.

Y, sin embargo, nuestro planeta es el único lugar en todo el universo en el que sabemos con toda seguridad que hay vida. Hace unos años se pudo demostrar por primera vez la existencia de planetas fuera de nuestro propio sistema solar. La razón por la que se tardó tanto en demostrarlo es simplemente que la tecnología de ayer no era capaz de detectar planetas extrasolares. Ahora, en pocos años, se ha demostrado la

existencia de cerca de ciento cincuenta planetas, y se calcula que existen planetas en torno al menos una cuarta parte de todas las estrellas de la Vía Láctea semejantes al sol.

Si hoy en día preguntamos a los astrónomos si creen que existe vida en otros planetas o lunas del universo, la gran mayoría contestará que sí. El universo es tan inmenso que lo que ha sucedido aquí abajo, en nuestro pequeño patio trasero, simplemente *tiene que* haber tenido lugar también en muchos otros lugares, dicen ellos. Lo curioso en este contexto es que muchos de esos mismos astrónomos, sin pensárselo –¿?, sigan dispuestos a firmar el ya anticuado dogma de Monod, que clama que el universo no estaba «preñado» de vida. Pero si el universo no estaba preñado de vida, ¿cuál era entonces la relación del universo con la vida?

Hace unas décadas abundaban las ideas fantásticas sobre la vida extraterrestre, pero hoy en día la astrobiología busca ante todo agua. Aparece cada vez más como un paradigma bioquímico el que allí donde hay agua líquida, también podemos esperar encontrar vida. Tal vez el asombro sería mayor si un día se descubriera un exuberante pequeño planeta con placenteros lagos y agua corriente *sin encontrar allí vida* que en el caso contrario.

Los elementos químicos son pues universales y pueden derivarse directamente de «los primeros principios». Mucho más raras son las moléculas o macromoléculas complejas, aunque esto no significa que sean menos *universales*.

En la cosmología hay un concepto llamado *el principio cosmológico*, según el cual el universo tiene las mismas propiedades en cualquier dirección. Siempre que la escala sea lo suficientemente grande, el universo es *isótropo*, o bien homogéneo y de igual naturaleza. ¿Por qué no iba a ser aplicable este principio también a nuestra pregunta: Se puede esperar encontrar vida en todas partes del universo de la misma manera que planetas, estrellas y galaxias? ¿O la existencia de eso que llamamos vida sólo es algo que casualmente ocurre aquí?

Pero existen cientos de millones de galaxias en el universo, y cada una de ellas tiene del orden de cien mil millones de estrellas, lo que significa que estamos exageradamente bien surtidos de fábricas químicas. Quiero decir: ¡en ese caso se ha podido colocar una enorme cantidad de fichas en la mesa de juego de Montecarlo! ¡Y con ello desaparece parte del fundamento para declarar que un posible premio gordo es «casual»!

Obviamente, no es «casual» que un gran jugador se lleve de vez en cuando un sustancioso premio. De hecho, lo propio de un gran jugador es que se lo lleve de vez en cuando. Pero si alguna rara vez nos topamos con gente que presume de ganar muy a menudo en la Loto o en el hipódromo, a lo mejor preguntamos a los afortunados por la cantidad total apostada. Esta pregunta no les gusta a todos.

No tenemos razón alguna para sentirnos defraudados si no encontramos (más) vida en nuestro propio sistema solar. Y no habrá razón alguna para desanimarse aunque tengamos que viajar unas decenas de años luz por el universo antes de encontrarnos con

un planeta con al menos un «pequeño charco calentito» lleno de «bacterias» o material prebiótico. Si nos disponemos a iniciar un verdadero «astrosafari» para encontrar «pequeños roedores» o «grandes fieras», en el peor de los casos tal vez necesitemos viajar algunos miles o decenas de miles de años luz dentro de la Vía Láctea. En un radio de esa magnitud seguramente ya nos habremos topado con cientos de planetas con «charcos calientes» llenos de microbios u «organismos unicelulares». La posibilidad de toparse con una especie de «pequeños roedores» en algún lugar de la Vía Láctea no parece improbable. Y donde abunden los «pequeños roedores», también habrá buenas condiciones para las «fieras».

No nos asiste razón alguna para ser demasiado pobres en nuestras estimaciones, pero en este caso optamos por ser extremadamente conservadores. Si en promedio sólo existe una vida altamente desarrollada en un planeta por cada una de las 100.000 millones de galaxias del universo, hemos de reconocer a pesar de todo que la vida altamente desarrollada es algo esencial para la naturaleza de este universo. Y quién sabe si le habría sido posible a este universo producir vida sin estar al mismo tiempo rodeada de cantidades inconcebibles de materia muerta.

Hemos afirmado que sin duda se puede decir que el universo en T1 estuvo «preñado» de estrellas y sistemas solares, pero no, claro está, de cuerpos celestes específicos tales como Marte o Venus, Calisto o Europa, el cometa Halley o Hale-Bopp. No estamos hablando aquí a favor del determinismo, más bien lo contrario. Lo que discutimos es la naturaleza de las cosas, su esencia.

El universo tampoco anduvo preñado de mariposas, margaritas o elefantes. Son las condiciones totalmente locales, en interacción con casualidades ciegas (tales como mutaciones y repentinos cambios climatológicos) las que en nuestra propia biosfera han formado los elefantes, las margaritas y las mariposas tal y como los observamos en este momento. (Un elefante sólo es un elefante en este momento, en una perspectiva geológica, se entiende. Hace sólo unos millones de años se parecía más a un tapir. El autor de este artículo procede de una «musaraña», pero naturalmente también de un «geco» o un «sapo».)

Ni el diseño del león, ni el del elefante, ni el del ser humano se encontraba en estado embrionario como una posibilidad en el plasma de quarks y gluones. Pero allí estaba el *material* necesario, allí estaban las *reglas del juego*, o las fichas con las que se jugaría. Fueron necesarias para producir unos millones de años más tarde las macromoléculas tremendamente plásticas de las que ha surgido la vida como por arte de magia.

La vida forma parte del universo. ¿A qué clase u orden iba a pertenecer la biosfera si no? Tal vez no seamos tan extraños aquí como muchos solían decir hacia finales del siglo XX. Tal vez aquí estemos en casa, o al menos camino de casa.

No sólo somos «ciudadanos del mundo». Somos ciudadanos del cosmos. Puede sonar

a tautología, pero no es más que un recordatorio –como a veces el avestruz necesita que se le recuerde que tiene la cabeza metida en la arena.

No nos hemos olvidado de la conciencia. Monod proclama a los cuatro vientos que la biosfera no estaba preñada del ser humano. En eso le hemos dado ya la razón hasta cierto punto, pero de nuevo debemos precisar de qué estamos hablando.

Si miramos nuestra propia biosfera, debe poderse afirmar, al menos a posteriori, que estaba preñada del sistema nervioso y el aparato sensorial de los organismos. La vista, por ejemplo, ha surgido decenas de veces en nuestro propio planeta sin que se trate de una relación genética. Por consiguiente, podemos suponer que organismos grandes en cualquier otro planeta también habrán desarrollado una especie de capacidad visual. La razón es obvia: en cualquier biosfera será una ventaja evolutiva el ser capaz de registrar su propio entorno, como, por ejemplo, un terreno inhóspito, enemigos o presas. También otros sentidos constituirán una eficaz ventaja en la lucha por la vida en cualquier planeta, por ejemplo el oído, la localización de ecos, la capacidad de sentir dolor, el sabor, el olor, y también algunos sentidos exóticos que no son corrientes aquí.

Con el fin de coordinar las sensaciones, cualquier organismo superior tendrá un eficaz centro de control o «cerebro». De nuevo vemos ejemplos en nuestro propio planeta de cómo las distintas familias de animales, de un modo totalmente independiente entre ellas, han desarrollado un sistema nervioso más o menos complejo. Resulta interesante que algunos investigadores se hayan dedicado a estudiar las células nerviosas del calamar con el fin de entender mejor el sistema nervioso del ser humano.

Al hilo de nuestra teoría de que la vida representa un fenómeno de la naturaleza universalmente extendido, podríamos decir lo mismo del desarrollo de un «aparato nervioso» y un «cerebro».

Ahora bien, como hemos podido comprobar en nuestro propio planeta, hay un gran trecho desde un cerebro y un aparato nervioso a lo que llamamos «conciencia», al menos si con ello nos referimos a algo tan mordaz como la mismísima capacidad de reflexionar sobre su propio lugar en la existencia, no sólo en un bosquecillo o en un «cálido charquito», sino en el *universo*, por no decir en la *realidad*. ¡Menuda es ella! Por otra parte, cuando el vertebrado se irguió sobre dos patas, liberando así las patas delanteras para, por ejemplo, poder construir herramientas, resultó también muy ventajoso ser apto para aprender algunos trucos útiles, y además, ser capaz de compartir tales «experiencias de supervivencia» con otros miembros de la manada, por ejemplo con sus propios descendientes.

El vivir con lo que llamamos «conciencia» estaba ahí como un nicho libre para la familia de los antropoides. Si nosotros no hubiéramos llegado antes, tal vez habría habido, más tarde o más temprano, representantes de otro orden de vertebrados que hubiesen sido los primeros en meditar sobre cómo había surgido este universo, incluidas la vida y la conciencia.

Puede que sea un punto fácil, pero, no obstante, debe tenerse en cuenta que, hasta el momento, el cien por cien de todos los cuerpos celestes en los que se sabe con toda seguridad que existe vida, también han producido conciencia, incluso una conciencia con un posible horizonte de comprensión que se extiende hacia atrás –¡casi!– hasta el Big Bang.

La evolución del universo también trata de la formación de procesos físicos cada vez más diferenciados o integrados. Hasta el momento, el cerebro humano es el sistema más complicado o complejo que conocemos. Es la conciencia que habita este órgano la que constantemente contempla el firmamento preguntando de parte de todo el cosmos: ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos?

Semánticamente, estas breves frases son tan sencillas y básicas que no sería de extrañar que también hubieran sido lanzadas a la noche universal desde otros puntos cardinales a muchos años luz de distancia de nuestro propio patio galáctico. La lengua en sí puede que tuviera una estructura completamente diferente, y fonéticamente, los sonidos podrían ser de tal índole que no comprendiéramos que se trataba de un lenguaje. Pero no es seguro que una civilización extraterrestre pensara de un modo muy diferente al nuestro, ni que hubiera tenido una historia de la ciencia muy diferente a la nuestra. Llamemos Áterro a un planeta así. También en él se creía en «dioses» y «poderes», y se tenían explicaciones «míticas» para casi todo. También en ese lugar los seres fueron «hace mucho, muchísimo tiempo» alimentados por una visión del mundo «alterocéntrica». También allí sus habitantes más destacados habrían ido tanteando por el largo y laborioso camino hacia una visión de conjunto –y a partir de ahora nos podemos permitir dejar los entrecomillados– del origen del universo y el sistema periódico de los elementos.

Si el llamado proyecto SETI (Búsqueda de Inteligencia Extraterrestre) gasta enormes sumas en la escucha de señales de vida en el universo, y, por definición, de una vida inteligente, no será porque se esté buscando algo tan improbable como una casualidad cósmica a sólo unos pobres años luz de nuestra propia estrella. Tiene que ser porque buscamos una confirmación de que nuestra propia estirpe representa algo característico o esencial de todo el universo.

A pesar de todo, tal vez seamos los únicos que estemos aquí. Aunque por ahora no podemos estar *completamente* seguros de que este universo no sea una fuente humeante de almas y espíritus en sus formas externas más diversas.

«El universo no está preñado de vida, tampoco la biosfera de seres humanos. Nuestro número ha salido por azar, como en la mesa de juego de Montecarlo.»

Pero sería tentador intentar tocar la floritura reduccionista de Monod hacia atrás, con el único propósito de escuchar si suena bien o mal: *El universo estaba preñado de vida, y la vida de conciencia de este universo de sí mismo.*

No nos suena tan mal. Al menos, no choca con lo que nos quede de intuición, si ésta tiene algún significado. Este universo es consciente de sí mismo, o *tiene* conciencia de sí mismo. No se puede dejar la interpretación de un hecho tan obvio, pero a la vez tan asombroso, únicamente a diversos tipos de movimientos esotéricos.

Porque hay algo en un nivel superior, por no decir el más superior que podemos alcanzar, que no debemos dejar de mencionar. Tal vez la conciencia no «debería» haber surgido, ni tampoco la vida, argumentaba Monod. Vale. Pero a lo mejor tampoco «debería» haber surgido este universo.

Si este universo desde sus primerísimos inicios hubiera sido de una naturaleza un pelín diferente a la que de hecho es, se habría derrumbado en unas millonésimas de segundo tras haber emergido. Incluso diferencias microscópicas en lo que Monod llamaba «los primeros principios» habrían conllevado la consecuencia inexorable de que ningún universo hubiese surgido. Nos limitaremos a poner unos cuantos ejemplos. Si no fuera porque el universo tuvo desde el primer momento un poco más de masa positiva que negativa, éste se habría aniquilado al instante después del estallido. Si la interacción nuclear fuerte hubiera sido sólo *un poco* menos fuerte, el universo entero habría estado compuesto de hidrógeno, y si hubiera sido *un poco* más fuerte, no habría contenido absolutamente nada de hidrógeno. Pero la lista es mucho más larga. O como dijo en una ocasión Stephen Hawking: «Las probabilidades en contra de que surgiera del Big Bang un universo como el nuestro son enormes».

Tan «casual» como que la vida y la conciencia surgieran aquí es el hecho de que surgiera un universo *sostenible*. ¡También «los primeros principios» de Monod han salido al azar, como en la mesa de juego de Montecarlo! ¿O a pesar de todo podemos permitirnos especular sobre si habría algo incluso antes del tiempo y del espacio? No existe ninguna base científica para excluir del todo el que «algo» pueda haber estado «preñado» de este universo.

Para que un universo pueda sacar por arte de magia una conciencia de sí mismo y su belleza, han de concurrir una serie de criterios, y eso ya *antes* de los primeros microsegundos posteriores al Big Bang. Este universo es un universo de ese tipo. Deberíamos prestar atención a ese hecho.

No vamos a decir ni una palabra escéptica acerca de las ciencias experimentales o de alguna de sus disciplinas. Las ciencias experimentales *tienen* que ser necesariamente reduccionistas, para eso las tenemos. *Deben* ser reduccionistas, y en consecuencia humildemente admitir los límites de su mandato. Y viceversa: la especulación y la metafísica *deben* tener alas, y ruborizadas admitir su ligereza.

Una ciencia no reduccionista habría sido de mal gusto y, en el peor de los casos, algo horroroso. Lo mismo, claro está, habría que decir de una metafísica, por no decir una religión, que se haga pasar por más real o científica de lo que es. Hemos visto ejemplos de ambos casos.

Aparte de una serie de detalles, hoy en día la ciencia se enfrenta a dos gigantescos enigmas: ¿qué ocurrió durante aquella primera fracción de microsegundo del universo? y la cuestión sobre la naturaleza de la conciencia. No tenemos razón alguna para creer que hay alguna relación entre estos dos únicos grandes misterios para el ser humano y la ciencia. Pero, por otra parte, tal relación tampoco se puede excluir.

La última palabra aún no se ha dicho. Vivimos en una edad cósmica de oro, y vivimos en una edad neurológica de oro. Resulta difícil predecir el futuro, y en particular predecir el futuro de las ciencias de las próximas décadas. Ahora bien, si llegara a producirse otro cambio fundamental de paradigmas dentro de la ciencia, lo que no es seguro y tal vez ni siquiera probable, presumiblemente se iría alejando de las explicaciones mecánicas y concentrándose más en una comprensión holística.

Hemos llegado lejos en nuestros esfuerzos reduccionistas, de hecho hemos llegado hasta los quarks y gluones. Es impresionante, y tenemos motivos para celebrarlo. Pero no hemos llegado igual de lejos por el otro camino, lo que no significa que no exista ese otro camino hacia donde orientarse.

No se ha extraído aquí ninguna conclusión. Tal vez el ser humano sea, al fin y al cabo, el único ser vivo de todo el universo que posee una conciencia universal. En ese caso, no sólo es una responsabilidad global conservar el hábitat de este planeta, sino una responsabilidad cósmica.

* Juego de palabras en noruego: la cámara de las ruedas de las bicicletas se llama también «serpiente». (*N. de las T.*)

1 Floria emplea la palabra latina *auditora*.

2 *Conf.* VI, 15.

3 *Ibid.*

4 No he conseguido localizar la cita a la que se refiere Floria.

5 En realidad, «la pérdida del amor».

6 *Conf.* VIII, 11.

7 El escrito al que se refiere Agustín en *Confesiones* es el *Hortensius* de Cicerón, hoy perdido. *Conf.* III, 4.

8 Floria alude a una expresión sacada de las sátiras de Juvenal: *Vitam impendere vero*.

⁹ Una alusión a la sentencia: *Amicus Plato, sed magis amica veritas* (Platón es amigo, pero es más amiga la Verdad), que está tomada de la vida de Aristóteles por Ammonius Saccas, que lo atribuye a Sócrates.

10 Supongo que Floria se refiere aquí a obras de otros autores.

11 *Conf.* IX, 6.

12 *Conf.* v, 8.

13 *Conf.* v, 9.

14 La «perdición del alma» aquí no debe confundirse con la idea cristiana del Juicio Final, pues se refiere a la creencia que hubo en la Antigüedad de que algunas almas se perdían y otras podían llegar a merecer existencia eterna.

15 Es decir, los escépticos. El propio Agustín los describe con las siguientes palabras: «habían sido los más prudentes, porque habían adoptado como principio dudar de todo y de todos y la imposibilidad de que el hombre pueda conocer con certeza» (*Conf.* v, 10).

16 En el Clasicismo, las representaciones de las tragedias griegas eran seguidas de los llamados «juegos de sátiros». Intuyo una buena dosis de ironía en la descripción que hará Floria al libro X de Agustín como «juego de sátiros», en donde un obispo (medio divino) sigue lamentándose hasta el fin de sus deseos y necesidades carnales.

17 *Conf.* x, 31.

18 *Conf.* x, 30.

19 Floria alude probablemente a las palabras de Aquiles sobre la vida de sombras en el reino de la muerte (véase *Odisea*, XI, 489-491). De esta manera Floria convierte a Agustín en un muerto viviente –en el reino de la muerte de la Iglesia–, del mismo modo que él, innumerables veces, compara una vida «en concupiscencia» con la muerte.

20 *Conf.* x, 30.

21 *Conf.* x, 33.

22 *Ibid.*

23 *Conf.* x, 34.

24 *Conf.* x, 35.

25 Ésta es, en mi opinión, la frase más extraordinaria de Floria. La expresión nos es conocida a través del libro *De consolatione philosophiae*, de Boecio (c. 480-524), es decir, unos cien años después de la carta de Floria. Para mí este hecho se convierte en un claro indicio de que Boecio, directa o indirectamente, conoció la carta de Floria o, al menos, algunas partes de ella. Boecio era además un gran conocedor de la obra agustiniana y no me resulta totalmente improbable que conociera además el *Codex Floriae*, o algunos fragmentos del mismo.

26 *Conf. x*, 35.

27 Floria alude a una expresión, *oleum et operam perdere*, que procede de los escritores y artífices que trabajaban a la luz de una lámpara y que, si no tenían éxito, consideraban perdidos el trabajo y el aceite consumido por la lámpara.

28 Alusión a la frase de Publio Sirio: *Multis minatur, qui uni facit iniuria* (Amenaza a muchos quien comete injusticia con uno sólo).

29 Alusión a la frase de Horacio *Nunc est bibendum* (Ahora es cuando hay que beber).

30 Supongo que Floria juega de nuevo con su propio nombre y con el de Flora, diosa de las flores.

A unos veinte kilómetros de Ostia se encuentran hoy las ruinas de un antiguo convento agustino (San Agustino), construido en la Edad Media a orillas del río Fiora (Floria), justo donde desemboca en el mar. En mi opinión estamos ante otro indicio de que ha existido una tradición «floriana» hasta bien entrada la Edad Media.

31 Floria, al haber leído los cuatro evangelios, quizá tenga en mente la parábola de la higuera. Véanse Mateo 21:18-22 y Lucas 13:6-9.

* Última letra del alfabeto noruego. (*N. de las T.*)

Título original: *Sjakk matt*

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Edición en formato digital: octubre de 2010

© H. Aschehoug & Co. (W. Nygaard) AS, Oslo, 2006
© De la traducción, Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo, 2006
© Ediciones Siruela S. A., 2006
c/ Almagro, 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-769-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	4
Prólogo	5
JAQUE MATE	6
Me hierve la cabeza (El vendedor de cuentos)	8
Panina Manina I (El vendedor de cuentos)	9
El pájaro raro (El diagnóstico)	12
Los ángeles no mienten (El enigma y el espejo)	13
La falta de asombro en Adán (Maya)	22
El panadero y el libro del panecillo (El misterio del solitario)	23
Un sinfín (El vendedor de cuentos)	39
La bebida púrpura (El misterio del solitario)	40
Desprendimiento (El diagnóstico)	52
El sombrero de copa (El mundo de Sofía)	53
Existe un mundo (Maya)	56
¡Papá está volando! (El mundo de Sofía)	57
La voz de Comodín (Maya)	61
Lord Hamilton (El vendedor de cuentos)	62
El plasma del alma (Maya)	69
El escáner del tiempo (El diagnóstico)	70
Anhelo (Maya)	86
Panina Manina II (El vendedor de cuentos)	87
El enigma (Maya)	91
El alma (El enigma y el espejo)	92
Visión y percepción (Maya)	102
La Joven de las Naranjas (La joven de las naranjas)	103
El lado nocturno (El diagnóstico)	108
Panina Manina III (El vendedor de cuentos)	109
Una bandada de voces (El vendedor de cuentos)	112

La familia Kjærgaard (El vendedor de cuentos)	114
Esmalte y marfil (Maya)	117
La continencia (Vita brevis)	118
Un maestro en esconderse (Maya)	128
Tos peligrosa (El diagnóstico)	129
Ejercicio (El diagnóstico)	135
Palizas y ayuda para hacer los deberes (El vendedor de cuentos)	136
El reloj digital (El diagnóstico)	143
El corderito (El misterio de Navidad)	145
Los elfos de azúcar de la temporada (Maya)	150
Alicia (El mundo de Sofía)	151
La puerta del cuento (Maya)	155
¡Santo yo! (El diagnóstico)	156
De pie sin ayuda de nadie (Maya)	159
Theobald y Theodor (El diagnóstico)	160
Impacto (Maya)	166
Hombre mosquito para un geco (Maya)	167
Viaje (Maya)	182
Frode (El misterio del solitario)	183
Los frutos de la noche (Maya)	192
Comodín (El misterio del solitario)	193
La creación de la mañana (Maya)	198
Una chispa de la hoguera (El mundo de Sofía)	199
El aplauso (Maya)	204
Imporiel (El misterio de Navidad)	205
Un ángel en apuros (Maya)	208
Jirí Kubelík (El vendedor de cuentos)	209
¿Qué probabilidad hay? (Maya)	212
Ana (Maya)	213

El primate chic (Maya)	223
El enano y el retrato mágico (Maya)	224
Las imágenes de la pantalla (Maya)	237
Jaque mate (El vendedor de cuentos)	238
El fin del mundo (Maya)	244
Éste será siempre mi mundo (El enigma y el espejo)	245
La propina (Maya)	254
Un mundo mágico (La joven de las naranjas)	255
Una cálida corriente (Maya)	264
¿Es la conciencia una casualidad cósmica? (capítulo inicial para La Gran Enciclopedia Noruega, vol.	265
Notas	275
Créditos	308